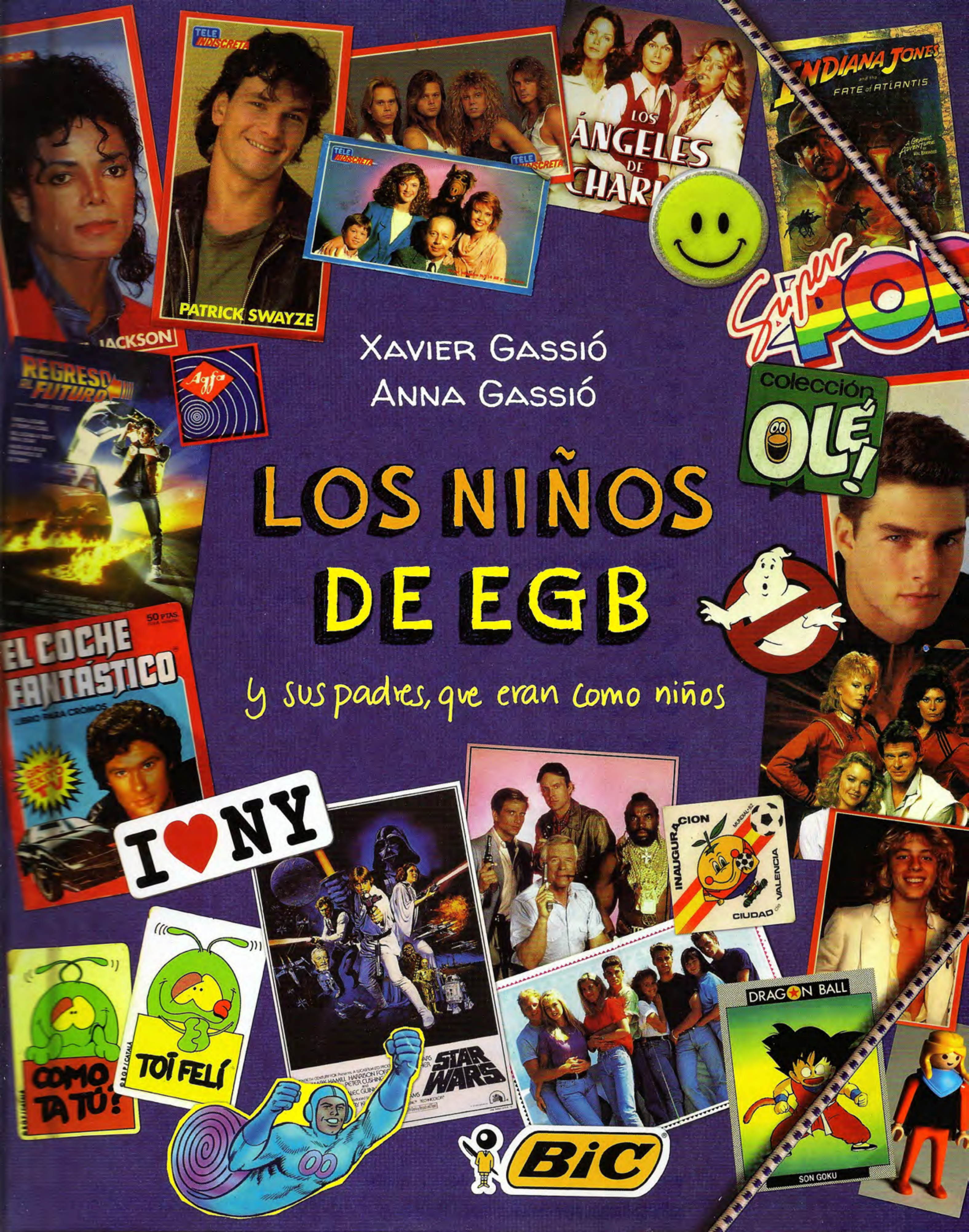
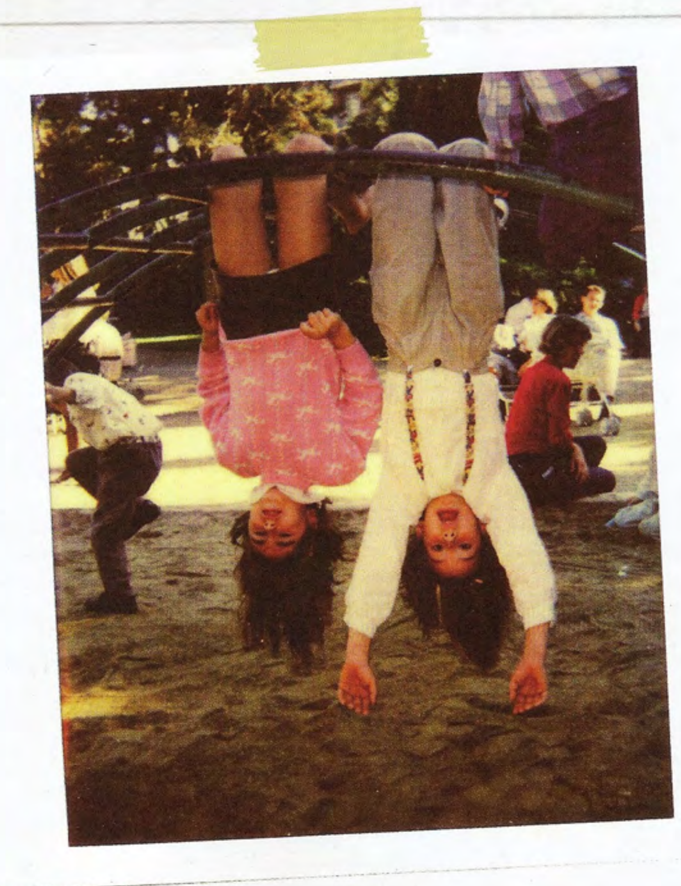


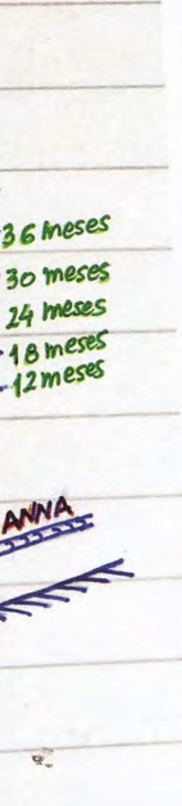
Xavier Gassió
Anna Gassió
LOS NIÑOS DE EGB
y sus padres, que eran como niños
PATRICK SWAYZE
JACKSON
LOS ÁNGELES DE CHARL
INDIANA JONES
FATE of ATLANTIS
Super POP
colección OLÉ!
REGRESO AL FUTURO
Agfa
EL COCHE FANTÁSTICO
50 PTAS
I NY
STAR WARS
INAUGURACION
CIUDAD VALENCIA
DRAGON BALL
SON GOKU
TOI FELÍ
COMO TA TÚ?
BiC

Antes de EGB

Cuando mi hermana empezó a caminar, una vez al mes pegábamos la espalda a la pared de la cocina para que nuestra madre nos midiera y comprobara la eficacia de una dieta equilibrada. Al principio, la rayita superior que marcaba la altura de mi hermana estaba muy por debajo de la mía, pero, con el paso del tiempo, la diferencia fue decreciendo inquietantemente. Al cabo de un par de años, a pesar del intento, siempre frustrado, de hacer trampa alzando los talones, las dos columnas de rayitas, que habían decorado aquel rincón de la cocina como una cinta métrica que marcaba nuestra evolución, casi tenían la misma altura. Luego, pintaron la cocina y yo empecé la EGB.

Anna Gassió





Diseño y maquetación: Mariona Sevilla
Diseño de la cubierta: María Bergós

ISBN: 978-84-15888-93-2
Depósito legal: B.12042-2014
Impresión: Egedsa

Editorial Planeta, S.A.
Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Josefa Valcárcel, 42 - 28027 Madrid

lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.facebook.com/lunwerg
http://twitter.com/Lunwergfoto

Lunwerg es un sello de Editorial Planeta

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



y sus padres, que eran como niños

XAVIER GASSIÓ Y ANNA GASSIÓ






7 8 9 C AC
4 5 6 × ÷
1 2 3 + −
0 . EXP =

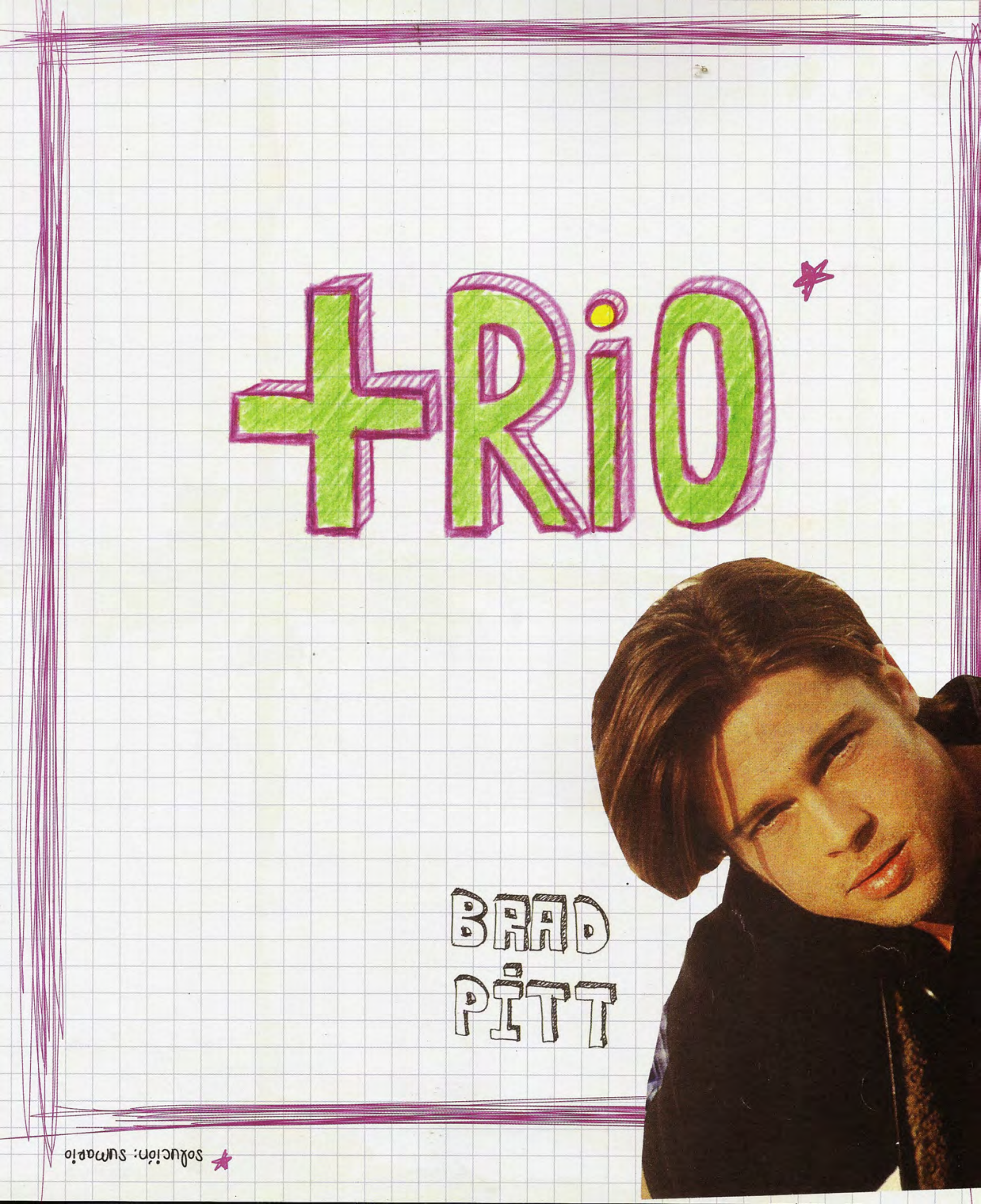
Es la primera generación que se educa con cierta libertad, primero, y con cierta ausencia de normas, después. Son los niños que cursaron la Educación General Básica porque nacieron entre 1965 y 1983, y su infancia se desarrolló en uno de los periodos más agitados y estimulantes de la reciente historia de España. Transitaron de una dictadura a la democracia sin ser conscientes de ello, pero observando cómo sus padres modificaban aceleradamente sus costumbres, su modo de vivir y sus expectativas de futuro.

Padres e hijos descubrieron simultáneamente el mundo. A un niño todo le resulta nuevo, pero a los padres, en este particular periodo, también les parecía que todo estaba por estrenar tras la recién adquirida democracia. Padres e hijos compartieron la emocionante evolución de las nuevas tecnologías, de los videojuegos y del ordenador. La novedosa y exultante sensación de poder expresarse libremente se plasmaba en actuaciones a veces desordenadas e inapropiadas, pero siempre excitantes y optimistas. La euforia de la libertad podía resultar incomprensible para los niños que ya nacieron con ella, pero era tan contagiosa que marcó de forma especial el primer tramo de su aprendizaje de la vida. Fue una etapa que los niños de EGB, hoy adultos, empiezan a recordar con nostalgia porque comprenden que vivieron un periodo de la historia de España glorioso e irrepetible, en el que el futuro perfecto no solo era un tiempo verbal sino que parecía real.

Es un tiempo suyo, nuestro, para siempre.

Xavier Gassió




+RiO
BRAD
PITT
solución: sumario

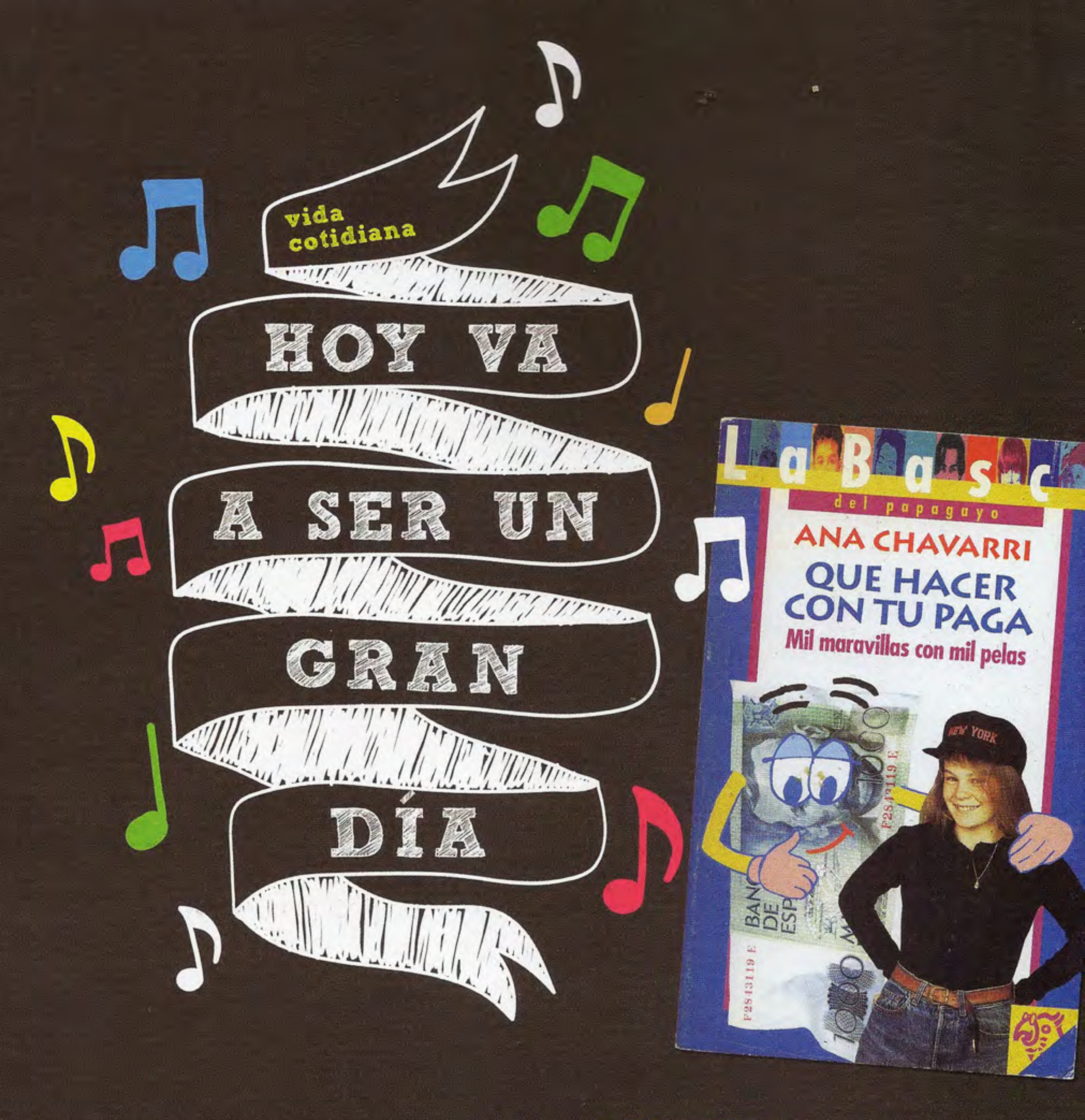


Cuando bajas al andén del metro con la legaña puesta y te topas de bruces con un inmenso cartel desde donde la Abeja Maya te clava la mirada y un texto dice: «Si te sabes su canción, necesitas un plan. Porque el tiempo pasa sin que te des cuenta», comprendes de golpe que los años de juventud han volado. Que has pasado de ser un exalumno de EGB a ser un presunto jubilado. Que has de empezar a despejar aquel trastero del cerebro donde guardabas tan gratos recuerdos junto al cine Exin o los Juegos Reunidos Geyper, para dejar sitio a la inquietud sobre ¡tu propia jubilación! Que el metro llega y solo tendrás siete estaciones para reflexionar sobre todo ello antes de sumergirte en un trabajo precario con un jefe más precario todavía. ¡Que se vayan a tomar (algo) los que pretenden hacerte sentir como un prejubilado cuando casi ni has podido trabajar! ¡Y, en parte, por su culpa!

Por suerte, en el bolsillo aún llevas un sobre de Peta Zetas que compraste ayer en el *súper* y, mientras notas en la lengua los deliciosos y siempre sorprendentes estallidos de las escamas, dejas que te invada el recuerdo del estreno de *Regreso al futuro* y sientes que no todo está perdido. Que la generación de EGB aún tiene mucho por decir y por hacer y..., ¡vaya!, aquella monada sentada frente a ti ha pasado de mirar tus zapatos a mirarte a los ojos. Verdaderamente, nada está perdido. Todo está por conseguir...

vida cotidiana

HOY VA A SER UN GRAN DÍA



En la vida cotidiana de los niños de la era de la EGB había muchas cosas en común. Con independencia del gentilicio con su carga de usos y costumbres, se compartían consignas, canciones, frases hechas, chucherías, aficiones, juegos, juguetes y hasta el bocata del cole. Todo giraba alrededor de tres ejes: la familia, la escuela y los amigos. Con la familia y la escuela había que sortear algunos obstáculos, pero eran entornos confortables (en general) de los que se extraían las lecciones necesarias para avanzar por la vida tropezando lo menos posible con la misma piedra. Los amigos, en cambio, eran imprescindibles para conocerse a uno mismo y para desarrollar la personalidad. Con la pandilla, grupo o manada, como en el mundo animal, se descubrían los secretos de la vida que, a medida que pasaban los años, se complicaban y hacían más difíciles de interpretar. Pero cuando todo era aún sencillo, lo más peliagudo era decidir cómo gastar la paga semanal.

El día de la paga semanal solía ser un gran día, especialmente para los más dotados en el arte del consumismo, actividad en la que el número de adictos crecía imparable.

Todo era mucho más barato con la peseta. Y todo era siempre mucho más barato unos años antes. ¿Qué se podía hacer con cien pesetas? Los abuelos explicaban que con diez céntimos se hinchaban de comer caramelos. Los padres ya necesitaron diez pesetas. Asusta comprobar que entre los primeros estudiantes de EGB y los últimos hay una inflación que debería haber hecho saltar todas las alarmas hace tiempo. Para los primeros, una paga semanal correcta podían ser cien pesetas, mientras que los últimos, diez o quince años más tarde, necesitaban mil pesetas para apañarse.



¡Es el Príncipe de EGB! No es broma. Nació en 1968 y estudió EGB en el Colegio Santa María de los Rosales de Madrid, además de otras cosas propias de su sangre azul. Pero lo importante para nosotros era lo que representaba su imagen impresa en un billete de ¡diez mil pesetas! Pocos se veían, y eso que ya era 1985 y todo estaba por las nubes y no paraba de subir. Con diez mil pesetas eras tú el que se podía convertir en un príncipe o en una princesa. Pero, sin el billetito, la calabaza seguía sin transformarse en un Scalextric y el zapato de cristal continuaba compitiendo con unas John Smith en la categoría de deseos imposibles. Al Príncipe de EGB no le fue mal. Ha llegado a rey.

La paga semanal se recibía como si fuera una obligación adquirida por los padres por el mero hecho de serlo y dictada por desconocidas leyes genéticas. Cada año aplicábamos nuestro propio IPC para aumentar la cantidad, pero no siempre funcionaba, a pesar de que entonces había una inflación del veintipico por ciento. La sopa boba de la que hablaba el padre mientras soltaba las monedas (o el billete, más adelante) sonaba a antiguo, a tiempos de posguerra, en todo caso ajenos, por lo que tal mención nos parecía poco elegante. Contábamos las monedas con la esperanza de que se hubiera equivocado, pero, si lo hacía, siempre era de menos y teníamos que regatear la diferencia. La paga semanal fue de cien pesetas durante una larga época y costó mucho pasar esta barrera. Si te las daban en monedas, siempre podía caer un pico extra, pero, si era un billete, aunque hacía ilusión porque parecía más dinero, ya no soltaban ni un céntimo extra.



"Tú, ¿qué prefieres: veinte duros o cien pesetas?".
"Mmm..., seguro que hay trampa".

La paga siempre nos parecía escasa y con nuestros argumentos (casi siempre infructuosos) desarrollábamos un componente sindicalista que más adelante nos serviría para negociar convenios. Había que administrar cuidadosamente las pesetas recibidas y eso nos planteaba dudas existenciales. ¿Cromos, que duran y son casi como una inversión; un polo, que es efímero; una sabia mezcla de chicles, nubes, gominolas y pipas, que podían satisfacer nuestra gula durante horas? Ni Hamlet dudaba tanto. Nos acercábamos al quiosco para dejarnos tentar por alguna novedad y a observar qué consumían los otros niños que estaban en la cola. Los de *marketing* ya saben que eso ayuda mucho.

Un polo de los baratitos costaba veinte pesetas. Los cucuruchos más historiados ya se iban a las setenta y cinco pesetas, o quince duros, como decían los abuelos, lo que nos obligaba a hacer molestos cálculos mientras íbamos salivando. Refrescarnos la lengua se podía llevar buena parte del presupuesto, así que, al final, se acababa por hacer un *megamix* de azúcares tintados de diversas formas y texturas. Una bolsa de pipas Churruca ponía el contrapunto salado. Se cultivaba el paladar más que con Arguiñano, que pronto se hizo famoso agitando perejil ante millones de amas de casa con sofocos.



Un anuncio de la tele de finales de la década de 1980 nos refresca la memoria de lo que costaban algunas cosas: una hamburguesa en el McDonald's, 280 pesetas; alquilar un vídeo, 275 pesetas, y un desayuno completo con zumo, cruasán y café con leche, 250 pesetas. Es decir, igual que la cuota del Renault 5 que era el objeto del anuncio. ¿Quién quería desayunar pudiendo tener un R5 por el mismo precio?

EXIT

SALIDA

No solo de cine se alimentaban las tardes de sábado y de domingo. Algún fin de semana tocaba excursión al campo y se imponía amortizar la cantimplora y la navaja suiza multiusos de imitación que nos había regalado un tío por parte de madre. La familia se apretujaba en el interior del utilitario, que bien podía ser un Simca 1000 (en el que nunca llegarías a hacer el amor por mucho que lo soñaras), y partía con rumbo a la sierra o a la playa con la esperanza de no encontrar caravana. Imposible, fuera la hora que fuese la del regreso, uno siempre quedaba incrustado en una larga fila que exudaba rencor hacia las carreteras en general y hacia el atontado de delante en particular. «¡Domingueo!», gritaba el padre asomando la cabeza por la ventanilla sin considerar que él tampoco tocaba el coche durante toda la semana. Mareos y necesidades acuciantes, incluida la sed, porque finalmente nadie había pensado en llenar la cantimplora, amenizaban el trayecto cargando de adrenalina, o lo que sea que segreguen las neuronas del padre conductor cuando se va poniendo a mil. El *Papá no corras* parecía una broma de mal gusto y la virgen del *nosequé* que había obligado a poner la abuela en el salpicadero parecía sonreír con malicia ante la situación de crisis familiar. «¡La próxima vez nos quedamos en casa!» Amenaza vana, porque, entonces, ¿para qué servía tener un coche?



Algunos publicitarios cachondos no podían evitar hacer alarde de su ingenio con juegos de palabras con doble intención. El que redactó este *copy*, seguro que se estremeció de placer (intelectual) cuando lo vio impreso.

Si el destino y tus padres te llevaban hasta una pista de esquí, la nieve ofrecía muchas diversiones y, además, podías esquiar. Irreconocibles tras gafas y bufandas, embutidos en anoraks de colores chillones (era la manera de que te identificaran) y sintiendo cómo se pegaba al cuerpo la camiseta Damart, que trabajaba con ahínco para generar electricidad estática, aprendíamos a movernos torpemente sobre el resbaladizo elemento. Al poco tiempo, la paciencia del monitor y alguna caída, más dolorosa para el orgullo que para el cuerpo, hacían su efecto y empezábamos a notar cierta soltura. «¿Dónde está la pista?, que voy.»

Otra diversión para la que te blindabas con casco incluido eran los *karts*. Los había para diferentes edades y los circuitos estaban diseñados acorde a estas. Era emocionante ponerse al volante de uno, porque sentías que te enfrentabas a un peligro real cuyo grado de intensidad se reflejaba en la mirada de angustia maternal.





Cuando el circo llegaba a tu ciudad, las calles se llenaban de carteles con dibujos que prometían escenas inolvidables (e inverosímiles) con fieras de mucho cuidado. Los payasos casi siempre daban miedo con sus máscaras (y eso que aún no habías visto la cantidad de asesinos que se escondían tras una cara de payaso en el cine) o, como mínimo, te ponían triste. También estaban los equilibristas, que hacían eses y volteretas en el aire, y algún que otro perro sabio que te asombraba (poco) con sus trucos. Pero los elefantes, los tigres y los leones impresionaban. Esos últimos sí que daban miedo. «¿Te imaginas que de pronto aparece un león en el pasillo de tu casa? ¿Qué harías?» Vaya pesadilla que te montabas. Ángel Cristo era bajito, pero debía de tener algo (lo que hay que tener. Gracias, Wolfe), porque se metía en la jaula con siete u ocho leones y los mantenía a raya con un palito. El látigo solo era para hacer ruido de domador. Los bichos rugían y a todos se nos encogía el corazón pensando que, si uno se decidía a saltar, el resto también se le echaría encima y de poca cosa serviría el palito.





Una forma barata de pasar el día festivo era ir a patinar. Si tenías la potra de poseer unos patines Fisher Price y una pista de patinaje cerca, te sentías como un príncipe y practicabas movimientos de lo más atrevido para llamar la atención de la vecinita que te habías encontrado casualmente. Algo que conseguías cuando te dabas un morrón y te dejabas un diente. «¡Mi héroe llega sangrando de la batalla!» Si tus patines eran, como los de la inmensa mayoría, de pura chapa de hierro con correas de cuero, también podías lucirte, pero empezabas con menos seguridad.

Ir a un parque de atracciones era un lujo que se practicaba muy de vez en cuando. Lo más habitual era aprovechar las fiestas del barrio, que traían instalaciones efímeras de tiovivos, autos de choque y, más que montañas, colinas rusas, por el escaso efecto que causaban. También ofrecían el inigualable placer de disparar con una escopeta a unas bolas que parecían pegadas al soporte. «¡Se ha movido!» «En efecto, pero no ha caído.» La caseta de tiro al blanco tenía expuestos numerosos regalos como premio a tus dotes de futuro cazador. Lo malo es que, entre que las escopetas tenían poca fuerza, las miras estaban torcidas y el pulso fallaba, era raro conseguir algo más que un paquete de Bang Bang. «¡Ojo al masticar, que lleva un balín incrustado!»



Un puente largo haciendo *camping* con la caravana podía ser el no va más. Nevera llena, bicicleta y a rezar al monje del tiempo (herencia de la abuela, que solo se fiaba de él para decidirse a coger el paraguas) para que predijera «bueno». «Heidi, ¿has visto a Pedro?»



¡VAYA, VAYA! AQUÍ SÍ HAY PLAYA

La playa era el paraíso de las oportunidades lúdicas. El agua y la arena ponían mucho de su parte, pero nosotros aportábamos el cubo, la pala, el *frisbee* y el balón de Nivea. La cuestión era molestar, que se notara nuestra presencia. Para eso el *frisbee* era ideal. «¡Uy, perdone, es que el viento...!» De reojo veíamos que nuestro padre se parapetaba tras el periódico como ajeno a lo sucedido y nos retirábamos al comprobar el escaso apoyo que podríamos recibir en el caso de que el afectado en el ojo por nuestro diestro lanzamiento se pusiera agresivo.

Parece mentira la cantidad de arena que éramos capaces de desplazar con una pequeña palita de plástico, para desconcierto de los que paseaban por la orilla y se veían obligados a dar un rodeo para sortear el foso que estábamos cavando. Otra de las diversiones era enterrar a alguien. Suena mal, pero era (casi) inofensivo y la víctima comprobaba con inquietud que con toda la arena encima resultaba imposible salir del foso. Respirar, sí, porque la cabeza no se cubría. Para esto estaba mamá, que chillaba mucho cuando lo intentábamos hacer con el pesado de nuestro hermanito.



«¡El mar es muy traidor!» Ya estábamos advertidos, pero hasta que una ola inesperadamente alta nos revolcaba y arrastraba sobre la arena y lijaba nuestra sensible piel, no nos dábamos por enterados. Un buena dosis de Nivea (y con suerte otro balón) restauraba los rasguños, pero no nuestra confianza en el mar. Un respeto.

Lo de aprender a nadar había supuesto muchas horas de piscina y la paciencia de monitores y padres aburridos sentados en las gradas. Embutidos en un gorrito de baño y un bañador que ceñía cosa mala, nos lanzaban al cloro líquido para aprender por inmersión, en este caso literalmente, cómo desplazarnos sin hundirnos. Algunos tenían más estilo que otros, que se limitaban a flotar y chapotear. Al menos adquiríamos las nociones suficientes como para no ahogarnos y ser prudentes en el agua. La prueba de fuego era cuando íbamos a la playa y comprobábamos que el agua del mar iba a su bola.

De pronto se pusieron de moda las piscinas desmontables, que se podían instalar en una terraza o en el jardín, en el supuesto de que se dispusiera de estos espacios. Llenarlas de agua con la manguera era un proceso interminable y, reconozcámoslo, poco ecológico. Así que había que amortizar el llenado a toda prisa antes de que el agua adquiriera tintes sospechosos, y se invitaba a los vecinitos y parientes más cercanos para organizar alegres batallas navales. Al finalizar la jornada acuática, la mayor parte del líquido estaba alrededor de la piscina formando enormes charcos, pero, con la piel arrugada como una lagartija, los más leídos nos sentíamos como el Capitán Garrapata, y como Hook, los más cinéfilos.

CARRETERA Y MANTA

Tener una moto era el sueño de todo adolescente y la pesadilla de toda madre. Algunos lo conseguían y se convertían en el centro de atracción de sus compañeros de clase. Especialmente de los del sexo opuesto, que, a partir de la adquisición, ya no se oponían tanto.

No era obligatorio llevar casco y, si las madres se ponían pesadas, que lo hacían, era cuestión de ser originales. Incluso se puso de moda llevar uno de montar a caballo. Por fin, llegó implacable la normativa y el temor de que la llegada de una multa se convirtiera en una excusa para prohibir la moto pudo más que la imprudencia rebelde. También influyó el accidente de algún amigo que «se salvó de milagro por llevar el casco».

La Vespa se imponía en las ciudades y la Vespino arrasó durante tres décadas, aunque los más deportistas y *trialeros* preferían la Honda, la Bultaco, la Ossa, la Montesa... y la Derbi, que paseó triunfal la marca por el mundo gracias a Ángel Nieto, 12+1 veces campeón del mundo.

Para los menores de 16 años había una atractiva oferta de ciclomotores, pero casi ninguno conseguía la aprobación materna. A partir de los 14 años se iniciaba la cantilena «¿Cuándo me compraréis una moto? Soy el único del grupo que no tiene y me quedo marginado». Sin resultado. «Que luego no se extrañen si salgo friki y me da por los cómics.»



Los amantes de los *scooters* tenían una Derbi Start por algo menos de 140.000 pesetas, y para los que preferían una moto más pequeña y ligera o el presupuesto familiar no daba para más, una Puch Maxi costaba 93.000 pesetas y una Mobilette Cadi no llegaba a las 75.000, eso sí, la diferencia la notabas al arrancar a fuerza de pedales, que era un poco más cutre que el arranque eléctrico, pero también te permitía mostrar el desarrollo muscular. Una cosa por la otra. Las Vespino eran muy populares por su diseño y gama de colores, y como solo alcanzaban los 40 km/h eran las preferidas por las madres si finalmente aceptaban la entrada en competición del hijo en el peligroso circuito urbano. En las áreas rurales era distinto. La moto era una necesidad real para ir a un colegio apartado o para contribuir a las tareas familiares. Una Mobilette sin accidentes visibles podía mantener en circulación a dos o tres tandas de hermanos durante su adolescencia.

La moto que lideró las ventas de EGB fue la Honda Scoopy. Con una estética y prestaciones innovadoras, fue una de las motos más apreciadas desde su lanzamiento en España en 1984. Plataforma para poner el bolso o la mochila, cestita delantera monísima y unas ruedas que se pegaban al asfalto cuando acelerabas, ¿qué más se podía pedir? «¡Que no te olvides del casco!» «¡Qué pesada, mamá!»





Ir a la escuela cabalgando una moto era empezar el día con más poderío que la Jurado. Además, siempre podías llevar a tu elegido en el asiento de atrás o seguirle, si también tenía moto, hasta algún lugar discreto para repasar la lección con lenguaje no verbal.

El coche familiar cambiaba de año en año, no el de la propia familia, sino el que se lanzaba al mercado. En casa se compraba un coche cada diez años, con suerte. Los modelos incorporaban nuevas tecnologías que fascinaban al personal hasta el punto de hacerle soñar que *el coche fantástico* estaría pronto disponible solo con la firma de unas cuantas letras. Aunque seguía predominando el vehículo pequeño, el tamaño y la potencia crecieron progresivamente (¿qué diferencia hay entre un caballo de vapor y un caballo fiscal?), lo que generaba una paulatina sensación de hermandad con los yanquis, considerados como líderes del motor y de otras cosas. Visto en el cine.

Parece ser que el monovolumen no era un invento nuevo, pero era tan feo que tardaron años en lanzarlo al mercado. Hasta el nombre evocaba una lección de física y química. Sin embargo, hay que reconocer que era útil. Cabía hasta la abuela, que estaba bastante gorda —corpulenta, decía mamá—, eso sí, apretujada entre los gemelos, que, cuando no se peleaban, competían tirándose sonoros pedos. La abuela estaba un poco sorda, pero tenía buen olfato, así que la bronca estaba garantizada en la zona sur del vehículo.

Para las vacaciones, había que encajar las maletas en plan Tetris. Todos queríamos jugar, es decir, aportar algo, pero nos echaba para atrás el nerviosismo de los padres en el aciago momento de comprender que «aquello» —siempre había algo con una forma inesperadamente complicada de encastrar— no cabría a menos que dejáramos a los gemelos con un vecino, *Ma quale idea!* Escuchadas atentamente las improvisadas y apasionadas imprecaciones del padre, se devolvía el objeto culpable al hogar. Se solía dejar precipitadamente en el recibidor, así, al volver a casa tras las vacaciones, ya olvidado el trasto, el primero en entrar siempre tropezaba con él. Nuevas imprecaciones e insultos cerraban el bucle veraniego.

Los padres recordaban los tiempos del 600 como si hablaran de los dinosaurios. En realidad, aún se veían muchos circulando. Eran graciosos, pero, al verlos, uno comprendía que aquello sí que obligaba a ser campeón de Tetris. Así que el monovolumen acabó imponiéndose entre los padres modernos que querían compartir con la prole un fin de semana familiar en contacto con la naturaleza. Algunos, incluso, con la aviesa intención de educar, recitando el nombre de las plantas y otros objetos decorativos que llenaban el paisaje.

Sí, aparcar era complicado. Por alguna misteriosa ley física (de otro de los días que faltamos a clase), las plazas de aparcamiento se habían estrechado en la misma proporción en la que los vehículos se habían ensanchado. ¡A ver quién resuelve este misterio de la categoría del Big Bang! Por cierto, el Bang Bang era el chicle ideal para mascar durante un viaje largo. Con un consumo medio de cuatro Bang Bangs cada cien kilómetros, resultaba una de las inversiones más rentables de la paga. La bola acababa pegajosa y enganchada en el fondo del cenicero a la espera de ser descubierta y provocar la pertinente bronca.





Convertirse en «el coche del año» era el objetivo de todos los fabricantes que se disputaban el mercado de los utilitarios familiares, así como de los destinados a una juventud que ya tenía capacidad adquisitiva para convertirse en blanco comercial. El Seat 127, el Seat Panda, el Renault 5, el Opel Corsa, el Opel Kadett, el Seat Ibiza, el Renault Clio, el Renault Twingo y, especialmente, el Volkswagen Golf, entre otros, llenaron las carreteras españolas de conductores ilusionados con la nueva adquisición que les otorgaba libertad de movimientos, atascos aparte, en una época en la que «libertad» era un término muy valorado.

El Simca 1000 lo descubrimos al mismo tiempo que la dificultad de hacer el amor en su interior, gracias a Los Inhumanos.

En 1989, un niño chino que formaba el símbolo de la paz con su deditos —se veía mucho el truco— se hizo célebre como publicidad del Citroën BX en el momento en que sucedían los hechos de Tian'anmen. ¡Genial!





LA SALUD ES LO QUE CUENTA

Lo decían hasta en la tele, pero cuando uno es pequeño parece que la salud se da por descontada y que va a durar siempre. No se tarda en descubrir que no es así. Generalmente con dolor.

Resfriados al margen, una de las primeras constancias de anomalía permanente era la mala visión que obligaba a usar gafas, primero, y lentillas cuando las exigencias de pavo adolescente lograban imponerse. Lo normal era llevar las gafas de pasta que te había comprado tu madre en la óptica aprovechando una oferta para estudiantes. *Cuatro ojos* era lo mínimo que podías esperar que te llamaran. «Ya caerán, ya.» La mayoría caían víctimas de las agotadoras jornadas de videojuegos. Si quieres pasar pantalla, hay que sacrificarse.



La llegada de *la regla* ya no suponía un trauma. También en la tele aconsejaban sin tapujos sobre las virtudes de tampones y compresas. Algunas parecían garantizar una felicidad tan completa, que los niños sentían envidia de sus compañeras al descubrir la enorme cantidad de actividades interesantes que podían hacer durante *el periodo*. En alguna campaña se la identificó como *la roja*, pero eso fue antes de que España ganara el Mundial de Fútbol.

La droga acechaba a la puerta del cole. Era relativamente fácil conseguir sustancias que las *pelis* y el entorno permisivo te presentaban como una oportunidad para pasarlo bien, por mucha moraleja que acabaran poniendo para salvar la cara. No solo vegetales variados para fumar, también cocaína, cortada con laxantes, estricnina y vete a saber qué, y pastillas diseñadas en laboratorios para alucinar a base de bien. El LSD ya estaba anticuado. El *crack*, el polvo de ángel, el éxtasis..., eso era lo que estaba de moda. Y la heroína, bajo control. O eso creyeron algunos.



El consumo creció a tales extremos que el Gobierno, alarmado, lanzó numerosas campañas institucionales en los medios, especialmente en televisión, para que se tomara conciencia de los riesgos y de los efectos del consumo de drogas. En una de ellas un gusano penetraba por la nariz para comerse el cerebro representando de un modo gráfico el efecto de la cocaína, uno de los estimulantes que más se puso de moda. ¿Quién no iba a querer ser como un *yuppie* de Wall Street para vivir desenfrenadamente?

Fumar se consideraba un mal menor, siempre que el tabaco, como droga legal, hubiera pagado sus impuestos y no se le añadieran más sustancias de las muchas e infectas que ya lleva. Los cigarrillos se anunciaban, se vendían y se fumaban por todas partes. El humo no solo cegaba tus ojos, invadía tus pulmones incluso en la sala de espera del médico. Se fumaba sin cesar y la publicidad seducía sin reparos a los niños de EGB para que entraran a formar parte del colectivo nicotínico. Caían, claro. El primer cigarrillo, lagrimeo y tos aparte, producía una sensación de mareo que no estaba mal. Es como la cerveza, hay que acostumbrarse. Sigamos probando...

El sida llegó como una plaga bíblica, así la vendieron algunos, para causar millones de bajas en todo el mundo. Contagios a través de la droga y del sexo prohibido. Un estigma que invalidaba los derechos del infectado, considerado como una víctima de sus vicios. Afortunadamente, pronto se hizo público que todos sin excepción podían ser víctimas involuntarias y que lo importante era explicar los riesgos y su prevención sin moralinas ni tapujos. Se realizaron sonadas campañas en televisión con imágenes muy explícitas y didácticas. «Póntelo. Pónselo.» A pesar de lo que digan..., ser hipócrita puede resultar mortal.

De lo que ya no te librabas era de la inquisición dental con tu madre actuando como delegada del colegio de odontólogos. Los dentistas no paraban de prescribir dentífricos casi milagrosos y de condenar a sus archienemigos los chicles. Por suerte, de los Lacasitos no se acordaban.

Unos de los medicamentos más consumidos por la generación de EGB fueron los jarabes para la tos. De sabores extraños y con fórmulas diferentes según cómo sonara la tos. «¿Es seca o es productiva?» «¿Cómo que productiva?» «¿Que si saca algo al toser?» Aquí seguía una descripción detallada y repugnante de *la producción* que, aunque no parecía ofender al doctor, adornábamos sin piedad para vengarnos del contacto de sus manos frías en la espalda. «¡Diga 33!»



frases de usar y tirar

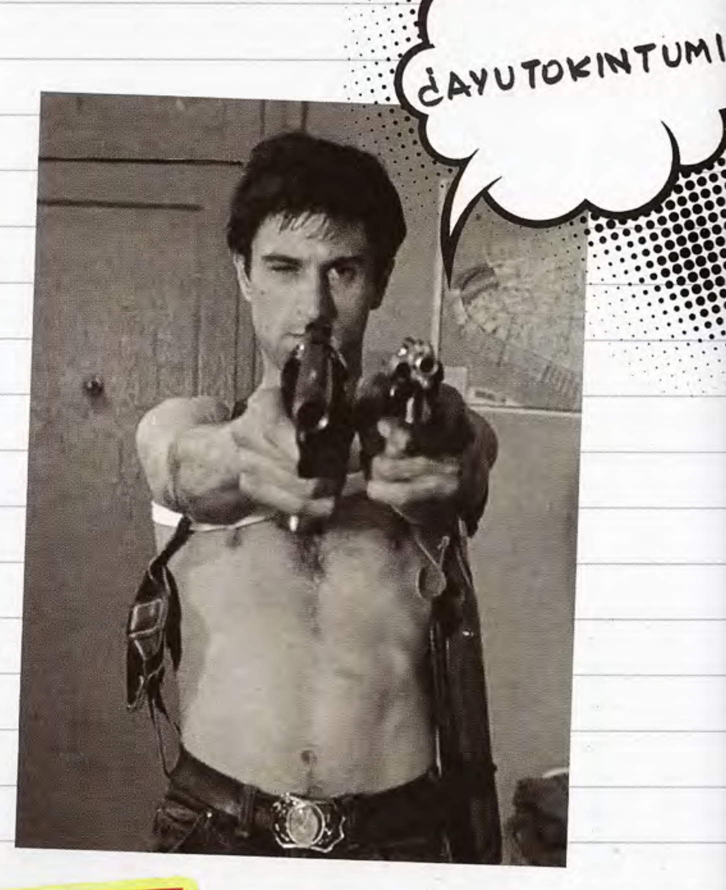
Las frases hechas eran como una especie de código para identificar la pertenencia a un grupo. Cambiaban cada cierto tiempo y las de los hermanos mayores sonaban tan antiguas que parecían sacadas de *El Quijote*. Se soltaban sin venir a cuento, muchas veces al día y sintiendo un extraño placer intelectual al hacerlo. Eran frases y expresiones como *Cómprate un bosque y ¡piérdete!, ¡Tienes un morro que te lo pisas!, ¡No me comas el tarro!, ¡Paso olímpicamente!, ¡Flipa, colega!...,* etcétera.

Hasta que un día, bruscamente, dejaban de tener gracia y cansaba oírlas en boca de otros. ¿De qué vaaas?

¡Corta el rollo, cara bollo! Y vuelta a empezar con la nueva hornada. *¡Okeymakey!*

De los programas de la tele y, sobre todo, de algunos anuncios, salían perlas que repetíamos hasta quedarnos roncos. Algunas coletillas del programa *Un, dos, tres* quedaron grabadas en la memoria, como ... *y hasta aquí puedo leer*, que popularizó Mayra Gómez Kemp y que usábamos para determinar que no íbamos a contar más sobre el nuevo novio de Isabel —que era amigo nuestro y ella no le merecía—, al menos hasta que los demás del grupo no insistieran un poco. ¿Cómo estaba la plaza? Preguntaban los esperpénticos toreros del Dúo Sacapuntas para que el público coreara *¡Abarrotá!*, y luego *Veintidó-veintidó-veintidó, ¡Ey! ¡Vaaaamos que nos vamos!,* advertían las hermanas derrochonas. Realmente, el *Un, dos, tres* contribuyó a enriquecer el léxico de varias generaciones con sus joyas literarias. *Amigos y residentes en...* se convirtió en una introducción que utilizamos en numerosas ocasiones para hacer las presentaciones formales con un toque de desenfado mundano.

El cine ha regalado frases de oro para cada generación. Era importante soltarlas imitando el tono y el gesto del actor, algo imprescindible si queríamos pasar por Robert de Niro: *¿Hablas conmigo?* Y si se soltaba en inglés, no te digo. *Are you talking to me?* Es decir, *¿ayutokintumi?* Si lo tuyo estaba en onda con Harry el sucio, un *Adelante, alégrame el día* en tono provocador podía intimidar incluso al matón de la clase. *Sayonara, baby* tampoco estaba mal para chulear un poco. En todo caso, *que la fuerza te acompañe.*





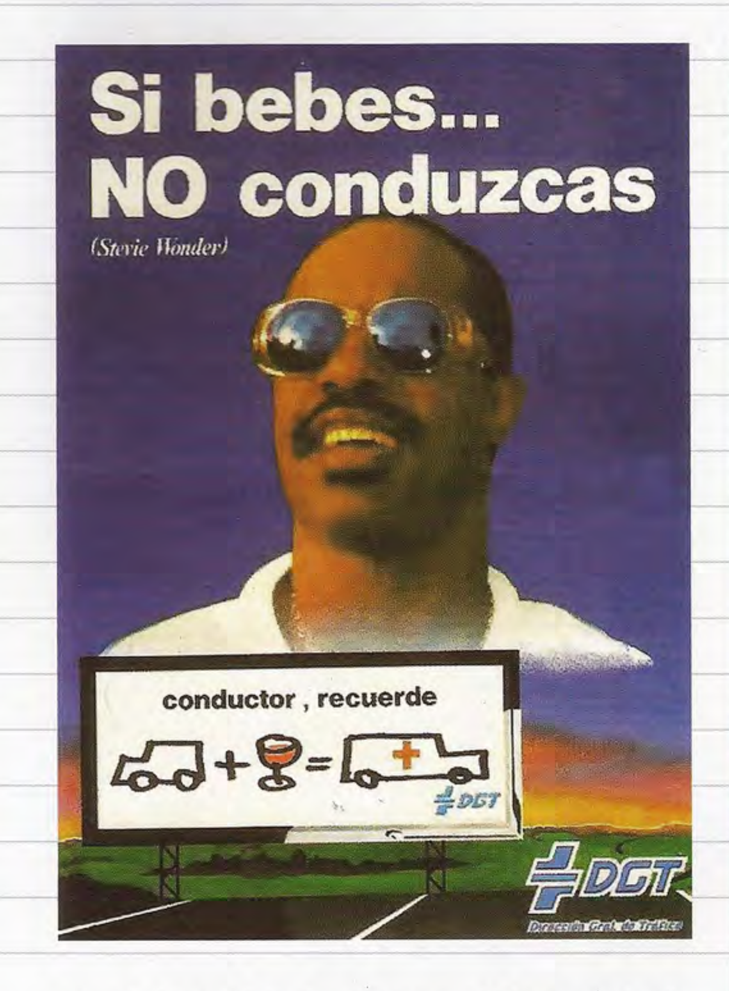
Algunas frases que formaban parte de la «cultura popular» te sonaban bien, pero el significado no estaba del todo claro y eso hacía que no siempre se aplicaran oportunamente. *De perdidos, al río*, sin ir más lejos. Alguien contó que procedía de la película *Dos hombres y un destino*, cuando Robert Redford (mamá suspiraba con solo oír el nombre) y Paul Newman (aquí suspiraba la abuela) saltan a un río cuando se ven acorralados. Pues no es eso, porque parece que tiene que ver con que muchas batallas se resolvían cerca de un río (de ahí también *la sangre no ha llegado al río*), pero nos quedamos con la versión cutre inglesa *from lost to the river*, que significa claramente: *total, nos van a castigar igual.*

Si te he visto, no me acuerdo... «Pero si eso ya lo decían nuestros padres», decían los nuestros con tono sabihondillo. «Bueno, ¿y qué? Ahora es nuestra.»

También se abusaba del *¿Passa, colega?*, o *¿Passa, tronco?*, si se quería dar un tono más canalla.

¡Venga yaaaaaa! Cuando te enterabas de que habían visto a tu mejor amiga haciendo manitas con tu novio al salir del cine.

Para frase, frase: *Soy tu padre*. Solo la podías soltar entre enterados de *La guerra de las galaxias* y seguidores de Darth Vader. Causaba su efecto si tenías el don de imitar voces roncas y ponías la de Constantino Romero: ***Luke, yo soy tu padre.*** Así, en negrita sonaba.





¡Me parto! Esa había que soltarla al mismo tiempo que nos dábamos repetidamente con el canto de la mano en el pecho. ¡Ojo! Según el tono, también podía significar que no había tenido ninguna gracia el chiste.

Stevie Wonder cantaba *Don't drive drunk* sentado en un descapotable (que no conducía él, claro) con una camisa hawaiana que hubiera deleitado a Custo, y acababa aconsejando: *Recuerda: Si bebezzz, no canduzzcasss. ¡Efestiviuonder!* Buena frase para recordar... si no se había bebido antes para olvidar.

Martes y Trece aportaron célebres tics al lenguaje. Eran tan pegadizos que algunos aún se utilizan: *¡Digamelon!* Para una respuesta simpática al teléfono. *Yonoquería oiga, yo nooooqueríaaaa*, con la cantinela del vendedor de lotería callejero, servía para negar la responsabilidad por algo indebidamente hecho. *¡Oiiiiigg! ¡Qué sorpresa! ¡Mira que eres picarón!* Y, en primera posición: *¡Encaaaanaaa!*

Para poner a los colegas en su sitio, nada mejor que otro corte como respuesta a un corte:

¡Menos lobos, Caperucita!
¡Cómo que Caperucita!
¡Señora de Feroz!



La poesía no era un plato fuerte de la EGB, pero las rimas para mostrar nuestros sentimientos al elegido de turno y las reflexiones sobre la condición masculina o femenina (dependiendo del género del autor) eran muy apreciadas y se anotaban en agendas, cartulinas, libros y otros soportes diversos. Y no siempre eran sentimientos positivos...

DE MI PARA TI POR SER TU

si el amor es ciego ¡viva la once!

por ti mi ♥ palpita... ¡como una patata frita!

el tiempo sin ti solo sería empo.

si te vas y me dejas, dime adios con las orejas.

Por la via pasa el tren, por la carretera el coche y por los labios de ✱ los de ✱✱ cada noche.

Me han dicho que a los tíos buenos los tiran al mar. Por eso ✱ está aprendiendo a nadar.

puedes no ser alguien en el mundo pero eres un mundo para alguien

si la mierda fuese oro, tú serías mi mayor tesoro.

el otro día pase por tu casa y me tiraste una flor. la próxima vez, sin maceta por favor.

Tu mamá debe ser pastelera, porqué un bombón como tú no lo hace cualquiera.

¿en qué se parecen las mujeres a las gaseosas? en que unas son caseras y otras revoltosas.

SI SIENTES UN FLECHAZO, NO TE ENAMORES... SON LOS INDIOS



Si fuera Superman, te llevaría volando, pero como no lo soy, te jodes y te vas andando

ANN

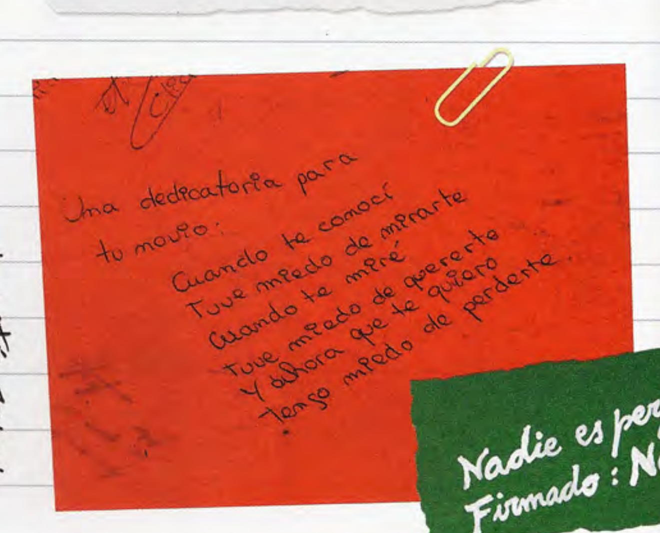
Naomi

cuando cortes con un chico, no lo vuelvas a coger. Pues basura que se tira, no se vuelve a recoger.

mis ojos no han visto cosa más bella
FDO: el ciego de la esquina (LAVIC)

Me gustaría ser tú para tener un amigo como yo.
YO

los chicos son como los lavabos: o son una mierda o están ocupados



 (✱Pon su nombre. ✱✱Pon tu nombre)

MADE IN LEPE

Lo de explicar chistes era y es todo un arte que, naturalmente, ejercitábamos implacables para dominarlo, aun a costa de los poco complacientes oyentes. Aunque nos parecieran nuevos y recién pensados por una mente brillante de nuestra generación, muchos eran viejos y conocidos por los padres, que se refocilaban haciéndonoslo saber. Otros eran adaptaciones con un ligero *lifting* y solo algunos eran ingenios recién horneados. Todos valían para seducir a propios y extraños, en ocasiones con una falta de oportunidad lamentable cuando soltábamos alguna grosería sexual delante de un amigo de la familia. Esto solía ocurrir cuando éramos más pequeños, lo que añadía más desazón al ambiente. «¡Este niñoooo!»

Los chistes de Lepe se inoculaban en vena. Los había de todo tipo y calibre, y pusieron a la localidad de Huelva en el mundo. Al principio los leperos se mosquearon, pero la publicidad era demasiado buena y acabaron por tomárselo con humor.

¿Sabes por qué los de Lepe comen bocadillos con cemento?
Para llevarse algo sólido al estómago.

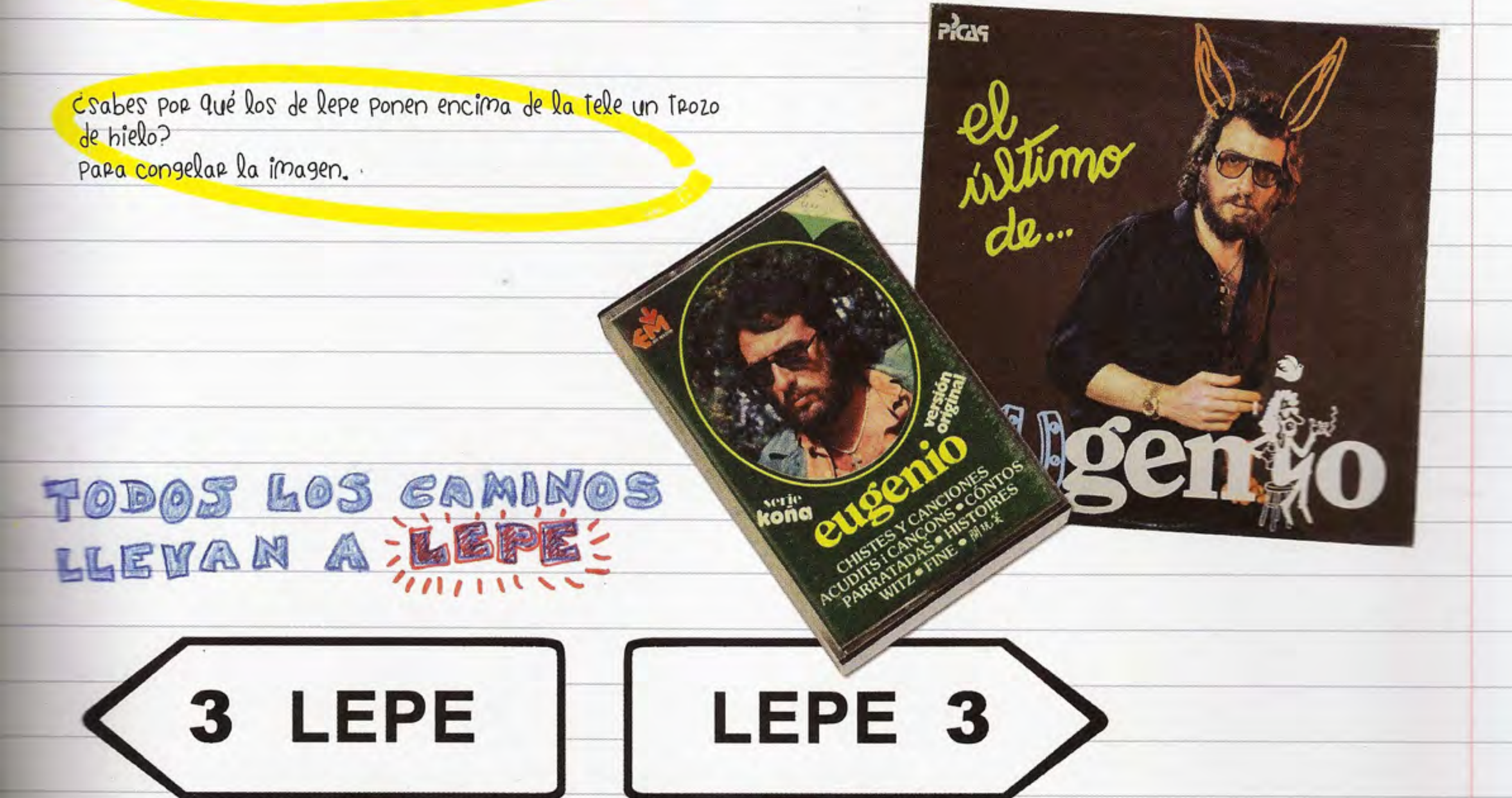
¿Sabes por qué los de Lepe ponen encima de la tele un trozo de hielo?
Para congelar la imagen.

Los de Jaimito, de toda la vida, seguían surtiendo el mismo efecto gracioso que ya había hecho reír a padres y abuelos. Parece mentira, pero cuanto más malo es un chiste, más grabado se te queda en la memoria.

- Mamá, en el cole me dicen que soy un despistado.
- No les hagas caso, pero vete para tu casa que tus padres deben estar buscándote por todas partes.

- ¡Mamá, mamá! ¿Las niñas de diez años podemos quedar embarazadas?
- No...
- ¡Qué guay!

¿Lo *saben aquél que dice...?* Recitaba con su voz de permanente cansado el genial Eugenio. Como teníamos su compilación en disco o en casete, nos los sabíamos de memoria, pero no cansaban. Nosotros sí que cansábamos cuando los repetíamos tratando de imitarle.





El niño que tuvo la suerte de tener un perro sabe lo terapéutico que resultaba en muchas ocasiones. Y no me refiero a las confesiones que se volcaban en su oreja erguida sobre los últimos amoríos en el cole y las últimas trastadas de su mejor amiga. El contacto con el perro daba tranquilidad física y espiritual. Es verdad que dejaba bastante pelo y las madres se ponían un poco nerviosas. Pero qué importa la pelusa cuando el amor es puro y tienes aspirador.

El sufrido animal era adecuadamente disfrazado para participar en los juegos y compartir con una Nancy (la Rosaura imponía demasiado y el perro le ladraba y enseñaba los dientes) una tarde de compras en el *súper* organizado en tu habitación. O con un penacho de plumas atado a la cabeza encarnaba a su pesar al jefe indio Gerónimo, sabiendo de antemano que iba a perder. Se resignaba a las sucesivas humillaciones con la esperanza de pescar un trozo de la merienda al menor descuido, pero peor hubiera sido salir a la calle con un sombrero de muñeca atado entre las orejas. Sus preferencias se decantaban por perseguir la pelota cuando el niño jugaba al fútbol por el pasillo o lamer un Blandiblub que había quedado a su alcance para sorprenderse con su textura. La plastilina tampoco olía mal, pero sabía a poco y no era demasiado nutritiva.

Cuando descubrías que el perro había roído la cabeza de tu He Man —sospechosamente era la única parte blanda de su musculatura—, lo buscabas con furia vengativa para darle una lección. Pero era más listo que tú y se había escondido consciente de que había actuado mal..., a menos que fuera un aliado secreto de Skeletor.

La desaparición del perro era más traumática que la muerte de Chanquete, que también era bastante peludo, por cierto. Era la primera lección que te daba la vida y el primer *carpe diem* que intuías, aunque no siempre te atrevieras a aplicarlo.



Fiesta no era solo un caramelo

Eso de celebrar por todo lo alto el día que naciste representaba la apoteosis del estado del bienestar y daba una medida clara de quién era el personaje importante en la familia. La llegada de otros hermanos complicaba el tema, pero no menguaba la exigencia en la celebración de los fastos.

La fórmula habitual era organizar una merienda en casa. Fantas, Coca-Colas o Pepsis y montones de rebanadas de Bimbo untadas con algo y con jamón dulce asomando cansado por los bordes, rodajas de chorizo Revilla brillando tentadoras desde el plato, bollos con queso El Caserío, montañas de patatas fritas onduladas dispuestas sobre una fuente, ganchitos, cortezas, sándwiches triangulares de Nocilla y..., por fin, el pastel con sus velitas encendidas. El homenajeado (*ojomeneado*, decías satisfecho de tu léxico) miraba de reojo a la pandilla de invitados para controlar que todos estuvieran atentos en el momento cumbre del soplido para apagar las velas. A continuación, todos a pringarse de chocolate y mantequilla hiperazucarada. Luego, a esperar otro año.



La dificultad de mantener a un grupo de niños entretenido sin tener que hacer obras de restauración en la vivienda al acabar la fiesta generó la aparición de empresas que organizaban el evento en espacios adaptados para ello. Celebrar el cumpleaños en un Happy Park, hundidos entre las bolas de colores esperando la llegada del pastel, tampoco estaba mal. Incluso los McDonald's fomentaron la celebración de cumpleaños en sus locales. ¡Y no te digo si los padres eran tan sufridos como para llevarte a un parque de atracciones!

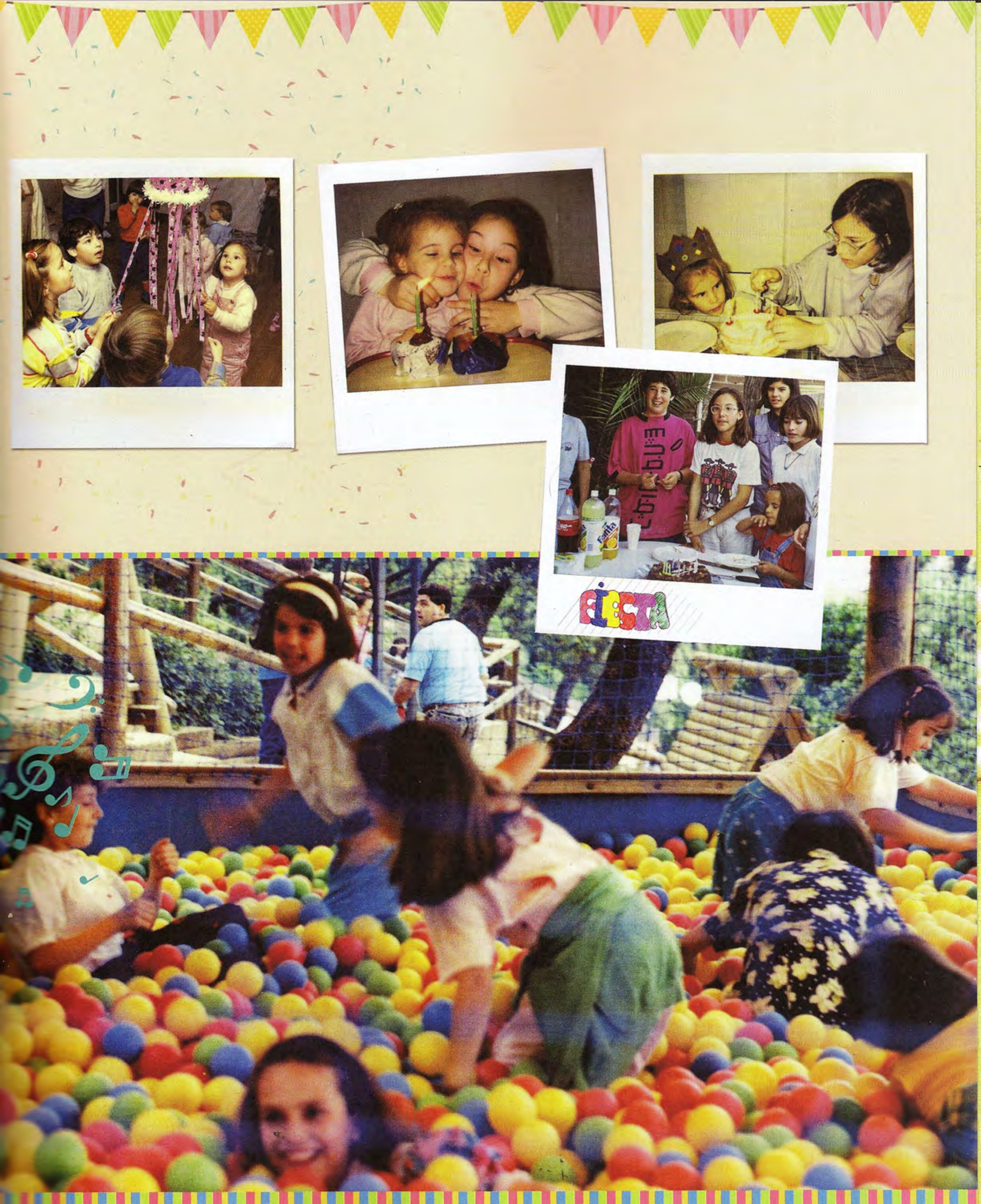


Al llegar a cierta edad, uno de los juegos preferidos, cuando el azúcar del pastel hacía estragos, era el del conejo de la suerte. No se trataba de Bugs Bunny, sino de un juego de iniciación a la hormona. Consistía en sentarse formando un corro, alternando chico y chica, para trasladar la palmada recibida en tu mano derecha a la mano derecha del siguiente. Todo ello mientras se cantaba una canción. El que recibía la última palmadita al acabar la canción tenía que besar a alguien.

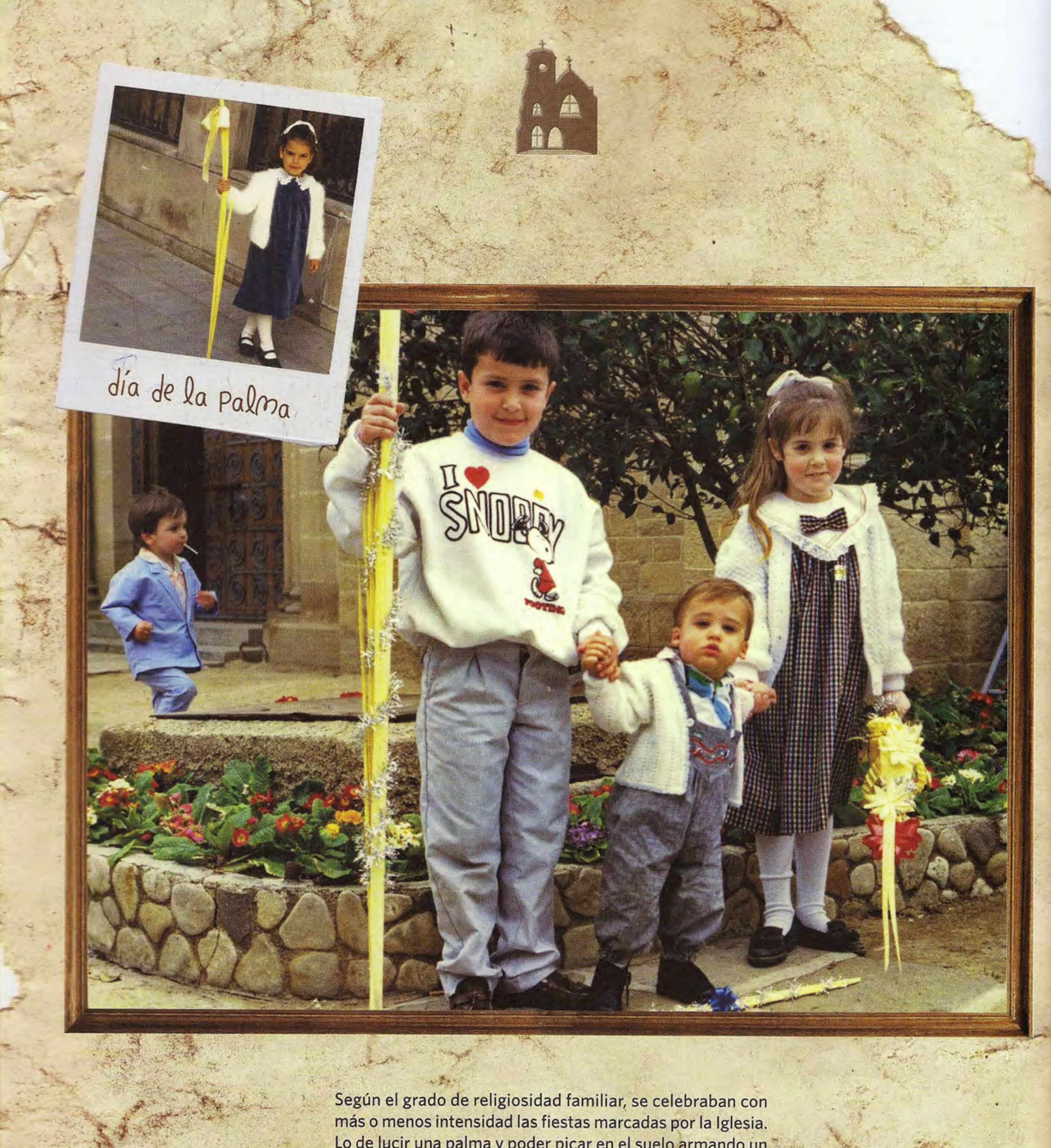
La letra era tan surrealista, que ahora me pregunto si el pastel contendría algo más que azúcar.

el conejo de la suerte ha salido esta mañana a la hora de dormir.
¡Pum, ya está aquí! haciendo reverencias, con cara de vergüenza.
Tú besarás al chico o a la chica que te guste más...

Naturalmente, se creaba una gran expectación con fondo de risas nerviosas cuando J. M. se levantaba y se dirigía con decisión hacia M. J. para darle un casto beso en la mejilla, súbitamente teñida de rojo carmesí. «¡Lo ves! ¡Ya te lo decía yo!», susurraba la amiga con un deje de envidia. Los menos atrevidos daban el beso a un amigo de su mismo sexo, para disimular..., aunque nunca se sabe.



FIESTA



Según el grado de religiosidad familiar, se celebraban con más o menos intensidad las fiestas marcadas por la Iglesia. Lo de lucir una palma y poder picar en el suelo armando un ruido inaceptable en otras circunstancias, notando, además, la prevención con la que te miraban al mover con descuido un arma potencialmente peligrosa, te llenaba de satisfacción hasta el punto de olvidar el motivo del acto.



La primera puesta de largo en cuestión de fiestas era la celebración de la Primera Comunión. Niños y niñas vestidos de blanco impoluto (al menos durante la primera hora), emulando a princesitas y militares, seguían el ritual marcado para emoción de madres y abuelas. Luego llegaba el desmadre de una fiesta cargadita de familiares en la que los niños gozaban de una tolerancia que iban a explotar sin escrúpulos.

DOBLE PERSONALIDAD



Los carnavales te permitían adquirir la personalidad de tu héroe favorito sin quedar como un friki, por eso los disfraces de Spiderman y de Superman se agotaban en las tiendas. Las niñas optaban por Caperucita, Heidi, Pippi o una princesita, pero había de todo y para todos los gustos. En la escuela solían realizar una foto oficial de los niños de cada clase disfrazados, con la profesora incluida. Así quedaba constancia de los deseos de cada uno, como una especie de antecedente para los futuros exámenes psiquiátricos.

En los campamentos de verano y en las fiestas del pueblo era habitual organizar concursos de disfraces y las madres se esmeraban para competir duramente con las vecinas preparando creativas indumentarias para impresionar al personal. «¡Mamá, yo quiero ir de Hombre invisible!» «¡Que te calles, que irás de "Del Caserío, me fío" y vamos a ganar el concurso!» «¡Cómo que "vamos"!»


EL CASERIO

¿Qué te han traído los Reyes?

De todas las tradiciones, sin duda, la noche de Reyes es la preferida por los niños de todas las épocas. También lo es de los padres.

La generación de EGB tuvo la suerte de vivir un periodo de gran creatividad juguetera que, junto al creciente poder adquisitivo de los españoles y las ganas de consumir en estado de ebullición, se concretó en un aluvión de regalos que la noche de Reyes inundaban el salón del hogar. Algunos tenían, además, el suplemento de Santa Claus o de Papá Noel o del Caga Tió —que sonará guarro, pero era el preferido de muchos niños—, para sumarse a una oferta de regalos digna del escaparate de *Un, dos, tres*.

Pero antes estaba la carta: *Queridos Relles Magos. E sido mui buena con mis papas. E pegado poco a mi ermanita. Qiero...*
Y a continuación seguía una larga lista de *Vistos en la tele* cuya lectura hacía palidecer a los padres. «¡Pero, Anita, si ya tienes catorce *nancys*!» «¡Vale, pero ha salido una que guiña el ojo y la quiero, la quiero y la quiero!»

Al despertar, el día de Reyes, se recordaba la consigna de no ir al salón hasta que no se recibiera la venia paternal, pero ¿quién aguantaba? Los ronquidos delatores que atravesaban inmisericordes los tabiques revelaban la causa del retraso. No había problema. Se trataba de hacer ruido para acelerar el proceso y para ello serviría la bolsa de patatas vacía consumida en secreto la noche anterior. El tío Paco, un día que estaba muy contento, nos había enseñado cómo hacerla estallar. El efecto era devastador y, al instante, un padre desencajado y con taquicardia aparecía en la puerta de la habitación para hacernos notar que eran las cuatro de la madrugada y que los Reyes se iban a enfadar mucho, mucho, mucho. Y no digamos los camellos. Como habíamos oído decir pestes de los camellos y sus peligros, nos resignábamos a esperar una hora más prudente para ir a recoger los regalos. Las seis, por ejemplo. Por suerte, la naturaleza se imponía y finalmente nos despertaban unos padres ya recompuestos e ilusionados. Íbamos corriendo al salón con cierta ansiedad porque nuestra experiencia, aunque escasa, ya nos preparaba para enfrentarnos a las alegrías y desilusiones propias del momento. «¡Esta Nancy no guiña nada!»




El Corte Inglés
El Corte Inglés

¿SOMOS AHORA LO QUE COMIMOS ENTONCES?

¡nene, no comas tantas chuches que se te van a pudrir los dientes!

En el complicado proceso de crecer, para un aprendiz de adulto los juegos eran fundamentales, pero antes de jugar había que comer algo. No en vano, en la EGB se planteaban las grandes preguntas de la humanidad: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? Y, sobre todo, ¿a dónde vamos a comer?

«Somos lo que comemos»; el más repipi de la clase citaba la frase de Sócrates sacada de algún libro de texto. (Parece ser que, en realidad, la frase es del filósofo y antropólogo Ludwig Feuerbach. ¡Para que te fíes de la cultura popular!). Y, a continuación, se atracaba con un bocadillo de paté de fuagrás, el muy cerdo. El repipi, no el filósofo.

Y es que las campañas del gremio de dentistas y fabricantes de pasta de dientes —¿hay gremio de eso?— se pusieron a dar la vara con la higiene dental y los peligros que podían causar los horrorosos bichos que creaba el azúcar en la dentadura. El único peligro del que éramos conscientes era del de ablandar un chicle Dunkin petrificado en pleno invierno, pero las madres, como siempre, se aliaron con los predicadores dentales de la tele y se impusieron la dura tarea de controlar las golosinas que comíamos. Cuando llegó el chicle Trident ¡Sin azúcar!, todas se pusieron de acuerdo en recomendarlo. No es que nos negáramos a masticarlo, pero no frenó el inmoderado consumo de azúcar en forma de gominolas multicolores y otras innombrables vituallas atractivas.



La capacidad que teníamos para digerir el contenido de una enorme bolsa de pipas era asombrosa. Parecíamos un hámster. Es verdad que después el aliento olía a rayos, pero, por lo poco que besabas, valía la pena el sacrificio. En la tele pasaban un anuncio en el que se veía un chaval con aspecto de roquero esperando el bus. Comía pipas Churruca, aunque tenía pinta de consumir otras cosas con igual deleite. Al final salía un cartel que decía: «Vicio sano». No sé yo...



Había padres muy permisivos (e inconscientes, visto lo visto) que dejaban que su retoño se zampara una bolsa de patatas fritas mientras esperaba el autocar del cole a las ocho de la mañana. Otros empezaban a tomarse tan en serio las nuevas tendencias alimenticias *new age* que castigaban a sus hijos con asquerosos tofus de algas para desayunar, algo que los convertía en el blanco de las mofas de sus compañeros, que mordían compulsivamente la bollería industrial surgida de un crujiente envoltorio de celofán.

Para compensar el exceso de sal, se alternaban las pipas con algunas nubes o con ladrillos de regaliz (que, al principio, tenían los orificios huecos y luego los rellenaron con una pasta blanca que sabía a masilla, pero dulce).



A la hora de comer, los potajes, fabadas, legumbres y féculas tradicionales empezaron a dar paso a enormes pizzas surtidas con quesos que pringaban con solo mirarlas. Toda la familia caía en la tentación, porque, además de querer ser tan modernos como el vecino, con las nuevas cadenas de televisión compitiendo con programas y concursos con *mamas chicho* y *medias naranjas*, ¡quién se iba a poner a cocinar!

Los estudios científicos a veces se contradecían y el pescado azul pasó de ser un veneno a ser lo mejor de lo mejor para el cuerpo. La fruta se convirtió en el secreto de la buena salud y las mamás se apresuraron a embutir plátanos y naranjas en las mochilas escolares sin sospechar el triste destino que tenían la mayoría de las veces. Tras el recreo, en las papeleras del patio yacían los restos de frutas con un pequeño mordisco de buena voluntad. Lo más interesante de la fruta eran las etiquetas adhesivas que llevaba y que acababan alegrando la tapa de la libreta de mates.

Las verduras no despertaban mucho entusiasmo, por decirlo con delicadeza. Algunas nos resultaban francamente antipáticas y provocaban espasmos convulsos de asco. De la coliflor odiábamos hasta el nombre. Pero, con el tiempo, nos hemos reconciliado con la mayoría de ellas y algunas hasta nos gustan.



Las verduras en general resultaban, digámoslo diplomáticamente, poco amigables. ¡Cómo va a ser uno amigo de una alcachofa, con lo fea que es! Acelgas, espinacas, brócoli y no digamos la coliflor, hervidos hasta la náusea, humeaban amenazadores desde el plato frente al que nos plantábamos resueltos a iniciar una huelga de hambre. La primera colleja nos hacía desistir y recibíamos, de paso, la primera lección sindical.

Las patatas y judías no estaban mal si las triturabas previamente. Aprendimos que a las judías las llamaban *peronas* porque Eva Perón —a la que conocimos a través de Paloma San Basilio— las envió a España cuando este país pasaba hambre. Las berenjenas, calabacines y otras intrigantes creaciones de la naturaleza resultaban poco atractivas frente a una hamburguesa y un huevo frito con una rubia, crujiente y aceitosa corona. Cosas del metabolismo y de las películas americanas.

ZUMOSOL

con toda la energía del sol.

Del chóped de mortadela poco se puede decir, porque hay que ser compasivo y perdonar. Un bocadillo de jamón serrano seguía siendo muy apreciado, incluso uno de chorizo Revilla, ¡un sabor que maravilla!, pero el fuagrás les llevaba la delantera en la estadística del bocata escolar. ¡Barato y rápido de preparar! Para nuestra envidia más roñosa, veíamos cómo, en el recreo, alguna compañera de clase abría un bocadillo primorosamente envuelto en Albal del que surgía un panecillo, ¡rodeado por una servilleta de papel!, que parecía contener lomo embuchado. Es posible que todo fuera fachada y el contenido también fuera fuagrás. Nunca nos acercamos para averiguarlo y ahora nos encantaría volver a ver a la niña en cuestión para comprobar si los años la han dotado con abundantes michelines y que la venganza es un plato que se sirve frío. Por cierto, en el patio de mi cole nunca aterrizó el helicóptero de Tulipán. Y eso que siempre miraba al cielo de reojo con la esperanza de mejorar mi bocadillo con el nuevo ungüento.



¡dáme chocolate!

No sabíamos las propiedades del chocolate, pero no cabía duda de que tenía muchas, porque en cualquiera de sus formas se presentaba como una tentación que, siguiendo el consejo de Oscar Wilde, la vencíamos comiéndolo sin escrúpulos ni mojigaterías. Especialmente en tableta, para la merienda más socorrida de la historia de las madres muy ocupadas. También se presentaba en tabletas individuales para llevar al cole y mordisquear durante una clase aburrida, relegando el pan como futuro material para actividades extraescolares.

Nos gustaba fundido como relleno de bollos de todo tipo que Bimbo, Panrico y otros industriales lanzaron al mercado para que tomáramos conciencia de la existencia del colesterol. Afortunadamente, entonces no sabíamos qué era eso y devorábamos felices todo tipo de bollos de sorprendentes colores y texturas: Bucanero, Tigretón, Pantera rosa, Phoskitos, Bony..., y el insuperable Bollycao. Estaba tan bueno, que todos queríamos ser un *bollycao* para los demás.



de dos en dos

Y siempre quedaban los Donuts: uno solo, un cortado, uno doble... ¡Anda! ¡La cartera! Con los Donettes te salían amigos por todas partes. Sospechoso pero comprensible. La llegada de los Filipinos sembró dudas, pero se resolvieron alternando unos y otros para ser consumidores equitativos.



Te volverán loca...



El Nesquik parecía más moderno que el Cola-Cao y se impuso en los vasos de leche durante un tiempo. Incluso se promocionó con la creación del conejo Quicky, que protagonizaba aventuras en los tebeos. También Nocilla creó los personajes de *Noky y los nocilleros* para hacer una publicidad directa a los niños adictos a Mortadelo.

Un tazón de leche con Cola-Cao u otros chocolates en polvo tampoco estaba mal. Cuando nadie miraba, añadíamos una buena cucharada sopera extra para reforzar el sabor. Queríamos que quedara grumoso porque las burbujas con tropezones de polvo de chocolate eran una pasada. Palabras mayores eran las tazas de chocolate que preparaba la abuela cuando la nostalgia la llevaba a su niñez y necesitaba una excusa para contar su batallita. Nada que ver con las «instantáneas» que nos endilgaba la publicidad de la tele.





Descubrir una tableta de chocolate que había quedado olvidada en el fondo de un cajón de la cocina era todo un hallazgo. Tenía una pátina blancuzca pero, una vez, un tendero (algo desaprensivo) nos había dicho que era un efecto de los cambios de temperatura, así que dábamos un lametón y, si sabía a chocolate, seguíamos comiendo. El relleno de praliné parecía delicioso..., hasta que, mirándolo atentamente, descubríamos ¡que se movía! Horrorizados, escupíamos el trozo medio masticado exhalando gritos guturales a los que acudía mamá asustada. Intentando apartar la mirada de nuestra grumosa aportación, pero alargando la mano hacia el Mister Proper (que luego se nacionalizó como Don Limpio por cuestiones de *marketing*), descubría nuestro desaguisado y aprovechaba para extraer una deprimente moraleja de la situación (conteniendo la risa, nos parecía).

Nos lanzábamos a orgías desenfrenadas de Nocilla, ¡qué merendilla!, para fomentar el crecimiento de granos en la superficie facial, algo que a Clearasil le parecía bien, pero entorpecía las relaciones amorosas y creaba abismos insondables de falta de confianza a la hora de ligar. La Nocilla, leche, cacao, avellanas y azúcar con música de fondo, se convirtió en la merienda ideal. Bastaba con hundir el cuchillo en la espesa crema y untar el pan con una gruesa capa. Como el envase de Nocilla era un vaso de vidrio, tras rebañar los restos del fondo con el dedo, se sumergía unas horas en agua caliente y con unos enérgicos pases de Nanas quedaba un vaso de lo más práctico, porque, si se rompía durante un arrebatado debate con el hermano menor a tenor de las cualidades del nuevo He-Man, mamá no se enfadaba tanto como cuando papá rompía la tacita de café traída por su madre de no sé dónde.

El Príncipe de Beukelaer enamoró a más de una niña... y de un niño, porque su éxito radicaba más en el chocolate prensado entre dos galletas que en su aspecto físico, un poco ridículo, la verdad. Y eso que estábamos en plena era de los nuevos románticos, como Tino Casal...

nocilla

YUM YUM

NOCILLA CREMA AL CACAO

¿QUE QUEREIS DESAYUNAR?

Tosta Rica Y NADA MAS

Cuétara la mejor hornada

La modelo Montse de la Prida posa bajo el anuncio que protagoniza en el que afirma «Yo soy fiel a lo mío». Suponemos que se refería al Cacaolat, al que también nosotros éramos fieles, sobre todo en invierno, calentito.

Yo soy fiel a lo mío.

Cacaolat

ORIGEN Y FINAL SJ

PARADA BUS



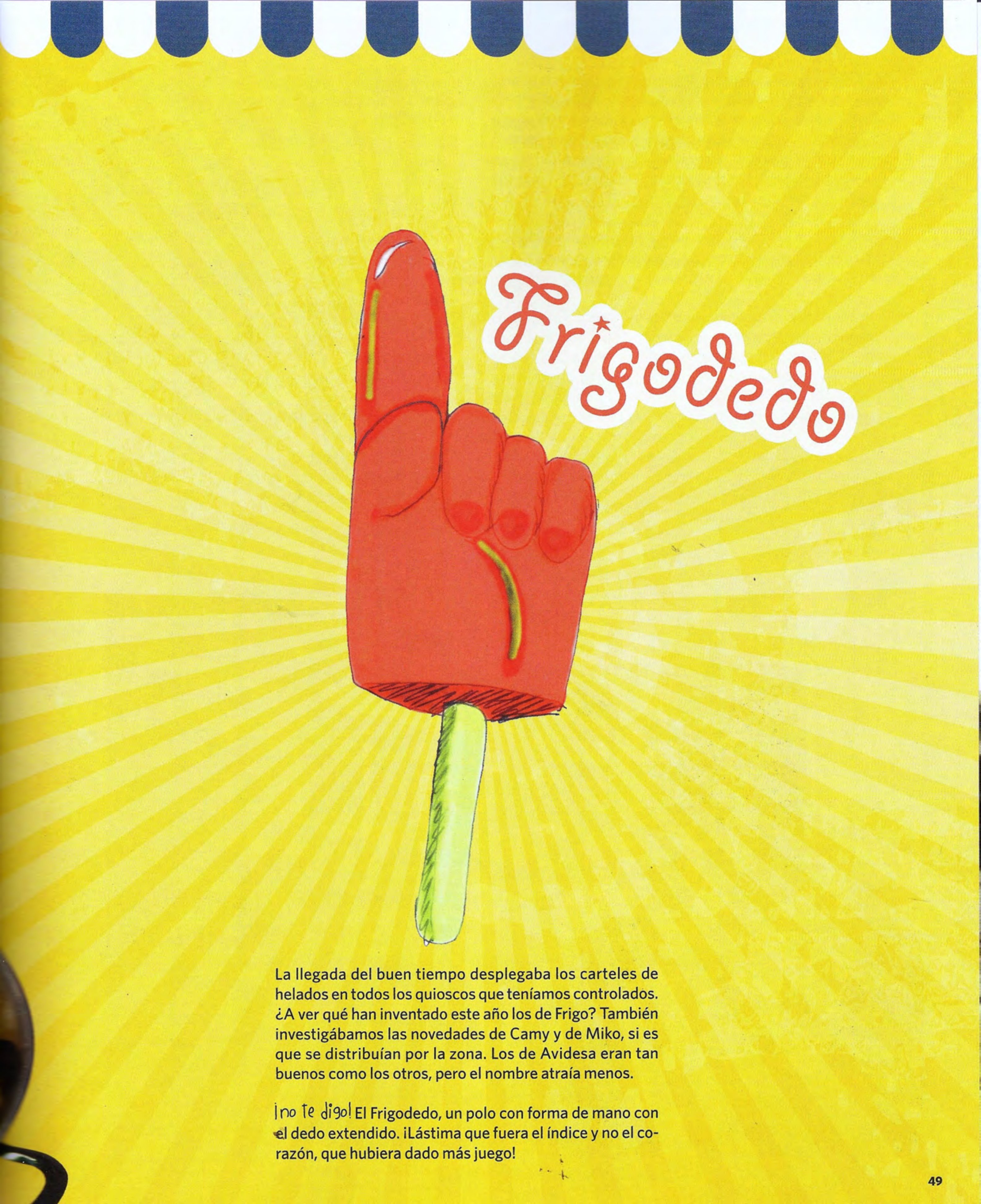
AAAASÚCAR

Cuando se acercaba la fecha de Reyes, entre las paradas de juguetes se instalaban puestos con golosinas especiales que no solían encontrarse durante el resto del año. Las más atractivas eran las figuras de mazapán con formas de objetos, frutas o comidas en miniatura. Zamparse una paella de azúcar era un placer. También descubríamos ristras de ajos de puro azúcar blanco y nos tentaban los cigarrillos y puritos de chocolate, más que nada para ir entrenándonos en el duro arte de fumar. Formas insólitas de chocolate de incierto origen, envueltas con papel de aluminio brillante estampado como una moneda, una lata de sardinas o un cochecito, se desplegaban ante los ojos ávidos de emociones gastronómicas fuertes. "¡Papa, mira!". Mamá daba un (poco) discreto tirón de la manga a papá para acelerar el paso y evitar tanta tentación para las caries. Pero era inútil.

Con las garras aferradas al improvisado mostrador de madera, se elegían poco a poco las mejores piezas de caza. De perdidos al río, cuantas más peticiones, más posibilidades de conseguir algo.

Siempre quedaba el consuelo de pedir la manzanita caramelizada o la bola de algodón, que eso sí que era puro y simple azúcar hilado. Los padres solían ceder con más facilidad, seguramente porque eran chuches antiguas y evocaban su infancia.

Un huevo Kinder era el regalito ideal para momentos sin efeméride concreta. La «sorpresa» que llevaba solía sorprender poco, pero el misterio de cómo habían hecho el huevo con la figurita dentro nos daba que pensar mientras devorábamos el chocolate con más leche del mundo.



Frigodedo

La llegada del buen tiempo desplegaba los carteles de helados en todos los quioscos que teníamos controlados. ¿A ver qué han inventado este año los de Frigo? También investigábamos las novedades de Camy y de Miko, si es que se distribuían por la zona. Los de Avidesa eran tan buenos como los otros, pero el nombre atraía menos.

¡no te digo! El Frigodedo, un polo con forma de mano con el dedo extendido. ¡Lástima que fuera el índice y no el corazón, que hubiera dado más juego!

El Calippo había que manejarlo con destreza. A la que te descuidabas y apretabas demasiado el cilindro de papel, el polo salía disparado hacia el espacio exterior y eso era más propio del Colajet, que ya tenía forma de cohete. El calor de la mano lo derretía por debajo, sin que se notara, y convertía el Calippo en un peligroso líquido pegajoso que acechaba desde el fondo del envase para manchar lo primero que pillara.

El Twister, con su espiral de colores, te daba tal subidón de pop, que eras capaz de cantar *Me colé en una fiesta* de un tirón mientras recorrías el polo con la lengua.

Si la economía estaba en horas bajas, como solía pasar, siempre te quedaba el recurso del Pop-eye, que solo costaba veinte pesetas, aunque con cinco pesetas más ya te adjudicabas un Drácula, que pringaba más. La cuestión era conseguir probar toda la carta del año antes de que acabara el verano. Había que darse prisa y establecer una estrategia, por ejemplo, dejar los vasitos de helado para el domingo, que eran más caseros y familiares. Lo malo es que eran fácilmente compartibles y mamá abandonaba el régimen, cuchara en mano, para causar estragos en tu Copa Rica.

Como experimento, no estaba mal eso de poner un chicle como palo para sujetar el helado y el Fantasmiko tenía su gracia, pero, como no se cazara el fantasma rápidamente con la lengua, el soporte cedía y te quedabas pringado de vainilla.

De pronto, se puso de moda hacer polos en casa, pero, una vez hecho el gasto de los moldes y probados los primeros experimentos, la cosa decaía. No era lo mismo. Por mucho que mamá insistiera en que los productos eran de lo más natural y sano, se perdía la fascinación por el envoltorio y el placer de ir lamiendo al aire libre.

Los cortes trifásicos tampoco estaban nada mal. Fresa, chocolate y vainilla emparedados en una crujiente galleta que el perro y la hermana recién nacida se empeñaban en compartir con desespero. Ni así les dábamos. Pobre perro.



EN LA VARIEDAD ESTA EL GUSTO



SIN CAFEINA
Etiqueta "hilos de oro".
Para que el placer de disfrutar con tu sabor preferido no te quite el sueño.



SIN CALORIAS
Etiqueta blanca.
Para disfrutar tu sabor favorito y sentirte ligero como una pluma.



SIN COMPETENCIA
Etiqueta roja. Coca-Cola, la bebida que más gusta en el mundo. En cualquier lugar y en todo momento.



Un mundo de posibilidades sin salir de Coca-Cola.

Por cierto, que la Coca Cola de siempre pasó a ser «clásica» para competir con la Pepsi, que le estaba comiendo el mercado. Además, se lanzó la Cherry Coke. También apareció la Coca Cola Light para mitigar sentimientos de culpa entre mamás y adolescentes con actitudes anoréxicas. Pepsi tuvo momentos de gloria con acertadas campañas de publicidad, la más eficaz fue la de hacer una cata a ciegas con gente de la calle y demostrar que la mayoría prefería Pepsi a Coca si no veían la marca de la bebida. Nunca nos acabó de convencer, pero vivimos con la esperanza de que un día nos elegirían para pasar una prueba de esas.



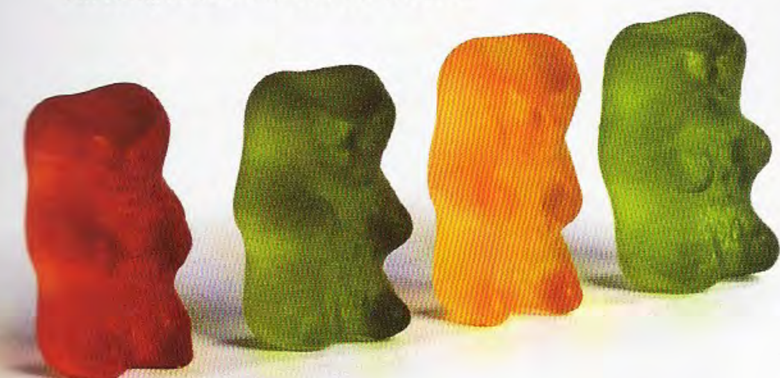
Masticar una barrita de regaliz de palo hasta dejar un buen penacho de fibras descoloridas era un buen ejercicio para los molares. Por la noche se dejaba el palo restante dentro de un vaso con un poco de agua para ablandarlo, como la dentadura del abuelo.





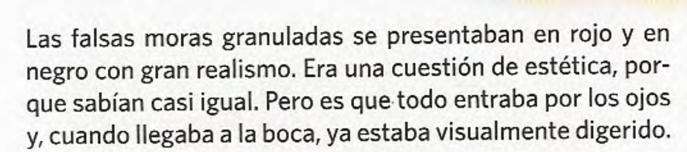
Entre las chuches, imperaban las formas variadas con atractivos colores. La mayoría tenía una textura gomosa que fortalecía la dentadura cosa mala. Los célebres ositos traslúcidos de colores pastel, cuando los mirabas muy, muy de cerca, o sea, con lupa, asustaban un poco porque tenían algo de Chucky osito, pero, una vez en la boca, los triturábamos sin compasión hasta su total dilución.





Los corazones tricolores con su capa de azúcar (como si aún les faltara más) o las botellas de cola con su sabor a ídem competían duramente con las diversas barritas de regaliz (o lo que fuera) rellenas de vete a saber qué. Las nubes se comían con rapidez y su textura resultaba muy gratificante al morderlas (sabíamos que en Estados Unidos se llamaban *marshmallows* porque lo habíamos visto en una película, en la que un grupo de chicos atiborrados de testosterona y hormonas, a cada uno lo suyo, las asaban en un fuego encendido en la playa antes de que empezaran a desaparecer, víctimas de un asesino en serie aburrido, los chicos, no los *marshmallows*).

Las falsas moras granuladas se presentaban en rojo y en negro con gran realismo. Era una cuestión de estética, porque sabían casi igual. Pero es que todo entraba por los ojos y, cuando llegaba a la boca, ya estaba visualmente digerido.



Los españoles Lacasitos se lanzaron al mercado para competir con los norteamericanos M&M's —que se deshacían en la boca y no en las manos— y los británicos Smarties. El consumo de golosinas no entiende de patriotismo, pero los Lacasitos eran más baratos y no sabíamos apreciar una gran diferencia de sabor. Aunque los M&M's formaban parte del menú de los astronautas, los Lacasitos, comprados a granel y embutidos en una bolsa de celofán o en el clásico tubo de cartón, eran un buen acompañamiento para la sesión de tarde. A falta del poderoso *marketing* de M&M's, los Smarties se pusieron las pilas y crearon una página en el tebeo *Mortadelo* con unos *smarties* inteligentes. Convencieron poco, pero estaban muy ricos.



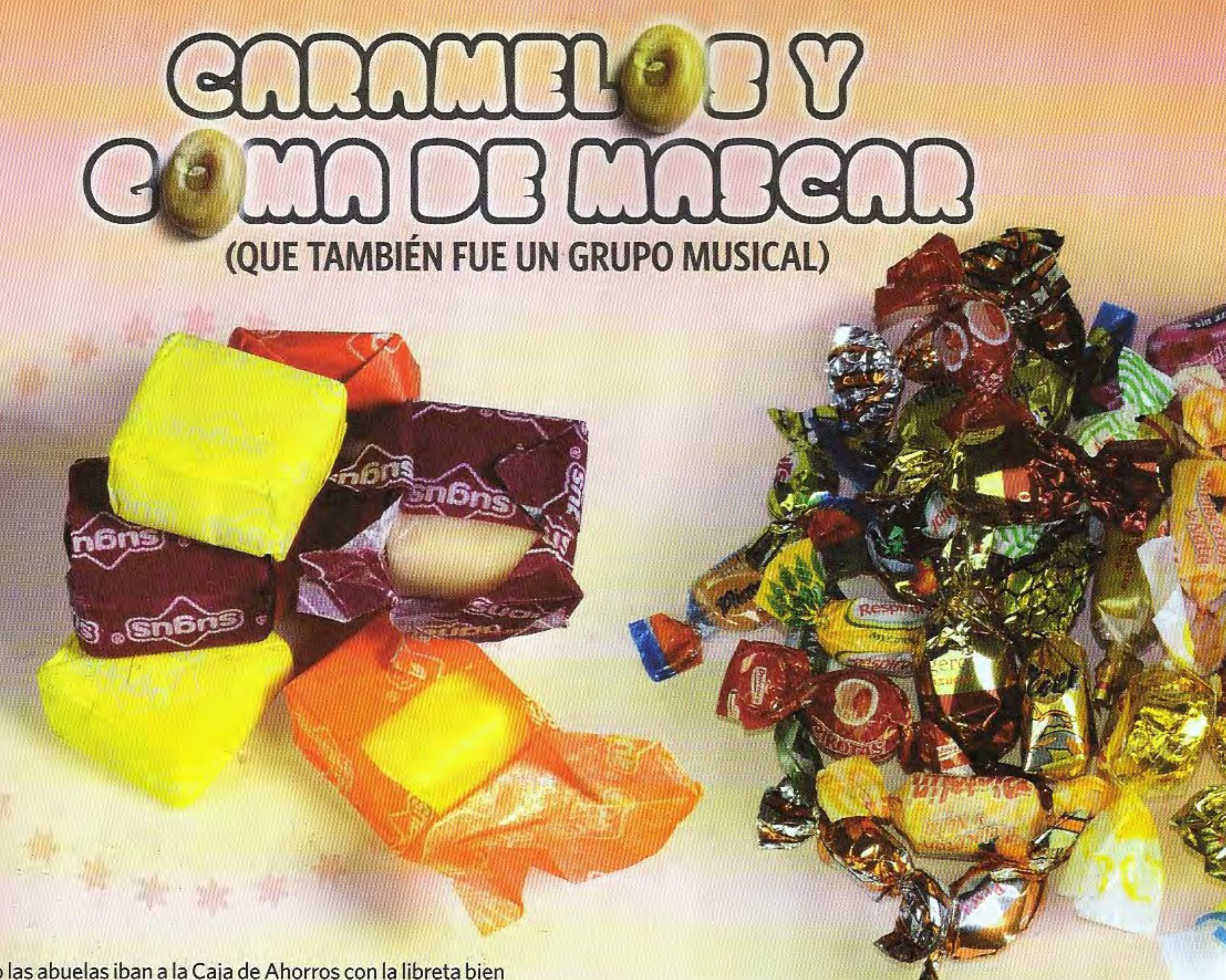
El Chupa Chups, el invento español de clavar un palo a un caramelo, arrasó en todo el mundo y se convirtió en un clásico para varias generaciones de niños que seguimos consumiéndolos como si no pasaran los años. Salieron algunas imitaciones, pero la más importante fue la de los Kojak. Se llaman, porque siguen en el mercado, Fiesta, pero entonces todos los llamaban Kojak porque Telly Savalas, que interpretaba al inspector Kojak en la serie de televisión del mismo nombre, resolvía los casos a golpe de chupar un caramelo con palo. Los Fiesta tienen un chicle en su interior, así que, después de lamer, a masticar. Doble placer.



A principios de la década de 1980 se impuso una golosina muy sofisticada, el Peta Zetas. Unos gránulos de colores pálidos que estallaban en la boca al contacto con la saliva y causaban una sensación efervescente y sorprendente. El nacimiento del caramelo tuvo su anécdota, ya que lo lanzó el Grupo Zeta en 1979, en un momento en el que había cierto malestar laboral entre sus trabajadores. Los periodistas que trabajaban allí no perdieron la oportunidad para buscarle una segunda lectura al producto simplemente añadiendo un interrogante: ¿Peta Zeta?

CARAMELOS Y GOMA DE MASCAR

(QUE TAMBIÉN FUE UN GRUPO MUSICAL)



Cuando las abuelas iban a la Caja de Ahorros con la libreta bien escondida en el fondo del bolso para comprobar que le habían ingresado la paga de jubilación (no se fiaban y bien que hacían, visto lo visto), se lanzaban al asalto de la bandeja de caramelos que la entidad ponía a disposición de sus clientes para endulzar el trámite. Sin el menor rubor, vaciaban la bandeja en el bolso considerando, con motivo, que tenían derecho a todo tipo de extras que suplieran la escasez de la prestación. También en las farmacias, que desgraciadamente frecuentaban más que los bancos, arramblaban con los caramelos que llenaban un bol de cristal. Los abuelos se comían los caramelos a velocidad variable y guardaban un par para los nietos asaltados por un inoportuno cargo de conciencia. Pero las abuelas intentaban tentarnos con unos caramelos de eucaliptus que parecían salidos de la casa Vicks VapoRub. «Abuela, ¿qué hago con el caramelo, lo chupo y me froto el pecho?» Otros tenían sabor de anís, como el del Marie Brizard que tomaba con gran sofisticación de gestos la abuela por parte de padre, o el trifásico que templaba al abuelo cuando tenía que llevarnos al cole a primera hora de la mañana. No es que lo hubiéramos probado..., bueno, sí, un poco una vez, es que olían a anís a diez metros.

A veces tomábamos unos caramelos de menta fuerte para sentirnos mayores, pero el lagrimeo nos traicionaba y restañábamos las heridas con una buena dosis de Peta Zetas. Si el caramelo era una combinación de menta y regaliz, propia de países pérfidos, teníamos que subsanar el error con, al menos, un Frigurón.

Las abuelas no se daban nunca por vencidas y atacaban de nuevo con caramelos de miel y de hierbas para aclarar la voz —como si nos hiciera falta, con el pito que teníamos— que sabían a infusión medicinal, como la que teníamos que ingerir cuando nos habíamos pasado con los adoquines y la cosa no quería salir... durante días.

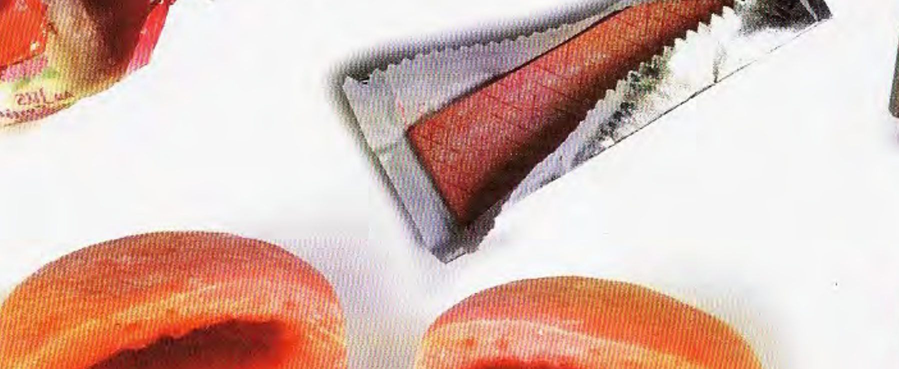
En algunos bautizos nos daban una bolsa de celofán con peladillas, una exquisitez, pero si pillabas una almendra amarga te desquitabas lanzando una terrible e injusta maldición al bebé, que ya había recibido lo suyo a juzgar por los berridos que soltaba durante la ceremonia. Suerte que las maldiciones no surtían efecto. O sí...



Los caramelos blandos eran deliciosos, pero el problema que tenían —aparte de que duraban poco— es que, si los habías llevado un rato en el bolsillo, resultaba muy difícil despegarlos del papel. Acababas con los dedos pringosos y se te pegaban a los dientes. Seguro que en la clase de física nunca estudiaste la fuerza aplicada para separar dos molares pegados con Sugus o Pictolín. Pues era mucha. Suerte que aún no llevábamos empastes. Para eliminar los restos pegajosos de los dedos, como las toallitas húmedas eran un lujo solo al alcance de Iberia y no querías ensuciar la nueva camiseta de Willy Fog, no tenías más remedio que frotar las yemas de los dedos en el encalado de la pared, como si fueras un delincuente tratando de borrar las huellas dactilares. Con el resultado de la mezcla, una vez endurecida, seguro que se podría levantar una casa.

Había chicles de pastilla, de tira, de taco, de bola, de tableta... Los de bola eran los únicos que no iban envueltos y se compraban a granel o mediante unas máquinas expendedoras que nos tentaban mostrando las esferas de vivos colores a través del vidrio. Empujabas una moneda a través de la ranura —cada año aumentaba el valor de la moneda— y una bola bajaba rodando hasta una bandeja. Había que estar atento, porque, a veces, la bandeja no tenía tapa y la puñetera bolita salía disparada hasta acabar bajo la suela del zapato de algún desaprensivo que pasaba por la acera. Apostábamos mentalmente por alguno de los colores. Si salía el elegido —aunque todos tenían el mismo sabor de *tuttifrutti*—, nos sentíamos premiados. Era fácil hacer trampas si no había testigos.







Cuando salieron los Bubbaloo, experimentamos un anticipo de lo que luego se denominaría «fusión gastronómica». Paladeábamos como expertos la diferencia de texturas al desparramarse el chicle líquido que llevaba en su interior. Aunque, en general, preferíamos chicles que permitieran practicar el efecto acumulativo para conseguir grandes bolas que casi no cabían en la boca. Los Bang Bang eran perfectos para lograr este objetivo.





Las bolas se fueron haciendo progresivamente más huecas y, aunque resultaba más fácil morderlas, nos sentíamos estafados. Algunas bolas parecían de piedra, seguramente porque llevaban mucho tiempo víctimas de las inclemencias del tiempo tras el vidrio del expendedor. Podían romper un diente si no se ablandaban antes.



Las pastillitas de chicle parecían grageas medicinales y resultaban menos atractivas, aunque eran cómodas de llevar sueltas en la cartera del cole. Sacabas la pelusilla y ia masticar!

La tira enrollada del Kilométrico Boomer parecía inacabable, pero desaparecía rápidamente; eso sí, te quedaba una cajita con sorprendentes usos y una bola de chicle que te deformaba la boca al masticar. Parecía que tenías un flemón.

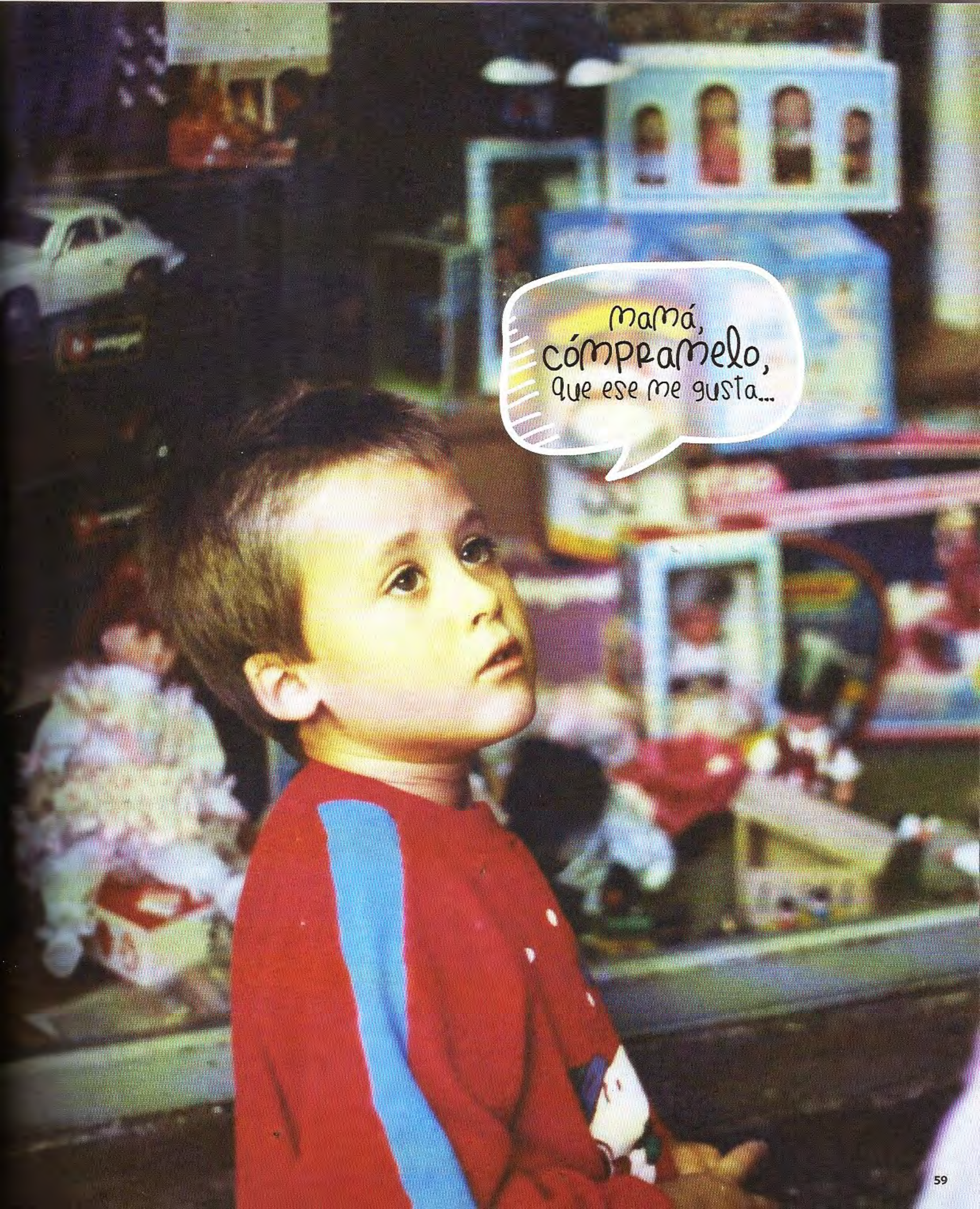
Los chicles Dunkin se presentaban con un formato parecido al de una caja de cerillas pequeña y estaban envueltos con una coleccionable serie de cromos de Mortadelo. Los chicles Bazooka habían sido los pioneros con sus tiras de Bazooka Joe y otros siguieron su ejemplo con dibujos de superhéroes o personajes de la tele.

a jugaaaar

Es verdad, no era una frase pensada para los niños, pero la tele es muy poderosa y algunas frases se incorporan al lenguaje y acaban por ser aceptadas incluso por la Real Academia de la Lengua. Cuando Joaquín Prats soltaba el provocador imperativo para que la audiencia intentara descifrar el precio justo de artículos que jamás iba a comprar, los niños se quedaban con la musicalidad del mensaje y la promesa lúdica que encerraba.

Con el tiempo, la tele ha perdido credibilidad, pero, en los años de EGB, todo lo que aparecía en la pantalla se consideraba como dogma de fe. Los juguetes desbordaban la programación cuando se acercaba la época navideña. Hay que aclarar que entonces la publicidad de juguetes, libros y otros artículos considerados culturales estaban bonificados en la televisión pública, por lo que los jugueteros podían permitirse un consumo de minutos publicitarios impensable en la actualidad. De pronto, apareció el «Visto en la tele» como una etiqueta que certificaba que el juguete, juego, disco, etcétera, había superado la prueba de ser admitido en la sacrosanta pantalla, lo que garantizaba no solo su idoneidad, sino la velada amenaza de convertirte en un paria si no tenías el objeto en cuestión. «¡Papá, que pone *Visto en la tele*! ¡Cómpramelo, que seguro que Claudia —la muy repipi— ya lo tiene!» El padre maldecía por lo bajini la devastadora técnica de *marketing* que hurgaba en sus bolsillos, aunque, eso sí, fomentaba la inserción social del vástago.




Mamá,
cómpramelo,
que ese me gusta...

TENGO UNA MUÑECA VESTIDA DE AZUL

(Y NO ES UNA CUESTIÓN POLÍTICA)

Las muñecas empezaron a hacer de todo. Era un poco inquietante, porque igual les crecía el pelo que eructaban o se meaban cosa mala. Algunas caminaban un poco a lo Frankenstein y lanzaban sus monólogos con una voz chirriante que salía de un pequeño disco implantado en su interior. Las niñas pedían su Nancy o su Barbie, que alternaban con las Barriguitas y el Nenuco para formar su pequeña guardería. Famosa, Berjusa, Feber, Mattel, Jesmar y otros fabricantes se peleaban para liderar las ventas en Reyes y lanzaban al mercado nuevas propuestas con originales y creativos inventos para facilitar a las niñas el desarrollo de su futuro rol de madres y abnegadas esposas. Afortunadamente, las niñas de EGB ya eran muy listas y, cuando dejaron de jugar con las muñecas, no se convirtieron en una de ellas. Los niños siguieron creyendo en el coche fantástico. Qué le vamos a hacer...



Las Barbies representaban el ideal de la mujer norteamericana WASP: alta, esbelta, rubia, guapa y con un vestuario inagotable de grandes marcas. Como no era bueno que la Barbie estuviera sola, Mattel creó al hombre, es un decir, el muñeco Ken, el novio o compañero con derecho a roce (aunque no se indicaba en las instrucciones, las niñas más avanzadas se lo otorgaban). Objeto de deseo de niñas, adolescentes y adultas de todo el mundo (aunque en 2003 se prohibieron las Barbies en Arabia Saudí por considerar que, además de ser judías, eran decadentes y atentaban contra el islam), las han coleccionado personas de ambos sexos y han convocado la atención de los modistos más famosos, que han realizado exclusivos diseños de vestuario para la mítica muñeca. También Pertegaz diseñó uno para la Barbie española. Nos referimos a la muñeca.





Chabel fue un fenómeno de superventas porque representaba a la *jet set* de las muñecas (no quedó claro si era un velado homenaje a la Chabel más famosa del momento, Chábeli Iglesias). Entre un surtido vestuario, destacaba toda una colección diseñada por Agatha Ruiz de la Prada y accesorios *oye, qué monadaaa. Chabel, Chabel, qué bien*, como cantaban en la tele.

Nancy es una chica moderna, que trabaja, tiene una cara preciosa y unos cabellos que permiten todo tipo de peinados... Una muñeca con la que jugar a cómo te gustaría ser de mayor. ¿Qué más se puede añadir sobre la muñeca más famosa de la historia de España después de Mariquita Pérez?

Ambas eran de Famosa, pero la Leslie compitió duramente con la Nancy en la conquista del corazón infantil femenino de EGB. Acérrimas valedoras y detractoras de una y de otra se enfrentaban con argumentos apasionados en el patio de recreo para defender a su muñeca protegida como si fuera de la familia, y con mucho más ardor de lo que nunca lo habían hecho con su hermano pequeño, quien, por cierto, estaba siendo víctima de un incipiente *mobbing* a pocos metros.

MUÑECAS Famosa 1150 MADE IN SPAIN


NANCY

Las niñas de EGB se deshacían como el azúcar ante un Nenuco, una Barriguitas o un Pin y Pon. Despertaban inmoderados instintos maternales y las preparaban para cuidar de los futuros bebés de su vida. Entre la muñeca infantil y el bebé real hubo un Tamagochi, que también dio mucho la lata con sus exigencias. A pesar de que las muñecas bebé ponían a las niñas a cien, hay que reconocer que el bien dotado muñeco Pirulín Pipí se pasaba un pelo al lanzar un inesperado chorro líquido a la cara del espectador incauto. Peor era Chiquitín Cacú, que, con ese nombre, ya os podéis imaginar lo que hacía. Y es que, para la orientación familiar, nada mejor que una buena dosis de realismo.





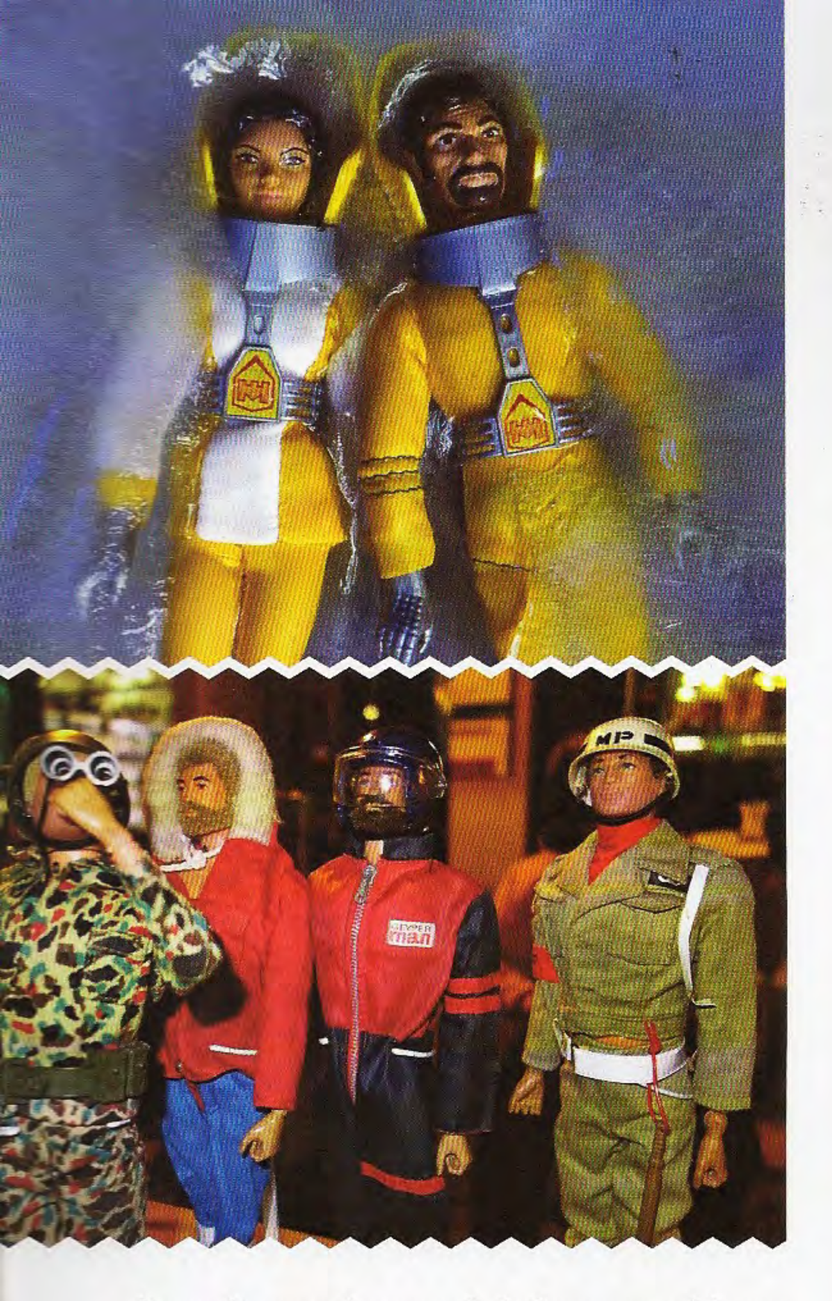
Cuando los barrotes de la cuna no parecían ofrecer suficiente protección te abrazabas a Gusiluz y este te tranquilizaba iluminando el ambiente. No más miedos nocturnos. Dejó un recuerdo tan tierno que todos queremos ser el gusiluz de alguien. Si te abrazan, te iluminas y ya está.

Los Airgam Boys, primero, y los Cliks (Claks para las chicas) de Famobil, después, arrasaron por su variedad de propuestas temáticas. La mezcla de Fa-mosa y Play-mobil generó todo tipo de muñequitos de plástico vestidos con los atuendos de las más diversas profesiones que movían sus articulaciones con un toque ligeramente artrítico pero suficiente para fascinar a una generación de niños, comandantes de un ejército civil... Aunque resultaba un poco raro el combate entre enfermeros y sioux o entre trapecistas del circo y obreros de la construcción, a la hora de jugar montando batallitas todo servía, y tan agresiva era la jeringa de la enfermera como la espada del caballero.
Imaginación al poder.

MUÑECOS Y ¡ACCIÓN!




D-2001



Por mucho que acabe en *man*, lo de *Geyper* ya nos daba una pista. Es cierto, los recordados Geyperman eran españoles y seguramente jugaban a los Juegos Reunidos cuando no los estábamos mirando. Unos muñecos de aspecto deportivo, que disponían de un surtido inagotable de prendas de vestir, se convertían en el héroe preferido de aquellos que podían permitírselo. Baratos no eran, pero quienes se gastaron sus ahorrillos en la época y han conservado en buen estado los muñecos han realizado una buena inversión, porque actualmente están muy buscados y bien cotizados. Incluso se vuelven a producir algunos modelos en edición limitada.

Claro que los Madelman, también españoles, no les iban a la zaga, de hecho, fueron anteriores a los Geyperman y los protagonistas de las películas más inverosímiles que un niño era capaz de inventar, incluidas precuelas, secuelas y *remakes*. Un Madelman con un buen guion daba para muchas tardes de juego.

Además de las Barbies, Mattel también fabricaba los Big Jim, unos muñecos que abarcaban una interesante gama de oficios, como el de espía o el de indio. El malísimo Zorak, con su careto reversible, era el preferido, porque, aunque fuera el malo, su estética recordaba a los cada vez más famosos raperos de las calles del Bronx que se imponían en la moda alternativa.

En cambio, a los Masters del Universo les bastaban unos trapitos o unos hierros (de plástico embutido y pintado) para destacar la potencia muscular que desarrollaban sin venir a cuento. Skeletor, que para ser un cadáver tenía unas cachas reventonas, le hacía la vida imposible a He-Man intentando conquistar el castillo de Grayskull. Otros personajes de inquietante catadura se involucraban en la acción para que todo fuera más ameno.

El muñeco de He-Man era tan rubio y tan guapo, que las niñas lo secuestraban de la caja de juguetes de su hermano y se lo llevaban para organizar una boda secreta con la Barbie más lanzada de la colección. Tenía que ser una boda rápida, porque su hermano nunca hubiera dado el consentimiento paterno y, de haberse enterado, Barbie corría el peligro de convertirse en María Antonieta.

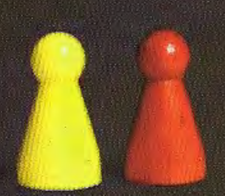



G.I. JOE

Y llegaron los G. I. Joe a España. Con retraso, porque los primeros eran de 1964, pero hasta la década de 1980 no se impuso una generación ya mutada de la original, con atrevidos atuendos dignos de un Óscar al mejor vestuario; así podían ganar con gran elegancia a los terroristas del Comando Cobra, cuyo fin era, como el de todo malvado que se precie, el dominio del mundo mundial, que en el terreno de juego real se reducía a la superficie de la alfombra del salón.





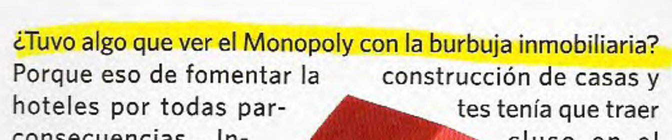


Los juegos de tablero se impusieron con fuerza para sorpresa de los padres que creían superado cualquier juego que se alimentara de dados y fichas. Pero es que a los célebres y añorados Juegos Reunidos se habían sumado algunos tan adictivos como el Risk o el Trivial Pursuit.

Los juegos tradicionales como el parchís, la oca, las damas y el ajedrez siguieron vigentes para llenar tardes tontas de domingo que, gracias al juego, dejaban de serlo. Pero los juegos de estrategia y los juegos de rol anglosajones se introdujeron con fuerza en la sociedad española y cautivaron a toda una generación y media. Muchos tenían reglas complicadas y las partidas eran tan largas que se desarrollaban en dos o tres partes, antes de comer, después de comer y después de cenar. A veces, ni aun así se concluían. Como decían los padres: «¡Si le dedicaras el mismo tiempo a las matemáticas, otro gallo te cantaría!». Pero lo que necesitábamos para conquistar Kamchatka no era otro gallo.



BORRAS
mundial
the Russian Campaign
THE AVALON HILL GAME COMPANY
BALTIMORE, MARYLAND 21214
718
Trivial Pursuit
Cluedo
+2
BORRAS
de 8 años
de 3 ó 6
jugadores
Cluedo
MUS



¿Tuvo algo que ver el Monopoly con la burbuja inmobiliaria?
Porque eso de fomentar la construcción de casas y hoteles por todas partes tenía que traer consecuencias... Incluso en el juego, todos acababan arruinados menos uno. Como en la vida real. Eso sí, hemos de reconocer que tener un buen fajo de billetes te hacía sentir bien. En plena euforia creativa, se realizaron variaciones como El Chino, una versión canalla del Monopoly en la que las casas eran prostíbulos y en algunas casillas se traficaba con droga. Naturalmente, era fácil caer en la cárcel.

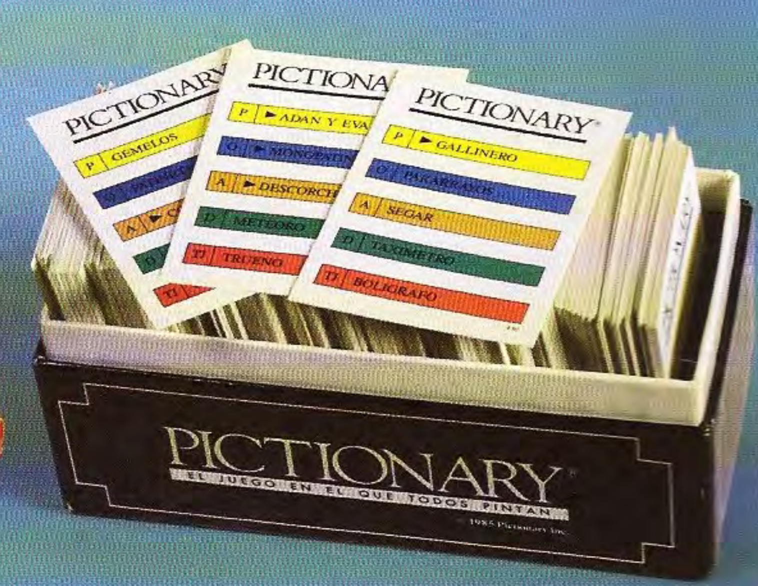
Algunos nombres tuvieron que someterse a la ley de la propiedad intelectual y juegos como el Intelect pasó a ser el actual Scrabble, y el clásico Palé se convirtió en el Monopoly (luego volvió a salir como Palé, pero por poco tiempo).











El Mastermind, como más tarde pasó con El Ahorcado o el Juego de los barcos, aportó la tercera dimensión a juegos que tradicionalmente se jugaban sobre una hoja de papel, cuadriculado a ser posible. La vuelta de tuerca la dio el Conecta 4, un tres en raya espacial de lo más complicado.

El detector de mentiras con su aparato que certificaba si la declaración de los sospechosos habituales era verdadera o falsa competía con el Cluedo y con el ¿Quién es quién? Entre el azar y la deducción se pasaba un buen rato ejerciendo de detective.

Para los más morbosos o aspirantes a trabajar en Urgencias, estaba Operación. El enfermo de la mesa de operaciones moría si te equivocabas, era la mar de divertido.

Con solo organizar las preguntas en categorías y ponerlas en fichas, y con el apoyo de un *marketing* de primera, el Trivial convirtió el clásico *quizz* en uno de los juegos más vendidos del mundo. ¿Quién se ha llevado mi queso?



Al ponerse de moda los juegos de estrategia, se crearon juegos con todo tipo de temas. Era imposible no encontrar alguno que atrajera tu atención. Si bien el Risk era el líder, el Estratego tuvo su momento y otros *war games* como Sinaí, Lepanto o La Fuga de Colditz también depararon muchas horas de concentración lúdica.

En el camino de superar la adolescencia, aparecieron los juegos de rol. Dungeons & Dragons introdujo a los más atrevidos en un mundo virtual en el que los jugadores medían sus poderes con dados de más de seis caras y se iniciaban en la vivencia en mundos alternativos. Solo las figuritas de plomo te anclaban en la realidad, pero costaban un dineral.







Finalmente, tenías una oferta inagotable de juegos de naipes. Con la baraja española, partidas de tute y brisca; con la francesa, póker del duro, y con otros juegos de cartas como el de las familias, que abarcaban temas televisivos, deportivos, entretenimiento poco complicado... Había para todos los gustos, y con poco dinero podías sortear muchas horas de aburrimiento dominical. Y siempre nos quedaba el dominó, que permitía hacer ruido mientras se jugaba. ¡Chas! ¡El seis doble!

Juguetes de estar por casa

Los juguetes se guardaban en cajas recicladas, baúles de cartón, tambores de detergente (especialmente los muñecos pequeños y los cochecitos) y cajas de zapatos debajo de la cama. Los más valiosos, en el armario, y los más vistosos, sobre la estantería de la habitación entre una colección por abrir del Érase... y sus correspondientes vídeos.

Los amigos nos turnábamos para jugar en casa de uno o del otro. Pero siempre había uno que distorsionaba la estadística, porque tenía mejores juguetes, un hermano del sexo opuesto que nos interesaba, una habitación más grande o gozaba de mayor permisividad por parte de sus padres. El caso es que, siempre que podíamos, íbamos a su casa.

Los juegos y los juguetes evolucionaban con la edad, pero fueron tan importantes en nuestra vida que casi todos han acabado ocupando un lugar destacado en la memoria y han adquirido un significado emotivo que nos transporta a la infancia. A la parte más positiva de ella.

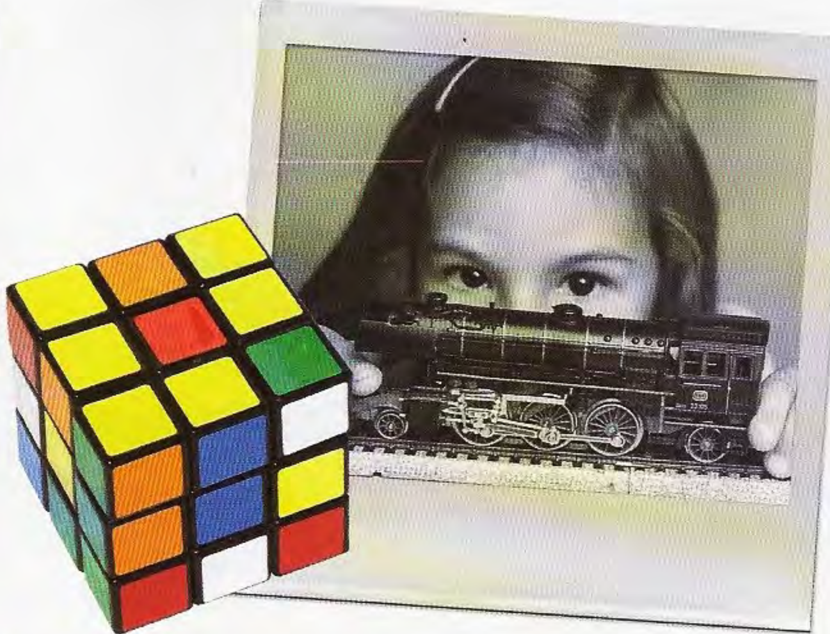


El Cine Exin sustituyó al Cine Nic de la generación anterior. Aunque no aportó un gran avance tecnológico, con su rudimentario sistema de proyección era eficaz para mantener al colectivo infantil enganchado un rato a la pantalla de proyección, que solía ser un espacio de pared más o menos blanca. Más de uno sintió nacer un Spielberg en su interior. Era bastante rollo, porque generaba muchas expectativas que no se cumplían y acababa por aburrir más que un ciclo de cine armenio.

Quien llegaba a poseer un milloncete (*pinball* a partir de Tommy), con baterías que hacían posible encender luces y emitir ruidos y chasquidos, era envidiado por toda la clase. La mayoría se contentaba con construir un rudimentario tablero dotado con ingeniosos montajes de pinzas de tender la ropa, una percha de madera cortada en dos y un elevado número de gomas elásticas que emulaban el verdadero milloncete. Ahora, las escasas máquinas que siguen activas en bares y salones recreativos tienen como objetivo alcanzar puntuaciones absurdas y poco redondas. En la época gloriosa del dominio del *tilt*, se trataba de llegar al millón de puntos para obtener una partida gratis. De ahí su nombre coloquial.

El tren eléctrico, con sus infinitas variaciones concedidas por el dios de los juguetes, nunca ha dejado de estar de moda, pero, como siempre, los modelos más sofisticados quedaban al alcance de una exclusiva minoría de niños ricos. Sospechosamente, eran los padres los que se hacían cargo de la adquisición, mantenimiento e, incluso, los que acababan jugando con la red ferroviaria instalada en el cuarto de los juegos o desván. Seguramente esto sucede para paliar frustraciones infantiles que pasan de una generación a otra. Bastaría con reconocer que no es un juego para niños. O que muchos padres se resisten a dejar de ser niños del todo. El tren eléctrico disimula mucho.







Otra cosa eran los coches teledirigidos. Los cables dejaron de ser una atadura y ya se podía lanzar el Batmóvil con su picudo morro a la busca de tiernas pantorrillas delincuentes bajo la mesa del comedor. «¡Uy, lo siento, se me ha escapado!»



JUEGOS AL AIRE LIBRE



Los juegos en la calle eran más habituales en ciudades y pueblos de tamaño medio para abajo, porque en las grandes urbes, excepto en algunos barrios, cada vez era menos prudente desarrollar actividades callejeras lúdicas. Pero en los parques o a la salida del cole, en el trayecto a casa, siempre nos quedaban las canicas y la partida al gua, la peonza, las chapas, el diábolo, los cromos y una serie de juegos que también practicábamos en el patio del cole y que un día descubríamos con sorpresa que ya los conocían nuestros padres y los abuelos: la rayuela, el pañuelo, la gallinita ciega, tocar y parar, el escondite, moros y cristianos, churro-media manga-mangotero, etcétera.

Casi todas las niñas practicaban un juego que más bien parecía un entrenamiento deportivo: saltar a la comba. Incluso hacían comba sincronizada saltando dos o tres a la vez siguiendo el ritmo de alguna canción que había pasado de generación en generación. Era raro que un niño se metiera en el juego, incluso si quería ser un futuro futbolista consideraba que saltar a la comba, al menos en plena calle, era exclusivo de niñas.



Los más lanzados se montaban sobre un *skateboard* o monopatín y surcaban las calles como posesos. Cualquier rampa servía para demostrar las habilidades y practicar un más difícil todavía con el que asombrar al personal. La gente mayor despotricaba ante el asalto de las calzadas y temía recibir el demoledor impacto de un adolescente lanzado con su tabla. Finalmente, se construyeron algunos fosos de cemento para que los más profesionales pudieran lijar rueda con sus espectaculares saltos y audaces acrobacias. Los monopatines sufrían un desgaste brutal, pero como no era cosa de despilfarrar, se remendaban las roturas y se reforzaban los anclajes de hierro de forma rudimentaria pero eficaz. Las cicatrices de la tabla eran motivo de orgullo del propietario.

Si tenías la suerte de que tus padres te apuntaran a algún campamento de verano, el conocimiento de juegos al aire libre aumentaba prodigiosamente, junto con las ronchas causadas por las picaduras de mosquitos y otros seres que proliferaban impunemente en el campo. Lo más divertido de los campamentos era sentarse alrededor de un fuego para explicar historias de miedo y la hora de las confidencias en el dormitorio, de litera a litera.

AQUELLOS INGENUOS BITS

Cuando mi padre llegaba casa «después de una dura jornada de trabajo» —decía—, iba directo al salón y me pillaba jugando con la consola Atari. A menos que hubiera dado un portazo delator al entrar, lo que me permitía rediseñar mi actividad, aparecía inesperadamente por mi flanco derecho y me causaba un sobresalto que me hacía perder la última vida que me quedaba y, con ella, la partida. Nos mirábamos de hito en hito mientras mi cerebro construía una explicación plausible exprimiendo energía de las cucharadas de Nocilla recién ingeridas. «He conseguido pasar tres pantallas», acababa diciendo con una mezcla de orgullo y temor. «A ver, a ver», se traicionaba mi padre inclinándose sobre mi hombro. Reiniciaba el juego y con el aliento paternal sobre el pescuezo daba lo mejor de mí misma con el *joystick*. Inútil, al cabo de dos minutos, *game over*. Demasiada presión. Tras el demorado saludo y el beso de rigor, mi padre hacía la fatídica e impertinente pregunta, cuya respuesta ambos sabíamos de antemano: «¿Ya has hecho los deberes?». «No, papá», o *papuchi*, según el grado de soborno sentimental necesario. «Pues iandando!», sentenciaba inmisericorde. Me levantaba y me iba, remolona pero obediente, a mi habitación para cumplir la sagrada tarea escolar y, antes de doblar el pasillo, ya oía, con cierto rencor, la musiquilla que delataba el inicio de una nueva partida. Papá, de *papuchi* nada, me había relevado en la competición contra la máquina, pero, para mi consuelo y satisfacción, las maldiciones que llegaban constantemente hasta mi habitación delataban su bajo rendimiento frente a la pantalla y su escasa agilidad para mover la barrita blanca y enviar el puntito blanco *plip, plip* a destruir las amenazadoras rayitas que descendían implacables.

Cuando regresaba al salón, veía que papá tenía los ojos llorosos. Nunca supe si era debido a la frustración o a la intensidad con la que miraba la pantalla sin pestañear.

En la prehistoria digital, el juego más adictivo, iqué imaginación!, consistía en parar la *pelotita*, un punto cuadrado blanco en la pantalla que descendía, interrumpiendo su trayectoria mediante una minúscula barrita horizontal que se desplazaba en la parte inferior de la pantalla. Al chocar con la *raqueta*, la *pelota* rebotaba hacia arriba y destruía algunas de las rayitas que bajaban por la pantalla en batería. Si se perdía la pelota o la primera hilera de rayitas invasoras llegaba hasta abajo, se acababa la partida. En algunos juegos, como el tenis, cuando la necesidad apremiaba y no querías iniciar una nueva partida, podías buscar un efecto carambola para que la pelotita repitiera un movimiento en bucle que te permitiera ir al lavabo y volver para seguir la partida.

Sí, ya sé que parece una bobada, pero entonces arrasó en todo el mundo y causó tendinitis en miles de niños (y adultos) por el abuso en el empleo del *joystick*, aunque, en realidad, al principio, los movimientos se controlaban solo con dos botones que giraban.







Años más tarde, seguramente pocos, pero a mi edad todo parecía largo, estrenamos un nuevo artilugio: el MSX de Sony. Comparado con la consola Atari, era todo un prodigio tecnológico. Era como pasar del cine mudo al cinemascope, y los juegos que salían al mercado resultaban de lo más flipantes. Uno en particular supuso una reñida competición familiar: *The Maze of Galious*. Muy simple, comparado con el realismo de los juegos actuales, pero cuántas horas pasé desintegrando amenazadores esqueletos hasta lograr abrir la cámara del monstruo y derrotarlo. He de confesar que solo lo conseguí con la ayuda de los trucos que publicaban unas revistas dedicadas al sector más friki de los juegos, que ya empezábamos a ser multitud...

¿Y el complicado rescate de los *Goonies*? Cuántas energías dilapidadas en un montón de bits con forma de niños. Bueno, más o menos. La imaginación ponía el resto y más.

Antes de que el caballero del *Galious* librara sus batallas contra el imperio de los bits, hubo una etapa que recuerdo con lagunas pero con muchos chasquidos metálicos y chirridos de fondo. Era la de las casetes que, en lugar de tener los últimos temas de Mecano, contenían juegos para el PC. Una vez descubierto, gracias al vecinito enterado, cómo se conectaba el reproductor de casetes al PC mediante complicados cables y extrañas clavijas, la cinta chirriaba como un cerdo degollado mientras se descargaba el juego lentamente.

Poco a poco, las cosas fueron mejorando. Los juegos eran cada vez más divertidos, vistosos..., pero más difíciles, lo que sirvió para ahuyentar a los padres menos luchadores.

Arrinconados debidamente en el fondo de un cajón, los juegos didácticos para aprender matemáticas con el Pato Donald y otras perversiones por el estilo —buen intento, papi— tenían menos éxito que mi padre intentando pasar una pantalla.

Los juegos que molaban se presentaban en una serie de disquetes. Cuantos más había, más prometedor era el juego, que había que ir cargando en el PC para obtener horas y horas de aventuras con el *Príncipe de Persia* o *Monkey Island*..., hasta que llegó *Indiana Jones* y el mundo de los bits se convirtió en el paraíso. Qué difícil era salir de una habitación llena de objetos raros hasta que descubrías cuál era la clave. Al cabo de varios intentos, te sabías las preguntas del juego de memoria y, cuando lograbas pasar a otra pantalla para afrontar un nuevo reto, te invadía una ola de calor de lo más sensual. Claro que... hablamos de *Indy*.

El reproductor de casetes era un Sanyo que se accionaba con una palanquita precursora del *joystick*, que solía acabar tan mal como la pestaña del Philips que ya me había cargado para desconsuelo de mi padre. Por lo visto, había tenido cierta participación en mi presencia en este mundo al reproducir canciones como el *Je t'aime, moi non plus* que ponía muy tiernos a mis padres, aunque, cuando me lo explicaban, en un alarde innecesario de camaradería, me ponía de los nervios y me sonrojaba. En realidad, los niños de EGB éramos más tímidos de lo que parecía.

LA CONSOLA

Qué palabra más triste. Consola. Parece algo relacionado con la pena (de hecho, viene de ahí). ¡Con las alegrías que ha proporcionado a millones de niños! Fomenta la competición, el control del estrés, la concentración, agiliza los reflejos, despierta la intuición y ayuda a pasar el rato. No es de extrañar que la industria de los videojuegos sea más poderosa que la del cine. A los niños de EGB y a sus padres, la aparición de los videojuegos los alcanzó de lleno en una etapa ávida de nuevas experiencias. Descubrieron este mundo fascinante y siguieron con atención y sorpresa las constantes novedades con las que se tentaba al consumidor. Es cierto, fomentó cierta cultura friki, pero también lo hizo el bingo y nadie se queja.

Las nuevas tecnologías se habían ido aposentando como quien no quería la cosa y, a principios de los 90, el ordenador —casi siempre un PC, porque el Mac, por el momento, estaba destinado a un selecto reducto de diseñadores— estaba presente en muchas habitaciones de adolescentes de clase media. Los primeros PC eran pesados, voluminosos y ruidosos. Ofrecían, como un gran avance, un disco duro con ¡40 Mb de capacidad!

Si en los 80 aún se utilizaban casetes para cargar un juego, e incluso los increíbles *floppy disk* flexibles de 5,25", en los 90 se iba imponiendo el CD-ROM, que desplazó al socorrido disquete de 3,5" a medida que su coste se fue abaratando.

Pero el disquete había calado hondo en la memoria. Demasiadas horas cargando *Loom* y tantos otros títulos como para no recordar los vivos colores del plástico y las etiquetas, en general poco curradas, que identificaban el juego. ¡Ya vamos por el 3/8! ¡Menudo juego debía ser para llenar con tanta información nada menos que ocho disquetes! Los primeros Tetris y marcianitos diversos se bastaban y sobraban con solo un disquete y, a pesar de su simplicidad, se grabaron a golpe de *joystick* en la memoria colectiva.



Las consolas Atari y Commodore fueron las primeras en entrar en nuestras vidas. Se conectaban directamente al televisor y con unos rudimentarios —entonces nos parecían dignos de la NASA— *joysticks* lanzábamos rayos hacia las naves invasoras. Nota para los curiosos: Atari es el nombre de un movimiento del juego japonés Go, equivalente al jaque del ajedrez.

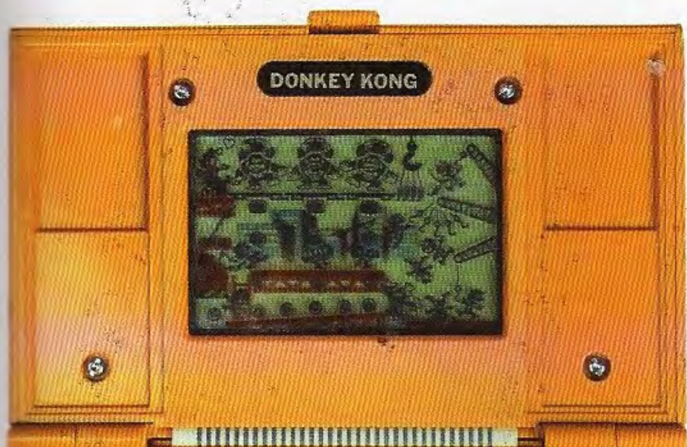


Antes de que se instalaran las consolas en el hogar, no quedaba más remedio que ir a un salón recreativo donde los *pinballs* competían (mal) con las nuevas máquinas de Arcade. Al principio solo eran marcianitos invasores que bajaban, línea a línea, con una monotonía implacable. Pero pronto se incorporaron pistolas para disparar a los malos de turno o volantes para conducir un bólido hasta la meta. El lujo llegó con las cabinas individuales donde te sentabas para emular a Ayrton Senna y notabas que te vibraba todo el cuerpo cuando te salías de la pista y chocabas contra la valla. Lo malo es que no había economía que resistiera el coste de varias partidas. Solo algunos muy hábiles lograban amortizar la moneda pasando pantallas. En los bares, antes de llegar las tragaperras, las máquinas de marcianitos acaparaban la atención de los clientes, que incluso seguían con gran interés la partida que jugaba otro. El *Street Fighter* era uno de los juegos más competitivos y Ryu y Ken se lo pasaban de miedo luchando a muerte. Escogías a uno de los dos como avatar y te enfrentabas a los personajes que elegía la máquina. Las combinaciones de botones para acciones especiales eran liadas, pero cuando le cogías el tranquillo resultabas letal. Aun así, acababa venciendo siempre la máquina por una cuestión de monedas.





El *Pac-Man* o *Comecocos* se convirtió en nuestro compañero virtual de juegos durante horas y horas de tensión en la muñeca, pero pronto le arrebató el liderazgo Nintendo con su *Donkey Kong*, el gorila secuestrador de doncellas (bueno, eso no estaba tan claro) a las que debíamos rescatar sorteando barriles, bolas de fuego y otras trampas mortales. ¿Recuerdas el personaje que luchaba con Kong para rescatar a la dama en apuros y que era nuestro avatar en el juego? Pues era nada menos que *Mario*. Se hizo tan popular, que acabó compitiendo con *Donkey* y protagonizando su propia serie de juegos de arcade. Kong pasó de la pantalla de cine a la del videojuego, mientras que Mario hizo el camino a la inversa, aunque con escaso éxito. Mario era un pluriempleado que había empezado como carpintero y siguió como fontanero, pero practicó el intrusismo como doctor (¿se necesita título cuando se tienen solo dos dimensiones?) y fue arqueólogo, pintor, tenista y árbitro de boxeo. No es de extrañar que acabara siendo *Super Mario*. Con él empezó la etapa de los juegos de bolsillo. Los mejores tenían dos pantallas y consumían baterías a destajo. Como aún no habían llegado las chinas de todo a cien, salían por un ojo de la cara. Encima, lo más habitual era que se perdiera la tapa, con lo que las baterías no se aguantaban en su sitio y había que poner un cartoncillo y sujetarlo con cinta adhesiva. La necesidad nos convertía en *MacGyvers*.





Los japoneses, no contentos con invadir el mercado del dibujo animado, se lanzaron a liderar el de los videojuegos y, gracias a su capacidad laboral y creativa, surgieron personajes fascinantes con perfiles y poderes que los avances tecnológicos nos permitían explorar de primera mano.

Sonic, el erizo que se desplaza a la velocidad de la luz, aportación de SEGA, los *Lemmings*, los chicos de *Maniac Mansion*, y tantos y tantos otros de cuyo nombre no puedo acordarme, pasaron a ser más reales que el vecino del piso de abajo, que nos parecía francamente soso hasta que un día descubrimos que tenía una doble vida.

Naturalmente, había infinidad de versiones de juegos de fútbol, de billar, de tenis, de baloncesto, de esquí, de carreras de coches y de motos, y de cualquier otra actividad que exigiera competitividad, incluido el ajedrez.

Algunos juegos eran tan complicados que las revistas especializadas editaban libros de pistas para facilitar el pase de pantallas. Se generaba mucha tensión en los momentos críticos cuando solo quedaba una vida disponible y no sabíamos cómo saltar la trampa que inexorablemente nos impedía pasar a otro nivel. La frustración era fenomenal y solo la consulta con expertos y con los libros de pistas lográbamos alcanzar el objetivo. ¡Cuántas horas de emoción! Visto así, el coste del juego resultaba rentable.

La piratería ya asomaba la nariz, así que en algunas cajas de juegos se facilitaban claves con discos troquelados, difíciles de copiar, para poder acceder a los diferentes niveles de juego.



Cuando llegó la Game Boy, el juego se evadió del indiscreto salón familiar, donde acaparaba la tele en dura lucha con el culebrón de turno. El tamaño de bolsillo —la Game Gear era más avanzada, pero tenía mayor tamaño y consumía las baterías en un plis-plas— permitía llevar el universo de los videojuegos a cualquier sitio. Los viajes familiares en coche dejaron de ser tan lentos y fueron menos latosos para los padres, algo inquietos por el grado de concentración del niño en la pantallita. «¡Te vas a marear!» En clase, la tentación era fuerte, pero si te pillaban e incautaban la maquinita, ibas listo. El caso es que fueron los primeros pasos en un mundo donde la información y la diversión ya estaban disponibles en cualquier momento y en cualquier lugar, y se trasladaban contigo en el bolsillo. Más tarde, llegaron los teléfonos celulares, los móviles, y las consolas volvieron a la pantalla del televisor familiar.

Competir contra otro jugador o contra la máquina fomentaba la proliferación de juegos de lucha, ya fuera con los puños en combates de boxeo, con técnicas orientales o con armas de todo tipo y calibre, incluidos aviones de combate y útiles mortíferos que ni el ejército norteamericano soñaría. Bueno, algunos se utilizaron en Irak. El creciente realismo llevó a que, en algunos países, se obligara a los creadores de este tipo de juegos a hacer una versión en la que la sangre, que salpicaba la pantalla constantemente, fuese de color azul para rebajar el nivel de violencia. Aunque puede que solo fuera una reivindicación republicana...

Los analistas educativos han catalogado a los niños y adolescentes a partir de la generación de EGB como la *screen generation* (en inglés suena más serio que *generación pantalla*), porque han adquirido su visión del mundo, el aprendizaje de la vida y el desarrollo del ocio a través de sucesivas pantallas: el televisor, la consola, los juegos electrónicos de bolsillo, el ordenador, el móvil y, ahora, la tableta. Y eso que se han olvidado de los relojes Casio y Citizen, que también aportaron horas de emoción y juegos con sus pequeñas *screens*. Incluso te informaban de la hora, aunque eso era lo de menos. Ay, ¿dónde estará mi Casio?

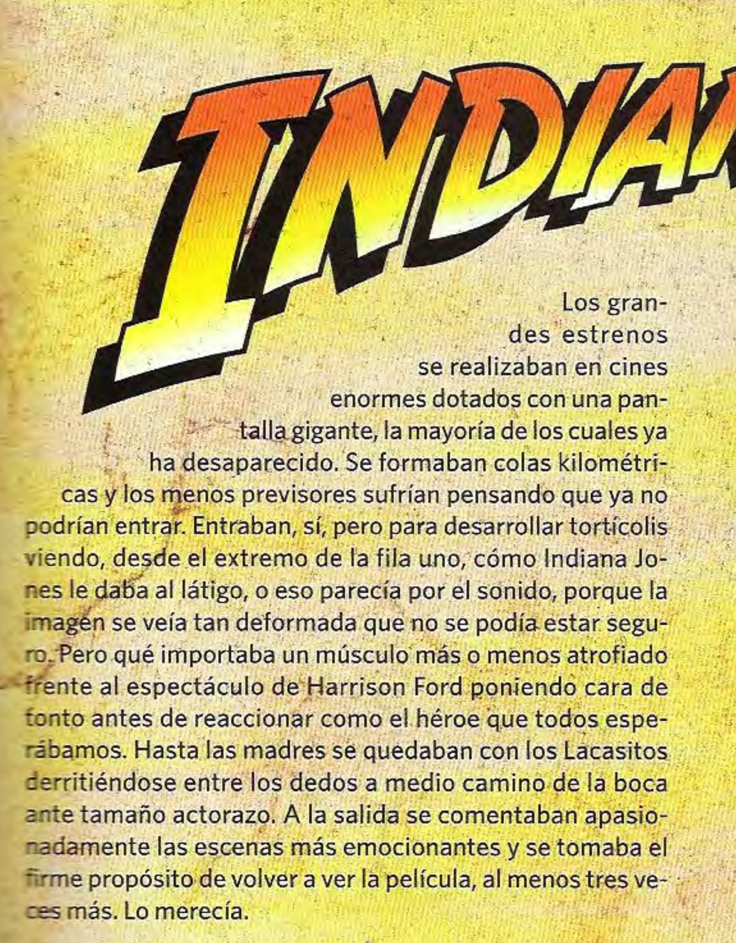




A finales de la década de 1970 se produjo una revolución en el mundo del cine. Sucedió algo que iba a cambiar los parámetros de la industria para siempre: apareció el vídeo doméstico. Se implantó con enorme rapidez por su aparente simplicidad de manejo frente al Súper 8 y otros formatos de cine casero, y su entrada en los hogares españoles cambió los hábitos de vida de las familias como antes lo había hecho la llegada de la televisión.

Las salas de cine miraron al intruso con el mismo resentimiento que habían dedicado a los aparatos de televisión dos décadas atrás. Pero esta vez la estocada iba a ser mortal para muchas de ellas.

Las deserciones fueron progresivas. El abandono no fue instantáneo y los niños de EGB siguieron considerando la sala de cine como un punto de encuentro social. Los propietarios de los cines comprendieron que tenían que generar ingresos extra para subsistir y montaron tiendas que fomentaban el consumo inmoderado de palomitas y de azúcares con todas las formas y colores posibles. Padres e hijos hacían cola antes de entrar para adquirir un recipiente de cartón desbordante de palomitas: «¿Pequeño, mediano o grande?». «¡Cuidado, que se te van a caer!» Los ligeros contenedores de palomitas compartían un precario equilibrio con el vaso lleno de un refresco cuya dosis de sabor añadido era mínima y resultaba aún menor por el montón de hielo que ponían: «¡No quiero hielo!». «¡Uy, lo siento, ya está puesto!» También llegaron, más tarde y para quedarse, las bolsas de plástico que transparentaban ositos de goma blanda, adoquines de regaliz, nubes, sobres de Peta Zetas y otras atractivas golosinas compradas a peso ante las que la madre manifestaba un repudio algo hipócrita, porque luego, al amparo de la oscuridad de la sala, se zampaba media docena disimuladamente.



Los grandes estrenos se realizaban en cines enormes dotados con una pantalla gigante, la mayoría de los cuales ya ha desaparecido. Se formaban colas kilométricas y los menos previsores sufrían pensando que ya no podrían entrar. Entraban, sí, pero para desarrollar tortícolis viendo, desde el extremo de la fila uno, cómo Indiana Jones le daba al látigo, o eso parecía por el sonido, porque la imagen se veía tan deformada que no se podía estar seguro. Pero qué importaba un músculo más o menos atrofiado frente al espectáculo de Harrison Ford poniendo cara de tonto antes de reaccionar como el héroe que todos esperábamos. Hasta las madres se quedaban con los Lacasitos derritiéndose entre los dedos a medio camino de la boca ante tamaño actorazo. A la salida se comentaban apasionadamente las escenas más emocionantes y se tomaba el firme propósito de volver a ver la película, al menos tres veces más. Lo merecía.

Si eras de los afortunados que había podido ir el día del estreno, al día siguiente tenías garantizada la atención de tus compañeros de clase, que formaban corro a tu alrededor para tener información de primera mano. Como si hubieras estado en el rodaje o, mejor aún, participando realmente en la acción, reproducías con gestos exagerados algunas de las hazañas de Indy —ya era Indy para ti, eras de los elegidos— para ilustrar la intensidad de la aventura vivida. En aquel momento formabas parte del selecto grupito de los enrollados del cole.

Las películas tenían una clasificación moral que determinaba el tramo de edad para el que estaban autorizadas, pero se solía hacer la vista gorda a la hora de dejar entrar a menores en el cine. La mayoría de los padres tenían un criterio *sui géneris* a la hora de decidir. Algunos temas les parecían inadecuados y los prohibían, y a otros les adjudicaban el beneficio de la duda y los toleraban. No parecía obedecer a un razonamiento lógico comprensible, más bien parecía la respuesta a sus propios temores o debilidades. Para los niños estaba claro. Se trataba de ver todas las películas posibles, sin discriminación de género ni de calificación. Incluso las aptas eran aceptables. Y las películas de terror..., esas, nos encantaban a todos.

Dicen que el miedo controlado es terapéutico, pero a veces lo pasábamos muy mal después de haber visto algunas escenas de *Viernes 13*, *La escalera de Jacob* (qué pesadillas tan horribles), *La matanza de Texas* (el ruido de una sierra mecánica siempre quedará asociado a esta película), *Pesadilla en Elm Street* (zarpas hasta en la bañera y un actor que era tan feo como el personaje), *Alien* («¡Mamá, me duele el pecho!». «No es nada, hijito. Ya saldrá lo que tenga que salir...»), *La cosa*, *La mosca*, *Candyman* (ni se te ocurra pronunciar su nombre tres veces...), *Posesión infernal*, *Re-Animator* (para que te fíes de los muertos) y, especialmente, de *Chuky*, el puñetero muñeco diabólico. Desde entonces, miras con desconfianza hasta a la Baby Mocosete de tu hermana.

El cine de terror se puso de moda y toda la generación de EGB quedó marcada —esperemos que sin consecuencias funestas para los demás— por un montón de asesinos psicópatas que gozaban masacrando al personal sin venir a cuento. También es verdad que el personal era un poco idiota o lo parecía. La víctima ponía una cara de pasmarote que llenaba la pantalla mientras tú veías cómo el asesino, con la máscara de turno y el cuchillo mortal, se le acercaba por detrás. Era como cuando de pequeño veías que aparecía el malo en el teatro de guiñol y gritabas «¡Cuidado, tonto, que lo tienes detrás!». Si llevaban media hora huyendo del psicópata, ¿a qué venía quedarse de pronto como resignados esperando el golpe mortal? Precisamente la inevitabilidad y la estupidez del acto era lo que nos aterrorizaba. Nos hacía pensar que cualquiera puede volverse majareta en algún momento —el profe de mates lo parece un poco, la verdad— y empezar a cortar cuellos, y, si alguien ha de ser el primero, ¿por qué no tú?

GREMLINS

Los Gremlins eran tan monos..., hasta que algún despistado los bañaba o les daba de comer *after hours* y se convertían en unos monstruitos con un acusado humor negro. Desde entonces, empezamos a mirar con recelo cualquier peluche que se hubiera mojado accidentalmente.



¡MAMÁ, TENGO MIEDO!







STANLEY KUBRICK

EL RESPLANDOR

El gran maestro Stanley Kubrick decidió abordar el género del terror psicológico adaptando una novela de otro maestro, Stephen King. El resultado fue *El resplandor (The Shining)*, esa sensación repentina que te asalta cuando crees que ya has vivido antes el momento presente. ¡Qué miedo! Aunque, por otra parte, parece que estemos hablando de política...

POLTERGEIST

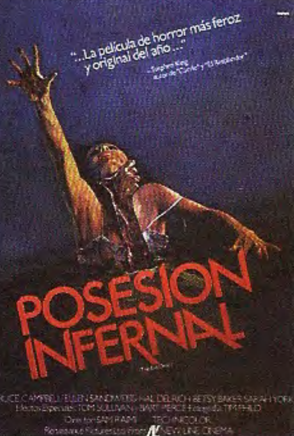
Poltergeist aportó un estilo de terror no por diferente menos inquietante. Una niña veía seres en la pantalla del televisor con nieve —ruido de fondo, decían— y se comunicaba con ellos. Era como la abuela cuando se quedaba traspuesta en el sofá y se despertaba súbitamente al rato de acabar la emisión, pero daba más miedo. Al final, eran espíritus inquietos que habían sido víctimas de la especulación inmobiliaria; para que luego digan que la burbuja del ladrillo es una exclusiva de la marca España.




The Night He Came Home!


HOLOCAUSTO CANIBAL
Jamás el ojo humano contempló tanto horror.
The terrifying motion picture from the terrifying No. 1 best seller.
JAWS
ROY SCHEIDER
ROBERT SHAW
RICHARD DREYFUSS
SI NANCY NO CONSIGUE DESPERTAR INMEDIATAMENTE, NO DESPERTARA JAMAS
WES CRAVEN'S
PESADILLA
EN ELM STREET
GRAN PREMIO DE LA CRITICA
1.er PREMIO A LA MEJOR INTERPRETACION
13.º FESTIVAL INTERNACIONAL DEL FILM FANTASTICO DE AVORIAZ
UNA CAMARA FILMA, POR FIN, EL INTERIOR DE UNA PESADILL

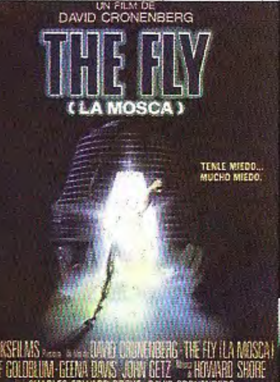

el silencio de los corderos


"...La película de horror más feroz y original del año..."
POSESION INFERNAL


LA NOCHE DE LOS MUERTOS VIVIENTES


A L I E N


YA TE ADVERTI QUE NO SALIERAS ESTA NOCHE
MANIAC
Joe Spinell Caroline Munro
Andrew Garroni William Lustig William Lustig


UN FILM DE DAVID CRONENBERG
THE FLY
(LA MOSCA)
TENLE MIEDO... MUCHO MIEDO.
JEFF GOLDBLUM · GEENA DAVIS · JOHN GETZ
HOWARD SHORE
CHARLES EDWARD POGUE · DAVID CRONENBERG
STUART CORNFELD
DAVID CRONENBERG


AQUELLA CASA AL LADO DEL CEMENTERIO
PAOLO MALCO · DAGMAR LASSANDER
Director LUCIO FULCI


HERBERT WEST HAS A GOOD HEAD ON HIS SHOULDERS AND ANOTHER ONE ON HIS DESK.
H.P. Lovecraft's classic tale of horror
RE-ANIMATOR
...It will scare you to pieces.


JOHN CARPENTER
LA COSA
(EL ENIGMA DE OTRO MUNDO)

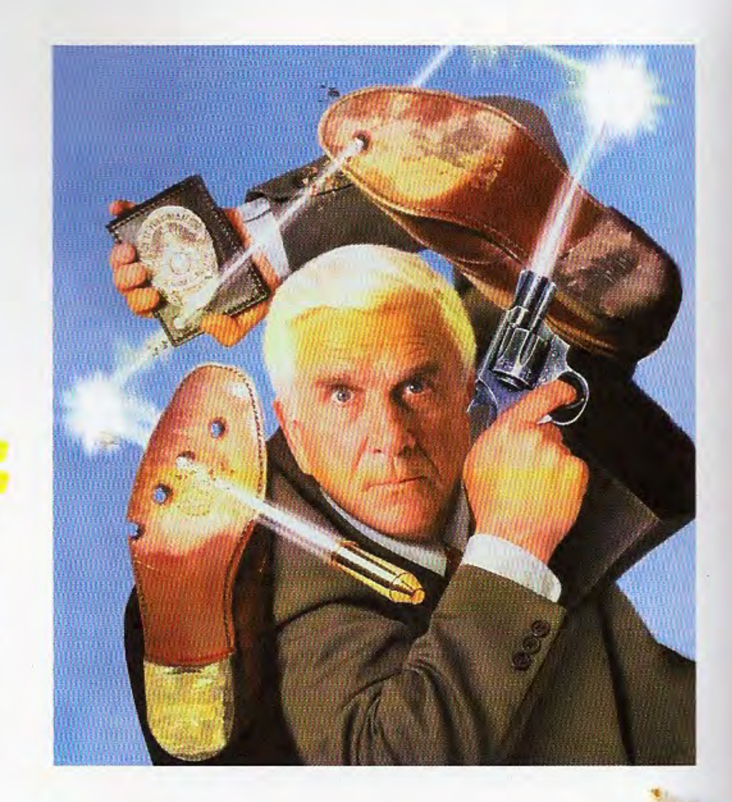
PARA PARTIRSE DE RISA

Eddie Murphy estaba en racha y nos alegró la vida con varias películas. En *Superdetective en Hollywood* —¿cómo era la sintonía?— creó un personaje de éxito, aunque la secuela no fue demasiado buena. También disfrutamos de su actuación en una ácida comedia sobre el mundo de Wall Street, *Entre pillos anda el juego*, dirigida por John Landis e interpretada nada menos que por Dan Aykroyd, Jamie Lee Curtis y James Belushi. Inquietantemente actual. Por cierto, *Trading places* es el título original de *Entre pillos anda el juego*, que en español más bien parece el título de un sainete de los hermanos Quintero. Se traducía el título de la mayoría de las películas, a veces para cambiarlo de un modo absurdo, lo que, cuando hacemos una búsqueda en Internet, dificulta emparejar títulos como *El príncipe de Zamunda* con *Coming to America* o *El club de los cinco* con *Breakfast club*. Claro que, un título como *Ghost* habría perdido mucho traducido como *Fantasma*. Desde luego, habría disminuido el aura almibarada de Demi Moore, que no acababa de desprenderse ni de su maromo Patrick Swayze ni del barro pringoso de sus cerámicas. Eso sí, puso de moda hacer jarrones.

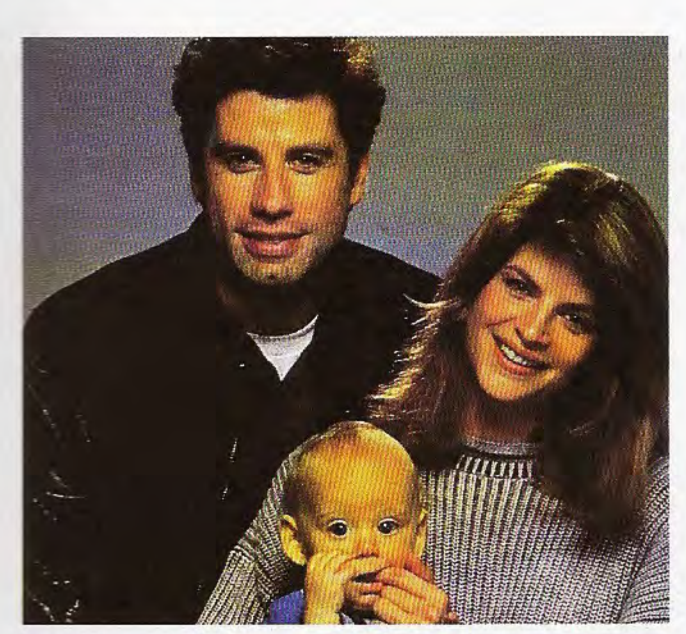
Para romper la desdichada tradición de alterar los títulos de las películas, ayudó la moda de titular muchas de ellas con nombres propios cuya traducción resultaba ridícula. *Halloween* habría sido *La noche de Todos los Santos*, que evoca más la imagen de una castañera que la de un psicópata asesino. *Rocky* sería *Predegoso Balboa*, y así sucesivamente...





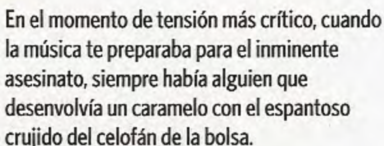


En *Agárralo como puedas* y en *Agárralo como puedas dos y medio*, Leslie Nielsen interpretó a un desastroso policía más torpe que Rompetechos. Seguramente, se había formado en *La loca academia de policía*, de la que salían agentes tan divertidos como peligrosos. Pedir ayuda a uno de uno de ellos podía resultar nefasto, especialmente si acudía el policía que sabía imitar cualquier ruido, como el vuelo de un helicóptero o una ventosidad truculenta. Los imitadores de ruidos se pusieron de moda y no hubo programa de entretenimiento en la televisión española en el que no apareciera alguno de ellos castigando al personal.





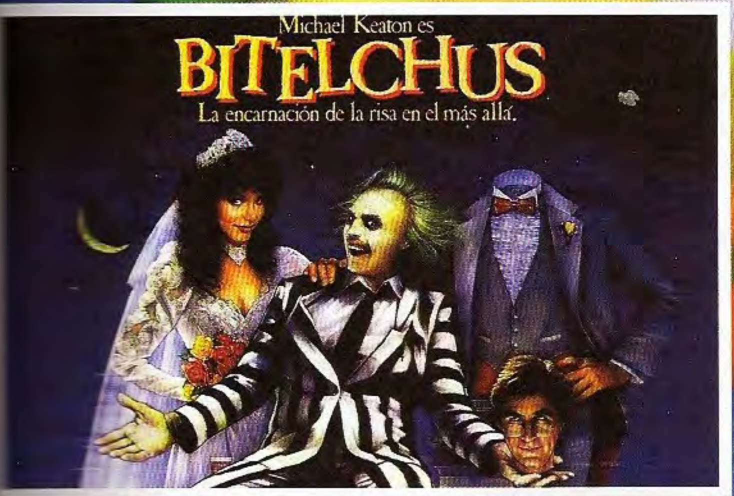




En el momento de tensión más crítico, cuando la música te preparaba para el inminente asesinato, siempre había alguien que desenvolvía un caramelo con el espantoso crujido del celofán de la bolsa.

El humor grueso era muy apreciado. Además de las sucesivas producciones nacionales con Pajares y Esteso, las pantallas se llenaron de comedias *made in USA* repletas de situaciones grotescas y con mucho sexo adolescente, para satisfacción de los jóvenes que veían pasar los meses mirándose los granos en el espejo buscando la manera de meter mano a alguien, en principio, del sexo opuesto. *Porky's* fue una de las cochinas, como su nombre ya sugiere, aunque se tratara de un club. En plan un poco más sofisticado y para mayor gloria del principiante Tom Cruise, *Risky business* —sorprendentemente, no se tradujo el título— ofrecía interesantes ideas para hacer negocios en ausencia de los padres y sin salir de casa. Desde entonces, los padres desconfiaron de lo que podía llegar a pasar en casa mientras estaban de viaje, aunque solo fueran dos días en Segovia. Incrementó las dificultades para disfrutar de un fin de semana con libertad y sin control, pero, al menos, sirvió para inventar algunos trucos para burlarlo.

Otra película mítica de humor surrealista y gamberro de esta época es *Top secret*, una delirante parodia del cine musical y de espías que consiguió que el disfraz de vaca fuera uno de los más vendidos del año (prefiero pensar que no fue por las consecuencias que sufrieron los usuarios del disfraz en la película)



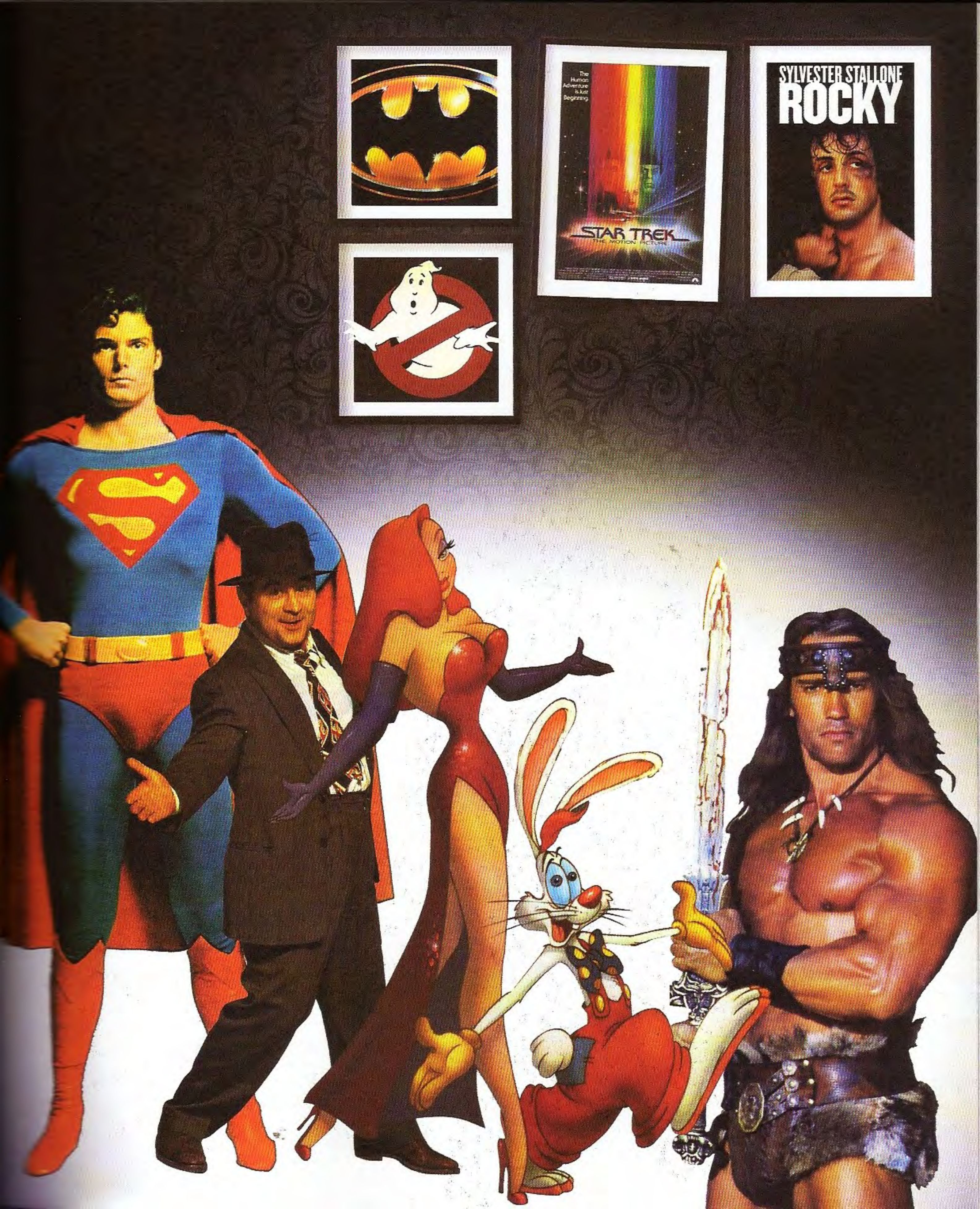




AVENTURAS Y OPTIMISMO

El cine apto para todos los públicos de los 80 y principios de los 90 fue muy creativo, atrevido, liberal y, sobre todo, optimista. Estaba pensado para niños y adolescentes con un futuro viable, que querían disfrutar viendo aventuras vividas por niños reales y próximos, con miedos, con asma y con los problemas típicos de la edad pero con ganas de superarlos, sin empalago. Era un cine con guiones que elevaban el nivel de inteligencia del público infantil y juvenil. Por eso atraía a los adultos igualmente. En este período se produjeron títulos tan relevantes como *Los cazafantasmas*, *E.T.*, *Solo en casa*, *Mira quién habla*, *La familia Addams*, *Los goonies* y *Cariño, he encogido a los niños*. También supuso la resurrección de Disney como generador de grandes producciones de animación como *La sirenita*, *La bella y la bestia*, *Aladdin* o *El rey león*. Además de aportar grandes dosis de placer, estimulaban la creatividad y fomentaban la superación personal, porque todas las películas contenían mensajes de un futuro prometedor, de consecución de logros y de optimismo. Este modelo se desvaneció a lo largo de la década de 1990, cuando el cine para adolescentes se fue llenando de figuras lúgubres cuya actividad más relevante era chupar sangre para vivir eternamente. Era un signo premonitorio de los tiempos que habrían de llegar con el siglo XXI.



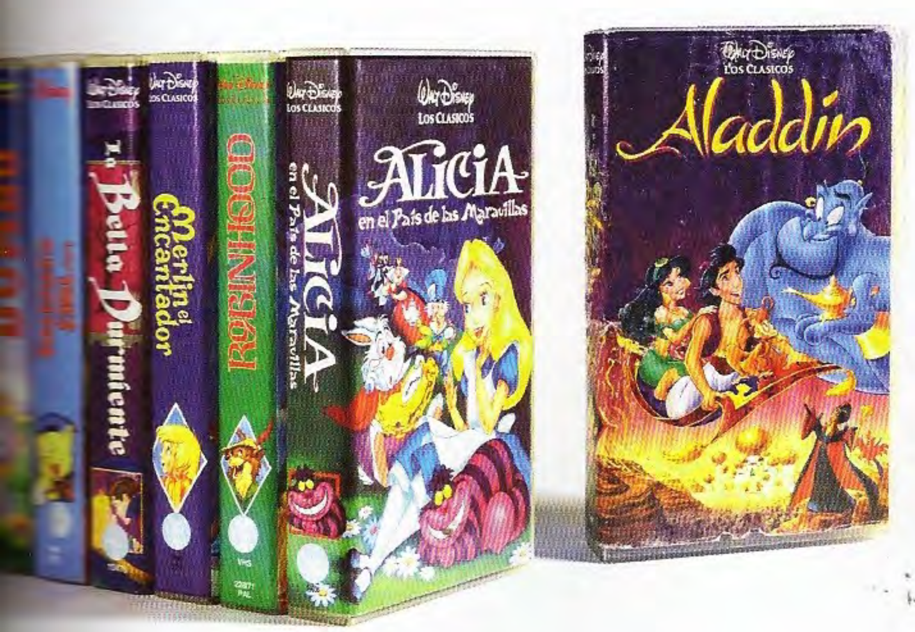

The Human Adventure is Just Beginning
STAR TREK
THE MOTION PICTURE
SYLVESTER STALLONE
ROCKY



STAR WARS

Hemos de recordar también *La guerra de las galaxias*, que en 1977 inició una saga que ha generado millones de seguidores en todo el mundo. La espada láser en puro plástico (las baterías no están incluidas) fue uno de los juguetes más demandados por los niños que lo fueron durante el desarrollo de la saga.

Que la fuerza os acompañe Obi-Wan Kenobi, Anakin, Luke, Leia y también a los robots R2-D2 y C-3PO. A ti, Darth Vader, que te den Juanolas, a ver si aclaras la voz, que pareces mi padre después de fumar un paquete y medio de Ducados (lo dejó, por cierto).



Walt Disney

Los vídeos de Disney solían acabar hechos unos zorros de tanto sacar y poner la cinta. En la década de 1980, la compañía lanzó superproducciones míticas como *La sirenita* y *Aladdín*, y comenzó a sacar en vídeo sus películas clásicas. Descubrimos, no sin sorpresa, que eran igual de buenas.



STEVEN SPIELBERG Presenta

¿SI REGRESO AL FUTURO VENGO DEL PASADO?

Hasta los productores de la saga se liaron con tanto ir y venir. Pero nosotros fuimos una y otra vez a verla y luego la «repasamos» con el vídeo, parando para no perder detalle y pescar alguno de los trucos. Y es que el protagonista, Michael J. Fox, nos parecía muy cercano, aunque solo fuera porque medía 164 centímetros.

Michael J. Fox se puso de moda. Era un buen actor y las chicas lo encontraban guapito. Protagonizó un montón de películas, además de la serie de televisión *Enredos de familia*, que le mantuvo ocupado durante siete años y con la que ganó numerosos premios. Pero fue la trilogía *Regreso al futuro*, dirigida por Robert Zemeckis, la que lo lanzó a la fama mundial. Además de las dos secuelas, que tuvieron que rodarse a la vez por problemas de agenda del actor, en la década de 1980 protagonizó *Colegas a la fuerza*, *Corazones de hierro* y *El secreto de mi éxito*, entre otras películas. *Teen Wolf*, que se rodó antes de *Regreso al futuro* y cuya traducción literal sería «Lobo adolescente», aquí se llamó *De pelo en pecho* y tuvo mucho éxito. Fox interpretaba a un adolescente que descubre que es un hombre lobo, como su padre, pero que ello no le impedirá llevar una vida normal… hasta cierto punto.



En *Regreso al futuro*, Michael J. Fox interpreta a Marty McFly, un joven de 17 años que conoce a Doc Brown, un científico que ha inventado un medio para viajar en el tiempo utilizando como vehículo un DeLorean alimentado con un condensador de flujo activado con plutonio.

McFly viaja al pasado y conoce a sus padres cuando empezaban a salir juntos. Las cosas se complican y la pareja se separa, con lo que McFly ve peligrar su existencia en el futuro del que proviene. Es una paradoja espacio-temporal y ha de actuar para que sus padres vuelvan a estar juntos, se casen y lo engendren. Entre otras situaciones, algunas de fuerte morbo edípico, ya que la madre se enamora de él al sentir «una extraña afinidad» y ha de afrontar la cobardía de su padre, incapaz de enfrentarse al implacable *mobbing* al que le somete uno de sus compañeros de clase.

Moraleja: es mejor no saberlo todo de los padres. Algunos aspectos de su pasado podrían ser decepcionantes, y otros quizás podrían resultar inquietantes.

¿Qué es un «delorean»? Después de ver Regreso al futuro hablamos de él como si fuera el coche del vecino, cuando en realidad lo que tiene (él y otros cientos de miles de vecinos) es un Seat 127 o un Corsa. Pues un DeLorean es nada menos que un vehículo que se fabricó en Irlanda, en 1981 y 1982, para el mercado estadounidense. Tan solo se hicieron 9.000 unidades, por lo que se ha convertido en una pieza de coleccionismo, y más aún después de demostrar su capacidad para atravesar el tiempo. Con las puertas que se abren como alas de gaviota, la carrocería sintética con paneles de acero inoxidable, un chasis diseñado por Lotus y un motor desarrollado por Peugeot, Renault y Volvo, aún siguen circulando unos 6.000 DeLorean pilotados por los afortunados propietarios que pagaron los 25.000 dólares que costaba en su momento. No sabemos si los extras estaban incluidos.

socios del mejor club del mundo

EN SU VIDEOCLUB A PARTIR DEL 4 DE OCTUBRE

Para no tirarte horas haciendo cola en el videoclub, pactabas con tu hermana que, mientras uno iba avanzando, apretujado entre una señora que estrujaba la cinta de *Ghost* como si le fuera la vida en ello y un señor que miraba de reojo la estantería de cine S, el otro iba a la caza de la última novedad disponible. Claro que, luego, todo eran discusiones, porque nadie estaba de acuerdo con la elección. «¡La próxima vez te toca a ti!». Pero tú sonreías satisfecho porque, de momento, nadie te quitaba el hallazgo de haber encontrado disponible una copia en VHS de *La jungla de cristal* con un Bruce Willis que liquidaba a los malos como si fueran cucarachas. Tu hermana miraba con envidia a la señora que llevaba *Ghost* con la secreta esperanza de que cayera fulminada por una lipotimia y poder hacerse con el botín.

Al llegar a casa, la previsible bronca. «¡Pero si ya hemos visto *La jungla de los c*** dos veces!», rugía el padre disimulando para que mamá no le riñera, ya que iba a ser el primero en disfrutar por tercera vez viendo cómo el policía John McClane se cargaba al grupo terrorista que se había apoderado del edificio Nakatomi Plaza. Y el momento en que el poli negro se va a largar porque cree que no pasa nada y le cae el cadáver de uno de los terroristas encima del capó del coche. ¡Qué puntería... la del guionista! Había que volver a verla; además, acababa bien, tanto que iba a tener tres secuelas y John McClane gastará peluca de prejubilado en la última.

La madre se enfadaba: «¡Te he dicho que trajeras *Ghost*!». Mi hermana sonreía con malicia y yo sospechaba que se había chivado para vengarse de mi elección. «¡Que se prepare! La próxima vez traigo *El resplandor*, que sé que no la dejará dormir de miedo, porque será incapaz de evitar mirar la escena en la que Jack Nicholson persigue a su mujer con un hacha.» La verdad es que la secuencia de las siniestras gemelas que surcan los pasillos del hotel con un triciclo, que solo hace ruido cuando abandona la pista de la alfombra, todavía me pone los pelos de punta. Y al final, cuando le dicen al trastornado Nicholson que «siempre ha estado allí» y se le ve en una antigua foto colgada en la pared... ¡La piel de gallina!



Para alquilar un vídeo era obligatorio hacerse socio y pagar una cuota mensual que daba derecho a un determinado número de alquileres a precio bonificado. Para hacerse socio no bastaba con presentar el DNI, se tenía que entregar un recibo de la luz o del gas que certificara el lugar de residencia, ya que las cintas de vídeo originales eran carísimas. Si la perdías, el videoclub te podía cobrar entre 15.000 y 20.000 pesetas, que era mucha pasta, y más a principios de la década de 1980. Te pasabas horas revolviendo cintas en las estanterías, muchas veces frustrado porque la novedad que buscabas casi siempre estaba alquilada. Cuando alguien la devolvía delante de ti y la cogías de un zarpazo ante la mirada asesina del socio que tenías al lado, parecía un hecho tan milagroso como cuando se desalojaba un espacio delante de casa, justo cuando tu padre llegaba con el coche y buscaba sitio para aparcar.

Entonces las películas permanecían bastante tiempo en cartelera y las distribuidoras de cine pactaban con las de vídeo las llamadas «ventanas comerciales», y se acordaba que pasaran unos meses hasta que la película estuviera a la venta y luego en alquiler. Pero eso fue antes de que Planeta De Agostini invadiera los quioscos de cintas VHS con las películas más novedosas del momento ¡a solo 1.995 pesetas! Las estanterías de las casas empezaron a combarse bajo el peso de las cintas. Los escasos libros existentes dejaron paso a las cajas de plástico de los vídeos que, con sus lomos de atractivos colores, daban un aire moderno a la decoración del comedor. Incluso el jarroncito que había traído la cuñada de papá de su viaje a Manises acabó escondido y olvidado en un armario para dejar espacio a la creciente videoteca.



Al principio, los videoclubs tenían tres secciones: una para las cintas VHS, otra para las Betamax y una tercera para las de Vídeo 2000, que eran tres sistemas técnicos diferentes que coexistieron durante un tiempo. Era un lío y el Vídeo 2000 desapareció pronto, con la consiguiente generación de toneladas de chatarra magnética. Luego le llegó el turno al Betamax.

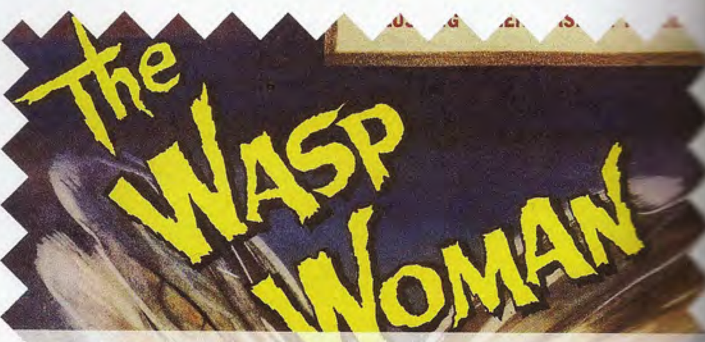
Las películas más codiciadas eran las de humor, porque casi toda la familia se ponía de acuerdo para verlas. Una sesión de sábado o domingo por la tarde —luego haré los deberes, ya casi están acabados—, con la familia frente al televisor comiendo chuches hasta atragantarnos con las delirantes secuencias de *Aterriza como puedas*, es un recuerdo impagable (dejando aparte las 300 pesetas de alquiler del vídeo). «Es un mal día para dejar de fumar.» «Es un mal día para dejar el pegamento.» «Papá, ¿qué pasa con el pegamento?» «¡Calla y mira!» ¿Y la escena en la que el protagonista explica a sus compañeros de asiento sus traumas como piloto hasta empujar al suicidio por aburrimiento a una anciana y a un militar japonés? No nos cansábamos de verla. La ventaja de alquilar un fin de semana es que podías repetir todas las veces que querías o las que te dejaban, hasta que te enviaban a terminar los deberes de una vez. Como pronto hubo un *Aterriza como puedas II*, tuvimos la excusa perfecta para volver a alquilar la primera y verlas seguidas. Sin empacho.

Al estallar la fiebre del videoclub —había varios en cada barrio y por lo menos uno en los pueblos más recónditos y minúsculos de España—, las recién creadas distribuidoras de vídeo se encontraron con el problema de tener que suministrar una gran variedad de títulos a los voraces consumidores. Como las grandes productoras no permitían que las novedades estuvieran tan pronto fuera del circuito de las salas y los clásicos del cine estaban aún por digitalizar, las miradas se dirigieron a las pequeñas productoras que habían realizado películas de modesto presupuesto. La mayoría eran totalmente desconocidas y más hubiera valido que siguieran en tal estado; sin embargo, era tal el ansia por amortizar el nuevo reproductor de vídeo, que cualquier título servía y se alquilaba.



El videoclub era un centro de relaciones sociales. Algunos de los pioneros y de los mayores de España, como Video Instant, llegaron a tener miles de socios y decenas de miles de títulos distribuidos en inacabables estanterías y clasificados por género o por sistema de vídeo. Incluso algunos actores famosos acudían al videoclub para firmar autógrafos y promocionar su último estreno.





En el videoclub podías encontrar películas rarísimas, inclasificables. Pero, como las carátulas llamaban mucho la atención, siempre había algún incauto que picaba (picábamos, seamos sinceros). En ocasiones, raramente, te llevabas una sorpresa y la película era entretenida, pero casi nunca cumplía las expectativas prometidas en el cartel.





Las estanterías de cine S o X exhibían sin pudor, haciendo gala de la recién descubierta libertad sexual que había traído la democracia, títulos tan sutiles como *Modelos con gargantas sedientas de sexo*. «¿De qué va?», preguntábamos con falso candor a nuestra madre, que enrojecía violentamente y nos trasladaba a la zona más inocua de cine de guerra y otras violencias brutales, que siempre era menos peligrosa que la del cine X. Las imágenes de las carátulas de los vídeos X, eso sí, solían estar parcialmente censuradas con unas barras negras cuya longitud y grosor evocaban proporciones de superdotados que asustaban un poco.

LISTA TOP TEN BSO DE EGB

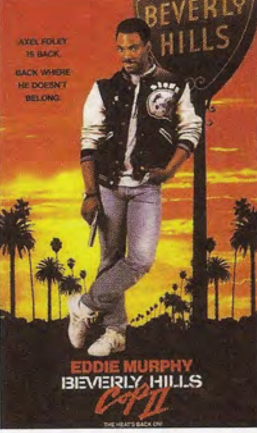
No están todas las que son, pero sí son todas las que están en la lista. Cada una de estas bandas sonoras pone música de fondo a un momento intenso de tu vida. Cuando para tí la EGB era el presente y el futuro estaba lleno de sueños de cine.

Hemos preparado esta selección ideal en una cuenta de Spotify. Activa este código QR o accede a Spotify con la url:

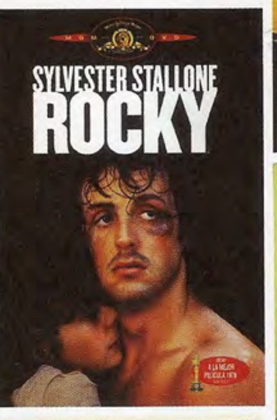
http://goo.gl/EJWwCb

ENTRA
y déjate llevar por
los recuerdos
al son de la música.















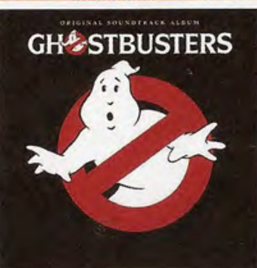




















Con los cromos se aprendía el arte del comercio. Una vez agotados los fondos destinados a la compra de sobres y constatando que el montón de *repes* había crecido de forma alarmante, procedía negociar un intercambio con la mayor urgencia. Después de tantear a los amigos en busca de los cromos difíciles, *tenguins-faltins,* se recurría al zoco dominical de permutas. Allí uno se tenía que enfrentar a desconocidos y desalmados traficantes que vendían su mercancía a precios desorbitados. Con la arrugada lista escrita en una hoja del cuaderno de *mates,* se iban regateando los precios. El veinticuatro y el veinticinco, que era un cromo doble donde se veía a Batman y a Robin medio abrazados (eso lo sabíamos porque, chincha, chincha, el que creíamos que era nuestro mejor amigo lo tenía pegado en su álbum, mientras que, en el nuestro, un triste hueco enmarcado nos frustraba sin compasión). Era un poco raro, pero resultaba imprescindible para completar el álbum... Ofrecíamos un taco entero de *repes* para conseguir el puñetero doble, pero, impasible, el vendedor nos pedía 200 pesetas con un mohín de desprecio hacia nuestro montón de cromos fuertemente atados con una goma elástica. Lo peor de todo era que, una vez realizada la transacción y enmarcados Batman y Robin en su correspondiente hornacina, unidos para siempre con pegamento, se perdía interés por el álbum, considerado hasta el momento como un preciado tesoro. Pasaba a engrosar los diversos materiales que abarrotaban nuestra caja de juguetes y caía en el olvido..., hasta dos décadas más tarde, cuando lo redescubríamos y nos picaban los ojos al ver a Batman y Robin de nuevo. Y esta vez albergábamos la seria sospecha de que eran raritos.



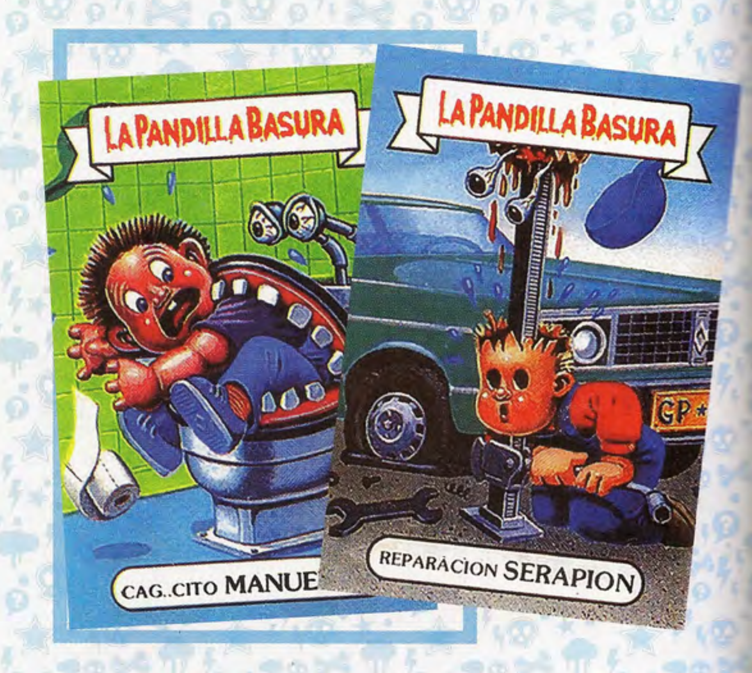
Nuestro héroe: **BATMAN**

COLECCIONES



Ciertas colecciones tenían contenidos que algunos padres no aprobaban. Los Simpson, por ejemplo, fueron causa de debate en el seno de algunas familias, porque se consideraban excesivamente destructivos para la moral bien pensante. Igual tenían razón, pero, visto lo visto en la vida real, los Simpson han resultado ser más tiernos que Bamby.

Una de las colecciones más polémicas fue «La pandilla basura», con imágenes que representaban monstruitos repulsivos, frikis de mucho cuidado y tontos de diverso calibre a los que les pasaban cosas atroces. Todos tenían nombres premonitorios, como Matasanos Cayetano, un dentista que extirpa el esqueleto completo del paciente al tirar con fuerza de la muela; Lumbrerón Pepón, el bebé con un inmenso cerebro que juega con un ordenador; Batidora Isidora, que tritura su propia cabeza en el bol de la salsa, y Chupón Agamenón, un niño que lame con fruición un helado de rata (al menos es ecológico).



En Cag...cito Manolito sorprende la pusilanimidad en el uso de los puntos mientras la imagen es de pesadilla. Reparación Serapión no es muy hábil para cambiar ruedas y maneja el gato con poca soltura.





cromos fosforescent y cutres



33

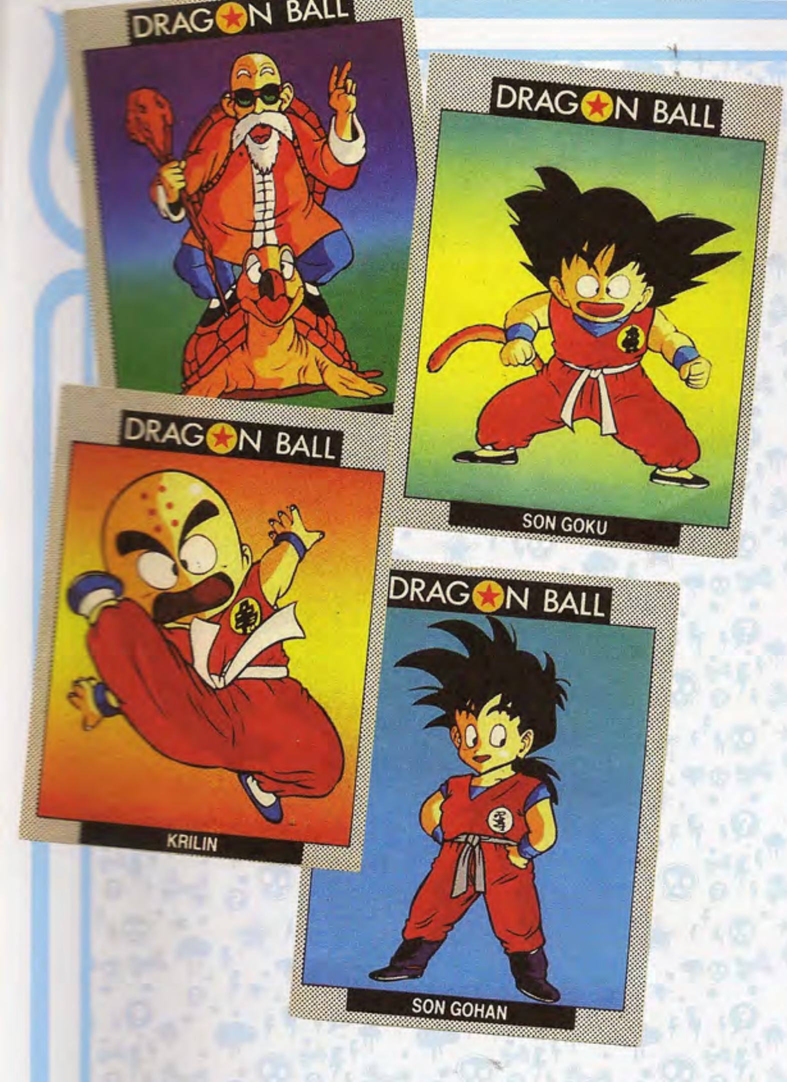
COMPLETA EL ALBUM PEGANDO EL CROMO

Panini era como el *Espasa Calpe* de los cromos. Tocaba todos los temas y estilos, y se convirtió en un referente para los coleccionistas. La temporada de liga era un tema que se renovaba cada año y los cromos repetidos de los jugadores más cotizados del momento acababan pegados en la carpeta de Educación Artística, que con ese nombre parecía que estaba provocando.

Una colección insólita fue *Marcas*, también de Panini. Consistía en una serie de cromos autoadhesivos que representaban los logos de marcas conocidas como Iberia, Nike, Pirelli, Ford, Antena 3, Apple, Real Madrid, Nikon, CB Films, Agfa..., e incluso el conejito de Playboy, para reconocerlo cuando se cumplieran los dieciocho. Hubo otra dedicada al mundo del motor, *Marcas a todo gas*, y hasta una dedicada a las marcas más relevantes de 1992, todas ellas vinculadas a los grandes eventos del año. El huevo de la serpiente del consumismo.

Bollycao también se apuntó a la movida y sacó su colección de marcas ¡con el eslogan incluido! *Ray Ban: Número uno en los ojos del mundo*; *Bicis BH: No las para ningún bache*; *El futuro es Sharp* (y sí que lo ha sido); *Donuts: De dos en dos*; *Aiwa: suena guay*; *Sony: el Sony...do* y, cómo no, *Bollycao: Energía de una pieza*. Está claro que la época de las vacas gordas estaba en pleno apogeo y pensar que solo duraría siete años era un anacronismo bíblico. Así que, a consumir, pero ¡solo las marcas conocidas!

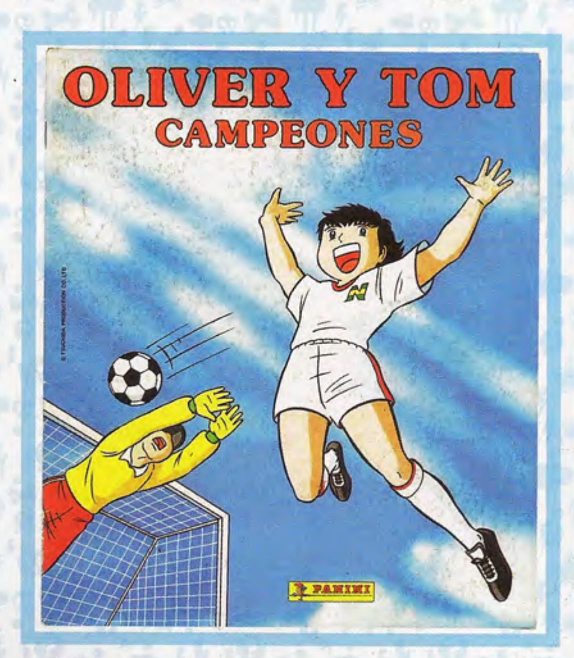






Los *Karikatas*, «la *cole* más *diver* del siglo», tenía la gracia de recopilar unas excelentes caricaturas de los famosos del momento, aunque, con el paso de los años, con alguno nos preguntamos: y ese, ¿quién era? De hecho, algunos ya nos resultaban desconocidos en el momento de pegar el cromo.

No había serie de televisión que se preciara que no tuviera su propio álbum de cromos. Sobre todo, las series de dibujos animados. Las japonesas arrasaban. El *boom* empezó con *Marco*, luego vino *Heidi* y, cuando parecía que la cosa degeneraba en culebrón, aparecieron *Oliver y Benji* y, por fin, *Dragon Ball*. Clara y el mono Amedio vieron cómo sus tiernos y adorados compañeros sucumbían frente a la potencia agresiva de Dragon Ball y los espectaculares goles de Oliver Atom.



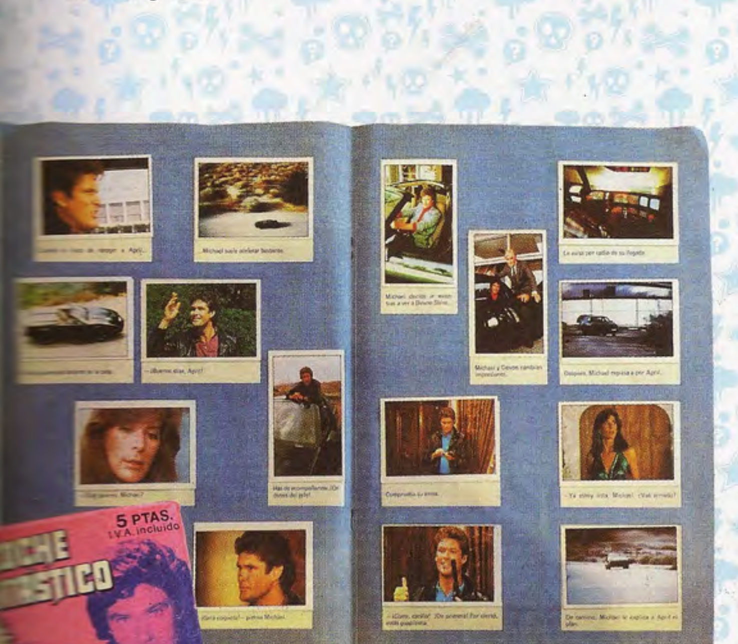
La españolización de los títulos llevaba a confusiones. La serie se llamó *Campeones* y *Oliver y Benji*, al mismo tiempo. El álbum de cromos recuperaba a Tom y enviaba a Benji (cuyo nombre original es Genzo Wakabayashi) a la portería.





La vuelta al mundo de Willy Fog estaba basada en la obra de Julio Verne *La vuelta al mundo en 80 días*, pero hasta que no vimos la película, pobre *remake* de la de Cantinflas y David Niven, no nos tomamos muy en serio a Verne. El único Julio conocido seguía siendo el Iglesias.





El coche fantástico fue una de las colecciones preferidas por los chicos, propensos a creer que con un vehículo de tan altas prestaciones la vida iba a ofrecer un sinfín de ventajas, entre las que destacarían las espléndidas mujeres (mejorando Paloma R., la niña más guay de 3º B) que siempre rodeaban ese tipo de coches.

Las chicas, más realistas, jugaban a convertirse en una Barbie de pro para lograr la paz en el mundo a través del Ken de turno. Unos y otros soñábamos lo que podíamos, y buscábamos en los cromos la satisfacción de completar algo y pasar a otra cosa. Y rapidito, que el tiempo corre.

Naturalmente, los cromos de Disney no podían faltar. Como se restauraron copias de los clásicos y Disney generó una hábil política comercial de lanzamientos, volvieron a la vida grandes personajes como los enanitos de Blancanieves (mucho más interesantes que ella) y, sobre todo, Baloo, el oso de *El libro de la selva* que todos hubiéramos querido tener como amigo y *primo de Zumosol*. Las nuevas superproducciones de Disney tuvieron un éxito arrollador. La sirenita Ariel (en el cuento original de Andersen no tenía nombre) encandiló a padres e hijos simultáneamente y el cangrejo Sebastián pasó a formar parte de la exclusiva galería de bichos simpáticos de Disney. Luego llegó *La bella y la bestia* dando moral a muchos acomplejados por su aspecto físico, y, por fin, *El Rey León*, que ha demostrado que podía dar de sí durante más de dos décadas.

Los Toi arrasaron, y mira que eran tontorrones. Siempre encontrabas uno que definía tu estado de ánimo actual y te parecía de lo más gracioso. Lo enganchabas en el forro de algún libro, en la libreta de apuntes y, especialmente, en la carpeta, que procurabas llevar bajo el brazo de manera que el o los Toi elegidos lucieran adecuadamente.



Coleccionar llaveros también molaba. Los había de marcas comerciales, de *souvenir* turístico, de personajes de los dibujos animados... No es que tuviéramos muchas llaves, pero los llaveros se colgaban de la mochila y quedaban muy aparentes. También se coleccionaban muchas otras cosas, algunas raras, raras. Luego nos enterábamos de que los padres también habían caído en la misma trampa y no nos sentíamos con el síndrome de Diógenes que, aunque no supiéramos que era un diagnóstico médico, las madres ya lo detectaban enseguida:

«¡Tira eso, que ya no cabes en la habitación y pronto llegará un hermanito!»

¡Horror, el usurpador! Había que buscar un buen escondite. Claro que, si te había dado por coleccionar latas de refrescos, lo tenías claro. Además de bulto, hacían ruido, y, si las apretabas un poco, se abollaban. Finalmente, acababan todas en la bolsa de basura (tamaño industrial) sin reciclar ni nada. Que eso vino más tarde.

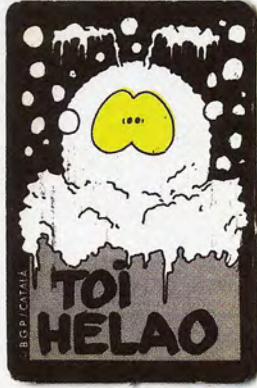










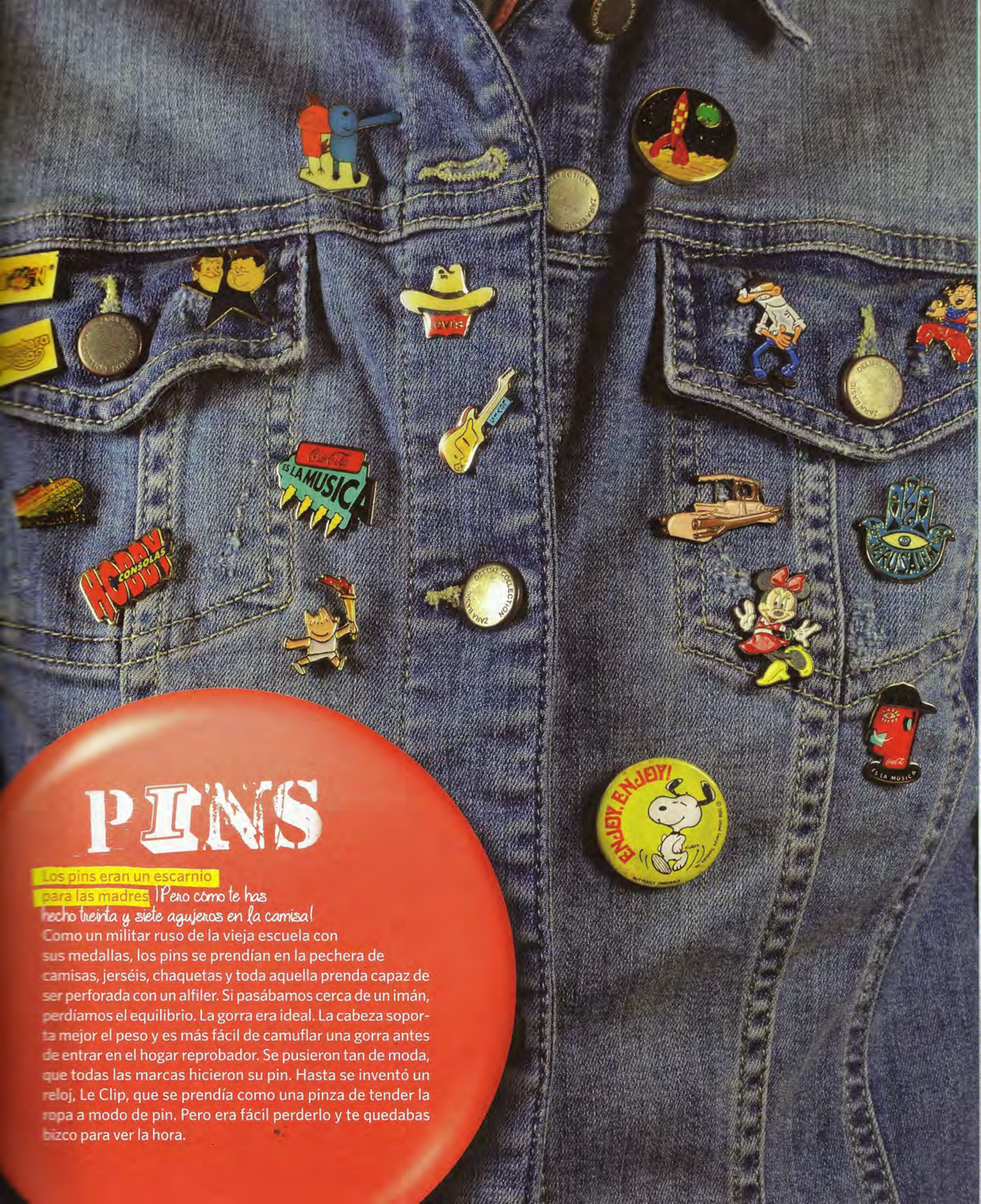












PINS

Los pins eran un escarnio para las madres. ¡Pero cómo te has hecho treinta y siete agujeros en la camisa!

Como un militar ruso de la vieja escuela con sus medallas, los pins se prendían en la pechera de camisas, jerséis, chaquetas y toda aquella prenda capaz de ser perforada con un alfiler. Si pasábamos cerca de un imán, perdíamos el equilibrio. La gorra era ideal. La cabeza soporta mejor el peso y es más fácil de camuflar una gorra antes de entrar en el hogar reprobador. Se pusieron tan de moda, que todas las marcas hicieron su pin. Hasta se inventó un reloj, Le Clip, que se prendía como una pinza de tender la ropa a modo de pin. Pero era fácil perderlo y te quedabas bizco para ver la hora.

TAZOS



Los tazos llegaron cuando ya empezábamos a añorar la infancia, ¡tan pronto! Matutano se hinchó de vender bolsas en las que hundíamos la mano con la esperanza de encontrar el último tazo que faltaba para la colección. La ventaja respecto a los cromos es que, al menos, te quedaban las patatas para comer.

Los discos de plástico con figuras del Rey León o de Chiquito de la Calzada servían para apostar a las canicas o para derribar una columna de tazos lanzando un certero tazo más grueso y pesado. En realidad, decían las madres, es como los cromos con los que jugábamos cuando éramos pequeñas, solo que estos son de plástico. No, si cromos para picar ya teníamos, los tazos eran otra cosa. Pero ¿cómo hacer comprender tales sutilezas a una madre hecha y derecha?

MINERALES



Los minerales no han fallado nunca. Hubo quien, tras heredar los restos de la colección paterna, se dedicó a ampliarla para mejorar la nota en Ciencias Naturales. Otros, los menos, se lanzaron al campo en busca de hallazgos, a ser posible, pepitas de oro. La mayoría compraba trocitos de calcopirita, obsidiana, turmalina, malaquita, olivino, lava, granito y cuarzo en las tiendas o en los tenderetes que en algunos sitios se montaban los fines de semana. Creíamos que atesorábamos piedras preciosas y a un precio de ganga. La mayoría de las piedras volvieron a la naturaleza vía vertedero, y las que tuvieron mejor suerte se apretujaron en una caja de zapatos con graves rozaduras entre sí para acabar, al ser descubiertas en su deterioro años más tarde, también en la basura. ¡Si hubieran sido diamantes!


VIỆT NAM
HAFNIA-87
POLSKA
5 zł
1.50 RIELS
MAGYAR POSTA
NICARAGUA
CORREOS 1986
VIỆTNAM
BƯU CHÍNH
Vuelos Transat
L. Bleriot
$9.00
STOCKHOLMIA
CORREO AEREO 1986
Cuba
correos 1988
40

Los sellos ya estaban un poco pasados de moda y después de lo de Cafisa (una estafa millonaria en el mundo de la filatelia) cayeron en picado, y ningún padre se atrevió a fomentar en sus hijos las virtudes de la filatelia. Las monedas siempre han tenido su público, pero, cuando los editores de fascículos coleccionables pusieron en todos los quioscos cientos de miles de monedas y billetes, ¡auténticos!, la cosa perdió un poco de *glamour*.





La de cochecitos en miniatura era una colección ideal, porque podías jugar con ellos y con los repetidos se formaba una flota digna del parque móvil de un Ministerio. ¡Si no son *Micro Machines* no son los auténticos! Llenaban las estanterías y acumulaban ácaros sin piedad, a pesar de que asegurábamos a la inquisitiva madre que les *habíamos pasado un trapo*. Nos parecían de lo más decorativo y sofisticado. Algunos eran bastante precisos en los detalles e incluso tenían puertas que se abrían y daban acceso a un diminuto volante. Otros tenían un sistema de propulsión que nunca entendimos y que se estropeaba con facilidad; eso sí, después de haber chocado violentamente contra los pies descalzos de todos los miembros de la familia tras las inesperadas incursiones sin rumbo a los que los sometíamos. Ocasión en la que enriquecíamos nuestro léxico con el aprendizaje de algunas expresiones y palabras de lo más interesante.

CANICAS



con canicas como aquellas te podías montar una película de star trek..., y, si no, de guá.

ANTES MUERTA QUE SENCILLA

Moda de españa. ¡Ja!



«Nada tan peligroso como ser demasiado moderno. Corre uno el riesgo de quedarse súbitamente anticuado», dijo Oscar Wilde para ir llenando su cupo de frases célebres.

Pero hubo una etapa en la sociedad española en la que no ser moderno era peor que ser un intocable en la India. La moda se convirtió en un alimento de primera necesidad y no prestarle la debida importancia podía resultar perjudicial, no sé si para la salud, pero seguro que lo era para tus relaciones sociales.

Moda de España. ¡Ja! Se oía en el *spot* que, en 1986, se rodó con música de Nacho Cano para promocionar la moda autóctona. Nunca quedó claro el sentido del ¡Ja!

Para sentir la modernidad a flor de piel, los padres buscaban la complicidad con los hijos. Ser colegas. De ninguna manera querían transmitir la sensación de incomunicación generacional vivida con sus padres. Como suele suceder, actuó la *ley del péndulo* (es de antes de la de Murphy y después de la del Talión) y el grado de conchabe entre padres e hijos alcanzó niveles poco recomendables. La autoridad paterna quedó mermada en aras de una ilimitada «libertad de expresión». Divertida, aunque desconcertante para los hijos, y agotadora, presagio de futuras frustraciones, para los padres. Se tardó un tiempo en recuperar cierto equilibrio, pero el modelo de relación establecido ya era difícil de reconducir. Para bien y para mal.


somos
Modernos

El terreno donde resultaba más fácil forjar complicidades era el de la moda en el vestir. Así que, a lo fácil.





A las madres les encantaba salir de compras con sus hijas y se vestían con la intención de que las tomaran por hermanas. A veces colaba. Dorian Gray salió del armario (como tantos otros) y volvió a vestir sus mejores galas. Esta vez incluso con *liftings*, que proliferaron tanto que algunas madres pasaban por el quirófano como quien va a Llongueras. La «eterna juventud» se convirtió en el objetivo primordial de las mujeres, primero, y de los hombres, al cabo de poco tiempo. «¡Si hay que ser metrosexual, se es! ¡Y punto!»

Padres e hijos se vestían a juego, fuera cual fuera el estilo. Hasta las últimas consecuencias estéticas. Y sin rubor, que para eso tenemos la democracia. «*Tranqui, compi*, no te pongas *nervi* y pásame las Converse, que hoy salgo con mi nuevo ligue...» Eso lo decía la madre, recién separada y dispuesta a no perder ni un minuto de la menguante lozanía y a demostrar que dominaba el lenguaje juvenil. El número de divorcios se había disparado. El responsable solía ser el padre, que había conocido a una chica más joven y creía que podría volver a empezar una nueva vida sin cometer los viejos errores. Craso error. Todo se repetía en la mayoría de los casos. La diferencia es que, entre hijos e hijastros, todos acababan siendo *la gran familia y una más*.

Afortunadamente, las madres del momento ya no se resignaban como lo habían hecho las suyas y la mayoría se lanzaba en busca de nuevas experiencias con potencial pareja incluida. Lo primero era renovar el vestuario y, si la talla lo permitía, compartir ropa con las hijas. La generación de EGB y la del bachillerato iban a ir con los mismos uniformes. Bueno, de uniforme nada, porque las tendencias se dispersaron hasta lograr encajar con los gustos de cada uno. Aunque, ¡ojo!, algunos códigos eran intocables para los de EGB.



Para poder compartir parte del vestuario, contaron con unos aliados inesperados. La industria farmacéutica y la de alimentación se unieron para fomentar la delgadez a toda costa (a veces incluso de la salud). Dietas de todo tipo y calibre se complementaban con una extensa gama de productos con pocas calorías. El mundo *light* dominaba las estanterías de las tiendas y casi todas las marcas se las apañaron para ofrecer una versión menos sabrosa de sus productos. Eso sí, un poco más caros para compensar el esfuerzo de quitar azúcares, nicotinas, alcohol y todo tipo de grasas.



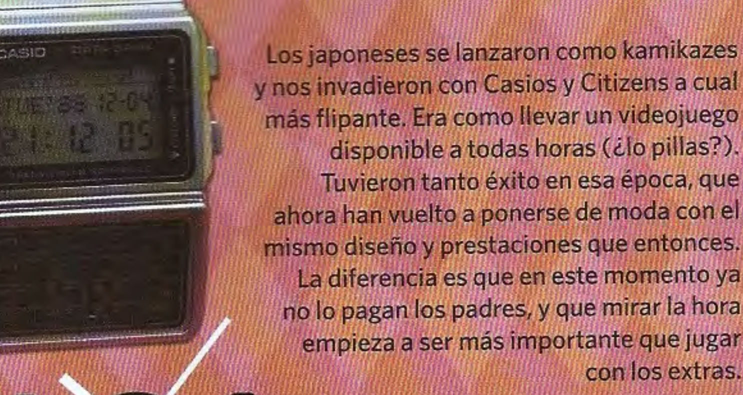


«*¿La arruga es bella? ¡Maldita sea! ¡Si me acabo de comprar una plancha Braun que casi cocina al vapor!*», se quejaba la madre. Pero las más lanzadas (y sus maridos) se apresuraban a comprar holgadas chaquetas dotadas con hombreras dignas de un húsar y confeccionadas con tejidos que se arrugaban solo con mirarlos. Adolfo Domínguez consiguió que la mayoría de simpatizantes del PSOE en el poder lucieran sus arrugas con un orgullo digno de mejor causa.

Las marcas iniciaron una implacable escalada de penetración en las masas consumidoras. O sea, nosotros mismos. Lo hicieron tan bien, que hasta las tiendas de mercadillo ofrecían género del que se destacaba la marca —desconocida— antes que la calidad, para que las madres picaran y creyeran que estaban comprando algo que sus hijos iban a recibir con lágrimas en los ojos. Lágrimas sí que había, sí. Pero a causa del berrinche. La madre solía escarmentar al descubrir que la prenda del mercadillo acababa relegada en un confuso revoltillo en el fondo del cajón. «*¡Algún día te arrepentirás!*», se resignaba. «*¡Sí, mamá! ¡Que ahora solo se llevan las marcas tal y cual! ¡Pareces de posguerra!*», contestábamos con cierta penita levantando escépticos la ceja creyendo que las vacas gordas que prometían en la tele (y desde el Gobierno) iban a pastar eternamente cerca de nosotros, las de Milka, claro.

mamá, es la
de la merienda

Llevar reloj era signo de que te habías hecho mayor. De la pulsera con un reloj de azúcar habías pasado a un reloj pintado en la muñeca con trazo Bic, pero por fin llegaba el reloj digital. Todo un avance que nos sorprendió con propuestas que iban mucho más allá de marcar la hora, que al fin y al cabo tampoco era lo más importante.



Los japoneses se lanzaron como kamikazes y nos invadieron con Casios y Citizens a cual más flipante. Era como llevar un videojuego disponible a todas horas (¿lo pillas?). Tuvieron tanto éxito en esa época, que ahora han vuelto a ponerse de moda con el mismo diseño y prestaciones que entonces. La diferencia es que en este momento ya no lo pagan los padres, y que mirar la hora empieza a ser más importante que jugar con los extras.

RELOJ

QUE NO SOLO MARCAS LA HORA



"NAVIDADES"

CASIO

INTERINVEST, S.A.

CONCESIONARIO E IMPORTADOR EXCLUSIVO PARA ESPAÑA

DW-200

- *reloj sumergible 200 m*
- *cuenta regresiva con alarma*
- *alarma diaria*
- *señal diaria*
- *pila 7 años*
- *calendario*
- *cronógrafo*
- *microluz*

TE-2500

- *reloj diccionario 5 idiomas*
- *36 frases hechas*
- *hora mundial 24 meridianos*
- *cronógrafo profesional*
- *alarma diaria*
- *señal horaria*
- *pila 7 años*
- *microluz*

(10º+60º)
Londres, Moscú
Nueva York
automático
1/100 seg.
temperatura
100 m.
diaria
horaria

LM-6

- *reloj alarma con 3 melodías seleccionables*
- *calendario automático*
- *cronógrafo 1/10 seg.*
- *señal horaria*
- *pila 2 años*
- *microluz*

GD-8

- *reloj con carrera coches F-1*
- *alarma diaria*
- *señal horaria*
- *pila 3 años*



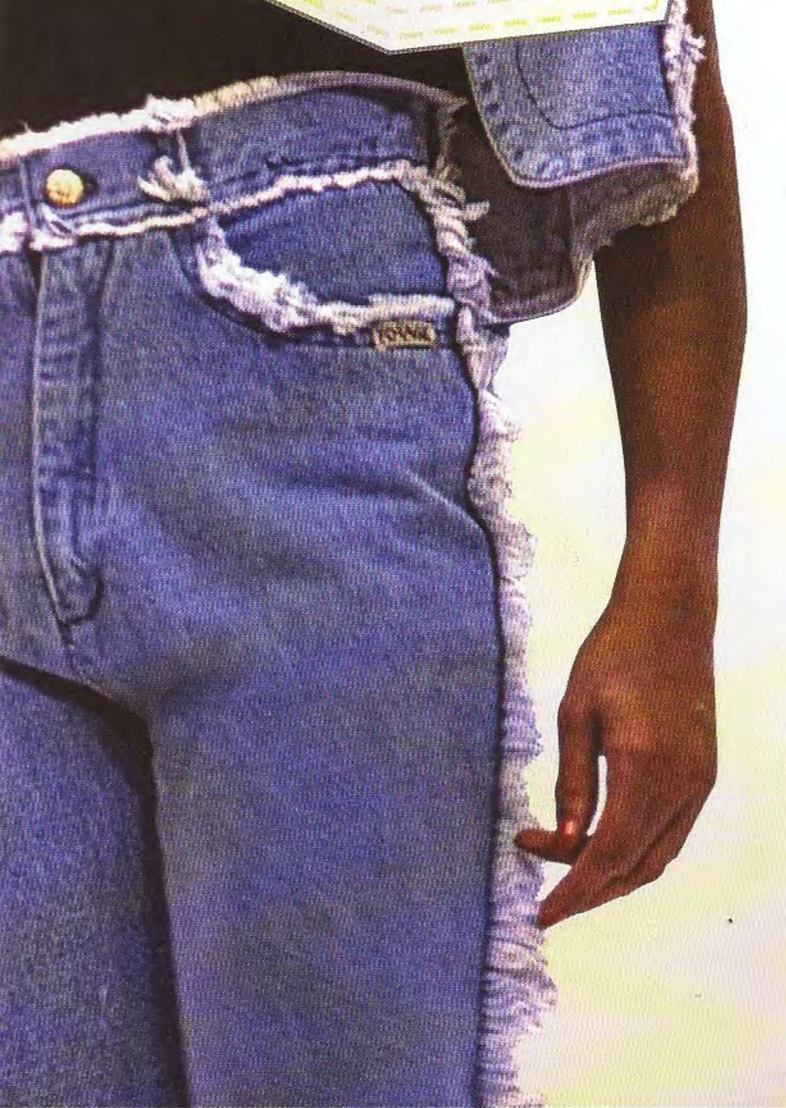
SEIKO
LIGHT MODE DATE READ-STOP START-STOP LAP RESET SELECT
STOP-WATCH ALARM SET TIME SET
10:08
QUARTZ LC

JEANS
DE ROMPE Y RASGA



Cuando algún conocido iba a Nueva York, se le encargaban unos auténticos Levi's 501. A los españoles se los conocía en Manhattan como los *guifmitú* (give me two), porque es lo que todos decían cuando consultaban el precio y comprobaban que salían casi a la mitad de lo que costaban en España. Entre las compras propias y los encargos acaparaban el género de media tienda. Por suerte, entonces, las compañías aéreas no eran tan quisquillosas con el exceso de equipaje...

Los tejanos estaban lavados (*a la piedra* decían algunos anuncios, pero ¿a qué piedra?) hasta su decoloración y lucían brechas por toda la pernera. «¡Mamá, déjame las tijeras!» «Pero ¿qué haces?» «¡Nada! Que no estás al loro y eso es lo que se lleva. Si no quieres ser un pringado, no puedes ir con los tejanos nuevecitos y planchados.» En aquellas situaciones, padres e hijos se rasgaban las vestiduras. Los hijos, literalmente.







Las frases *Culos indestructibles* y *A prueba de niños* formaban una indeseable asociación en las vallas publicitarias de la campaña de vaqueros Ray. Pero no eran los únicos con mensajes equívocos. Wrangler lanzó una extensa campaña con el eslogan *Wrangler resiste si tú resistes*, en la que lo de menos era la calidad del tejido.



Calzar unas deportivas de blanco impoluto era cosa de pardillos, así que lo primero que se hacía al sacar las John Smith de la caja era ensuciarlas un poco ante la mirada incrédula y horrorizada de la madre, que se mordía la lengua. O no.

El calzado nunca había desempeñado un papel tan importante socialmente. De su correcta elección dependía tu estatus en el círculo de amistades. Ir contra corriente podía suponer tu exclusión del grupo deseado y tu inclusión en el abultado y temido grupo de los marginados. Había que estar al día y sacrificarlo casi todo para demostrar quién eras solo con los pies.

Entre los que estrenaron la generación de EGB y los que la cerraron, pasaron muchas tendencias y muchas marcas alcanzaron su cénit para derrumbarse y desaparecer luego. Algunas, pocas, fueron transversales, pero todas coincidieron en su afán de representarnos tal como queríamos que se nos identificara. Hubo para todos los gustos.

Las John Smith modelo 412 se impusieron y su logo, como una pelota de baloncesto, se convirtió en un icono generacional. Como eran españolas y costaban menos, salvaron de la ignominia a muchos que no alcanzaban a comprar según qué marcas. Las Converse eran el no va más. Ni Magic Johnson te hacía sombra. Se impusieron en todo el mundo y hasta hubo a la venta ediciones limitadas firmadas por grandes diseñadores. Si las básicas ya no estaban al alcance de cualquiera, las especiales tenían precios prohibitivos. Llegaban noticias —o leyendas urbanas, ¿quién sabe?— de chicos que habían muerto apuñalados para robarles las zapatillas de marca. Eso añadía adrenalina a la hora de calzártelas y aumentaba el valor de la marca en cuestión.

Luego estaban las clásicas marcas que llevaban los famosos para ponerte los dientes largos: Reebok, Adidas ¡Gazelle!, Nike... Las Kelme, como las anunciaba Jordi Villacampa, te hacían sentir más alto.



¡¡SUBETE POR LAS PAREDES!!

Se llevaban las náuticas, como si tuviéramos un barco amarrado en el Manzanares, y las Panamá Jack, como si quisiéramos estar preparados para salir de expedición amazónica con De la Quadra-Salcedo. Nunca nos pasó, ni conocimos personalmente a nadie que hubiera ido, pero ahí estaban las fotos y los documentales para dar fe. ¡Qué suerte! Al menos calzábamos apropiadamente para el sueño.

Dr. Martens impuso sus botas militarizadas en una generación pacifista que encontró en la rudeza de este calzado un símbolo de rebeldía perfecto. Podías llevar un vestido de gasa con tutú incluido y rematarlo con unas Martens de color lila con los cordones sin abrochar. Solo para demostrar al mundo que nadie te iba a doblegar. Un poco a lo Winona Ryder antes de que la pillaran por cleptómana, o Matt Dillon haciendo el *grunge* en *Singles*.



De pronto, en una caja perdida en un altillo, aparecía alguna prenda de cuando tus padres eran adolescentes y se convertía en una especie de fetiche que llevabas a todas horas. Y para *vintage vintage,* no había como los jerséis de la abuela, que se empeñaba en tejer con lanas que picaban mucho y colores, digamos, difíciles de combinar. Solo en lo más crudo del crudo invierno eran tolerables los pasamontañas de lana que tu madre te imponía en su lucha sin cuartel contra los microbios.

Algunas amigas que iban a colegios de monjas vestían uniforme clásico con esa faldita plisada que tanto gusta a los dibujantes de manga japoneses. Todas iguales. Nos daban un poco de pena, pero, cuando salían el *finde*..., ¡sorpresa! La revelación de las hormonas se manifestaba con todo su poderío y eran las más lanzadas. «¡Ojo con las mosquitas muertas!», alertaba la madre crípticamente. Hasta que no nos picó una, no comprendimos el sentido de la advertencia en toda su extensión.

La estética punk promovió cortes de pelo que ponían los ídem de punta a los padres. Además de *piercings*, tatuajes y ferretería variada sobre prendas de cuero negro, el punk *no future,* cuya estética habían consolidado grupos como Sex Pistols, alcanzó a clases sociales para las que no estaba prevista tanta carga agresiva. Los padres veían alarmados cómo los hijos se volvían góticos sin remedio. «Pero ¿tú crees que alguien te va a contratar con esa pinta?» Honradamente, no creo que sea ese el origen del paro juvenil.



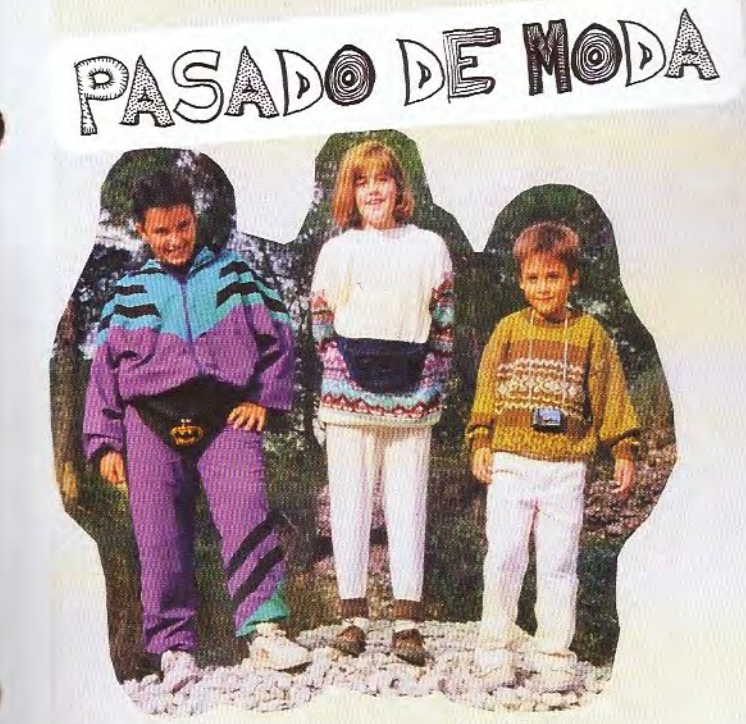


Cada año que pasaba se hacía más raro ver a un adolescente vestido como un adulto en miniatura (más bien pasaba lo contrario). El traje o vestido de los domingos de la generación de los padres había pasado a mejor vida conceptual y lo que imperaba era un descuido cuidado. Siempre de marca, si era posible.

Los hermanos Dalmau, atentos a las nuevas tendencias, se iban a California a ver qué se llevaba por ahí y volvían con maletas cargadas de novedades. Pronto vieron que podían superar los modelos surferos y crearon su propia línea en España. Nacía Custo Line (de Ángel Custodio Dalmau).

Pero la moda la marcaban, sobre todo, los artistas del momento. Especialmente los cantantes como Alaska, Miguel Bosé, Tino Casal, Loquillo, Marta Sánchez..., y, para los más pequeños, Parchís y Ana (sin Enrique). Afortunadamente, Locomía y sus hombreras no ejercieron tanta influencia en este sector.

PASADO DE MODA



Directamente de la soleada California llegó la moda deportiva, llena de chándales, sudaderas, mallas y otras prendas de difícil clasificación. De pronto, parecía que todo el mundo hacía gimnasia en las calles. Los calentadores a lo Jane Fonda y *Fame*, estampados a rayas y arrugados sobre las pantorrillas, se convirtieron en un símbolo externo de salud y algunas madres los llevaban sin complejos porque habían decidido que lo «informal» rejuvenecía.



Como suele suceder, algunas modas pierden mucho con el paso del tiempo. Al mirar fotos de cuando llevábamos determinadas prendas o calzado, hace una década o dos, sentimos cómo el rubor se extiende por el cuerpo y nos preguntamos cómo fuimos capaces de salir a la calle con semejante atuendo. La generación de la ruptura, de la Transición y de la expansión económica que vivimos la década de 1980 como si fuera el Renacimiento, sufrimos los efectos de la moda más exuberante y descontrolada de la historia. Los diseñadores experimentaron todos los registros y aparecieron los *coolhunters* para capturar tendencias en las calles e importarlas a las grandes marcas. *Panem et circenses for everybody. ¡Yeah!*

Los petos, herencia de los tiempos *hippies* de los padres, se cebaron entre los más pequeños. Eran prácticos. Para darles un toque actual y un poco de color, se llenaban con chapas (*badges*, para los más leídos) y pins (*agujas*, para los que no se enteran) de diversos motivos. La moda tejana, de Texas mismamente, llegó de la mano de JR y de otros desaprensivos de la serie *Dallas*. Por increíble que parezca, se llegaron a ver sombreros tejanos de ala ancha por las calles españolas y, encima, acompañados de relucientes y puntiagudas botas y, en sustitución de las corbatas, lacitos de cuero con puntas de plata labrada. Incluso el *country* se infiltró en el honrado pop y nos castigó con baladas de la América profunda.



TATUAJES PARA NIÑOS






ME PASO
EL DIA
BAILANDO
MECANO
HAWAII BOMBAY
1
SOLO SOY UNA PERSONA • EL FIN DEL MUNDO
• ME VOY DE CASA
MECANO
HAWAII-BOMBAY
CBS
0:00 0:30 1:00 1:30 2:00 2:30 3:00 3:30 4:00 4:30 5:00
RW PLAY PAUSE STOP FF
VOLUME
BALANCE

POP DE AQUÍ Y POP DE ALLÁ,

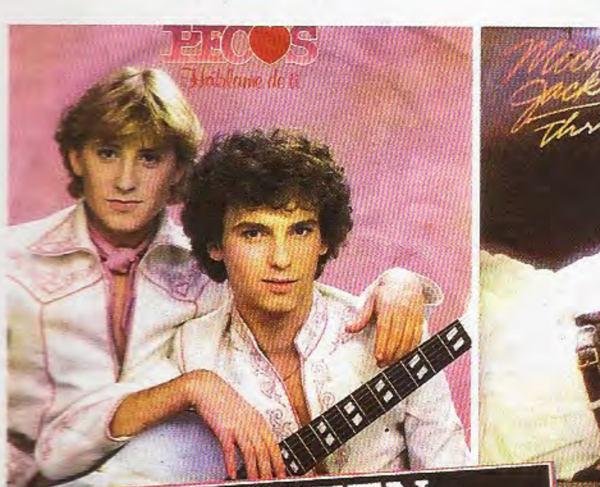
MAQUÍLLATE, MAQUÍLLATE



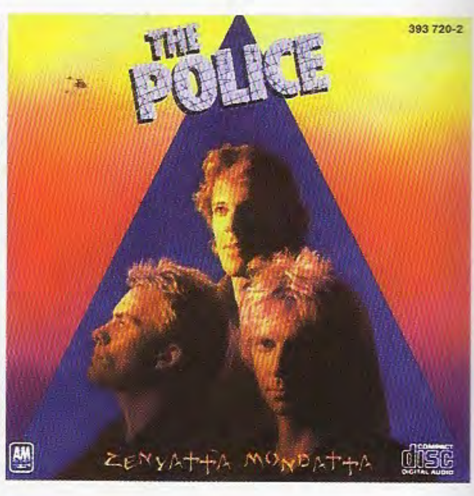
La música estaba por todas partes y todo valía si enganchaba, desde un *jingle* publicitario hasta la sintonía de un videojuego. ¡Lágrimas de nostalgia al escuchar de nuevo la música de fondo de los *Goonies* en el MSX! Y no te digo con el *Vuelve, a casa vuelve...*

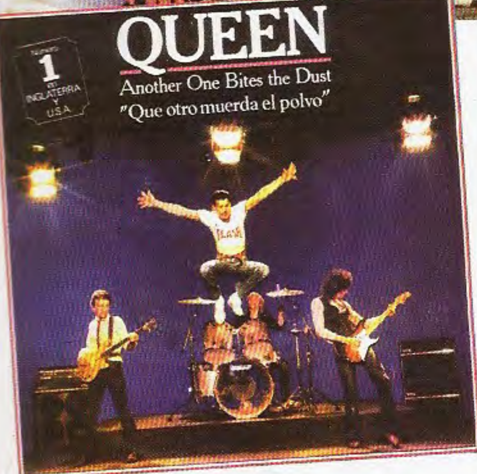
Los padres muy desinhibidos y *coleguis* querían escuchar —e incluso se atrevían a bailar, afortunadamente no en presencia de sus avergonzados hijos— lo mismo que interesaba a sus retoños. Pero como la cabra tira al monte, tanto los herederos de lo *hippie* como los roqueros de pro y los folclóricos irredentos, acababan poniendo su música en el radiocasete del coche para intentar convencernos de las cualidades de sus preferidos. «¡Esto sí que es música! ¡Escucha!» «¡Papá, agarra bien el volante y saca a Perales! Toma, pon *The Final Countdown* y verás cómo ahorras gasolina.»

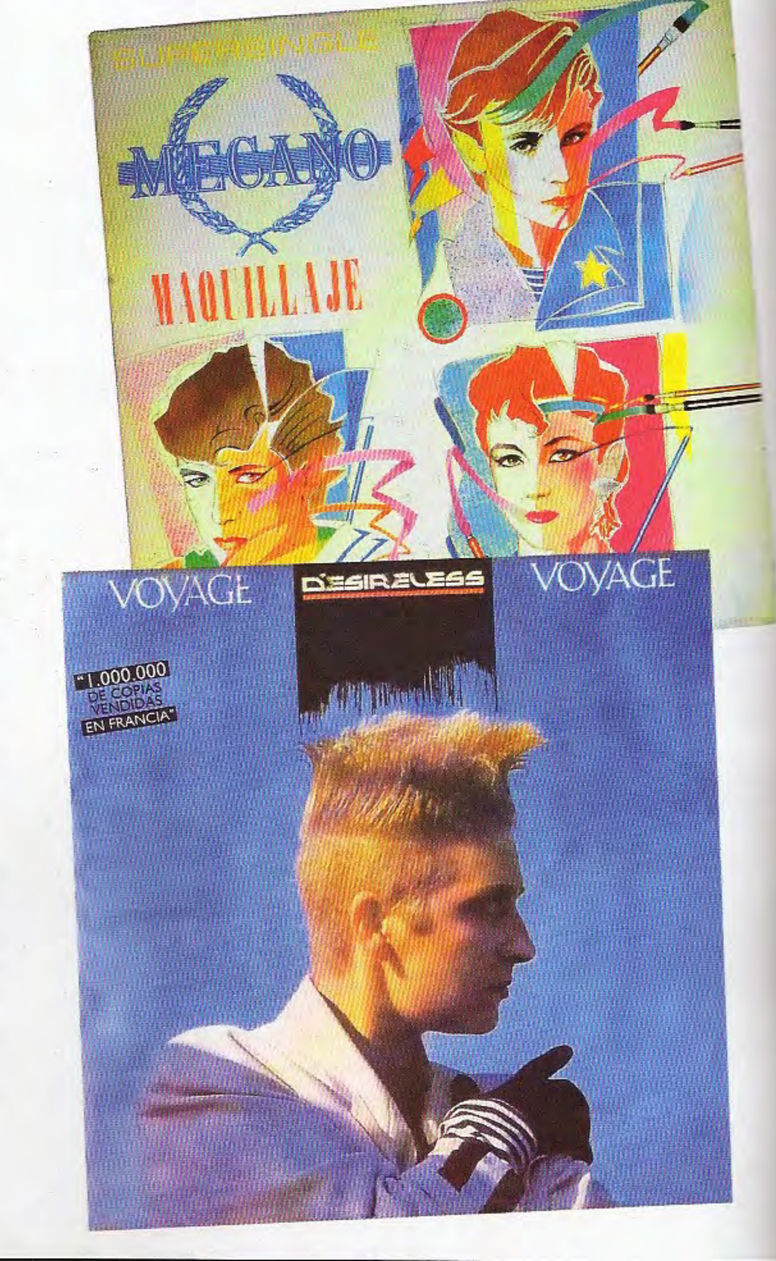
Si además de padres *enrollados* tenías hermanos mayores, el repertorio musical se ampliaba considerablemente. Para más batiburrillo, llegaron las recopilaciones de temas de los 60 que iban destinadas a estimular la nostalgia de los cuarentones. *Nostálgicos carrozas,* ¡vaya título! El Dúo Dinámico, Cliff Richard, Los Sirex e incluso Massiel con el *La,la,la* hacían retroceder a los padres a su adolescencia, pero les hacía parecer más carrozas a los ojos de los hijos. Aun así, algunos temas eran tan buenos que entraron en el repertorio de compilaciones caseteras. *La chica ye-yé,* sin ir más lejos, ha traspasado fronteras generacionales.









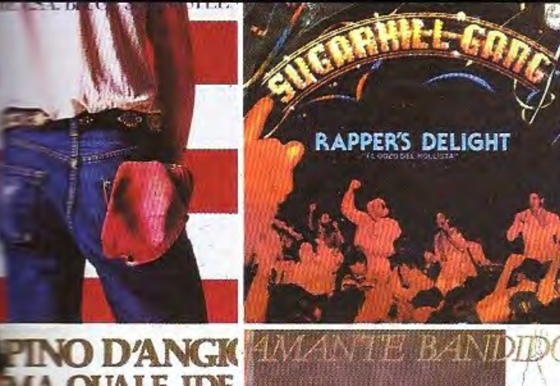
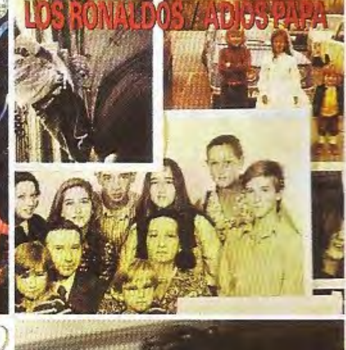
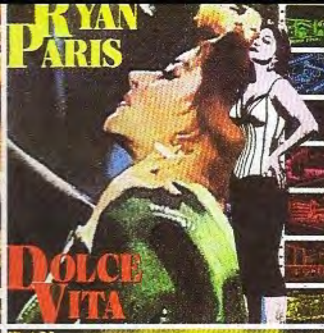


Todo se mezclaba alegremente, pero había prioridades y temas im-pre-scin-dibles (por eso no aprobé ortografía).

Háblame de ti, de Los Pecos; *Another one bites the dust,* de Queen; *Maquillaje,* de Mecano; *Every breath you take,* de The Police: *Thriller,* de Michael Jackson, y otros cientos de temas increíbles que no citamos para no llenar páginas. Porque si una generación se define por la música que escucha, la de EGB fue gloriosa. Así que no parábamos de grabar casetes.

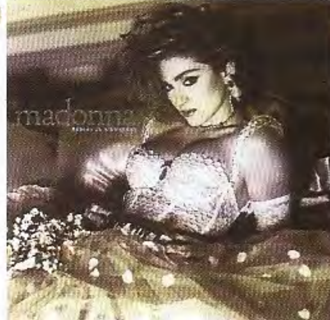
Reconocemos que hubo otros antes de Mecano y algunos después, pero ellos eran tan To-Do, que hay que otorgarles un sitio de honor en la música de la generación de EGB, que incluye a los alumnos, a los maestros y a los padres separados.

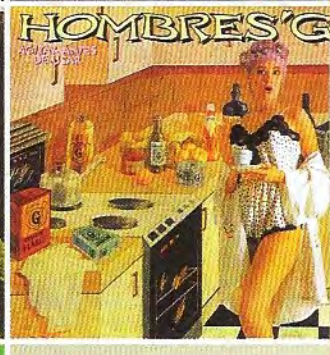
Un viaje a la India muy enrollado (a juzgar por las consecuencias) que hizo la cantante francesa Claudie Fritsch-Mentrop dio como resultado la creación del disco *Desireless* con su pegadizo tema *Voyage Voyage (... desde el viento de España, a la lluvia de Ecuador. Viaja, viaja. Vuela por las alturas...).* Llenó los altavoces de medio mundo y los de mi habitación. Lo cantábamos a todo pulmón por los pasillos contagiados por el optimismo de la música. Por cierto, la cantante sigue en activo, pero en plan *new age, chill out* y místico. Son otras épocas.

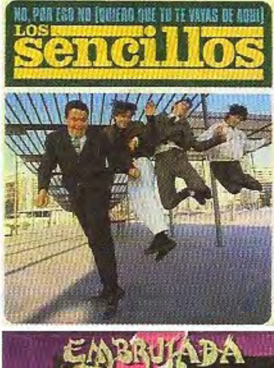
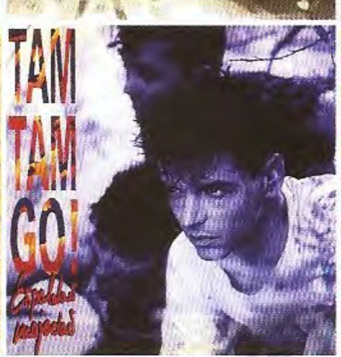
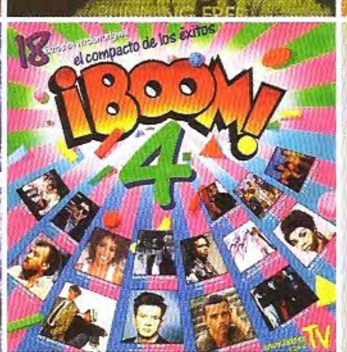
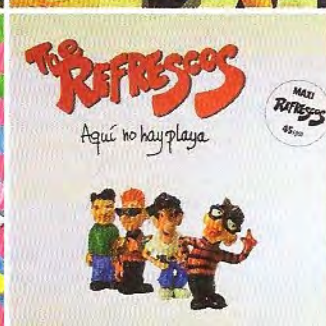

SUGARHILL GANG
RAPPER'S DELIGHT

LOS RONALDOS / ADIOS PAPA

RYAN PARIS
DOLCE VITA

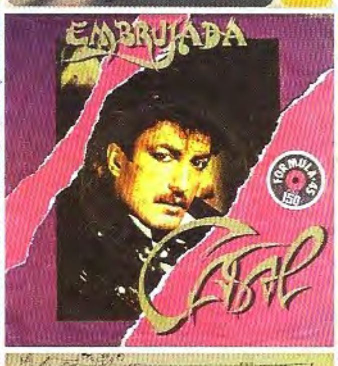
ROLLING STONES

PINO D'ANGIO
MA QUALE IDEA

AMANTE BANDIDO
BOSÉ

madonna

IRON MAIDEN
"CORRIENDO EN LIBERTAD"

HOMBRES G


NO, POR ESO NO (QUIERO QUE TU TE VAYAS DE AQUI)
LOS
sencillos

TAM TAM GO!

el compacto de los éxitos
¡BOOM! 4

Los Refrescos
Aquí no hay playa

Celtas
Cortos
ROCK CELTA
SALIDA DE
EMERGENCIA

EMBRUJADA
Casal

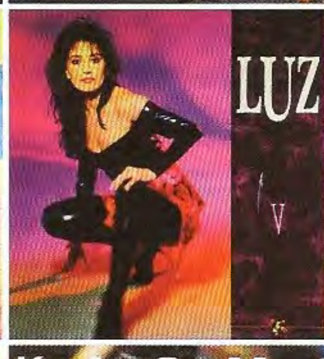
MS20

KIKO VENENO
échate un cantecito

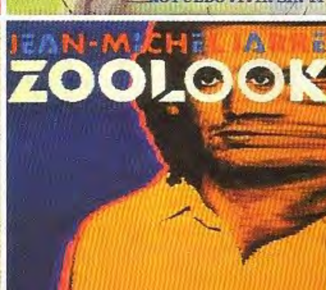
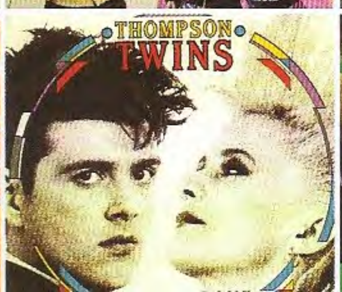
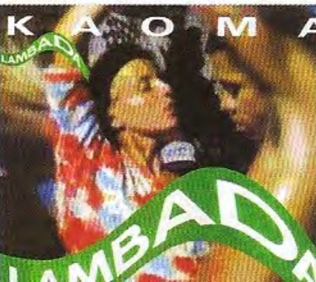

GUNS N' ROSES USE YOUR ILLUSION

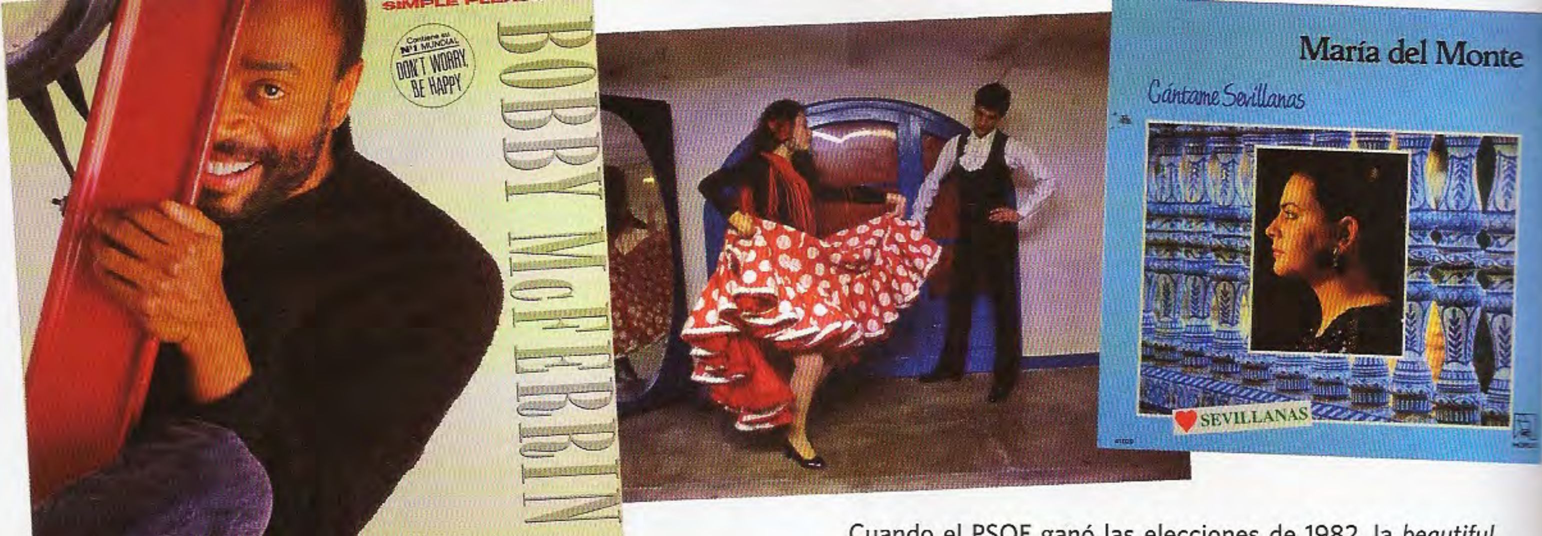
SERRAT
CADA LOCO CON SU TEMA

SCORPIONS
NO PUEDO VIVIR SIN TI


LUZ

We Are The World

JOHN
LENNON

JEAN-MICHEL JARRE
ZOOLOOK

THOMPSON
TWINS

KAOMA
LAMBADA



Don't worry be happy

Bobby McFerrin nos llenó las orejas con su *Don't worry, be happy* como si fuera una pócima de amor universal, ¡paz, hermano!, que los publicitarios exprimieron como un limón de *marketing* y acoplaron el estribillo a los productos más peregrinos en un intento de hacerlos tiernos y amables al potencial consumidor. Hubo quien asoció el *smiley* a la canción, pero el mofletudo amarillo ya tenía décadas a sus espaldas y sorteó el abuso haciéndose ácido e incluso *grunge*. En 1963, Harvey Ball lo había diseñado en diez minutos para una empresa de seguros. Solo cobró 45 dólares. Es verdad que entonces el dólar estaba más alto, pero visto lo que ha dado de sí el dibujito... El caso es que nadie lo registró y el propio Ball, a su muerte, lo donó a una institución benéfica. Es uno de los símbolos más recurrentes que ha traspasado generaciones y sigue en pie como el emoticono mitocondrial. Hasta Bruce, el *Boss*, tiró de él en un disco.

Cuando el PSOE ganó las elecciones de 1982, la *beautiful people* en masa aprendió a bailar sevillanas, por aquello de integrarse. Lógicamente, cundió el ejemplo multiplicado por las revistas del corazón y la Feria de Sevilla se puso *abarrotá*. Esto también se notó en las listas de éxitos y a la cúspide de Los 40 Principales escalaron temas como el de María del Monte *Cántame*, que fue un superventas pegadizo que te alegraba el ánimo. *Yo iba de peregrina y me cogiste de la mano...* El flamenco pop ya había consolidado a la familia Flores y a los Ketama. Antes habían triunfado Las Grecas, *Te estoy amando locamente*, hasta que la droga se cruzó fatalmente en el camino de Tina. Azúcar Moreno, además de cantar bien, lucían unos tipazos que aturdían a los mayores —se notaba porque mantenían su mirada clavada en los escotes de Encarna y de Toñi—, y acababan perdiendo el compás.







Sabrina Salerno emocionó a muchos telespectadores del programa Especial Nochevieja 1987 de TVE. Durante su entusiasta interpretación de *Hot girl*, varias veces se le quedó un pecho al descubierto. Unos se escandalizaron y otros (los más) lo disfrutaron.

Los nuevos

ROMÁNTICOS

Los principales grupos pop de la década de 1980 crearon el movimiento de los Nuevos Románticos. Cargados de sintetizadores y con un cuidado vestuario que podía incluir complicados maquillajes, se presentaban en escena vestidos con terno y corbata como para ir a la oficina, eso sí, una de Wall Street. El *glamour* se trasladaba a la música y producían temas sofisticados y pegadizos. Los precursores fueron Roxy Music, con Brian Ferry al frente y *Avalon* como muestra, y David Bowie, que ya llevaba tiempo experimentando cosa mala.

Tantos grupos. Tantas noches sin dormir. Tanta música en directo... Depeche Mode, A-ha, Eurythmics, Talk Talk, Simple Minds, U2, Ultravox y Thompson Twins se concretaban en discos, en casetes y en ondas de radio para llevarnos a un paraíso musical y hacernos soñar y bailar. Puede que incluso a enamorarnos. Era a finales de la EGB, ya tocaba.

¿Y Culture Club, con su cantante Boy George implorando *Do you really want to hurt me?*, y luego con *Karma Chameleon* (la mayoría creíamos que cantaba *come, come camaleón* y pensábamos que se refería a su mascota). Todos tenían un lugar en la lista de éxitos, pero algunos grupos fueron emblemáticos. Como Spandau Ballet, cuyo nombre era una inquietante referencia a la prisión berlinesa donde estuvieron encerrados muchos jerarcas nazis tras los juicios de Núremberg. *True* y *Gold* arrasaron con sus mensajes de autoayuda con pinceladas poéticas. Como sabíamos poco inglés, las letras se entendían poco y mal. *Don't worry*, cantaba Bob Marley en su *Three little birds*, que aquí se tradujo como *No importa. Qué más da*. ¡Así cualquiera aprende bien el inglés!

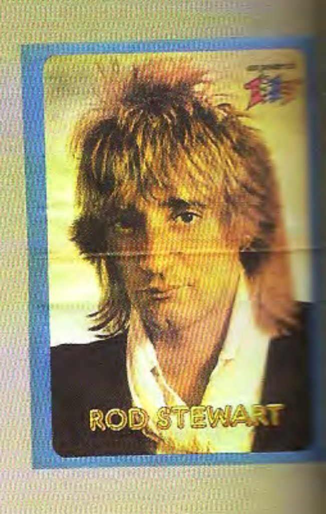
Los Duran Duran llenaron muchas páginas del *Super Pop*. Las chicas empezaron a soñar con su cantante, Simon Le Bon (con ese nombre, cualquiera no triunfa), uno de los nuevos *yuppies* de la música, y muchas madres suspiraron aliviadas al ver alejarse el espectro de Iron Maiden o de Metallica, sin ir más lejos.

Las *boy bands* se pusieron de moda con la aparición de New Kids on the Block. Todos los adolescentes soñaban con formar parte de una banda como esa hasta que llegó Robbie Williams, como cantante de Take That, y comprobaron que no era tan fácil como parecía. Lo que sí era fácil era bailar la música *makina*, cualquier movimiento servía siempre que agotara lo suficiente. Adrenalina a miles de vatios. Empezó en Valencia, se extendió a Cataluña y pronto generó la Ruta del Bakalao o Ruta Destroy, una movida de cientos de miles de jóvenes a través del país para bailar en las discotecas mediterráneas más *hip* del momento. Los padres no entendían que no se trataba de ruido, que era música, y las madres sufrían por los desplazamientos, conscientes de que no se realizaban en las mejores condiciones físicas ni mentales.

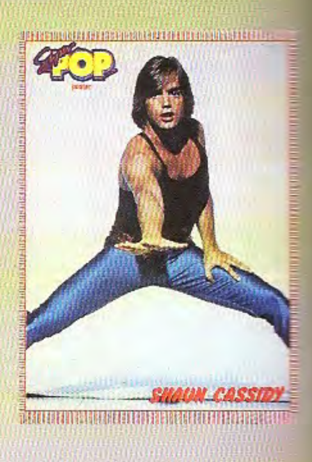


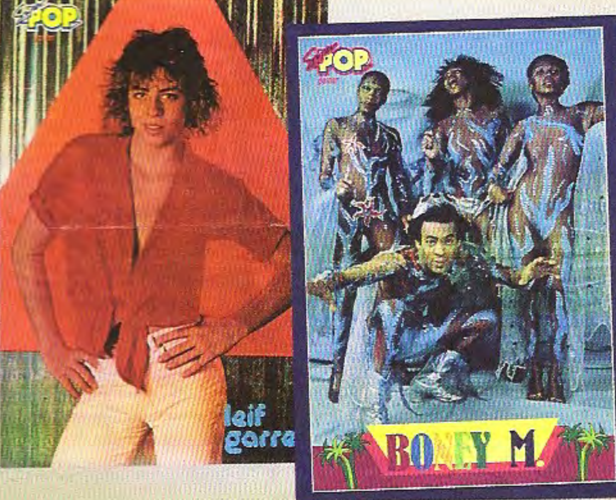


La imprescindible *Super Pop* nos empapelaba la habitación con pósteres de Leif Garrett, Miguel Bosé, Boney M, Shaun Cassidy, Take That, Simon Le Bon... Para cubrir las paredes del santuario, eran tantos los llamados y tan pocos los elegidos (en esta lista)... Robert Palmer, Human League, The Pretenders, Iron Maiden, The Communards... ¿A quién me dejo? Es verdad, a Kraftwerk, que nos dio la vara con la música para la Vuelta ciclista y ya nos poníamos a pedalear mentalmente en cuanto escuchábamos el tema, aunque tenían otras composiciones del incipiente tecno pop que eran muy buenas.





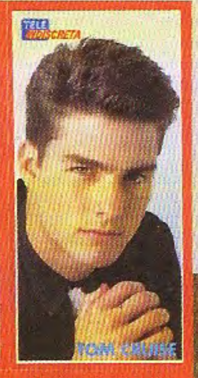


















VINILO

¡MIRÁ QUE SOS DELICADO!

Los discos de los padres eran (casi) intocables, pero era difícil resistirse, porque los LP tenían unas portadas alucinantes y había unos *maxisingles* que daba gozo verlos. A veces incluso oírlos. Una de las ventajas de los LP y de los *maxis* era que el tamaño de la carátula les otorgaba la categoría de póster. Si el disco se abría y tenía foto en el interior, como el de Spandau Ballet, benditos fueran, ya podías guardar el disco en una improvisada funda de papel hecha con hojas del cuaderno de mates —para eso hacíamos manualidades, ¿no?— y colgar el minipóster en la cabecera de la cama para dormir con los dioses. Nunca con chinchetas, si era posible. El Blu-Tack era muy apreciado para estos menesteres, excepto cuando querías sacar el póster y se llevaba la mitad del estucado de la pared. Había que reemplazarlo inmediatamente por otro más grande, para retrasar la bronca hasta después de la mili, si es que eras un chico y te tocaba, porque a muchos ya les libró la oportuna exención.

¡OÍDO BARRA! ¡UNA DE PLAYBACK!

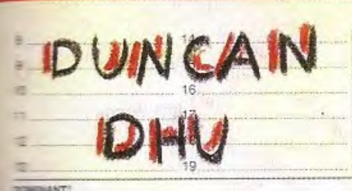
En los programas musicales de la tele conocimos a la mayoría de estrellas emergentes del pop nacional. Los que estaban más de moda aparecían constantemente actuando en muchos programas de fin de semana y en los *talk shows*, que proliferaron con la llegada de las privadas.

Por descontado, las sintonías de algunas series se convirtieron en verdaderos *hits*. La mayoría se habían traducido y algún cantante desconocido (por nosotros) las interpretaba en español. Como estaban ligadas a las diversas emociones de la propia serie y las oíamos en cada capítulo, gozaban de una especial fijación en el cerebelo y aún ahora nos sorprendemos (y no te digo los que están al lado) silbándolas o tarareándolas inconscientemente.

Los presentadores se convirtieron en prescriptores de nuevos valores. Algunos tenían mucho ojo, además del apoyo de las discográficas. José María Íñigo, uno de los principales impulsores de programas musicales e introductor del pop británico en España, en el *show Fantástico* dio a conocer al taxista cantante más popular (y recordado por Torrente) de Madrid: el Fary. Ha de haber de todo.

Ángel Casas, con su ojo clínico para detectar tendencias emergentes, presentó en su programa *Musical Express* a los cantantes y grupos más vanguardistas del momento. Paloma Chamorro era la ONG de los marginales —pronto se comprobó que no lo eran tanto— y llevó a los protagonistas de *la movida* a su programa *La edad de oro*. A menudo escandalizaba al personal con declaraciones e incluso imágenes transgresoras que turbaban la conciencia de los más pusilánimes y conservadores. Como era de esperar, no pararon de quejarse y de poner denuncias hasta que TVE canceló el programa.





DISSABTE 10
(01) Gener
2 Setmana



DIUMENGE 11
(01) Gener
2 Setmana

Hoy el viento sopla más de lo normal,
las olas intentando salirse del mar.
El cielo gris y tú no lo podrás cambiar
mira hacia lo lejos, busca otro lugar...
y cien gaviotas ¿Donde irán? donde irán

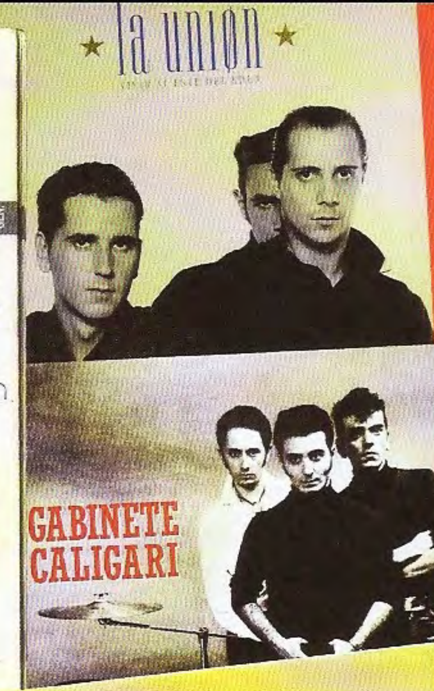
Hoy no has visto a nadie con quien derrumbar
los muros que gobiernan en esta ciudad
Hoy no has visto a nadie con quien disfrutar
placeres que tan solo tú imaginarás.
y tus miradas. ¿Donde irán? donde irán

Hoy podrás beber y lamentar,
que ya no volverán sus alas a volar
cien gaviotas ¿Donde irán?

Hoy el día ya no es como los demás,
el ron y la cerveza harán que acabes mal,
nena ven conmigo, déjate llevar.
Hoy te enseñaré donde termina el mar,
y cien gaviotas ¿Donde irán? donde irán

Hoy podrás beber y lamentar.
que ya no volverán sus alas a volar
cien gaviotas donde.

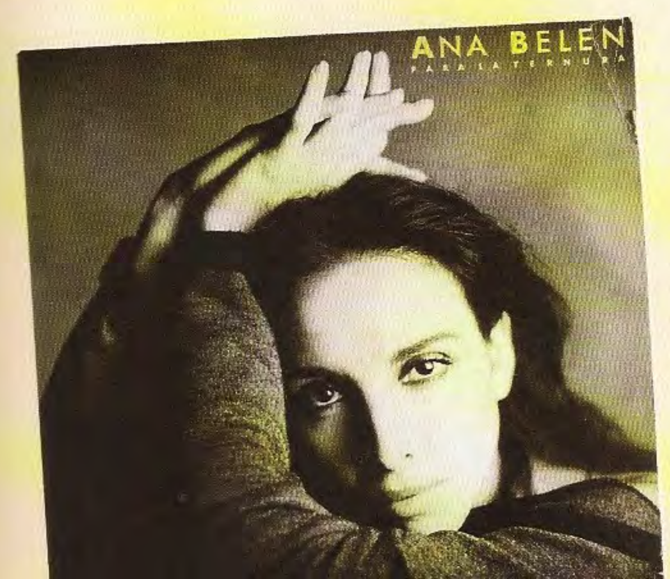
Hoy podrás beber y lamentar
que ya no volverán sus alas a volar
cien gaviotas ¿donde irán?



DUNCAN DHU
CIEN GAVIOTAS

En general, la década de 1980 y alrededores fue un periodo de gran creatividad en el panorama musical español: Alaska, La Unión, Gabinete Caligari, Héroes del Silencio, Luz Casal, Hombres G, Los Ronaldos, Tino Casal, Duncan Dhu, Los Pecos, Iván, Miguel Bosé y un largo etcétera que cubría todos los gustos.

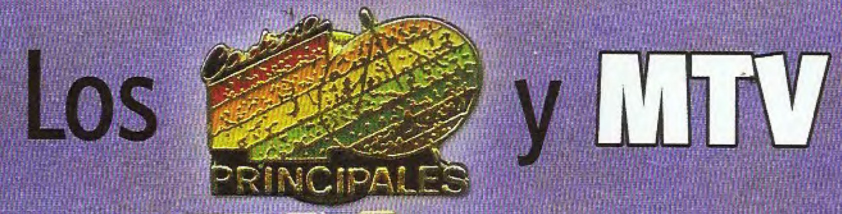
Seguían vigentes, en activo y triunfando algunos cantautores como Serrat (*Mediterráneo* ha sido elegida por la revista *Rolling Stone* como la mejor canción de la historia del pop español), Sabina, Aute, Víctor Manuel y Ana Belén, que pusieron a muchos la piel de gallina con *La Puerta de Alcalá. ¡Ahí está! ¡Mírala! ¡Mírala!* Se convirtió en un himno a Madrid.





¡AHÍ ESTÁ!
¡MÍRALA! ¡MÍRALA!

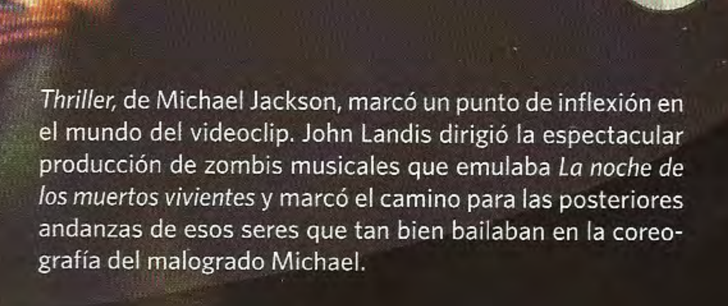
El programa musical más popular de TVE fue *Aplauso*. Dirigido por José Luis Uribarri y presentado por José Luis Fradejas, puso bajo los focos a la mayoría de cantantes y grupos de primera fila, tanto nacionales como de importación. Con su sección *La juventud baila*, se convirtió en un fenómeno de audiencias. Luego vino *Tocata*, con José Antonio Abellán, ex de *Los 40 Principales*. En *Tocata* actuaron —el *playback* cuenta como animal de compañía— figuras del calibre de: Mecano, La Unión, Radio Futura, Ramoncín, Luz Casal, Barón Rojo, Duncan Dhu, Objetivo Birmania, Alaska, Hombres G, Loquillo, Spandau Ballet, Duran Duran, Scorpions, The Alan Parsons...

Los  y MTV



Los americanos del norte (sin Canadá, *South Park dixit*) las inventaron hace décadas: las listas de éxitos (ellos y José María Íñigo decían *hit parade*). Ante tantas novedades, alguien tenía que poner orden e indicar el camino que había que seguir. Aquí lo hizo el programa de radio *Los 40 principales*. Y desde 1966, nada menos. El número 1 de su primera lista fue *Monday, Monday*, de The Mamas & the Papas. Desde entonces, creciendo imparables, han suministrado una ingente cantidad de información musical y han promocionado a grupos, cantantes y canciones.

A principios de la década de 1980, con la creación del canal MTV, nació un nuevo género: los videoclips musicales. La calidad de la música ya no era suficiente, había que ser creativo y alucinar al personal con la imagen. El videoclip se convirtió en un fenómeno mundial y no hay artista que no tenga el suyo si no quiere parecer un pringado. El primero que se emitió en MTV, en 1981, tenía un título amenazador: *Video Killed the Radio Stars*, de The Buggles. Gran tema, por cierto.



Thriller, de Michael Jackson, marcó un punto de inflexión en el mundo del videoclip. John Landis dirigió la espectacular producción de zombis musicales que emulaba *La noche de los muertos vivientes* y marcó el camino para las posteriores andanzas de esos seres que tan bien bailaban en la coreografía del malogrado Michael.



Desde las pantallas de cine también llegaba la música y se impuso el *look* hortera de Travolta. ¡Qué difícil era no levantar el brazo y el dedo en la *disco*! Aunque no fueras de blanco. Luego, con *Grease* se refinó un poco. *Fame* nos trajo un surtido grupo de músicos y bailarines que se liaban lo suyo, tanto, que les valió una larga serie en televisión: *Bye bye Leroy*.

NIÑOS ¡A CANTAR!

Como era de esperar, surgieron competidores. Unos fueron dolorosamente efímeros y otros alcanzaron cierto éxito. Regaliz, Nins y Bom Bom Chip fueron algunos de los más destacados.



Los niños de EGB éramos muy espabilados y enseguida nos gustaba la música de los hermanos mayores, pero hay que reconocer que en la más tierna infancia hubo grupos musicales que arrasaron y dejaron huella (por fortuna, no indeleble).



El más popular fue Parchís. Empezaron siendo cuatro niños que representaban los cuatro colores del parchís, pero al añadirse un quinto integrante se le adjudicó el blanco. ¡Lo que no piense un buen equipo de *marketing*! Discos, películas e incesantes apariciones estelares en la tele convirtieron al grupo en un referente del *show business* para niños.

El problema de los niños artistas es que crecen, y no siempre en la dirección esperada. El éxito mal asimilado, las malas compañías..., ya lo advertía el plasta de Pepito Grillo. Incluso los más aptos se encuentran con dificultades para cambiar su imagen y dirigirse a otro público y con otros contenidos musicales. Otros, una vez cumplida su etapa de artista infantil, incluso con éxito, deciden abandonar los escenarios para dedicarse a otra cosa. Como Ana, que con Enrique formó la *extraña pareja* musical. Una combinación que funcionó con ventas espectaculares hasta que la niña creció y el *punto* que tenía el dúo se perdió. Dejaron temas inolvidables, como *La gallina Cocouá*, que aún hoy pone algún huevo musical cuando nos duchamos (solos). También hay que recordar su canción *Mi amigo Félix*. *Amigo Félix, cuando llegues al cielo, hazme un favor. Quiero ir contigo a jugar un ratito con el osito de la Osa Mayor*. Hizo llorar a más de uno.



El teclado Casio era la máxima aspiración de un niño que soñaba con componer canciones y ser más famoso que Parchís.

Recordemos a Teresa Rabal, que dedicó su carrera artística al sector infantil, ya fuera con el circo, con sus canciones o con programas de televisión. Ponía muchas ganas y se notaba.

Y a María Jesús, cuyo éxito con el *Baile de los pajaritos* pilló a todos por sorpresa y nos impulsó a bailar haciendo movimientos poco decorosos. A pesar de que se consideraba un tema infantil, acabó por convertirse en el preferido por parte de los padres para cerrar una discoteca, ya algo cargaditos, todo hay que decirlo. Era el broche musical de la fiesta mayor de todos los pueblos de España.


KA-BOOM!
PHILIPS
MOVING SOUND
THE VERY BEST OF SANTANA
mecano
descanso dominical
PCT 34077
THE BEST OF LEONARD COHEN
THE ROLLING STONES
TDK AD-X90
duran duran
184 PULGARCITO RAMONCIN
A-HA CULTURE CLUB
SONY
HOMBRES G
C60
ROD STEWART
EURYTHMICS SAVAGE
RCA
308 Bee Gees
EP MIX KRAFTWERK
BOB MARLEY
472 ALASKA MIGUEL BOSE
spandau ballet
390 fame
THE VERY BEST OF DONOVAN
C90
SUPERCHARGE-I THINK I'M GONNA FALL IN LOVE
Phil Collins - Dance Into The Light
406 Triana
PAUL SIMON There goes rhymin' Simon
84 C90 CAT STEVENS DONOVAN
KATE BUSH HOUNDS OF LOVE
Reggae
STEVE MILLER BAND
STRANGLERS IV (RATTUS NORVEGICUS)
R.E.M. "The best"
33 The Stranglers
THE SPECIALS
Elton John
TV HITS 1982



EL MARAVILLOSO MUNDO DEL CASETE

Hoy hablaremos de estos simpáticos seres que habitan en nuestras estanterías y emiten espectaculares cantos y sonidos variados y sorprendentes. A veces se encuentra algún ejemplar en estado salvaje en los carros expositores de las estaciones de servicio y en los rincones umbríos de un supermercado. No todos son peligrosos, solo hay que mirar atentamente sus carátulas. La mayoría ya avisan del potencial daño que pueden causar a oídos poco preparados. Pero si se cazan y luego se domestican encerrándolos en el radiocasete del coche, acaban cantando como cualquier otro casete con pedigrí.

Si lo piensas, alucinas. Porque ahora lo de los *bits* ya parece tan cotidiano como el *Sálvame*, pero cuando mirabas a contraluz el trozo de cinta que se había escapado del casete intentando descifrar dónde estaba el sonido... Los discos tenían surcos y la aguja pasaba, frotaba y transmitía una vibración que los altavoces..., en fin, parecía comprensible, pero que en una estrecha tira de plástico se ordenaran unas partículas magnéticas para sonar como *Gold* o *Hawái, Bombay* era raro. Tampoco se cuestionaba mucho. Si la cosa funcionaba... Solo había que estar al tanto de los adelantos técnicos que se iban incorporando a los casetes, sacando y poniendo metales y aleaciones diversas en el plástico para que el sonido mejorara. Las clases de química aún estaban por llegar, pero teníamos claro que un óxido de cromo tenía que sonar mejor que un óxido de hierro y mejor que una Normal. ¿Y las que solo ponía Metal?

La duración del casete era otra decisión relevante, porque había que calcular bien los tiempos de grabación del LP y que no quedara una canción cortada ni dejar cinta sin grabar. Las había de 30, 46, 60, 90, 100 y hasta de 120 minutos. Como el casete se grababa por los dos lados, cada cara duraba la mitad del tiempo total indicado. ¡Qué listo! Acabamos siendo expertos en el tema. Era necesario, porque había docenas de marcas y tipos en el mercado y se anunciaban a *tutti pleni*.




SONY
90
MINUTES
HF
HIGH QUALITY CASSETTE
ENGINEERED EXPRESSLY FOR MUSIC REPRODUCTION 90 MINUTES
C90
CASSETTE
BASF
AGFA
SUPERFERRO
Fe
90
super ferro dynamic I
MECANO
STEREO

ESPACIO PARA LUCIR
EL ARTE DE ROTULAR

CARCASA DE PURO
PLÁSTICO SALVAJE

TAPETA DE SEGURIDAD. SE QUITA
PARA IMPEDIR QUE NUESTRO
HERMANO PEQUEÑO BORRE
SPANDAU BALLET PARA GRABAR
EL BAILE DE LOS PAJARITOS

TORNILLITOS
ESCURRIDIZOS

UNO DE LOS 5 ENCAJES
PARA ATORNILLAR LA TAPA

LÁMINA DE PLÁSTICO
ENCERADO PARA MEJOR
EL ENROLLADO DE LA CI

VENTANILLA PARA CONTROLAR
EL AVANCE DE LA CINTA

BOBINAS CON LA CINTA
MAGNÉTICA QUE
(EN ESTE CASO) TIENE
DENTRO A ALASKA
(SIN PEGAMOIDES)

FLEJE METÁLICO PARA
PRESIONAR LA CINTA
CONTRA EL CABEZAL LECTOR

ALMOHADILLA DE FIELTRO
PARA LIMPIAR LA CINTA

RODILLO CABESTRANTE
PARA QUE LA CINTA
GIRE SIN ROCES

Dos trucos clásicos que se explicaban en el manual de instrucciones del reproductor de casetes:

1. Si se sale la cinta del casete, es más rápido enrollarla de nuevo usando un boli o un lápiz facetado como se indica en el gráfico.

2. Si quiere proteger el contenido del casete de grabaciones accidentales, rompa la pestaña posterior. Luego, si desea volver a grabar, basta con que le ponga un trozo de cinta adhesiva que tape el hueco.



Si la cinta se había salido del todo, siempre te quedaba el recurso de crear con ella una pequeña obra de arte, como hace la artista Erika Iris Simmons con sus diversos homenajes. Así, el casete de The Clash adquiere un nuevo valor. ¿Te atreves?

Los casetes que grabábamos estimulaban la vena creativa para el diseño gráfico. La rotulación de los nombres de los artistas en el lomo y las originales composiciones para la carátula requerían dotes artísticas de las que nos sentíamos orgullosos.



LA CAJA NO ERA TAN TONTA

Cuando Scully y Mulder se asomaron a la pantalla insistiendo en que «la verdad está ahí fuera», los adolescentes de la generación EGB ya empezaban a comprobarlo en sus propias carnes. El BUP, la *Facul*, la *Uni*, la FP y diversos empleos de proximidad acechaban como buitres en el horizonte de la adultez, y eso sí que era un *Expediente X*.

Pero mucho antes de que eso llegara estuvieron los *Chiripitifláuticos*. Bueno, no tan atrás. Pongamos que *Un globo, dos globos, tres globos* marcó el inicio de la infancia de los niños de EGB. Claro que se consolidó con *Cajón de sastre*, presentado por Miriam Díaz-Aroca, que se lanzaba a la piscina sin venir a cuento pero despertando gran interés entre los padres que disimuladamente seguían el programa, o, mejor dicho, a la pizpireta presentadora.

La bola de cristal



Pero fue *La bola de cristal* el programa emblemático de la era EGB. Irreverente, ingenioso, entretenido y con sorprendentes mensajes antisistema, el programa que convirtió a la cantante Alaska en la Bruja Truca acaparó los televisores todos los sábados por la mañana durante cuatro años consecutivos.

¿Qué tiene esta bola que a todo el mundo le mola? Pues, entre otras cosas, un elenco de lo más de lo más del momento (y algunos que lo fueron más tarde y se estrenaron allí), como Alaska, Santiago Auserón, Loquillo, Kiko Veneno, Pablo Carbonell, Pedro Reyes, Enrique San Francisco, Fedra Lorente, Anabel Alonso y, *last but not least,* Javier Gurruchaga. Todos contribuyeron a una sana locura televisiva que dejó huella en nuestra memoria catódica. La música, lógicamente, tenía mucho protagonismo y algunos temas que fueron grandes éxitos de la Movida se lanzaron desde el set de la Bruja Avería, o casi.

Los electroduendes eran tan *destroyers* como el resto de participantes y aportaron al léxico frases de alto contenido filosófico, como: *¡Viva el mal, viva el capital!, Me importa un vatio,* o *Desenseñar a desaprender cómo se deshacen las cosas.*

La creatividad de Lolo Rico, directora y alma de *La bola de cristal,* se premió con dos TP de oro, pero el verdadero premio fue la fidelidad de los espectadores y el recuerdo imborrable de uno de los programas más rebeldes de la tele.



Para los más pequeños, se emitía *El circo de la tele*, con la famosa familia de payasos que trataba a los niños de usted y provocaba berridos de ¡Bieeeeeen!, en respuesta a la pregunta ¿Cómo están ustedes?, que, no nos avergüenza confesar, hemos repetido en más de una ocasión con parecido tono... ¡Incluso hace menos de una semana!



Barrio Sésamo fue el precursor de los muñecos animados con su galería de entrañables personajes: Epi y Blas, la gallina Caponata..., ¿sabéis quién estaba dentro de la gallina sudando como un pollo? Nada menos que Emma Cohen.

Luego llegó *El show de los Teleñecos*, de Jim Henson, con una galería de muñecos raros y simpáticos que representaban historias muy divertidas con un guion inteligente. Mi favorito era Gonzo. Pobre.

SERIES FUERA DE SERIE



Las series de televisión son el equivalente al álbum familiar de fotos. Se convierten en imágenes evocadoras de una época de nuestra vida a las que se suman olores, emociones, sabores y la presencia de amigos y de familiares. Recordar series es una baza segura para animar una conversación entre amigos cuando empieza a decaer. Lo fue en el momento en que se emitían y lo sigue siendo cuando nos lanzamos inconscientemente a recuperarlas en la memoria creyendo que no va a doler. Pero sí que duele un poco, como cualquier viaje al pasado.

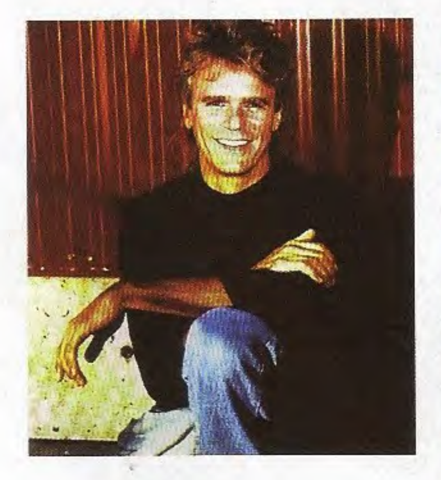
Todos nos hemos identificado con alguno de los protagonistas de una serie y hemos interpretado su personaje jugando con los amigos en el recreo o a la salida de clase. Los más puristas han seguido metidos en el papel toda su vida y podría resultar raro si no fuera porque hay tantos, que incluso organizan congresos internacionales.

Con la llegada de las autonómicas y de las privadas, muchas series cruzaron el espacio temporal para instalarse simultáneamente en la memoria de dos o tres generaciones y, con el paso de los años, a veces resulta difícil identificar la etapa en la que la serie «se estrenó» en la pantalla. Las reposiciones permanentes han contribuido a multiplicar el efecto *dejá vu*... De todos modos, ¿qué importa? Lo único relevante es la huella que dejó una serie y sus protagonistas en nuestra EGB de la vida.

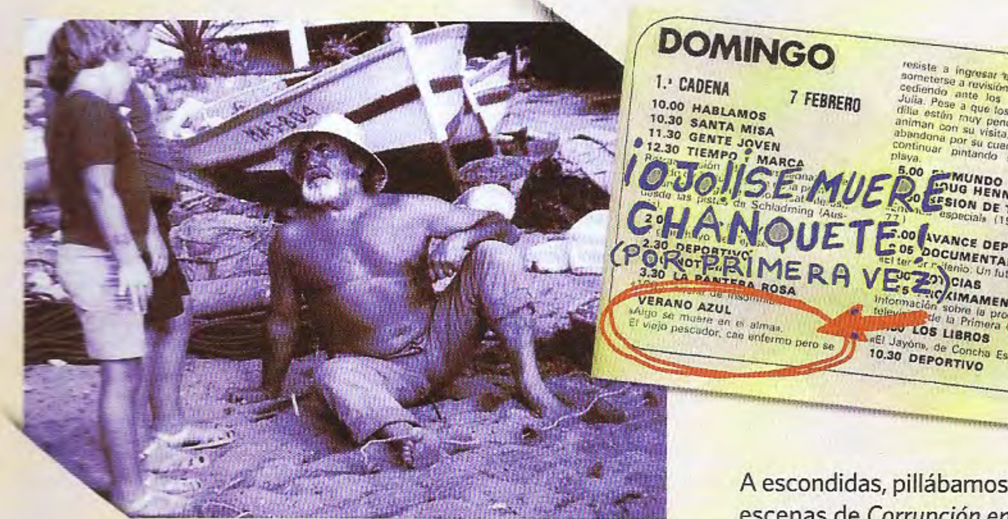
Equipo A, Comando G, V, Mazinger Z..., con tanta letra parecía que iban a completar el abecedario de las series. La que

más terrores nocturnos (entonces se llamaban pesadillas) provocó fue *V*. Eran unos extraterrestres con apariencia bastante normal hasta que los descubrías comiéndose una rata con evidente placer de gastrónomo. La protagonista era una *sexibum* de cuidado y los demás tenían un punto siniestro que nos evocaba, ora al profe de gimnasia, ora al portero de casa, siempre controlando para chivarse a tus padres.

El coche fantástico, El gran héroe americano, MacGyver, todas tenían un protagonista que causaba furor entre las chicas y llenaba páginas del *Super Pop* y de *Tele Indiscreta*. Guiones creativos, situaciones inverosímiles y actores que (entonces) resultaban atractivos. ¿Qué más podíamos pedir?







DOMINGO

1.ª CADENA — 7 FEBRERO

10.00 HABLAMOS
10.30 SANTA MISA
11.30 GENTE JOVEN
12.30 TIEMPO Y MARCA

desde las pistas de Schladming (Aus-

2.30 DEPORTIVO
3.30 LA PANTERA ROSA

VERANO AZUL
«Algo se muere en el alma».
El viejo pescador, cae enfermo pero se resiste a ingresar en el hospital para someterse a revisión, aunque terminará cediendo ante los razonamientos de Julia. Pese a que los chicos de la pandilla están muy pendientes de él y le animan con su visita, a los pocos días abandona por su cuenta el centro para continuar pintando su barco en la playa.

5.00 EL MUNDO MAGICO DE DOUG HENNING
SESION DE TARDE
«...especial» (1940). (Ver pág. 77.)
AVANCE DEPORTIVO
DOCUMENTAL
«El tercer milenio: Un futuro a medida».
NOTICIAS
PROXIMAMENTE
Información sobre la programación de televisión de la Primera Cadena.
LOS LIBROS
«El Jayón», de Concha Espina.
10.30 DEPORTIVO

¡OJO! ¡SE MUERE CHANQUETE! (POR PRIMERA VEZ)

UHF

2.55 PATINAJE ARTISTICO
Exhibiciones y clausura desde Lyon (Francia).
7.00 MUSICAL EXPRESS
8.00 FUTBOL - ENCUENTRO EN ESPAÑA
9.00 PRODUCCION ESPAÑOLA
10.10 LARGOMETRAJE
«Sed de mal», 1958.
Dirección y guión: Orson Welles.
Intérpretes: Charlton Heston, Orson Welles, Janet Leigh, Marlene Dietrich, Akim Tamiroff y Zsa Zsa Gabor.
En Los Robles, una pequeña localidad americana fronteriza con Méjico, un importante hombre de negocios muere al ser dinamitado su coche. Ha sido testigo circunstancial del hecho el comisario Vargas, alto jefe de la policía mejicana y destacado miembro de la Comisión Panamericana de Narcóticos, que pasa en Los Robles su luna de miel.»

pronto 79

El 7 de febrero de 1982, a las 16:00 horas, Chanquete pasó a mejor vida. *Verano azul* siguió un capítulo más, el necesario para ver cómo desaparecía el barco y todos volvían a su casa después de pasar un verano imborrable (entre otras cosas porque no han parado de reponer la serie desde entonces). Todos los veranos tienen algo de nostalgia, porque sabemos que son pocos los que se repiten sin cambios y que el próximo será imprevisible o no será. Mercero supo captar bien este sentimiento y realizó una de las obras con la que más se identificaron los niños de esa época. Luego vino *Farmacia de guardia*, pero ya no daba ninguna punzada en el corazón.

Muchas series, muchas, desfilaron por la pantalla de la tele de casa. La pantalla iba cambiando con los años. Igual que nosotros, se iba haciendo más esbelta y con una imagen más definida, con una programación más amplia y compleja, con un horario de cierre cada vez más avanzado y con unos contenidos impensables tan solo una década antes. Como nosotros, ya te digo.



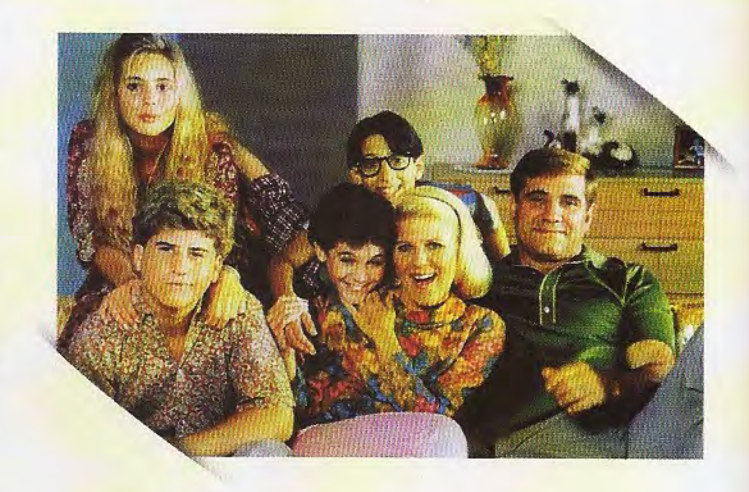
A escondidas, pillábamos algunas escenas de *Corrupción en Miami*, soñando más con los cochazos que con los protagonistas masculinos o con las rubias de turno, según desde qué lado se mirara.



También de extranjis nos colábamos en el mundo de los dos rombos (ya sabéis, un rombo para mayores de catorce años, y dos, para mayores de dieciocho) con la serie *Dallas*. Duró tanto —357 episodios—, que al final ya la podíamos ver «legalmente», pero entonces nos habían dejado de interesar las maldades de J. R. y las correrías de Sue Ellen. Más de una niña sufrió en silencio (relativo y temporal, espero) que la bautizaran con el nombre de Sue Ellen, en honor de la interfecta.

♦♦

Aquellos maravillosos años estaba muy bien y la música ponía a los padres tontorrones, una situación favorable para ejercer el chantaje sentimental y obtener el permiso para hacer algo que siempre nos negaban. Como mínimo, para sacar algunos duros extras para chuches.





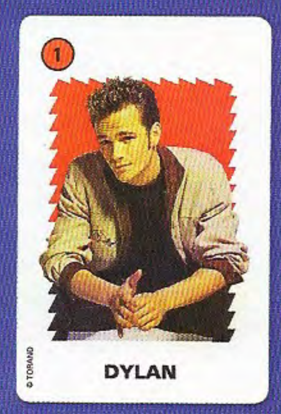
El programa de *sketches* humorísticos de Benny Hill no era para niños, pero, como en este país el humor grueso siempre se ha aceptado sin sospecha, lo veíamos y nos reíamos de lo lindo.

Gracias a lo escuchimizado que era el presupuesto de los canales autonómicos (además se lo gastaban todo en política), vimos algunas series de los inicios de la televisión que ni nuestros padres habían visto de niños. Sorprendente. Algunas eran muy buenas, como la de *La Pandilla* (1929), que se emitía en *La bola de cristal*. Otras nos alucinaban estéticamente, como *Batman y Robin*, pop de los 60 en estado puro. Este asincronismo, finalmente, ha acabado mezclándolo todo en la coctelera cerebral y los recuerdos han quedado sometidos a un Alzheimer precoz. Pero para eso está la Wikipedia.

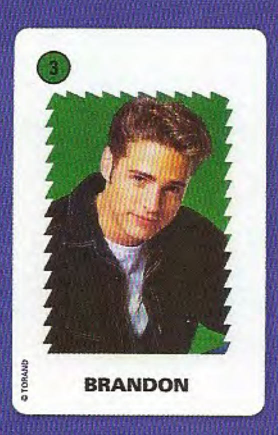


El príncipe de Bel Air fue una bocanada de aire fresco en la tele. Will Smith, con sus gamberradas de buen tío y su desparpajo, acompañado de un mayordomo que soltaba frases como para apuntar en la libreta y la pija de la casa con su hermano tonto, alegraban la comida previa a los exámenes finales.

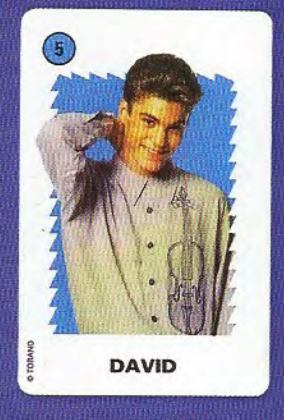
Si te convertiste en adolescente con *Sensación de vivir*, lo tenías claro. Los protagonistas, en lugar de cursar la EGB en el instituto del barrio, iban a la West Beverly Hills High School. La comparación ya tiene delito, pero no quedaba ahí la cosa. Además del lujo, llevado con desenfado californiano, sufrían constantes ataques hormonales y de testosterona que, aunque no estaban muy por encima del promedio español, ellos los convertían en realidad en lugar de reprimirse casta y castizamente como se hacía aquí. Por todo ello, la serie causó furor.



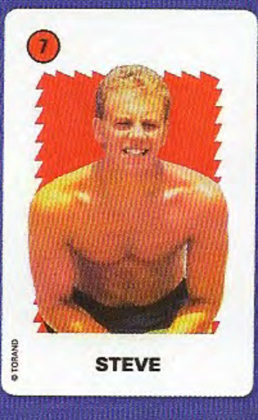


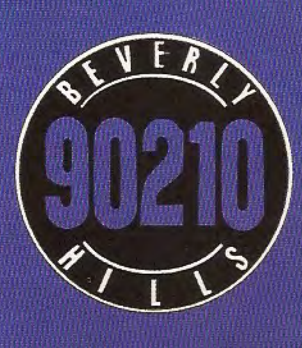




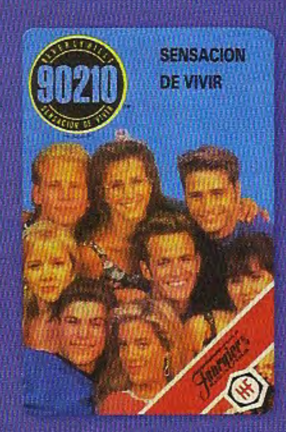












DE LOS DIBUJOS ANIMADOS AL ANIME

Al principio de los tiempos, los dibujos animados se consideraban coto exclusivo de los más pequeños, pero paulatinamente fueron extendiendo sus tentáculos y atraparon a preadolescentes, adolescentes y adultos inmaduros en diversos grados de adicción. Además, algunas series eran tan largas que podías empezar viéndolas creyendo en los Reyes Magos y terminar la última temporada haciendo cola para entrar en una discoteca. Incluso algunas de las dirigidas a los pequeños acabaron enganchando a toda la familia. Pero eso era cuando solo había un canal de televisión y nos lo tragábamos todo.

¿Podemos considerar a Heidi como una niña animada aunque fuera un dibujo ídem? A pesar del maltrato psicológico de la puritana y ñoña Señorita Rottenmeier y de la pesada carga del abuelo, gracias a sus amigos Clara y Pedro, Heidi se animaba a correr como loca por los bosques de Viena cantando en tirolés. Fue el descubrimiento del estilo de dibujo japonés, el *anime*, que vino para quedarse a pesar de las primeras reticencias que buscaban la confrontación con el estilo clásico de Disney. Incluso también con alguno más cercano, como el de los personajes de la serie *Érase una vez el cuerpo humano*. ¡Lo que aprendimos de las células y de algunos órganos insospechados del cuerpo!

Creíamos que las penurias por las que había pasado el inmigrante ilegal Marco con un mono pegado al hombro solo podían surgir de la mentalidad de un japonés perverso, pero lo cierto es que forman parte de la obra *Corazón*, que Edmondo De Amicis escribió en 1886 para hacer llorar a varias generaciones. De los Apeninos a los Andes —algo de geografía aprendimos, al menos—, Marco busca a su madre y le pasa de todo, claro. Pero, como es positivo y optimista, logra su objetivo, encuentra a su madre en Argentina —nunca nos quedaron claros algunos aspectos sospechosos de la trama, como el abandono del hogar conyugal, niño incluido— y regresa con ella a Génova para seguir con su pobreza alegremente asumida. Eso sí, después de hacernos tragar 52 episodios. El niño José María López Pascual cantaba la sintonía del programa. Esperemos que la SGAE le haya recompensado adecuadamente.

En un pueblo italiano / al pie de las montañas / vive nuestro amigo Marco / en una humilde morada... No te vayas, mamá / no te alejes de mí, /adiós, mamá, /pensaré mucho en ti...

El sufrimiento compartido por madres e hijos, telespectadores de tanto infortunio, originó más de un trauma infantil aún no resuelto.



La sintonía de nuestras series favoritas nos preparaba mentalmente como al perro de Paulov (pobre animal, ahora estaría prohibido experimentar con sus ganas de comer). La tele ya la habíamos conectado al llegar de la escuela y, desde la cocina, mientras preparábamos un superbocata de Bimbo con Nocilla, oíamos las primeras notas de *D'Artacan y los tres mosqueperros* o de *Los Fruittis* (¿a quién se le ocurre montar una historia con un plátano, una piña, un higo y otras frutas y verduras como protagonistas?). Nos lanzábamos a la carrera por el pasillo y, sin dejar de mordisquear el bocata, nos estirábamos sobre la alfombra para disfrutar de la magia de los dibujos animados. Ni la tortícolis ni el manto de migas nos arredraban viendo cómo evolucionaba D'Artacan con su espada o Marco con su mono Amedio. Cada uno en su momento.

Abuelito, dime tú..., la canción de los Pitufos, Popeye el marino soy..., y, por supuesto, el gran tarareo **na, na, nanaranana** de *Verano azul* los domingos por la tarde. Hasta que llegaba Casimiro para dar las *Buenas noches* y enviar a la cama al personal ¡y sin chistar!

CASIMIRO

De lo más profundo de Alemania llegó *La abeja Maya* para zumbar sin picar. Aún sigue en activo. Luego se sumaron otros bichos simpáticos, Banner y Flappy, el oso de Tallac con Jackie, Delfy (con ese nombre no podía ser otra cosa que un delfín), el osito Misha, el perro de Flandes..., el salón comedor parecía un zoo, aunque nuestra madre se expresaba con más contundencia diciendo que parecía una cuadra. Eso era después de una compulsiva sesión de pipas.

Sin duda. *Campeones*, con Oliver y Benji, se convirtió en todo un símbolo generacional. Parece ser que el manga que dio origen a la serie fue un encargo para fomentar la afición por el fútbol en Japón, como unas décadas antes se había creado el personaje de Popeye para fomentar el consumo de espinacas en Estados Unidos. Oliver Atom (Tsubasa Ozora, en Japón) y sus amigos evolucionan desde su equipo en el colegio hasta convertirse en profesionales. Su destreza con el balón y las imposibles y espectaculares jugadas que desarrollaban en el campo elevaban nuestra expectación a niveles de final de Champions. El detalle de los movimientos se apreciaba en cámara lenta, lo que para un *anime* tiene su mérito. Según los datos aportados por un estudiante de física, que se entretuvo en analizar los recorridos y las perspectivas del campo de fútbol según lo presentaba el dibujante de la serie, el campo medía unos 18 km de largo y Oliver corría ¡a 150 km/h!



Claudio Biern ha sido el creador de tres series de dibujos animados que marcaron la infancia en la década de 1980: *David el gnomo, La vuelta al mundo de Willy Fog* y *D'Artacan y los tres mosqueperros*.

David y su esposa Lisa vivían en el bosque, en una madriguera sin hipoteca debajo de un árbol. Teniendo en cuenta que los gnomos viven 400 años y que no existe el divorcio, se casaron cuando tenían 100 años, que es la edad reglamentaria para un gnomo de bien. Como no podía ser de otro modo, unos indeseables enemigos les hacían la vida imposible, los troles. Soy un gnomo y aquí en el bosque soy feliz, bajo un árbol vivo yo junto a su raíz..., cantábamos por el pasillo a grito pelado después de haber visto la serie y haber consumido azúcar inmoderadamente, hasta que aparecía la hermana mayor con la cara desencajada gritando que no le dejábamos estudiar... Sí, sí, estudiar... Que se había encerrado en su habitación con el nuevo novio y seguro que algún piquito había caído.

Los mosqueperros, D'Artacan, Pontos, Dogos y Amis, manejaban su espada con habilidad contra los soldados del cardenal Richelieu. Las peleas de perros no debían de estar prohibidas entonces...

Willy Fog se las ingeniaba para salvar todos los obstáculos y ganar la apuesta de dar la vuelta al mundo en 80 días. En la serie aprendimos algo sobre los husos horarios. Eran claves para el feliz desenlace de la historia. Pero seguimos confundiéndonos en complicados cálculos cada vez que cogemos un avión con destinos remotos y no te digo a la hora de adelantar el reloj una hora en verano. ¿O es atrasar?





Los Pitufos, extraños seres diminutos de color azul, se las ingeniaban para burlar los ataques del malvado Gargamel. Vivían en el bosque, dentro de setas, posiblemente el factor desencadenante de su color y de sus rarezas. ¡Si *Pitufos* suena raro, imagínate el original *Schtroumpfs!*

Bola de dragón fue una inmersión en el mundo de las artes marciales niponas de la mano de Son Goku, un chaval que poseía una fuerza extraordinaria y mucho desparpajo, y que buscaba las bolas del dragón (nunca le dimos un doble sentido) que tenían el poder de que se cumplieran todos los deseos. Los del autor, Akira Toriyama, seguro que se cumplieron, porque se publicaron 42 tomos del famoso manga y su versión en *anime* se vio en todo el mundo. Aunque debido a sus escenas de violencia fue censurado en algunas cadenas, incluida Antena 3 en España. Dr. Slump con Arale, también de Toriyama, tuvo mucho éxito a pesar de ser un poco friki. O quizás precisamente por eso.

A lo mejor el inspector Gadget estaba patrocinado por una cadena de ferreterías, porque era un maestro del bricolaje existencial. Sacaba partido de cualquier objeto para escapar de las situaciones más peliagudas. Aprendimos que un poco de maña está bien, pero que mejor si, además, se tiene fuerza.



CONCURSOS Y OTRAS HIERBAS

Los concursos y programas de entretenimiento eran aptos para todas las edades y gustos, hasta que llegaron las cadenas privadas y la cosa se complicó sembrando dudas en las madres más concienciadas al ver *Lo que necesitas es amor* y otras lindezas.

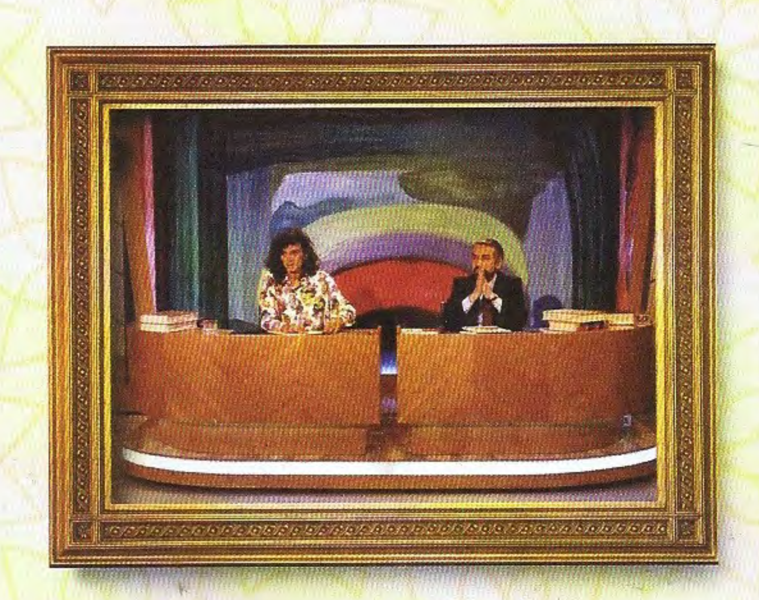




El tiempo es oro, por ejemplo, casi era de obligada visión, porque «algo aprenderás y mira quién contesta ahora». Sacaban temas de lo más insólito con preguntas pensadas por quién sabe qué retorcidas mentes, y los concursantes lo contestaban casi todo sin inmutarse. Tenía algo de *thriller* intelectual. Se mantuvo durante más de cinco años en antena y ganó dos TP de oro. Pista: *Rasca como verbo y pica como insecto.* Respuesta: *la araña.*

También el concurso *Cifras y letras* fue útil para estimular la memoria, el cálculo y reforzar el vocabulario. Y a pesar de eso, era entretenido. Como el *Lingo*, que presentaba nada menos que Ramoncín, una vez comprobado que ser el rey del pollo frito ya daba poco de sí.





El precio justo, con Joaquín Prats y un grupo de azafatas la mar de monas, nos proponía que acertáramos el precio de diversos lotes de objetos que se presentaban en pantalla. ¡A jugaaaar! Con la inflación que había en aquella época, al acabar el programa todo había subido y costaba más que al empezar.

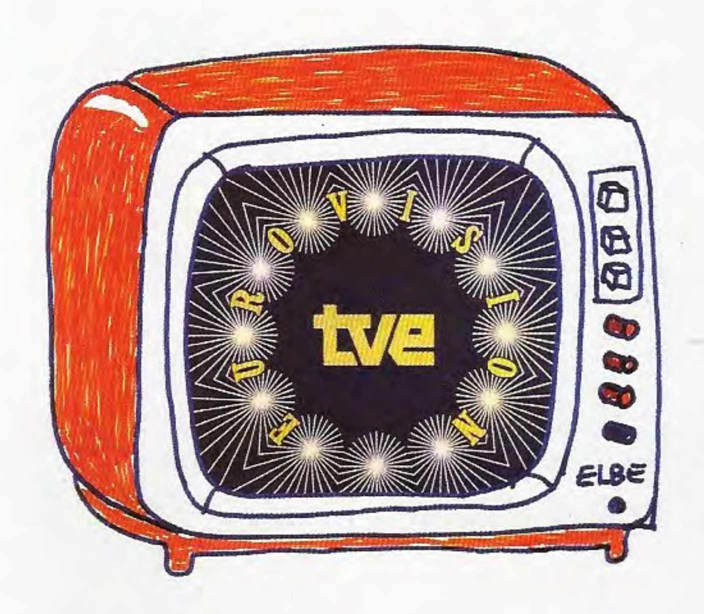
«¡Honorato! —chasquido de dientes y fastidio—. Mira, que ya baja la Sardá esa por la escalera. ¡Ahí te quiero ver! Es esa actriz que tiene un hermano que hace aquello de *Juego de niños* y que regala gallifantes a los más listos. Qué mal gusto regalar animales a un niño. Claro que a ti, Honorato...»



Rafaella Carrà, *¡Qué dolor! ¡Qué dolor!,* se apoderaba del plató y lo llenaba con su desbordante energía. Invitados, concurso *Si yo fuera* y, por supuesto, música y baile para entretener a la familia. Los que iríamos a una clase de EGB el lunes siguiente preferíamos reforzar las neuronas con *El show de Xuxa*, incluso los chicos más mayorcitos lo seguían. Pasaba como con Miriam Díaz-Aroca y también, pero menos, con la incombustible Leticia Sabater, que cautivaban a los padres tanto como a los niños a los que iba dirigido el programa. *¡Explota, explota, me explo-, explota, explota mi corazón!*

Lo que no solo no nos perdíamos nunca, sino que lo grabábamos en vídeo para repetirlo una y otra vez, era el programa especial de fin de año de Martes y Trece. No cabe duda, se han ganado la carcajada de oro en la memoria colectiva. *¡¡Encadnaaa!!*

Eurovisión tuvo fans y detractores acérrimos. Como España casi siempre quedaba en mal lugar y lo del *contubernio judeomasónico* ya no servía para justificar nada —de hecho, en EGB no se estudió nunca—, perdió bastante interés. Precisamente en Múnich, lugar de contubernios históricos, se celebró el Festival de Eurovisión de 1983. Remedios Amaya, aconsejada por alguna asesora de imagen lumbreras, interpretó *Quién maneja mi barca* descalza en medio del boato de lujo binguero característico del festival. Quedó en última posición, y eso que el tema era infinitamente mejor que el que ganó. ¿Alguien se acuerda de *Si la vie est cadeau,* de la luxemburguesa Corinne Hermès? Pues me alegro. Después de aquella afrenta, hubo de pasar mucho tiempo para reconciliarse con Eurovisión.





TODOS JUGAMOS AL UN, DOS, TRES



El *Un, dos, tres. Responda otra vez* dejó su huella en niños, jóvenes y adultos de todas las edades y condición social. Ningún programa en la historia de la televisión española ha tenido tanta repercusión en la memoria colectiva. Además, duró un montón de años. La genialidad de Chicho (Narciso Ibáñez Serrador) se impuso en las pantallas y clavó en sofás, sillas, butacas e incluso en incómodos pufs a millones de espectadores hacia las 9 pm todos los viernes y durante horas, porque, entre lo largo que era y los bloques publicitarios (momento en que la familia en pleno corría por el pasillo para disputarse el lavabo), nos daban las tantas. «¡Nene, vete a la cama!». «¡Sí, hombre! ¡Ahora que están indecisos entre el ataúd de un vampiro pre Crepuscular y una montaña de rollos de papel higiénico! ¡Seguro que es para cagarla si la escogen!». La familia se dividía y debatía sus inclinaciones con argumentos peregrinos, nunca tanto como los que llevaban a Mayra a descartar un regalo. *Y hasta aquí puedo leer...*



Las azafatas suavizaban la EGB que prodigaban de sus cuerpos parapetándose tras unas inmensas gafas. Unos decían que las cámaras de televisión las hacía parecer más macizas de lo que eran, otros decían que no, que a Chicho le gustaban así. Lo cierto es que nadie se quejaba y, aunque alguna madre se veía forzada genéticamente a hacer algún comentario reprobador, las gafas que llevaban las —sí, hay que reconocerlo, macizas— azafatas servían de atenuante para la libido que despertaban entre los varones, que se acercaban peligrosamente a la pantalla para no perder detalle. Victoria Abril, Ágata Lys, Silvia Aguilar, Silvia Marsó y Lydia Bosch, entre otras, engancharon al personal con sus piruetas, bailes y simpatía. Hay que destacar a la incombustible y eficaz Kim Manning, que actuó durante cuatro etapas del programa.

Para rebajar la tensión y aumentar la audiencia, iban desfilando por el plató los nuevos talentos que Chicho había descubierto. No todos eran nuevos, pero, allí, lo parecían. Personajes como el dúo Sacapuntas y Bigote Arrocet, con su *Piticlín, piticlín... ¿Está Conchita? No. Estoy con Tarzán*, provocaron las carcajadas de millones de españoles. Hasta Tricicle debutó con unos geniales minutos de silencio. Las hermanas Hurtado, Raúl Sénder, Joe Rígoli, Martes y Trece, Beatriz Carvajal, Arévalo, los hermanos Calatrava, Fernando Esteso, Juanito Navarro, Antonio Ozores... de todos los españoles, la Trinca, Manolo Royo, Emma Ozores y Fedra Lorente, la despampanante *Bombi* que tanta gracia hacía a los adultos (varones) —«¿Por qué será...?»— y, la *refinitiva*, Ángel Garó fueron los encargados, en las etapas entre 1982 y 1992 —la década prodigiosa—, de poner la nota (alta, de promedio) de humor y, de paso, dar un considerable empujón a sus carreras. *En la parte positiva*, pasar por el *Un, dos, tres* era mejor que hacer un máster en Harvard, era *el Chollo*.

A juzgar por la interminable batería de anuncios y por el patrocinio de algunas de las pruebas y juegos, *Un, dos, tres* fue un programa muy rentable para TVE. Hay que sumar también las numerosas licencias que se concedieron para muchos productos: la Ruperta, la Botilde y el Chollo, que inundaron el mercado con sus diversos formatos, como muñecos de goma, rompecabezas, remate de lápices, llaveros, discos, libros, álbum de cromos, muñecas y el mismo juego de *Un, dos, tres*, en un caja presidida por la Ruperta que contenía cartas con preguntas y un reloj de arena para marcar el tiempo. «¡Campana y se acabó!»



Aunque no tuviéramos el juego físicamente, el sistema de preguntas se improvisaba en los viajes largos en coche o para rellenar momentos tontorrones de ocio. «Por 525 pesetas, nombres de aves que empiecen por *«a»*. Como, por ejemplo, avestruz.» «Avestruz, tic tac, tic tac, avutarda, albatros, tic tac, tic tac, abejaruco, águila real, águila imperial, águila perdicera, aguilucho, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, avutarda...» Gran estruendo de sirenas, bocinas y alarmas... «En repetir avutarda, el concursante poco tarda.» «Son ocho respuestas acertadas, a 525 pesetas cada una: ¡4.200 pesetas!.»

Gracias, Chicho.

EL VIDEO LLEGA A CASA

HOY TOCA LIMPIEZA DE CABEZALES

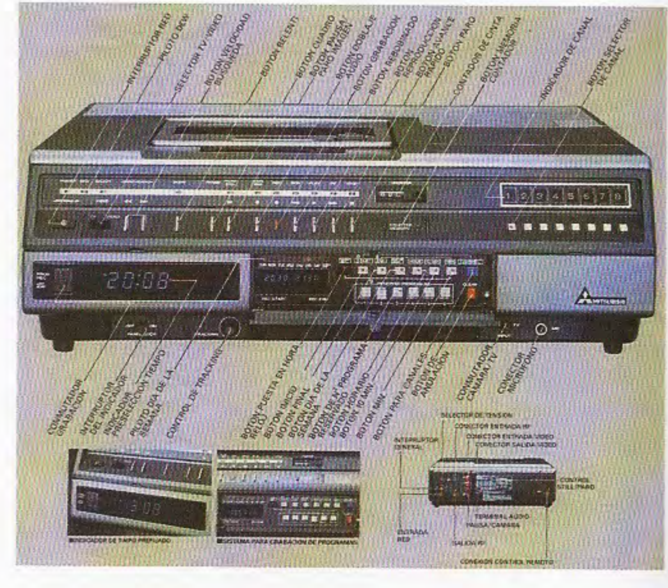
Al principio, tres sistemas de vídeo compitieron por la supervivencia y dos se extinguieron como los dinosaurios y otros animalejos poco adaptables. El primero en caer fue el pionero en las cintas de vídeo, inventado por Philips, el vídeo 2000, que tenía muy buena calidad pero salía demasiado caro y la competencia japonesa lo eliminó. El Betamax y el VHS se disputaron la supremacía. El sistema Betamax se impuso al principio porque Sony invadió España con su modelo C7, que lo hacía casi todo y tenía un «paro de imagen» espectacular. Los padres justificaban la inversión porque, al congelar la imagen, podían analizar y debatir a conciencia la manifiesta posición de «fuera de juego» cuando el del equipo contrario marcaba gol. Pero esto mejoró mucho y todas las marcas de VHS también lo incorporaron.

Algún enterado contó, más adelante, que el Betamax desapareció porque tenía problemas de *tracking*, es decir —explicaba con retintín al ver que ponías cara de no enterarte—, cuando has parado la cinta en muchas ocasiones y en diferentes puntos, la cinta se enrolla formando crestas que hacen que pase descentrada por el cabezal lector y entonces se ve mal. ¡Vaya con el VHS! No hay como ser el más bruto para sobrevivir. También tenía los días contados, pero, como nos parecía de lo más avanzado y, al fin y al cabo era el que había ganado la batalla, íbamos acumulando cintas en las estanterías con la infundada teoría de que iba a durar para toda la vida. Ya nada duraba más de un par de años —ahora ya son solo meses—, porque cada nuevo avance tecnológico convertía en obsoleta la versión anterior.



La sensación de ponerte ante el televisor provisto de un bol cargado de palomitas hasta los topes —al principio se hacían calentando los granos de maíz con un poco de aceite en una paella grande bien tapada—, para ver dos o tres veces la película alquilada en el videoclub o comprada en alguna de las interminables ofertas del quiosco, era digna de un estreno de cine.

Otra de las posibilidades que ofrecía la videograbadora era la de almacenar ingentes cantidades de capítulos de la serie favorita, aunque el coste de las cintas era bastante restrictivo y los estándares de duración de las cintas obligaban a hacer cálculos para que cupieran dos películas. ¡Maldita publicidad, ya se ha cortado el final! Programar una grabación en la videograbadora era cosa de ingenieros y, encima, casi nunca se cumplía el horario de emisión anunciado por la cadena. Lo prudente era dejar unos minutos de espacio previo y unos cuantos más al final para que el programa o la película que se iba a grabar no quedara cortada. Ni así.





Tener la copia de una novedad del videoclub era muy tentador, así que había que conseguir la videograbadora de un amigo (sin que sus padres se enteraran) y el cable adecuado. Tras practicar el inglés con las enrevesadas instrucciones y algunas pruebas infructuosas, se obtenía un duplicado de ínfima calidad pero que nos parecía aceptable para los estándares del momento. Solo quedaba rotular la etiqueta, un arte poco valorado pero que daba muchas satisfacciones. De este modo se acumularon cientos de videocasetes en las estanterías del mueble del salón, que quedaron relegadas al polvo y a su futura destrucción con la llegada del DVD.

Bienvenidos, hijos del *Fastforward'n'Rewind*. Los saludan los aliados del *Recording*.




MICKEY ROURKE
KIM BASINGER
9 semanas y media
CBS FOX
1
¡Si pensaste morir de risa viendo la anterior, espera a ver esta!
PORKY'S 2
Al Día Siguiente
(PORKY'S II. THE NEXT DAY)
EMERSON
TDK
E-HG EXTRA HIGH GRADE
TDK E-HG
E-240
E-HG
EXTRA HIGH GRADE
SUPER AVILYN
EXTRA
BODAS DE PLATA
1.600.000 EJEMPLARES
tp
TELEPROGRAMA
JUNIO 1991
25
1966 1991
ANIVERSARIO
SABADO 27

NO ME CONSTESTE AHORA,

HÁGALO DESPUÉS DE LA PUBLICIDAD



Visto en la tele era una pegatina que encontrabas en muchos discos, juguetes, ropa, comida... En aquella época de inocencia catódica, anunciarse en la tele era una garantía de calidad y de interés general.

Cuando solo había un canal de televisión, el UHF no contaba demasiado, tragábamos publicidad sin parar. La llegada de las privadas acrecentó la avalancha y todos nos apresuramos a cambiar de canal para saltarnos los larguísimos espacios publicitarios, hasta que aprendieron el truco y sincronizaron los cortes. Pero hay que confesar que, en general, la publicidad nos gustaba. También hay que confesar que era de lo más oportuna para resolver incontinencias varias o ir a buscar la bolsa de ganchitos que habíamos escondido para que no la encontrara la hermanita —¡Mierda! ¡Demasiado tarde!—. Aun así, nos sabíamos de memoria la mayoría de anuncios, una fuente inagotable de frases útiles y de canciones pegadizas, además de información valiosa a la hora de escoger desayunos, juguetes y, más adelante, la ropa del momento. Los *spots* de la tele —consejos publicitarios, que decimos ahora— grabaron en nuestros cerebros, poco preparados para resistir el embate de los ingeniosos creativos, expresiones como *¡El algodón no engaña!*, digna de figurar en cualquier obra de Shakespeare (*Chéspir*, para los amigos). Una gaseosa, popular como pocas, se presentaba en una serie de anuncios propios del mismo Mortadelo. *Si no hay Casera, ¡nos vamos!*

Aprende de tus hijos, de Danone. *No compre sin ton ni son, compre Thompson. Te sentirás limpia, te sentirás bien, Evax, fina y segura. El chocolate M&M's se derrite en tu boca, no en tus manos. Rasca, mamá. Pon Vernel, anda. ¡No seas rácana! Hay que estar muy bueno para ser un bollycao* (lo ponían en minúscula expresamente), claro que cualquiera competía con el atractivo de Martina Klein, que hizo una de sus primeras apariciones como modelo en este anuncio.

Las maravillosas voces de los dobladores de cine también se identificaban en algunos anuncios. «Escucha, esa es la de Clint Eastwood.» «Pues esta es la de James Bond, y esta...» Y casi siempre era Constantino Romero, que no paraba con su voz prodigiosa. En los anuncios que proyectaban en la pantalla de cine, antes de la película, el audio estaba ecualizado de manera que te vibraban las tripas con la profundidad de los graves. Eran como micropelículas con un argumento que enganchaba. Como la serie del perro *Pancho*, un Jack Rusell listísimo, que se fugaba con el bote de la Primitiva ganado con el boleto de su perezoso amo. Por lo visto, se lo ha pulido todo en Friskies y Royal Canin, porque ha tenido que volver a trabajar y protagonizar una película.



Algunas melodías de anuncios se grababan en lo más profundo de la corteza cerebral para asaltarte por sorpresa y obligarte a canturrearlas, incluso décadas más tarde. Tiene mucho mérito, pero hay casos en los que recuerdas todo el anuncio menos el producto que se pretendía vender. JASP. De acuerdo, podemos recordar que significaba Joven Aunque Sobradamente Preparado, pero ¿quién recuerda qué se estaba anunciando?



JASP

FILVIT CHAMPÚ, FILVIT MAMÁ

VUELVE, A CASA VUELVE...

EL LOBO, ¡QUÉ GRAN TURRÓN!

LECHE, CACAO, AVELLANAS Y AZÚCAR...

SCOTCH-BRITE, ¡YO NO PUEDO ESTAR SIN ÉL!

DODOT, DODOT.

SÚBETE POR LAS PAREDES, ¡SON DE AÚPA!



Marie Claire, Marie Claire. Un panty para cada mujer. No son medias. Son enteras. Ese es más antiguo, pero era tan pegadizo que se nos quedó grabado de tanto oírlo cantar a los mayores.

No faltaban los anunciantes que escogían el tema musical que triunfaba en el momento para realzar las virtudes del vehículo, del estropajo o del champú de turno. Campofrío anunciaba las cualidades de su producto Pavofrío con un tema de Miguel Bosé, adaptando la letra al pavo.

Los creativos publicitarios vivieron una edad de oro. Literalmente, porque los españoles se llevaban los principales premios de publicidad internacionales. Se sacaba punta a todo, incluso a las moscas inoportunas.

La mosca de la tele se llamaba Braulia y se dibujó en los increíbles Estudios Moro, creadores de la Botilde, la Ruperta, la familia Telerín y miles de anuncios de gran calidad que indujeron al consumismo a dos generaciones y media. El control de moscas en los platós de televisión no era muy riguroso y después de que en varias entrevistas apareciera una molestando con insolente desparpajo al presentador y al invitado, alguien pensó en convertirlo en un *gag* y se creó la mosca *Braulia* como separador de programas. Un poco raro para quienes no sabían de qué iba el tema. También es verdad que, después de tener al pingüino Petete promocionando su *libro gordo,* ya no nos extrañaba nada.



Para campaña sentimental la que, en 1988, lanzó TVE contra sí misma alertando a los niños para que no vieran tanta tele (quizás porque los niños generaban menos ingresos publicitarios) a través de la perrita *Pippin*, que todos querían tener. Un niño repelente, absorto en un improbable documental sobre el pepino en Oklahoma, pasaba de jugar con *Pippin* y esta se iba de casa. «¡Vuelve, *Pippin*! ¡Te queremos!».




CINE EXIN


COLON


DONUTS

Nos gusta interactuar. Eso de ser global mola (a veces) y como en la red lo tenemos todo chasqueando los dedos, te proponemos una serie de *links* para que conectes directamente con el pasado. Para que la nostalgia te invada un rato, pero de buen rollo, sin agobiar. Escanea con tu móvil los códigos QR*. Cada código te llevará directamente a la sintonía, las imágenes, las canciones y la publicidad que marcaron tu época EGB para que esa zona del cerebro donde almacenas los recuerdos se active, mande un mensaje y se te erice el vello de la nuca. Prepara un *Kleenex*, nunca se sabe...


TULIPAN

EL ALMENDRO


FAMOSA


LA CASERA


TENN

NOCILLA


RENAULT CLIO


SCHWEPPES


GEYPERMAN



COKE

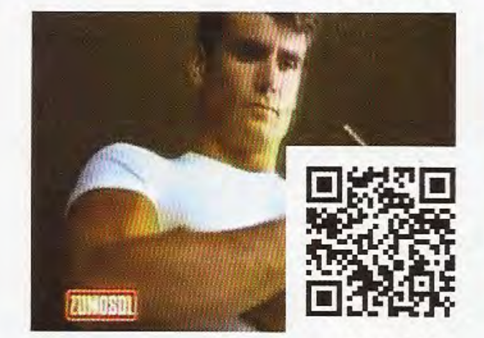

PEPSI


PÓNTELO, PÓNSELO



PAVOFRIO


TVE VER LA TELE



ZUMOSOL


FILVIT CHAMPÚ





Sorpréndete adivinándolo...

Después de todo ¡siempre lo has sido!

* Si aún no la tienes, bájate la aplicación para leer los códigos QR para iPhone o para Android. Ambas son gratuitas.


APLAUSO


AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS


FARMACIA DE GUARDIA


UN, DOS, TRES


FRAGGLE ROCK


HEIDI


MARTES Y 13


LA BOLA DE CRISTAL


LOS FRUITIS


LA GALLINA COCOUA


LOS VIGILANTES DE LA PLAYA


OLIVER Y BENJI


SABRINA


UN GLOBO DOS GLOBOS, TRES GLOBOS



VERANO AZUL



LA ABEJA MAYA


LOS PAYASOS DE LA TELE



EL HOMBRE Y LA TIERRA



INSPECTOR GADGET



EQUIPO A


ERASE UNA VEZ EL HOMBRE


JUANA Y SERGIO


DAVID EL GNOMO Y OTROS


SENSACION DE VIVIR

LA HISTORIA INTERMINABLE



No es que se leyeran muchos libros aparte de los de lectura obligada por el colegio. Teníamos demasiadas pantallas que controlar como para ir línea por línea en busca de la aventura. A pesar del esfuerzo de padres y maestros, las estanterías solo se llenaban con enciclopedias adquiridas, con la mejor voluntad y mayor precio, con la esperanza de hacer de nosotros hombres y mujeres con futuro. Sin embargo, si en algún momento caíamos inadvertidamente en la tentación de leer, nos sorprendía el placer que provocaba. Y ya se sabe, el placer es adictivo. Pero solo algunos libros «enganchaban».

Los primeros contactos con la literatura fueron orales. No me refiero a los libritos de plástico hinchable que chupábamos en la cuna, sino a los cuentos que nos contaban para dormir. Un avispado editor sacó un libro ideal para madres que caían en las garras de sus insaciables hijos, que exigían la lectura de un cuento antes de dormirse. ¡Y siempre parecía que se hubieran tomado un café! En el libro se clasificaban los cuentos por categorías temáticas y por la duración de la narración. Eso siempre daba un respiro y se podía cumplir con la conciencia relativamente tranquila. Es curioso, nunca llegué a conocer los cuentos que duraban más de cinco minutos.

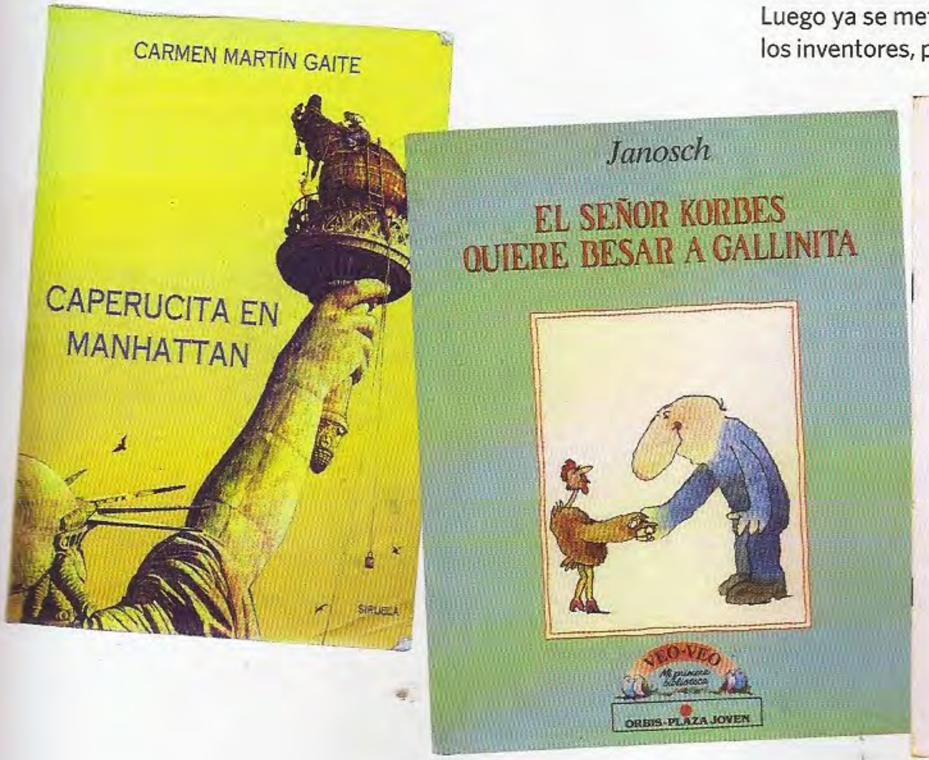


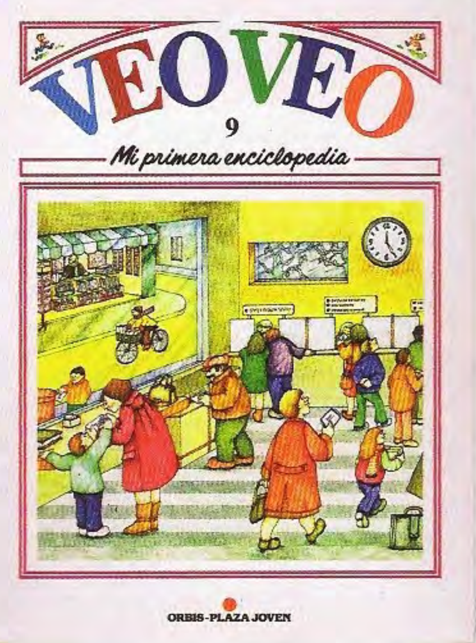


Los libros de Roald Dahl, especialmente *Charly y la fábrica de chocolate*, formaban parte de la magnífica colección de Alfaguara... *Matilda* también nos alegró la vida y llegó a convertirse en una película. En esta colección abundaban los libros protagonizados por niños bastante raritos, la mayoría con habilidades prodigiosas. Nos gustaban porque nosotros también nos sentíamos *diferentes*, incomprendidos y con nuestras cualidades poco valoradas. ¡Qué injusto! El que se llevó el premio gordo fue Bastián Baltasar Bux, el protagonista de *La historia interminable*. La novela pasó al cine y Limahl compuso una canción que tuvo mucho éxito. Además, gustaba a las chicas, porque con su peinado pelo pincho quedaba mono.

Mi primera biblioteca Veo-Veo consistía en una serie de libritos ilustrados y con poco texto, de aspecto moderno y ligero, que no asustaba a la hora de leer (decir que «invitaban a la lectura» sería demasiado hipócrita. Solo «invitaba a la lectura» el libro de pistas de *Indiana Jones*). Las historias eran originales y muy imaginativas. Algunas eran totalmente surrealistas, pero eso es precisamente lo que fascina a los niños.

La enciclopedia *Veo Veo* fue uno de los primeros coleccionables que nos atrapó. Dice mucho en favor de sus autores que lograran transmitir el adictivo efecto del *continuará* ¡a una enciclopedia! Las series de Érase... también lo lograron y con creces. El abuelo barbas nos llevó a través del cuerpo humano, primero, y de la historia de la humanidad, después. Luego ya se metió en camisa de once varas con el espacio y los inventores, pero eso ya no nos afectó.







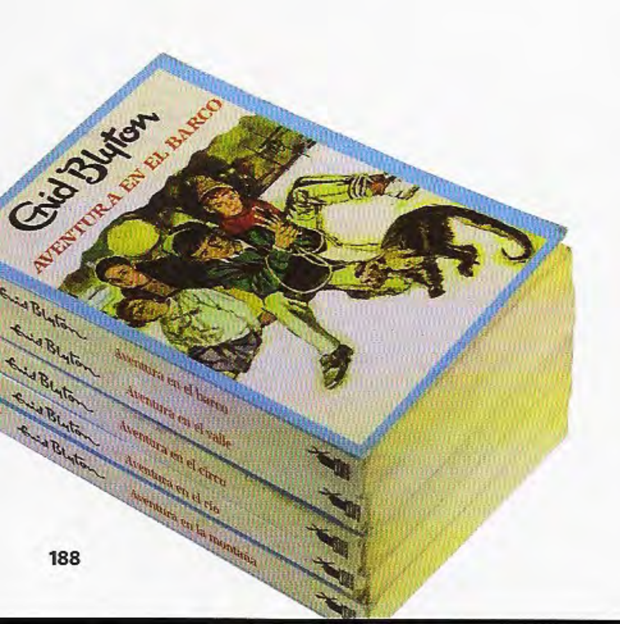


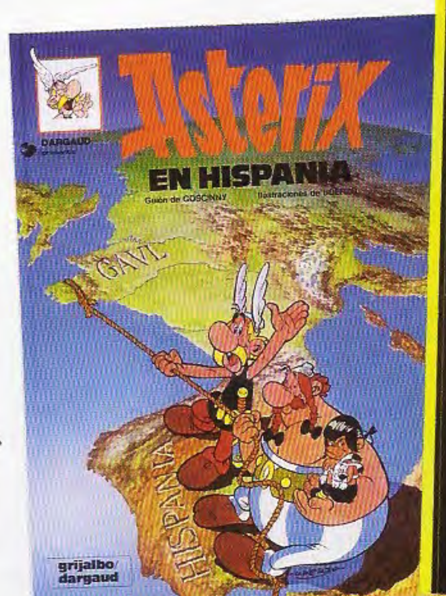
Los profesores y algunos padres, empeñados en que adquiriéramos un barniz de cultura clásica, nos hacían leer obras de autores como Dickens, Julio Verne o Salgari. Era un estilo narrativo que cansaba un poco. Parecía anticuado y preferíamos ver las películas que se habían hecho basadas en sus obras más famosas. El barniz parecía tener el mismo brillo, a menos que tuvieras que hacer una redacción detallada para un *profe* meticuloso.

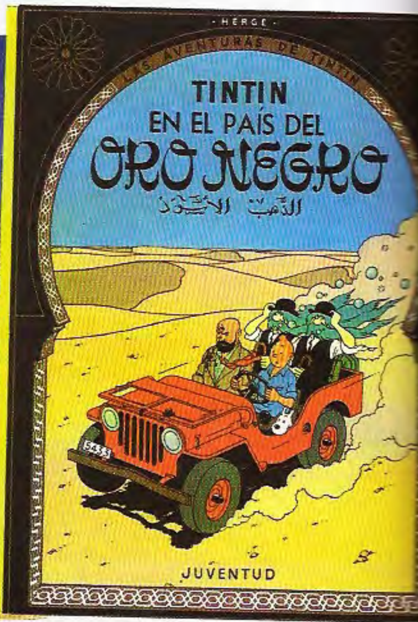
Enid Blyton ya había captado la atención de dos generaciones anteriores, pero sus libros más recientes se impusieron con la fuerza que la escritora británica sabía dar a las aventuras que corrían chicos como nosotros. Bueno, ellos hablaban mejor el inglés, pero teníamos en común las ganas de vivir situaciones emocionantes que acabaran bien. Si te habían gustado *Los cinco*, te quedaban por leer *Los siete* y, para terminar, los primeros ocho libros de *Aventura*. Finalmente, todos se instalaron en el estante superior de nuestra habitación y acumularon polvo.

Lo que resultaba imperdonable era el sadismo con el que nos obligaban a leer clásicos medievales que ni se entendían ni interesaban. Desde luego, no ayudaba a fomentar el amor por la lectura y aquellos libros que se percibían como un tostón inapropiado para nuestra edad generaron cierto resentimiento.

Astérix y Tintín competían. Era raro ser fan de los dos y ambos tenían defensores y detractores. En realidad, los dos personajes han supuesto una extraordinaria aportación al mundo de la historieta de calidad. Pero confieso que yo era más de Tintín, quizás porque me caía mejor Milú que Idéfix.

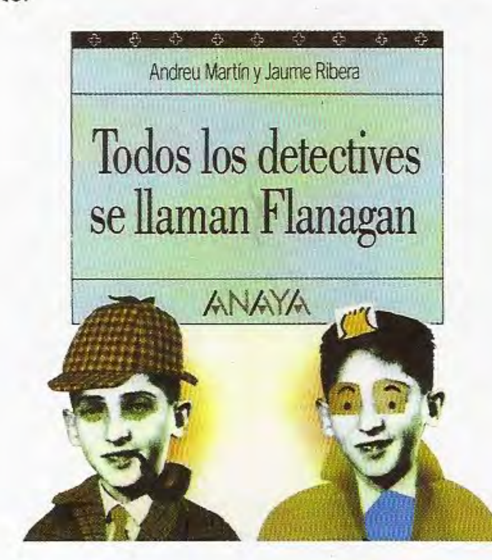




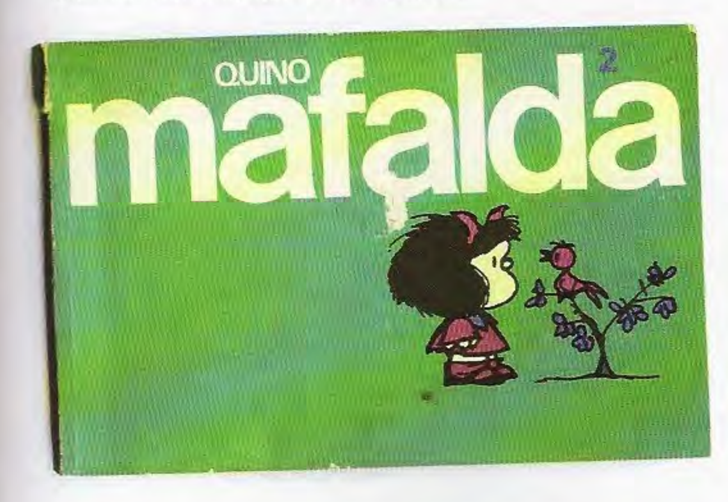


De los personajes infantiles de Dickens, que sufrían como locos, a los protagonistas de las novelas actuales, que siempre se salen con la suya, hay un contraste que sirve como ejemplo para ilustrar lo bien que vivimos en la etapa de EGB. Hasta la ficción era amable. Luego llegaron bichos raros y mucho muerto viviente que enrarecieron el ambiente y provocaron más pesadillas que ilusión.

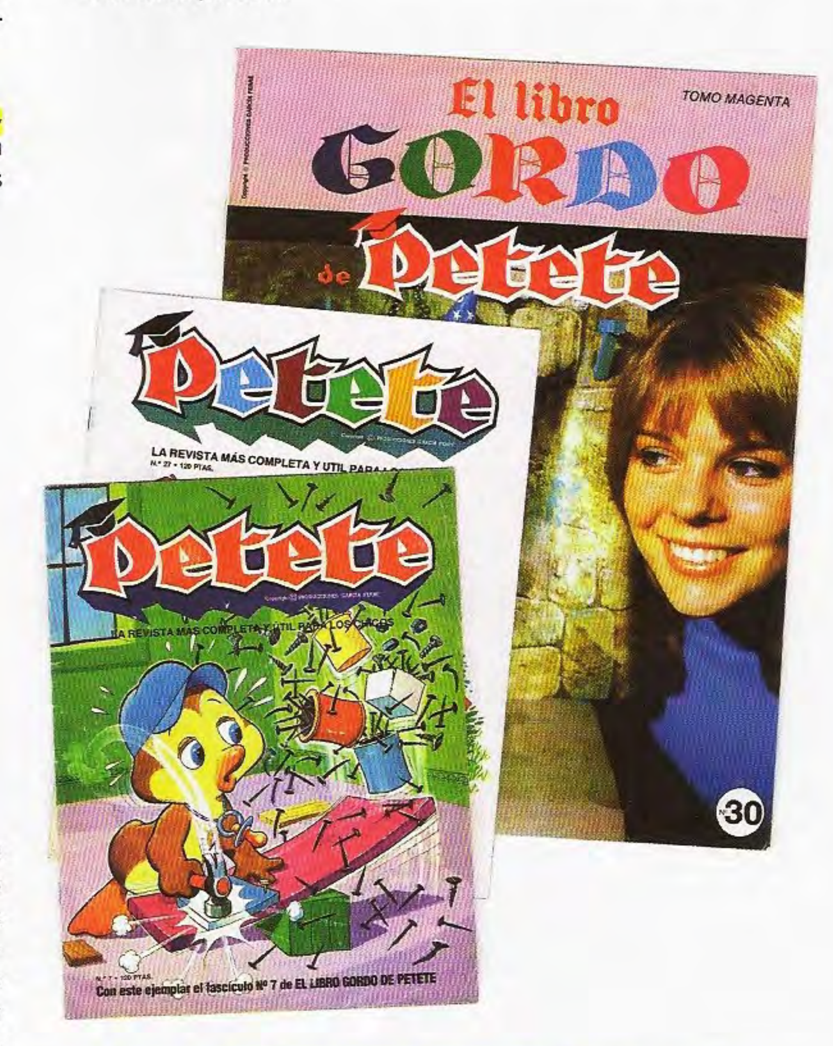
Andreu Martín y Jaume Ribera crearon el personaje Flanagan, un detective adolescente, un poco antihéroe, que nos caía muy bien y cuyas andanzas se extendieron a varios libros de éxito.



Entre el cómic y la literatura estaba *Mafalda*. Un personaje que fascinaba a todos y a todas las edades, fruto del ingenio de Quino. Mafalda, su familia y sus amigos eran referentes cercanos y los identificábamos en nuestro entorno particular. La llegada de Guille nos hizo reflexionar sobre el nuevo hermanito que iba a robarnos un poco de cariño maternal y Susanita era clavada a la vecinita del piso contiguo, que parecía tener las orejas chafadas de tanto pegarlas a la puerta en busca de cotilleos. Ahora trabaja en un programa de Tele5 y gana una pasta, ¡quién lo iba a decir!



De Argentina nos llegó Petete con su *libro gordo* y su cursilería fina. *El libro gordo te enseña, el libro gordo entretiene, y yo te digo contento, hasta la clase que viene.* Menudo pingüino relamido, pero *qué buena estás, Carolina*, como decía *Pedrete* Ruiz en su parodia.



La *Basca del Papagayo* era una colección de Temas de Hoy que daba consejos de lo más útil para ligar, para ser el listillo guay, para sacar unas pelas extra sin cometer delitos, comunicarte con códigos secretos (que intentabas aplicar en la confección de chuletas). Hasta te sugería una serie de originales cartas de amor y de trucos para expresar los sentimientos a tu objeto de deseo sin caer en la ñoñez.



No podemos olvidar los libros de Disney en sus múltiples formatos y las colecciones de carácter educativo en forma de enciclopedia camuflada. En ellos, el oso Baloo podía explicarte, llegado el caso, cómo eran los instrumentos musicales en una orquesta. El pato Donald, más serio, aseguraba que era muy divertido conocer a los animales, aunque, cuando te decía que también era divertido conocer las materias primas, sospechabas lo peor y te sentías manipulado por un contubernio Disney-paternal. Por suerte, estaban los sobrinitos de Donald, que nos enseñaron muchas cosas con su *Manual de los jóvenes castores*. ¿A que no te acuerdas de cómo se llamaban? *

Un recuerdo al Pirata Garrapata y felicitaciones a los ilustradores. Siempre me han maravillado los ilustradores infantiles por su capacidad para concretar los sueños. En general, todos los libros infantiles estaban muy bien ilustrados.



LIBRO JUEGO

Es difícil conseguir insertar interactividad en un libro que no sea de *dibuja y colorea*, pero a los británicos Steve Jackson e Ian Livingstone (*I suppose*) se les ocurrió que, aunque el libro fuera un objeto estático, podía plantear diversas alternativas de lectura. Así que, una vez descrito el escenario y el tema de la aventura, la acción de los personajes se desarrollaba conforme a tus decisiones, ya que la narración te iba ofreciendo alternativas y, según tu elección, pasabas a una página u otra donde la acción se desarrollaba con resultados inesperados. Era casi como un juego de rol. Tenías que usar la imaginación y la estrategia para salvar los obstáculos que planteaban tus propias decisiones para lograr alcanzar el objetivo propuesto por el autor. Como se decía en la cubierta de los libros: «Una historia en la que TÚ eres el héroe». Altea editó dos series: *Lucha y ficción*, en la que cada libro era una aventura independiente, y *Lobo Solitario*, en la que podías crear el perfil de tu propio personaje y seguir tu aventura de un libro a otro.

Una historia en la que TÚ eres el héroe
EL GUERRERO DE LA AUTOPISTA
LUCHA 13
LA CIENAGA DEL ESCORPION
Steve Jackson / Ian Livingstone
LIBRO JUEGO
LUCHA 8 FICCION
LAS CAVERNAS DE KALTE
3 SOLITARIO

**Solución:* Juanito, Jorgito y Jaimito

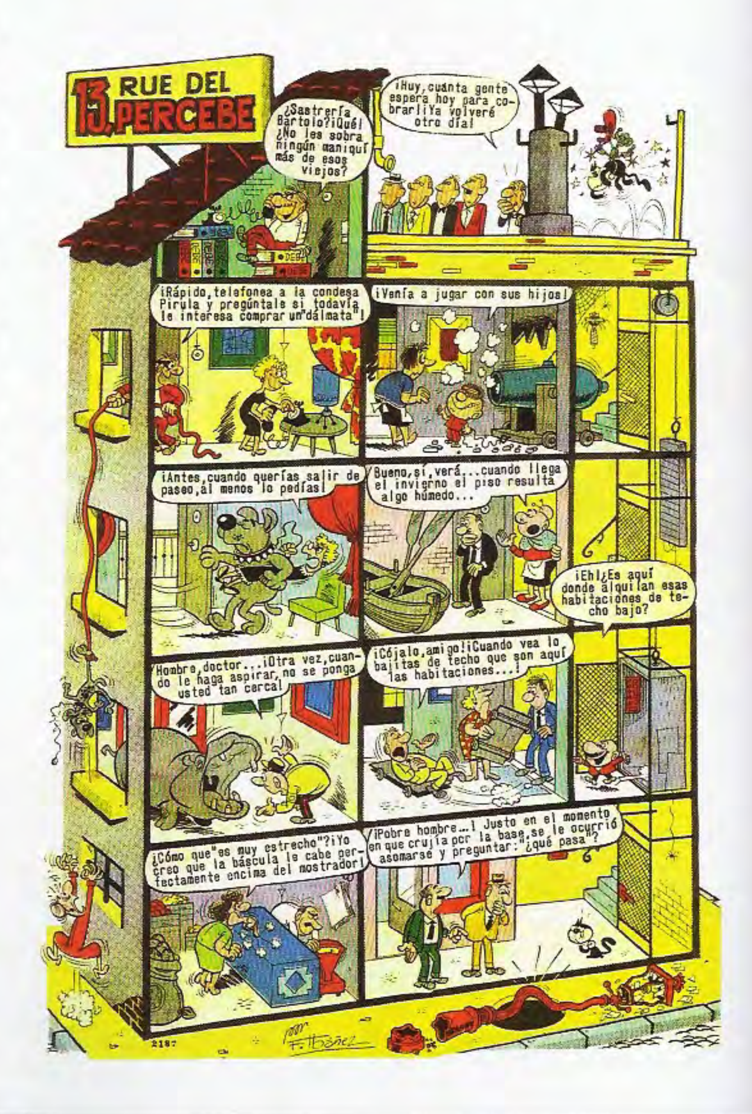


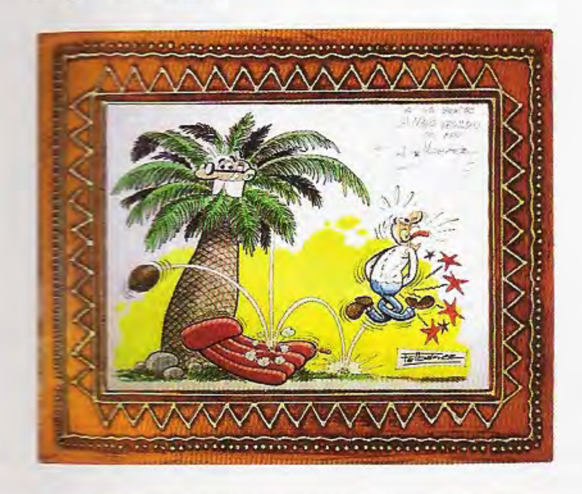
Que dé un paso al frente el que no ha tenido nunca un álbum de *Olé!* en sus manos. Vale, tú siempre has sido un adicto a los superhéroes, pero no me extrañaría que te hubieras iniciado con *Súper López*.

Cuando éramos más pequeños, nos encantaba el formato de librito de los tebeos *Copito* y *Don Miki*. Eran manejables para el tamaño de las manos infantiles y tenían al Oso Yogui, uno, y al Pato Donald, el otro. ¡No está mal! Pero todo iba tan rápido, que pasamos del *Tío Gilito* a *Dragones y Mazmorras* casi sin darnos cuenta. Y, si te iba el morbo subido, podías agenciarte algún *Creepy*, que tenía historias que ponían los pelos de punta. «¡Mamá, enciende la luz!»

Pepe Gotera y Otilio, Rompetechos, el botones Sacarino y la insuperable 13 rue del Percebe han fomentado en sus seguidores el humor, la ironía y lo que suelen conllevar: la inteligencia. Y es que Ibáñez ha sido el Disney español, pero con mucho más ingenio. Mortadelo, que merece una mención aparte, ya divertía a los padres con sus estrafalarios disfraces y la inagotable capacidad para meter la pata. Filemón solía llevarse las de perder, mientras Mortadelo, disfrazado de palmera o de algo inesperado y absurdo, escapaba de la venganza de sus víctimas.

El paso de Ibáñez por la Editorial Bruguera le había preparado para el trabajo a destajo. Por eso, cuando le llegó la libertad para hacer sus creaciones, se convirtió en el dibujante más prolífico después de Doré. No paraban de salir nuevas aventuras de sus personajes que, junto a las recopilaciones, nos dejaban la paga exhausta. Por suerte, a nuestros padres, que no mostraban mucha simpatía por Conan, les caían bien Mortadelo y su panda, y no eran cicateros a la hora de comprar el nuevo *Olé!* que habíamos descubierto en el quiosco entre el *Lib* y el *Penthouse*.

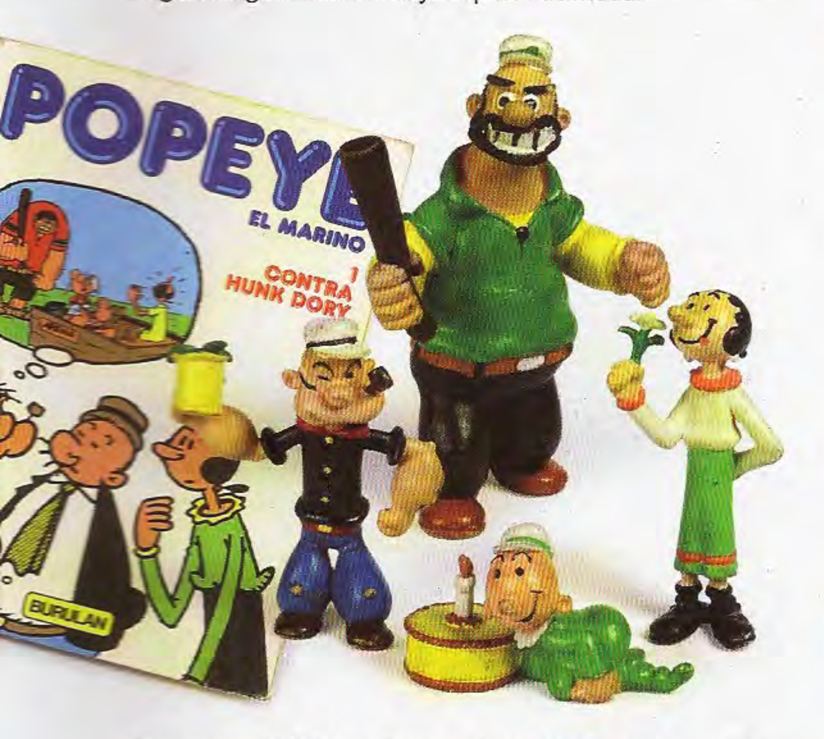





250 ptas.
URGENCIAS
MORTADELO
Extra
Evaluaciones
¡NO, HOMBRE; CUANDO EL SUPER DIJO QUE HABÍA QUE SEGUIR CON LA E.G.B., SE REFERÍA A LA EXTERMINACIÓN DE GANGSTERS Y BELLACOS!
EDICIONES B
GRUPO ZETA
F. Ibáñez



también nos inspiraban a la hora de las travesuras. Digamos que las suyas habitualmente eran más salvajes que las nuestras, o eso esperábamos. Solían recibir castigos ejemplares, pero ni se inmutaban. Esperaban tranquilamente la aparición del próximo tebeo para volver a las andadas y sorprendernos con su habilidad para el enredo, que admirábamos secretamente. Sus tupés de rey león han seguido vigentes hasta hoy sin pasar de moda.



Popeye surgió del pasado y se relanzó con fuerza a través de las serie de dibujos animados y de los libritos de cómic que devorábamos con placer. Popeye tenía mucho trabajo para rescatar a Olivia y a Cocoliso de las garras del malvado Brutus.

En el otro extremo, que no quiere decir que no fueran compatibles, estaba el Capitán América, noble, duro, patriota y con disfraz, como Mortadelo. ¿O en este caso sería un uniforme? Spiderman, Superman, Batman, Hulk... competían duramente para ser los elegidos en gastar nuestra paga. No era un gasto, era una inversión.

Lo malo de los superhéroes eran esos trajes de licra tan ceñidos. A veces parecían un poco frikis, pero se les daban bien las peleas y el malo acababa mal. La mayoría de ellos provenían del espacio o habían sido víctimas de una mutación que les confería unos superpoderes de lo más exótico.

Marvel se llevaba la palma en cuestión de superhéroes. Cuando aparecieron *Los 4 fantásticos*, nos pareció una ganga. Por 140 pesetas, cuatro, o sea, a 35 pelas cada uno. Por ese precio tenías en tus manos: *La cosa, La mujer invisible, El Señor Elástico* y *La Antorcha Humana.* ¿Quién da más?

Otros mutantes de cuidado eran los de La Patrulla X, los *X-man*. Eran humanos que habían adquirido superpoderes debido a unas radiaciones recibidas. Los malos estaban liderados por Magneto, que pretendía el control de la humanidad, como todos los villanos. Para evitarlo, estaban los buenos, que daban mucha caña. Mientras, los humanos de a pie, a aguantar y a pagar impuestos.



Las chicas tenían sus propios tebeos y revistas. *Esther* (y su mundo) fue una de las apreciadas, tanto que, con el tiempo, se editaron las obras completas con las revistas encuadernadas. Lo mismo pasó con sus congéneres *Candy*, *Emma* y *Cristina*. *Gaty*, la chica gato, ya era un poco más rarilla. Era una superheroína que adquiría las habilidades de un gato. Puede parecer tonto, pero ¿no es peor actuar como una araña?

Lily era una veterana, heredera de Sissi, que supo hacerse los necesarios *liftings* para ofrecer horas de entretenimiento durante quince años. *Jana* se proclamaba *La mejor revista semanal para chicas*, y, cuando esas chicas de EGB se convirtieron en adolescentes, llegó la polémica *Ragazza*. Polémica para los padres, que la consideraban excesivamente atrevida; para las usuarias, era como un manual de instrucciones para la vida.

El Jueves no especificaba la edad, por lo que, si caía en tus manos, te lo tragabas con ganas. Algunas cosas se nos escapaban: ¿por qué les resultaba tan gracioso Martínez el facha a nuestros padres? Por desgracia, ahora lo entendemos mejor.

















DE PAPEL CUCHÉ

No solo de tebeos vivía el niño de EGB. Había otras publicaciones de interés: *Super Pop*, la primera, en dura competencia con *Tele Indiscreta*. El *Nuevo Vale* tampoco estaba mal, pero ya era para los más mayorcitos. En portada, igual te sacaba *Los inconfesables secretos de Los Hombres G* como a varias famosas en *La guerra de las tetas*. Para tener una idea del panorama social, solo había que ojear las revistas que llegaban a casa o encontrabas en la sala de espera del dentista: *Interviú, Pronto, Garbo, Semana, Lecturas, ¡Hola!* Cada una de ellas, con su particular visión del mundo, te aportaba conocimientos imprescindibles para poder seguir los futuros programas de televisión del corazón y de otros órganos vitales.



Super Pop era LA REVISTA que todas las niñas reclamaban cada quince días. El póster central era lo más codiciado. Se lo disputaban los hermanos para clavarlo en la puerta de la habitación y lo iban cambiando cuando aparecía un nuevo ídolo, eso sí, procurando que las chinchetas coincidieran con los agujeros ya practicados. Gracias a sus páginas, los niños de EGB se convirtieron en adolescentes con mayor información sobre el panorama musical y sobre cómo mejorar las relaciones personales, aunque los padres no siempre estuvieran de acuerdo con «las mejoras». Hoy resulta difícil encontrar revistas intactas, porque gran parte de su atractivo residía en recortar sin piedad las fotos de los ídolos para engancharlas en la agenda escolar, en las carpetas y en cualquier superficie plana en el hogar, de donde solían ser arrancadas por las sufridas madres.

Con *Tele Indiscreta* pasaba lo mismo. ¿Quién no ha pegado una foto de las chicas de *V* o el adhesivo de *Europe* en algún sitio? Todas las revistas dedicadas a la tele nos interesaban porque hablaban de los protagonistas de nuestras series preferidas y ampliaban detalles de sus vidas privadas. Es cierto, eran de dudosa veracidad, *ma, se non è vero, è ben trovato*. La decana *TP* fue la biblia de bolsillo de los telespectadores (palabra fea, pero ¿qué ponemos, si no? ¿Telemirones?). No traía pegatinas de regalo, pero la información sobre la programación era amplia y fiable, y eso significaba saber a qué hora tenías que inmovilizarte ante el televisor para ver tu programa favorito. ¡No nos moverán!

EN HORAS DE CLASE

No tenemos más remedio que recordar lo dura que era oficialmente la vida de un estudiante. Así que veamos qué fue eso de la EGB que marcó a una generación de niños en una etapa de la sociedad española de lo más movidita e interesante.

La Ley General de Educación de 1970, impulsada por el ministro José Luis Villar Palasí, establecía la enseñanza obligatoria hasta los 14 años y la estructuraba en:

- EDUCACIÓN MATERNAL: de carácter voluntario, desde los dos hasta los cuatro años.
- EDUCACIÓN PREESCOLAR: también con carácter voluntario, se impartía en centros públicos y privados desde los 4 hasta los 6 años.
- EDUCACIÓN GENERAL BÁSICA (EGB): obligatoria para todos los niños hasta los 14 años. Tras ocho cursos, se podía elegir entre el BUP (Bachillerato Unificado Polivalente) y la FP (Formación Profesional). Si se continuaba con el BUP, se podía acceder a la universidad.

La EGB se dividía en tres etapas: el Ciclo Inicial, de 6 a 8 años; el Ciclo Medio, que comprendía los cursos tercero, cuarto y quinto, y el Ciclo Superior, que abarcaba los cursos sexto, séptimo y octavo e iba de los 12 a los 14 años. Eso si no eras repetidor. Cuando se concluía ese ciclo, se obtenía el Certificado de Escolaridad, pero, si en casa tenían depositadas grandes esperanzas en tu futuro, se te instaba a que siguieras con el BUP para poder elegir la carrera universitaria a la que muchos de los padres no habían logrado acceder. ¡Qué presión!

Con 14 años ya tenías que decidir entre Ciencias o Letras. ¿A quién quieres más: a papá o a mamá? ¿Cómo íbamos a saberlo si incluso nos costaba decidir cómo gastar la paga entre el universo de chuches que se nos ofrecía?





Si no te iban los libros y las *mates* tampoco te molaban, pues, a ver..., siempre quedaba la FP; pero en aquella época todas las aspiraciones familiares se enfocaban a una carrera universitaria. «Eso sí, que no sea Periodismo, que ya hay muchos», advertía tu padre.

Luego llegaba el COU, un Curso de Orientación Universitaria destinado a conceder un tiempo de prórroga para los indecisos. En realidad, era un invento para frenar la avalancha de estudiantes mal preparados que se quería incorporar a la universidad con la esperanza puesta en conseguir una beca Erasmus. Una vez superada la prueba de Selectividad, los más afortunados ingresaban en la universidad. Más adelante llegaría la asignatura (aún pendiente) de incorporarse al mundo laboral..., pero eso es para otro libro.

Si lo de estudiar no te iba, podías consultar los anuncios en revistas que te ayudaban a decidir tu camino profesional ofreciéndote una serie de trabajos «con futuro». Aseguraban que las «mejores profesiones» para las chicas eran: peluquera, puericultora, azafata o *esthéticienne* (que llegó a convertirse en una actividad tan sospechosa como afrancesada). Para las más ambiciosas, taquimecanografía. Para los chicos siempre estaban las Cajas de Ahorros, con un porvenir garantizado y la posibilidad de ser pluriempleado. La informática asomaba la nariz, pero aún no estaba claro si iba a servir para algo útil. Claro que los padres hipotecaban lo que aún no estuviera hipotecado para que los niños fueran a la universidad. Una CA-RRE-RA, el sueño incumplido de generaciones. Hubo tal avalancha de matrículas, que se implantó el *númerus clausus*, que luego se llamó *nota de corte*, que quedaba más moderno y claro. De la EGB a la lucha por un puesto de trabajo, aunque no fuera de lo que se había estudiado.

ABRAN POR LA PÁGINA CATORCE...

Antes de empezar el curso había que adquirir los libros de texto correspondientes y el material escolar. Íbamos con nuestros padres a comprar los artículos de la lista que nos habían dado en el colegio a nuestra sección preferida en la papelería o en los grandes almacenes. Para darle alicientes a nuestro tránsito por la EGB, habíamos añadido mentalmente una serie de cosillas que intentaríamos colar en el momento oportuno. No iba a ser fácil. La madre recorría la interminable lista con cara de angustia y el papel crujía en su mano. Incluso con cierto temblor. «¿Para qué necesitarán una sierra de marquetería?», se había indignado nuestro padre el día que recibió la lista.

Por 25 pesetas..., objetos habituales en una mochila escolar de EGB. No valen los libros de texto. Por ejemplo: la mochila. Un, dos, tres, responda otra vez.

¡Campana y se acabó! «¡Ya está bien de tanto "pegamento", que esta mochila pesa como el cemento!»

Las cosas que llevábamos en la cartera o mochila no solo eran para «trabajar» en clase. Las asociaciones de padres se quejaban del peso que teníamos que aguantar en la espalda, pero nosotros añadíamos nuestra parte con los patines, la consola o una bolsa cargada de canicas.





STAEDTLER
mars 700
0.8
1982
CASIO
SCIENTIFIC CALCULATOR
fx-15
C
AC
ACUA
TITAN
Esmalte
sintético
Carioca
UNIVERSA
CARIO
CARIOQU
ROTULADOR
Para el
Para la escuela
Para la
MANLEY
MILAN
nata

Caso aparte eran los libros de texto. Cada año eran más gruesos y con más ilustraciones que el *¡Hola!* Vano intento para que nos resultaran más distraídos y picáramos leyendo voluntariamente. Al final del curso era raro que hubiéramos acabado todos los capítulos del libro. Nunca le daba tiempo al *profe* y solía condensar lo que faltaba más que el Avecrem. ¿Por qué no lo habría hecho antes?

Algunos libros estaban logrados, con buenas explicaciones y mejores fotos. Otros eran un palo, parecían de otra época por lo feos que resultaban a la vista. Al final, acababas cargando con un montón de kilos de papel que ibas a tener que tirar al acabar el curso. Para el próximo, nuevos libros.

Las asignaturas *marías* eran las facilonas. Dependía del profesor, pero no era demasiado difícil sacar un suficiente en religión o en gimnasia, a menos que estuvieras en la clasificación de gorditos y patosos. En este caso, saltar al plinto, subir la cuerda o hacer flexiones era una verdadera tortura. Pero la más refinada era la del potro, seguramente ya usado en la Inquisición. «¡Uy, qué daño en los**!»

Las clases de matemáticas eran problemáticas (rima y juega feliz), especialmente si te obligaban a salir a la pizarra para hacer un lamentable papel ante tus compañeros porque no sabías calcular el área de un rombo o convertir 2,68 metros en milímetros.

Una de las ventajas de la asignatura de Sociedad, *sociales* para los amigos, era que aprendías nombres de personajes históricos y capitales de países remotos que te iban a ir la mar de bien para jugar al Trivial.



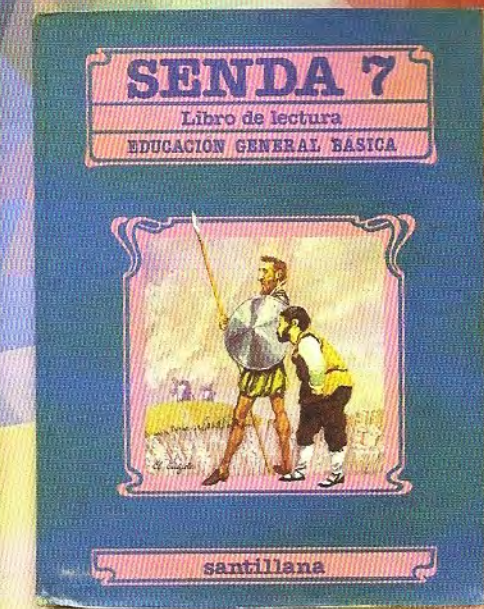
JESUS MESANZA LOPEZ

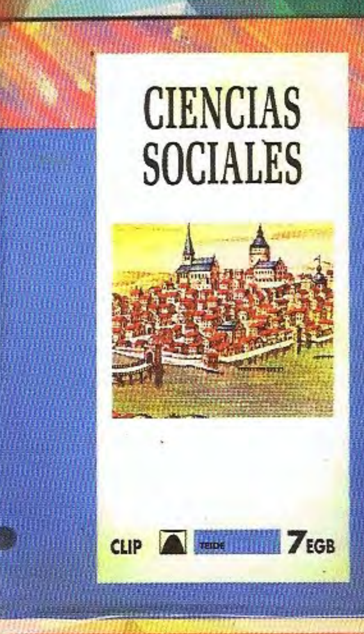
Ortografía

METODO INDIVIDUALIZADO ACTIVO



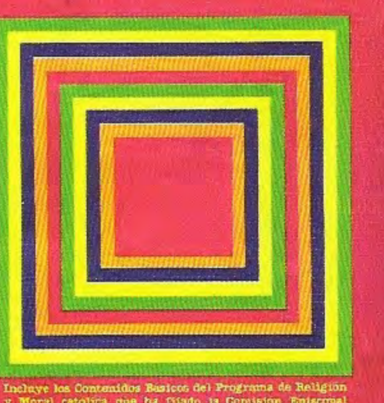




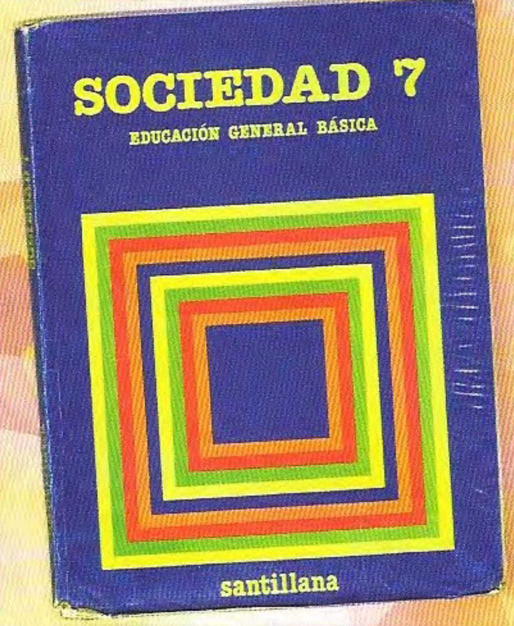


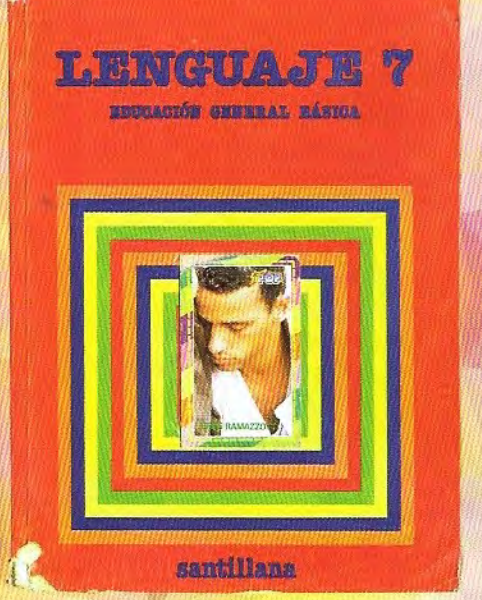
RELIGIÓN 6

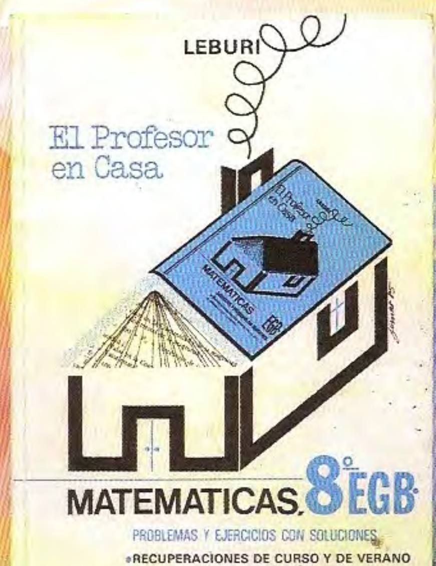
EDUCACIÓN GENERAL BÁSICA

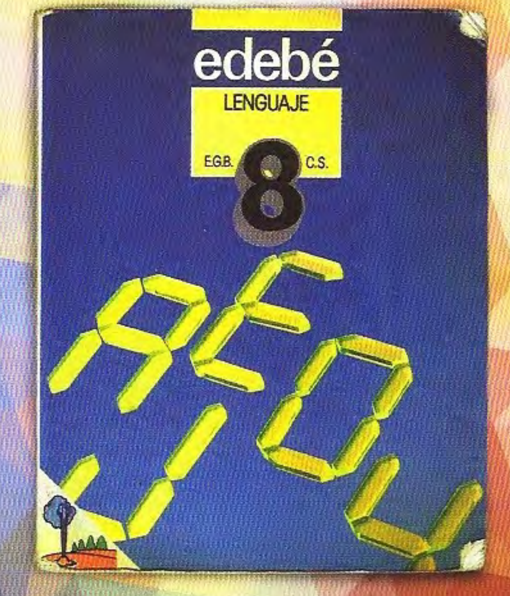


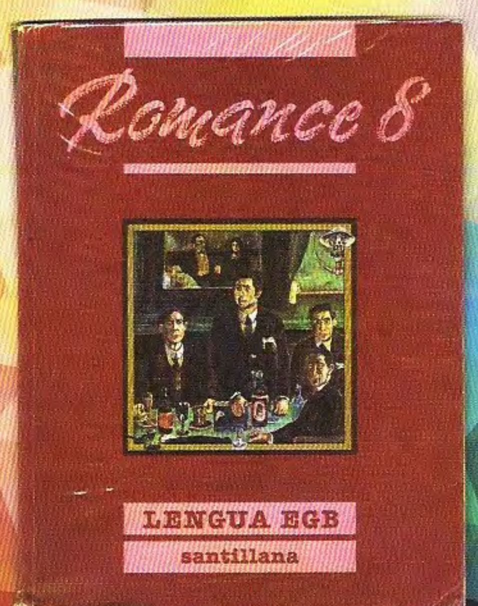
Incluye los Contenidos Basicos del Programa de Religión y Moral católica que ha fijado la Comision Episcopal de Enseñanza y Catequesis.
APROBADO COMO LIBRO AUTONOMO
santillana











Una clase nunca podía resultar aburrida si sabías sacar partido de las cuadrículas de las hojas de la libreta para jugar a las carreras de coches, el ahorcado, el stop, una carrera de bolígrafos o la guerra de barcos. «¡Hundido!» Te acaba de pillar el profe y recibes un castigo. Pasa a la casilla de deberes y copia cien veces *No jugaré en clase.* «¡Pues se va a enterar!», mascullabas mientras sacabas del bolsillo discretamente un par de bombas fétidas.

Los artículos de broma eran muy apreciados para elevar la moral. Nada como una buena dosis de polvos pica-pica en la espalda de tu enemigo para alegrarte el día en plan *Harry el sucio*. Desconcertar a la profesora con el sonoro mugido que producía un maravilloso bote de plástico cuando lo ponías boca abajo era casi tan divertido como escuchar el atronador efecto de pedorreta que provocaba la profe al sentarse inadvertidamente sobre un globo de goma camuflado bajo el cojín de la silla. Lo dabas por perdido, no era cuestión de levantarse y pedir que te lo devolviera después del infernal jolgorio desatado en la clase y del bochorno de la víctima, visible en la gama de rojos que había alterado sus facciones. Había valido la pena, aunque, más tarde, el resto de la clase te abucheara por tener que compartir un (reconozcámoslo) merecido castigo colectivo.

También era reconfortante disparar un grano de arroz, usando el Bic a modo de cerbatana, al pescuezo del repipi cuando estaba intentando atraer la atención del profesor para conseguir su dosis de autoestima haciendo una pregunta. Vale, te la cargabas, pero compensaba.

Para levantar el ánimo, resultaba infalible lanzar notas y dibujitos en una bola de papel que cruzaba el espacio aéreo de la clase hasta alcanzar a su destinatario. A veces llegaba a un enemigo que se aprovechaba para burlarse de ti. Pero peor aún era que llegara a la mesa del profesor después de que la bolita hiciera una inesperada pirueta en el aire y se desviara cinco metros. Según cual fuera el contenido de la nota, la diversión podía trocarse en drama.



SEGUNDA EVALUACION

1. Números decimales.
2. Radicales. Operaciones.
3. Radicación de números racionales.
4. Funciones de variable racional.
5. Funciones polinómicas: Operaciones: Adición, sustracción, multiplicación y división de polinomios. Regla de Ruffini.

1. Números decimales

201 - Expresa en forma de número decimal:

a) $\frac{3}{4}=0,75$

b) $\frac{4}{3}=$

c) $3\frac{2}{5}=$

d) $\frac{4}{9}=$

202 - Convierte en fracciones irreducibles:

a) $0,8=$

c) $4,06=$

d) $0,025=$

e) $0,5=$

f) $0,125=$

irreducibles:


Vacaciones
Santillana
3.º EGB
ACTIVIDADES
Participa en
un gran concurso
4.º EGB
ACTIVIDADES
vacaciones
edelvives
EGB
8
Vacacion
Santillan
Lenguaje
Repaso del 6.º y preparación
BOMBAS
FETIDAS
NUEVA FORMULA
SELLO ORO Nº 884

Según la Declaración Universal de Derechos Humanos, «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos». Serán los seres humanos, porque lo que son los niños, no recuerdo yo que fueran tan iguales...

El colegio al que ibas te marcaba mucho. No es lo mismo ir a un colegio religioso que a uno laico, a uno privado que a la escuela pública, a una pequeña escuela rural o a un enorme colegio de una gran capital, y así se iban multiplicando las diferencias que, con los años, formaban círculos de los que resultaba difícil escapar. La ambición, la inteligencia y el dinero eran los catalizadores del cambio. Eso sí, como decía Napoleón, siempre con un poco de suerte.



En la ciudad, los padres suelen buscar escuelas cercanas a la vivienda, pero, si eres de una pequeña zona rural, es posible que tengas que recorrer unos cuantos kilómetros cada día para llegar a una escuela que concentra a los niños de varios pueblos en la que una maestra, con mucha vocación y escasos recursos, hará lo posible para convertir a un montón de niños y niñas en personas de pro.

En una gran ciudad, a la hora de la entrada escolar, el tráfico se colapsa con vehículos llenos de padres y niños que llegan tarde y aparcan en doble y triple fila para desespero de los otros conductores.

Durante el trayecto, los padres o las madres intentan confraternizar con sus vástagos y aprovechan el semáforo para acariciar un flequillo rebelde mientras sueltan algún consejo útil con carga de moralina. Los niños miran por la ventanilla concentrados en diseñar una estrategia para la guerra de globos de agua programada para el recreo. La sonrisa del niño es interpretada por el padre como prueba de aprecio filial. No puede saber que es el resultado de imaginar una escena en la que el enemigo se retira empapado y lloroso para quejarse a la profesora.

Los uniformes sirven para eso, para uniformizar. Por eso, en los momentos de mayor rebeldía democrática, se impuso la supresión del uniforme, para que los niños desarrollaran su



expresividad con absoluta libertad tal como marcaban las tendencias educativas del momento. Los colegios de monjas se abstuvieron de aplicar la libertad de vestuario, pues sonaba pecaminoso, y siguieron obligando a sus discípulas a llevar los clásicos uniformes.

Los imperativos de las marcas provocaron un interminable desfile de modelitos en la nueva pasarela de EGB y todos los estudiantes se apresuraron a competir para deleite de la industria textil y del calzado.

A la salida de clase se cruzaban los caminos de diversas escuelas y las posibilidades de establecer nuevas amistades o amoríos crecían. Era cuestión de tener algunas frases preparadas por si se presentaba la ocasión.

En casa tenías un pupitre de madera que te habían traído los reyes y que te hacía sentir como si te sentaras en el despacho de un ministro. Claro, que nunca habías visto ninguno para comparar... Concentrado, pero atento al sonido de la tele que emitía su canto de sirena desde el salón con la sintonía de tu serie preferida, intentabas hacer los deberes en un tiempo récord. Al cabo de un rato descubrías con sobresalto que tu concentración se había desplazado a revivir los secretos que te había confesado tu mejor amigo durante el recreo y que, de hecho, no habías apuntado cuáles eran los deberes del día. Llamada de teléfono a tu amigo para consultar..., demasiado tarde. Tu amigo acababa de llamar para preguntar si sabías cuáles eran los deberes. Mal asunto para el día siguiente. Pero seguro que mañana será otro día.



¡Riiing! El recreo

¡CHIQUITIRRIN!

Cuando eres pequeño, los padres tienen un sexto sentido para avergonzarte en público, especialmente cuando estás en presencia de alguien que te hace tilín. Luego, cuando creces, ya no se atreven, los pobres.

Te suben los calcetines, varonilmente arrugados sobre las nuevas J'Hayber, aplastan una mata de pelo rebelde a golpe de espray de colonia que sacan del bolso como un arma letal, tratan de arreglar una trenza que había logrado un aire de descuido aventurero o, peor aún, sacan un pañuelo escandalosamente estampado para sonarte. Y todo en presencia de un corrillo de compañeros de clase, atentos para no perderse detalles con los que humillarte posteriormente.

El rubor cubre implacable tus mejillas y el oprobio adquiere dimensiones de tragedia griega. Pero la cosa no termina ahí. Tu madre hunde la daga hasta el mango con su comentario, hecho en un tono de lo más graciosillo: «Y cómete todo el bocadillito de fuagrás..., que está más bueno que el pan». ¡Lo canta! ¡Lo canta con el mismo tono que el puñetero anuncio de la tele! De reojo observas cómo tus enemigos han almacenado suficiente información como para hacerte la vida imposible durante varios recreos consecutivos y en aquel momento desearías que un ejército de Gremlins los mordiera hasta borrar la sonrisita autosuficiente con la que te amenazan. Pero al día siguiente será uno de ellos el que sufrirá públicamente el amor de madre y, tarde o temprano, todos pasarán por parecidos bochornos. Al final, los desplazados son los que nunca vienen acompañados por su madre y acaban por mirarte con envidia. ¡Qué sabiduría da el paso del tiempo!





El recreo pasaba muy rápido entre jugar y comer. A ver qué nos han puesto hoy... ¡Bien! Mamá no había tenido tiempo para preparar un bocata de mortadela y te había puesto un Tigretón y una Pantera Rosa. Al sacar los pastelillos del envoltorio, amigos y no tan amigos se iban acercando con intenciones inquietantes. Caminaban y te miraban como muertos vivientes. «¿Me das un poco?» «No, que sois cinco y no se puede repartir.» «¡Un mordisquito pequeño!» «Bueno, pero solo tú, porque eres mi amiga...» «¡Haaala! ¡Ya no eres mi amiga!»

La corrupción parece ser algo innato en el ser humano, porque en el recreo siempre había alguno con preguntas tendenciosas como: «Si pusiera un trocito muy pequeño de mierda dentro del bocadillo, ¿serías capaz de comértelo?». «¡Por supuesto que no!» «Un trozo muy pequeño, casi invisible», insistía el depravado pervertidor mostrando una precocidad para la política de tamaño electoral. «¡Que no, que no!», respondíamos con expresión de asco, orgullosos de nuestra integridad e higiene. «¿Y si te dieran mil pesetas...?» Desconcertados por un momento por el inesperado giro de la propuesta, seguíamos negando. «¿Y si te dieran diez mil pesetas?» La duda empezaba a corroer...« ¿Y si te dieran un millón de pesetas?» Aquí, como la cifra tenía algo de mágico y recordábamos vagamente que el piso que habían comprado los tíos por parte de madre costaba eso (un riñón con hipoteca, decían), nos rendíamos. «Bueno, si es solo un poquito y no se ve... ¡Venga el millón!» Así empezaban procesos como el de la burbuja inmobiliaria, pero ¿cómo lo íbamos a prever? En cualquier caso, tras la humillante aceptación, mirábamos el bocadillo con reparo y, discretamente, lo abandonábamos, culpables, en el fondo de la papelera.

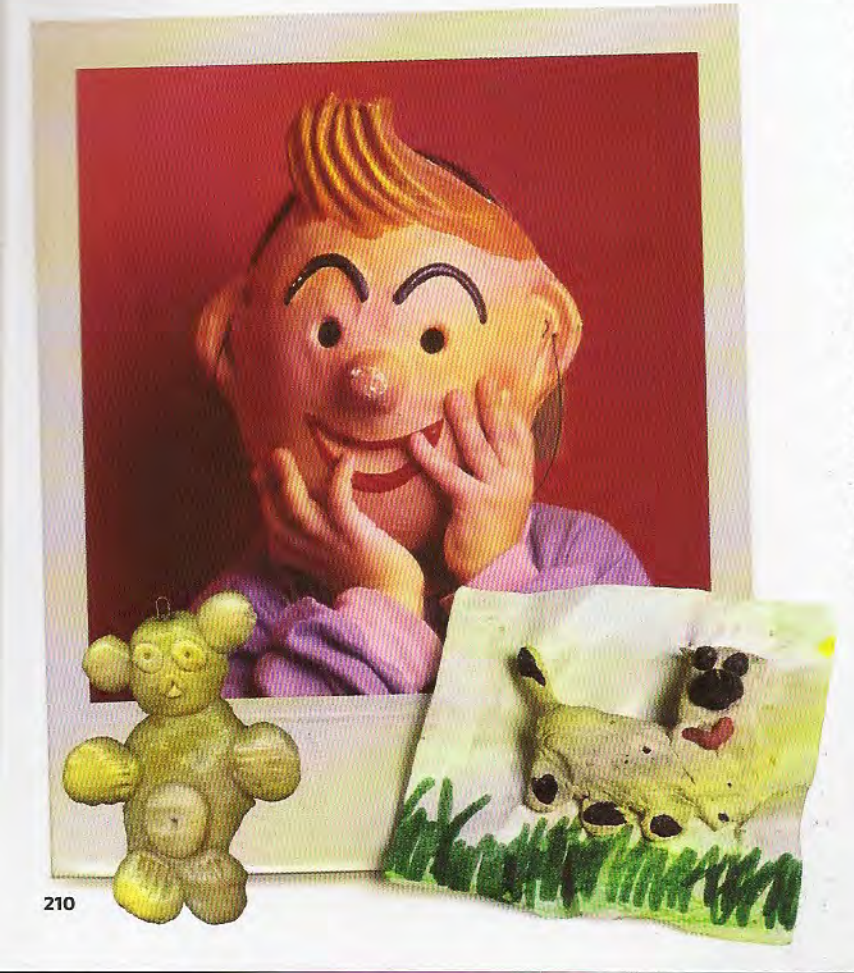
MANOS A LA OBRA

Los trabajos manuales eran muy excitantes. Estimulaban el espíritu de artista con el que todos nos sentíamos dotados. El resultado generalmente era penoso, pero nos parecía una obra maestra de creatividad, ingenio y pericia artesanal. Cuando «la obra» llegaba a casa, tras el primer impacto, todos se apresuraban a ratificarnos en nuestra impresión para hacernos sentir orgullosos, no sea que tuvieran que destinar parte del sueldo en psicólogos (en aquella época los más preciados eran los argentinos).

El *papier maché* era uno de los materiales favoritos de la *profe*, supongo que por lo barato del coste y porque permitía múltiples desarrollos creativos. Solíamos realizar máscaras, gatos, perros, conejos y otros animales que competían entre sí para identificarse. «Este gato parece un caballo.» «Pues es un cerdito.» «¡Ah, qué mono, lo pondremos ahí!» Y le adjudicaban un remoto y oscuro rincón de la estantería de donde, misteriosamente, desaparecía al cabo de unas semanas. «¿Y el cerdito?» «Se ha ido volando...»



Los retratos enmarcados con piezas de pasta de la de comer, macarrones, tallarines, etcétera, quedaban de lo más aparente hasta que al cabo de un tiempo la pasta se deshacía o era propensa a tener un sospechoso movimiento propio.



La plastilina era ideal, porque, si no salía bien la figura, se podía reciclar y volver a empezar. Lo único malo era que los colores originales mezclados derivaban en una masa de triste color *cacadeoca* que favorecía poco el resultado.

Los dibujos con ceras eran lo más socorrido. Las Dacs y las Manley se presentaban con un seductora sinfonía de colores que estimulaban la creatividad y te hacían sentir como un Leonardo (más bien el ninja) antes de empezar. Después de realizada la obra, ya no estabas tan seguro. Pero el dibujo ya estaba hecho y la familia tendría que pasar por el tubo y alabar el resultado. Cuando eras muy pequeño, cualquier garabato era bienvenido como una muestra irrefutable de que eras un superdotado. Papá, mamá, la hermanita y el perro formaban parte de tu repertorio habitual de modelos que repetías como si fueras Dalí en su última etapa.

El placer físico de pintar con los dedos era insuperable. Jovi te ofrecía una colección de botes de plástico llenos de pinturas de vivos colores en los que sumergir los dedos para atrapar una buena dosis de pasta y esparcirla sobre el papel que se te había dado. Claro que la restricción solo era para los cobardes y la pintura acababa generosamente distribuida por el cuerpo, la ropa, las paredes..., incluso el perro recibía lo suyo si había cometido la imprudencia de acercarse para investigar si aquellas pastas que olían tan bien eran comestibles.

Todos imitábamos a Pollock sin saberlo y teníamos claro que cualquier hueco en blanco que dejáramos en la hoja de papel era un desperdicio imperdonable. Cuando la pintura se había secado (incluso la depositada en la cola del perro), se procedía a enmarcar adecuadamente la obra resultante para que la familia pudiera exhibirla con orgullo a sus amistades. ¿Quién sabía qué marchante de arte podía llegar a sentirse fascinado por la precoz creación?

El barro era un alternativa barata y socorrida para que los *profes* propusieran un *desarrollo psicomotriz adecuado*. Lo habitual era hacer ceniceros. No importaba que nadie en la familia fumara. Ya llegaría el cuñado con sus Ducados para estrenar la obra, momento en que la pintura se quemaba y originaba un humo pestilente y escandaloso.

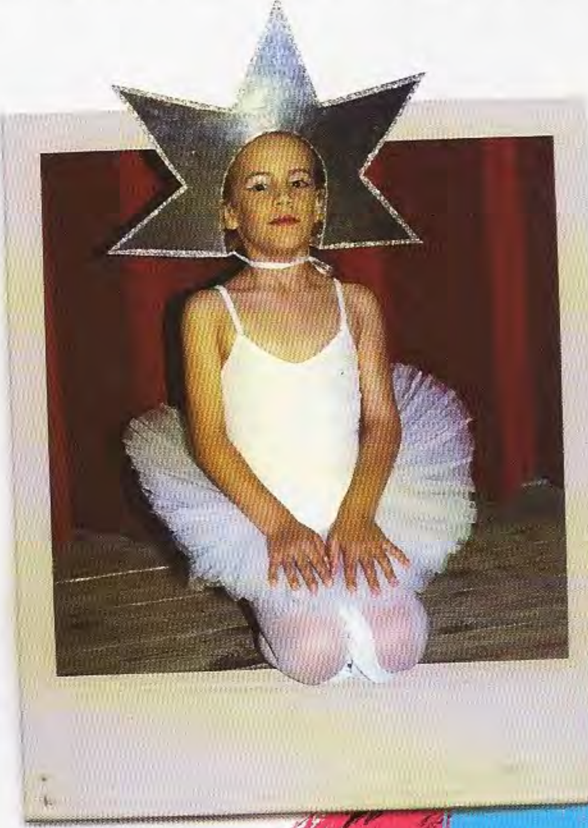
Las figuritas con mensajes para la querida madre estaban a la orden del día. Mejor en verso. Todos creíamos tener la capacidad de moldear figuras de barro como un Rodin cualquiera, y, si la cosa no salía, siempre podíamos optar por la expresión de arte abstracto que era menos comprometido y criticable.

Las pinzas de tender la ropa, aún de madera entonces, eran útiles para crear horribles objetos decorativos, casi tanto como las figuritas de escayola para pintar. «¡Qué cruz este niño artista! Esto no puede estar expuesto en el salón... Haz que parezca un accidente.»

Muchas actividades extraescolares servían para ajustar el horario oficial de las clases con el de los padres. «Es mejor que una canguro y algo aprenderá la nena.» Clases de *ballet*, de piano, de flauta o de violín impartidas en escuelas de *expresión artística* del barrio o artes marciales para convertirse en un *bewatermyfriend* capaz de capear un potencial *mobbing* o impresionar a Mari Carmen, la vecinita del tercero, que, como ya apuntaba pecho, de momento era ella la que impresionaba.

Lo más divertido eran las obras de teatro que se montaban en algunos colegios si disponían de escenario y de una profesora con más moral que la madre Teresa de Calcuta. Dominar expresiones dramáticas para futuras negociaciones familiares parecía una buena inversión de tiempo. «Papá, que todo es según el color del cristal con que se mira...»





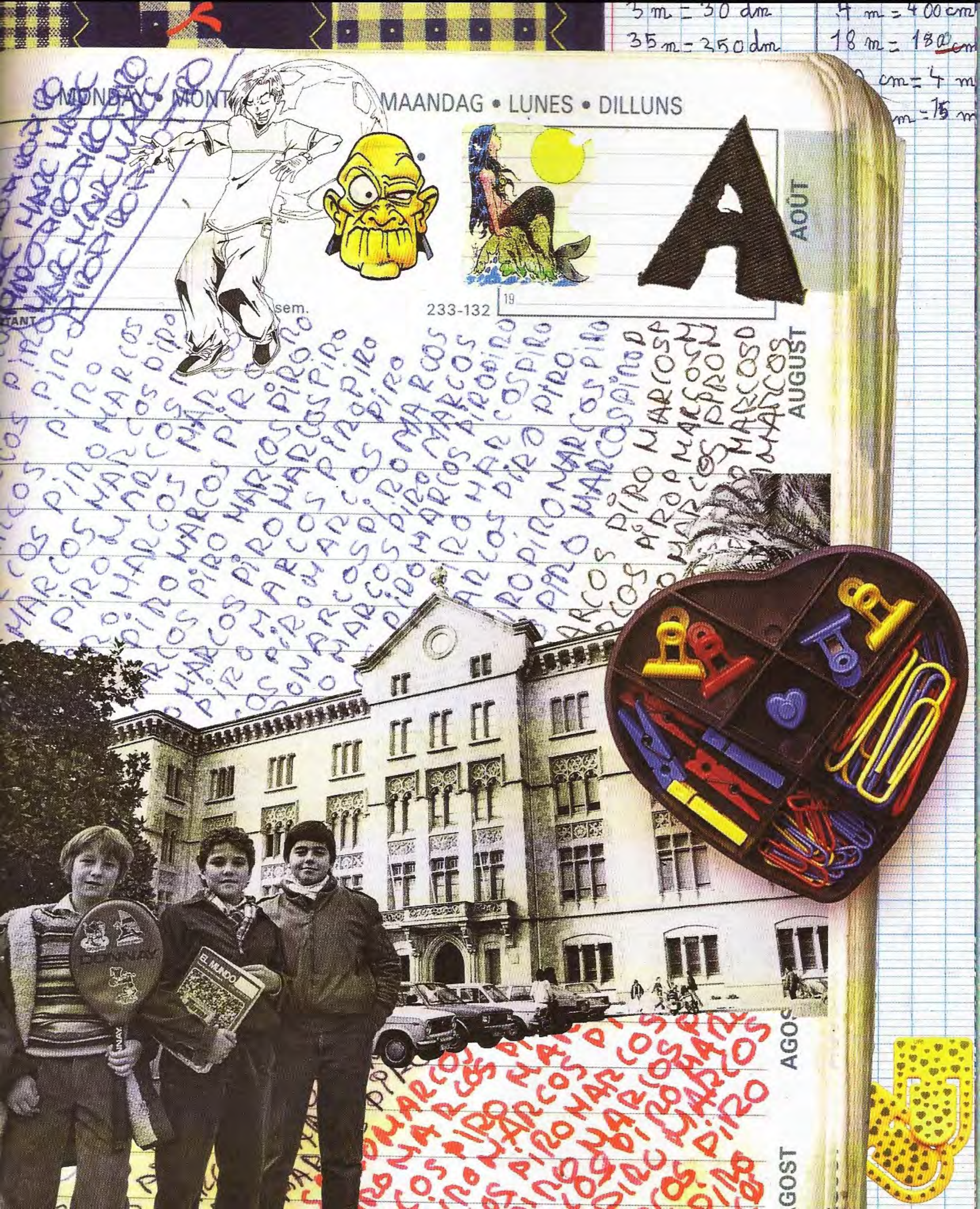

BA


MILAN
430



visto en la agenda escolar

En los ratos muertos de clase, que eran más de los que el *profe* pretendía, se inventaban juegos y bromas privadas que se tenían que resolver en silencio o, al menos, en susurros. El cuaderno de ejercicios podía servir para un ahorcado, un stop o una carrera de bólidos, pero la agenda escolar se destinaba a temas menos perecederos, como chistes y frases de humor y de amor. Con anotaciones sobre las cosas más importantes del curso, como los cumpleaños de los amigos y quién quería a quién, las páginas se iban convirtiendo en un pequeño museo del recuerdo a la espera de provocar la lagrimita años más tarde.



MAANDAG • LUNES • DILLUNS
AOÛT
AUGUST
233-132
sem.
19
AGOS
GOST
EL MUNDO
35 m = 350 dm
18 m = 180 cm

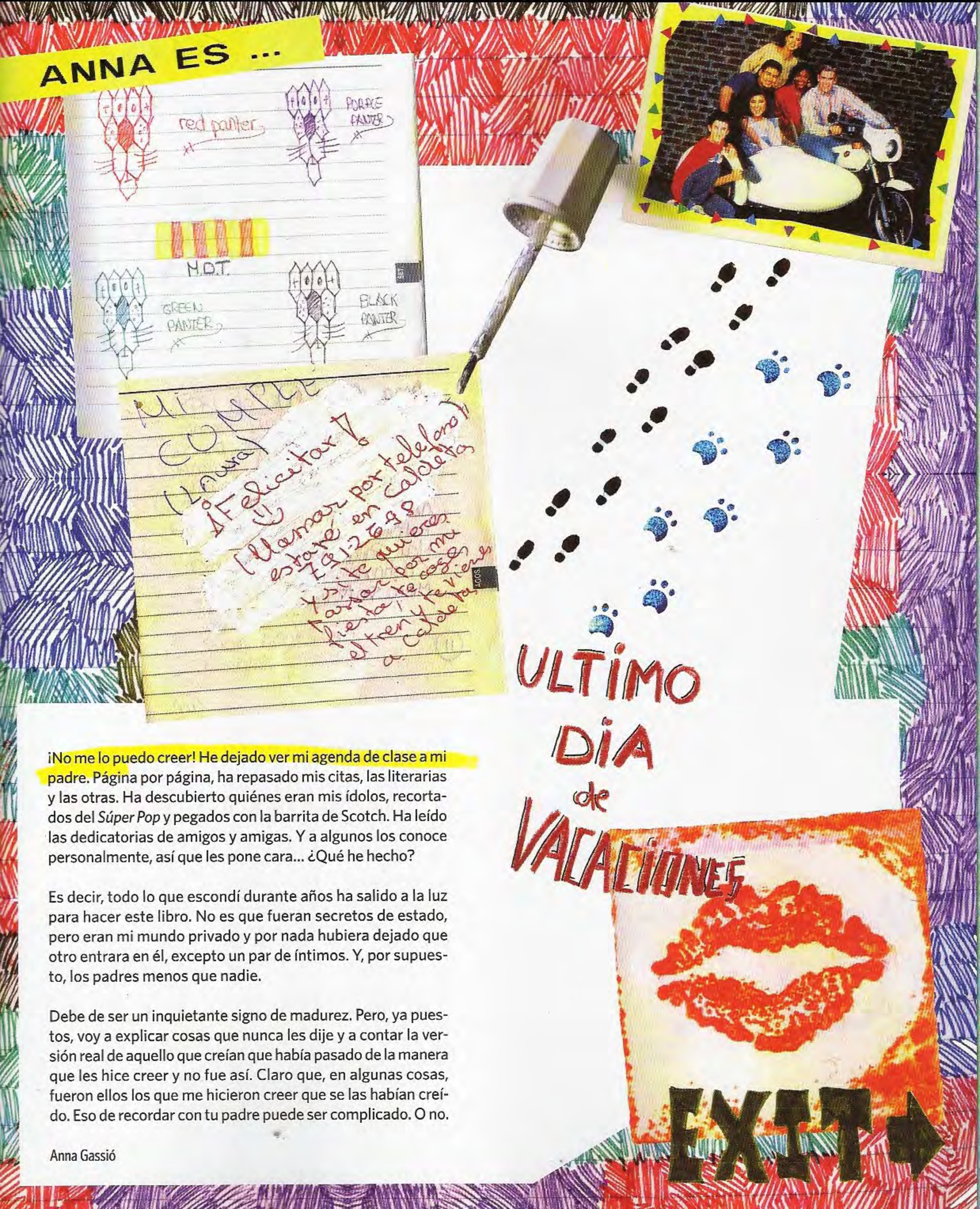
Las revistas *Súper Pop* y *Tele Indiscreta* eran una fuente inagotable de imágenes y de adhesivos para cubrir metros cuadrados de agenda. A tijeretazo limpio, sin contemplaciones, recortábamos fotos de Brad Pitt, de *La princesa prometida*, de Indiana Jones, del amigo Darth, de Barbie, de Europe, de Miguel Bosé..., según las preferencias de cada uno, y las que no pegábamos en la carpeta pasaban a engrosar el catálogo de sueños de la agenda. Al cabo de unos meses abultaba y pesaba el doble, y al finalizar el curso ni se podía cerrar. Había que atarla con una goma elástica gruesa. Las capas de Tipp-Ex para tapar anotaciones inconvenientes y arrepentimientos amorosos aportaban su parte de gramaje.

Todo cabía en esta agenda. Amigos que te regalaban su dibujito dedicado, otros que anotaban su teléfono con segundas intenciones, frases ingeniosas, adivinanzas, experimentos artísticos dilapidando rotuladores Carioca o pringando con ceras Manley, que dejaban las páginas enganchadas y formaban un críptico dibujo simétrico como un test de Rorschach para divertidas interpretaciones psiquiátricas posteriores.

Correspondido o no, el sentimiento amoroso llenaba páginas. Cartas de amor y pensamientos encendidos que se apoyaban en fragmentos de poemas románticos para expresar las emociones del enamoramiento recién descubiertas. Ya lo cantó Serrat en *Palabras de amor*, pero dijo que «no sabían más porque tenían ¡quince años!». En tiempos de EGB, la edad para «saber más» se había reducido bastante.

En este improvisado diario personal, las dedicatorias más o menos originales iban salpicando las páginas hasta llegar al contundente grafiti «¡FIN DE CURSO!».





¡No me lo puedo creer! He dejado ver mi agenda de clase a mi padre. Página por página, ha repasado mis citas, las literarias y las otras. Ha descubierto quiénes eran mis ídolos, recortados del *Súper Pop* y pegados con la barrita de Scotch. Ha leído las dedicatorias de amigos y amigas. Y a algunos los conoce personalmente, así que les pone cara... ¿Qué he hecho?

Es decir, todo lo que escondí durante años ha salido a la luz para hacer este libro. No es que fueran secretos de estado, pero eran mi mundo privado y por nada hubiera dejado que otro entrara en él, excepto un par de íntimos. Y, por supuesto, los padres menos que nadie.

Debe de ser un inquietante signo de madurez. Pero, ya puestos, voy a explicar cosas que nunca les dije y a contar la versión real de aquello que creían que había pasado de la manera que les hice creer y no fue así. Claro que, en algunas cosas, fueron ellos los que me hicieron creer que se las habían creído. Eso de recordar con tu padre puede ser complicado. O no.

Anna Gassió

AGRADECIMIENTOS. DE VERDAD, SIN CUMPLIDOS

Andrea Gassió, la hermana «pequeña», no se ha podido resistir a aportar su valiosa colaboración aplicando el buen criterio estético que le caracteriza. Como siempre, ha acertado en todo.

Carmen Senties, como esposa y madre, ha tenido que soportar las neuras combinadas de padre e hija en la confección de estas memorias y, además, ha aportado su legendaria intuición para aconsejar lo necesario cuando nos apartábamos del buen camino (que era a menudo).

Mariona Sevilla ha sido una pieza clave para que este libro tenga lo que hay que tener... en diseño. Gracias por su aportación generosa y creativa mucho más allá del deber.

Nuestro agradecimiento a todas las marcas de los productos que formaron el universo de los niños de EGB y de sus padres. Todo lo consumimos con ganas y con provecho.

También se agradece el trabajo realizado a los creativos publicitarios, que supieron seducirnos con sus brillantes ideas. Aunque cobraran por ello, se nota que disfrutaban.

Un agradecimiento especial a todos los blogueros de todos los confines, tamaño y temática. Su desinteresada labor de recopilación es de gran valor para que no se pierdan algunos recuerdos entrañables que la Historia, con mayúscula, suele desdeñar, pero que son los que mejor explican cómo éramos y lo que deseábamos. Son la memoria de una época, de un país y de una generación.

Y, ADEMÁS, HAN COLABORADO CON ILUSIÓN (¿DÓNDE SE COMPRA ESO?):

Rafael Abella
Carlos Arboles
Sara Barrio
Silvia Bastos
Sonia Baulies
Axana Campdepadrós
Rocío Canals
Guillermo Capella
Mercè Carregal
Laura Cuenca
Helena del Río
Genaro Depares
Aurora Depares
Paula García
Alex García i Blay
Eva Herrero
Henar Luque
Fernando Martorell
Marta Menéndez
Pepa Moyano
Javier Ortega
Susana Pozo
Núria Puig
Natalia Roch
Francisco Sabater
Plácido Sierra
Erika Iris Simmons
Yann Suñer
Jordi Viñas
Javier Zaldúa
Danny Zeldis

ESTO SE ACABA

La generación que estudió la EGB vivió muchos cambios sociales y tecnológicos. Recuperó las aulas mixtas, dejó de temer la llegada de la mili, interactuó con los juegos hasta límites impensables y vio cómo la familia tradicional dejaba de serlo. Todo a la vez y muy rápido. Recordar hoy aquellos objetos y situaciones que aportaron ilusión es un ejercicio saludable para afrontar un futuro que nos han complicado. Rememorar esta fuente de energía vital a la que llamamos ilusión nos hará sentir que vale la pena seguir luchando por todo. Sin descanso.

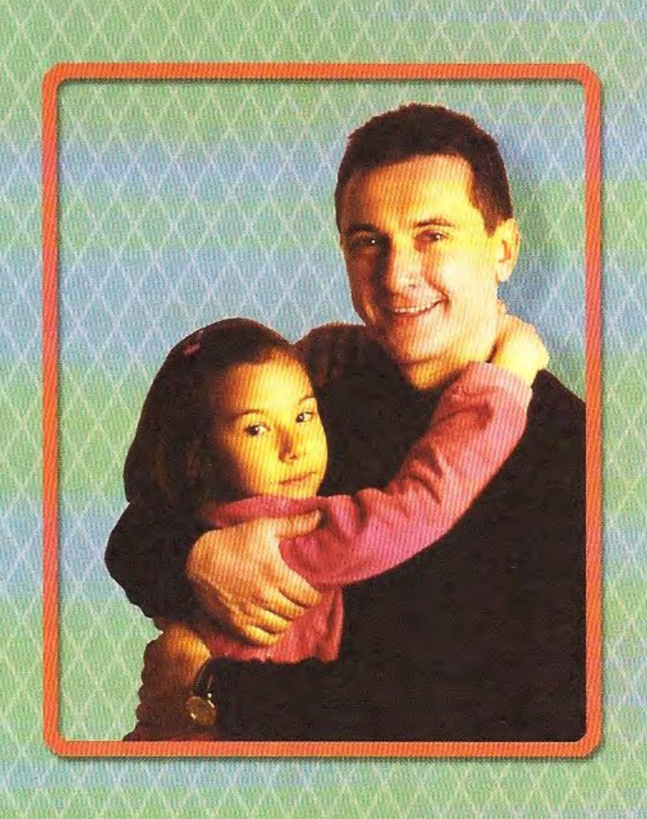
Como esto se acaba, vamos a explicar que este libro se ha realizado a ocho manos: las cuatro del padre e hija de hoy y las cuatro del padre e hija de entonces, de la era de EGB. Las ocho manos se cruzan entre pasado y presente, y entre dos visiones de una misma realidad. Como en el juego Enredos, lo importante es saber mantener el equilibrio. El emocional, en este caso.

Sorprende que la visión de aquella época desde la perspectiva de hoy, ambos ya adultos (seguramente más la hija que el padre), difiera en pocas cosas importantes y que los dos conozcan algunos secretos que entonces creían esconder con habilidad el uno al otro.

La complicidad de entonces ha hecho posible la complicidad de ahora para realizar este libro que os convierte a vosotros, lectores, también en cómplices.

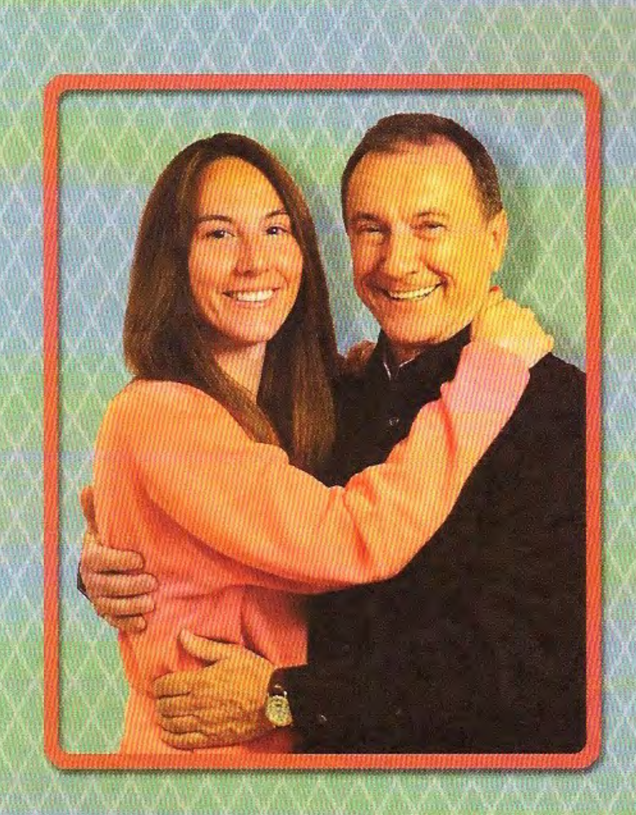
this is the end, my friend

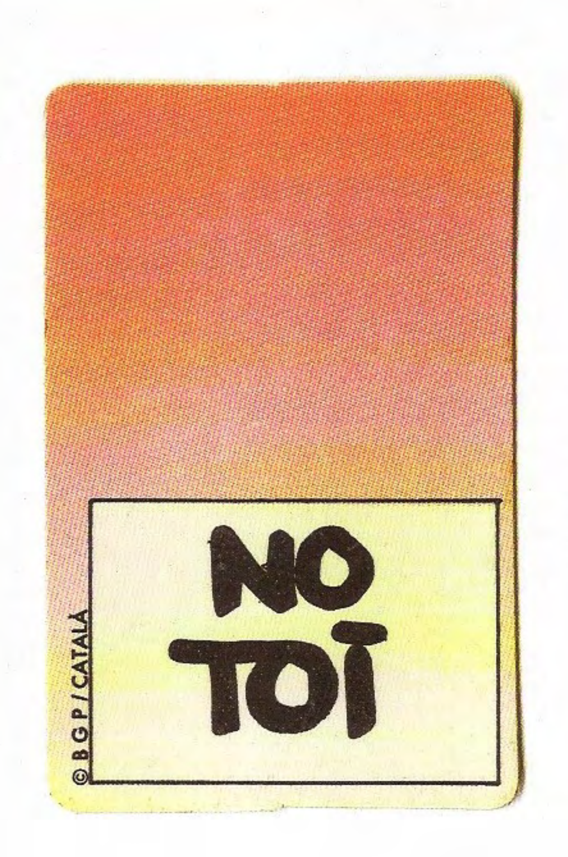


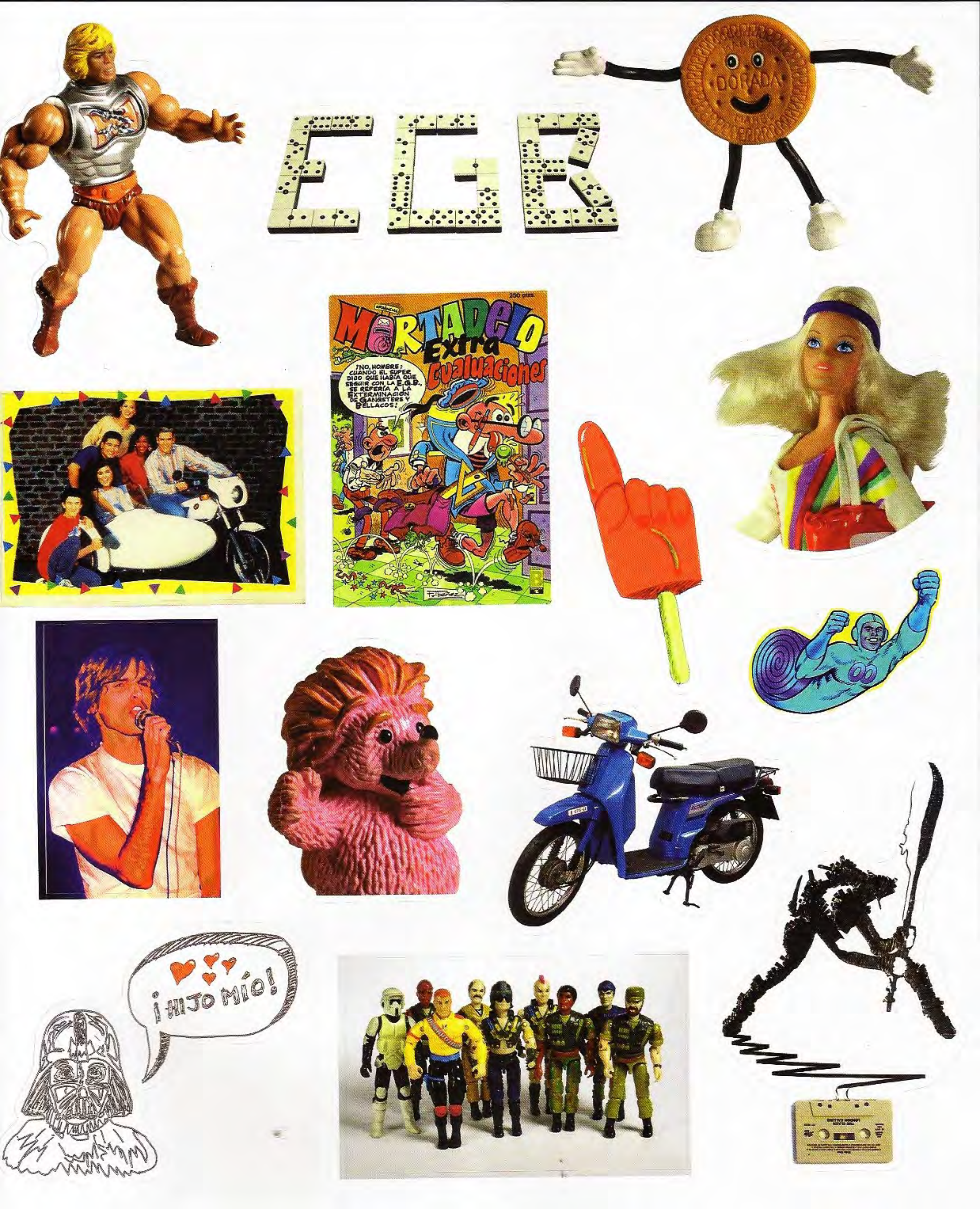



1986

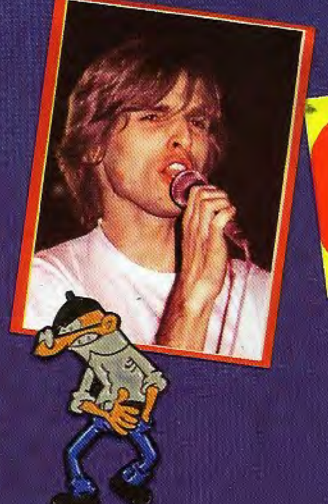

2014




NO
TOÏ
© B G P / CATALÀ


EGB
DORADA
250 ptas.
MORTADELO
Extra
Evaluaciones
¡NO, HOMBRE: CUANDO EL SUPER DIJO QUE HABÍA QUE SEGUIR CON LA E.G.B., SE REFERÍA A LA EXTERMINACIÓN DE GANGSTERS Y BELLACOS!
¡HIJO MÍO!







Nadie es perfecto
Firmado: Nadie

¿Has sido un niño de EGB? ¿Has sido el padre de un niño de EGB? Ambos encontraréis en este libro un montón de recuerdos de esta época intensa y divertida que vamos revivir.

Sale casi todo lo que significó *algo*, desde Mortadelo hasta Leif Garrett, pasando por Indiana Jones y Sabrina, incluyendo los chicles Bang Bang, el Cine Exin, las casetes de Mecano, Petete, la consola Atari y la Game Boy, Alaska, los Filipinos, el Bollycao (y los bollycaos), Duran Duran, las canicas, la Nocilla, *Los Goonies*, el Cola Cao, Barbie, Smiley, las Converse, el Frigopié, la perrita Pippin, el Betamax, Espinete, el Bic Cristal, la Scoopy… Nancy hace un cameo y Chuck Norris se la intenta ligar. Incluso Chanquete tiene un hueco entre Regreso al futuro y el «Un, dos, tres».

Los niños de EGB recupera la ilusión de una época a través del recuerdo de los juguetes, las películas, las golosinas, los libros de texto y los de lectura, los tebeos y comics, los videojuegos, las series de la tele, las nuevas tecnologías, los juegos de siempre, las relaciones con los padres y las relaciones con los amigos, lo más valioso.

THE NEVERENDING STORY
LIMAHL
¡BOOM! 4
ALBUM DE FOTOS ADHESIVAS
90210
Sensación de Vivir
80's
FRENAZO

20 € 10091526
9 788415 888932

LUNWERG EDITORES